

EMMANUEL CARRÈRE

Limónov

PRIX DES PRIX 2011

PREMIO RENAUDOT

PREMIO DE LA LENGUA FRANCESA



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

El que quiera restaurar el comunismo no tiene cabeza; el que no
lo eche de menos no tiene corazón.

VLADÍMIR PUTIN

Prólogo

Moscú, octubre de 2006-septiembre de 2007

Hasta que Anna Politkóvskaia fue abatida en la escalera de su inmueble, el 7 de octubre de 2006, sólo las personas que se interesaban de cerca por las guerras de Chechenia conocían el nombre de esta periodista valiente, adversaria declarada de la política de Vladímir Putin. De la noche a la mañana, su cara triste y resuelta se convirtió en Occidente en un icono de la libertad de expresión. Yo acababa entonces de rodar un documental en una pequeña ciudad rusa, pasaba frecuentes temporadas en Rusia, y por eso, cuando saltó la noticia, una revista me propuso que tomase el primer avión a Moscú. Mi misión no era investigar el asesinato de Politkóvskaia, sino más bien recoger las declaraciones de personas que la habían conocido y amado. Así pues, pasé una semana en las oficinas de *Nóvaia Gazeta*, el periódico del que ella era la reportera estrella, pero también en las de las asociaciones de defensa de los derechos humanos y de los comités formados por madres de soldados muertos o mutilados en Chechenia. Las oficinas eran minúsculas, pobremente iluminadas y dotadas de ordenadores vetustos. Los activistas que me recibían allí eran también muchas veces personas de edad y su número era patéticamente exiguo. Es un círculo pequeño en el que todo el mundo se conoce y en donde no tardé en conocer a todo el mundo, y ese círculo pequeñísimo constituye prácticamente la única oposición democrática en Rusia.

Además de algunos amigos rusos, conozco en Moscú a otro círculo reducido, compuesto por expatriados franceses, periodistas u hombres de negocios, y cuando por la noche les contaba mis visitas del día sonreían con cierta conmiseración: los demócratas virtuosos de quienes les hablaba, esos militantes de los derechos humanos, eran sin duda personas respetables, pero la verdad era que a todo el mundo le importaba un bledo. Libraban un combate perdido de antemano en un país que se preocupa poco por las libertades formales, con tal de que

cada cual tenga derecho a enriquecerse. Por otra parte, nada divertía o irritaba tanto, según el carácter de la persona, a mis amigos expatriados como la tesis extendida en la opinión pública francesa de que el asesinato de Politkóvskaia habría sido encargado por el FSB –la policía política que en tiempos de la Unión Soviética se llamaba KGB– y más o menos por el propio Putin.

–Espera –me dijo Pável, un universitario franco-ruso reciclado en los negocios–, ya no se puede seguir diciendo cualquier cosa. ¿Sabes lo que he leído, creo que en el *Nouvel Obs*? Que es extraño que a Politkóvskaia se la carguen, como por casualidad, el día del cumpleaños de Putin. ¡Como por casualidad! ¿Te das cuenta del grado de gilipollez al que hay que llegar para escribir con todas las letras eso de como por casualidad? ¿Te imaginas la escena? Reunión de crisis en el FSB. El jefe dice: chicos, habrá que devanarse los sesos. Pronto será el cumpleaños de Vladímir Vladímirovich, hay que encontrar un regalo que le guste. ¿Alguien tiene alguna idea? La gente se exprime el coco, una voz se alza: ¿y si le lleváramos la cabeza de Anna Politkóvskaia, esa mosca cojonera que no hace más que criticarle? Murmullos de aprobación entre los presentes. ¡Eso sí que es una buena idea! Manos a la obra, chicos, tenéis carta blanca. Perdona –dice Pável–, pero yo no me trago esa escena. Como mucho, en una recreación rusa de *Gángster a la fuerza*. Pero no en la realidad. La realidad es lo que ha dicho Putin y ha escandalizado tanto a las almas bellas de Occidente: el asesinato de Anna Politkóvskaia y el follón que se ha armado al respecto causan muchísimo más daño al Kremlin que los artículos que ella escribía en vida en un periódico que nadie leía.

Yo escuchaba a Pável y a sus amigos, en los hermosos apartamentos que la gente como ellos alquilan por un ojo de la cara en el centro de Moscú, defender al poder diciendo que, en primer lugar, las cosas podrían ir mil veces peor y, en segundo, que los rusos se conforman: ¿en nombre de qué leerles la cartilla? Pero escuchaba también a mujeres tristes y consumidas que a lo largo del día me contaban historias de secuestros perpetrados por la noche con coches

sin matrícula, de soldados torturados no por el enemigo sino por sus superiores, y sobre todo de injusticias. Era esto lo que resurgía una y otra vez. Que la policía o el ejército estén corrompidos entra dentro de lo habitual. Que la vida humana tenga poco valor entra dentro de la tradición rusa. Pero lo que no soportaban ni las madres de los soldados ni las de los niños masacrados en la escuela de Beslán, en el Cáucaso, ni los parientes de las víctimas del Teatro Dubrovka, era la arrogancia y la brutalidad de los representantes del poder cuando simples ciudadanos se arriesgaban a pedirles cuentas, la convicción de que actuaban con impunidad.

Recuerden, fue en octubre de 2002. Todas las televisiones del mundo lo mostraron durante tres días. Terroristas chechenos habían tomado como rehenes a todo el público del teatro durante la representación de una comedia musical titulada *Nord-Ost*. Las fuerzas especiales, descartando toda negociación, resolvieron el problema lanzando gases que afectaron tanto a los rehenes como a sus captores, una firmeza por la que el presidente Putin les felicitó calurosamente. Se cuestiona el número de víctimas civiles, que gira en torno a ciento cincuenta, y a sus parientes les consideran cómplices de los terroristas cuando preguntan si no se podría haber intentado otra manera de solucionar el conflicto y de tratarles, tanto a ellos como a su congoja, con un poco menos de negligencia. Desde entonces se reúnen cada año para una ceremonia conmemorativa que la policía no se atreve a prohibir tajantemente, pero que vigila como si fuese una concentración sediciosa, que es, de hecho, en lo que se ha convertido.

Yo asistí a una de ellas. Diría que había doscientas o trescientas personas en la plaza delante del teatro, y a su alrededor otros tantos OMON, que son el equivalente ruso de nuestros CRS,¹ y similarmente equipados con cascos, escudos y pesadas porras. Empezó a llover. Se abrían paraguas por encima de las velas que, con sus pantallas de papel para proteger los dedos de la cera ardiente, me recordaron los oficios ortodoxos a los que me llevaban de niño en Pascua. Sustituían a

los iconos unas pancartas con las fotos y los nombres de los muertos. Las personas que portaban las pancartas y las velas eran los huérfanos, los viudos y las viudas, los padres que habían perdido a un hijo, algo para lo cual, al igual que en francés, no existe una palabra en ruso. No había acudido ningún representante del Estado, como señaló con una cólera fría un representante de las familias que pronunció unas palabras: las únicas en toda la ceremonia. Nada de discursos, de consignas ni de cánticos. Se limitaron a permanecer de pie, en silencio, con la vela en la mano, o hablando bajo, en grupitos, entre las murallas de OMON que habían acordonado el perímetro. Al mirar alrededor reconocí varias caras: además de las familias enlutadas, estaba allí el mundillo en pleno de oponentes a los que yo entrevistaba desde hacía una semana, e intercambié con algunos de ellos gestos con la cabeza que indicaban una conveniente aflicción.

En lo alto de los escalones, delante de las puertas cerradas del teatro, una silueta me pareció vagamente conocida, pero no conseguía identificarla. Era un hombre que llevaba un abrigo negro y sostenía una vela, como todos los demás, rodeado de varias personas con las que hablaba a media voz. En el centro de un corro, apartado del gentío, pero dominando y atrayendo las miradas, daba una impresión de importancia, y extrañamente pensé en el jefe de una banda de malhechores que asistiese protegido por su guardia al entierro de uno de sus hombres. Yo sólo veía tres cuartas partes de su perfil, y del cuello levantado de su abrigo asomaba una perilla. Una mujer que estaba a mi lado también se había fijado y le dijo a su vecina: «Ha venido Eduard, menos mal.» Él volvió la cabeza, como si la hubiese oído a pesar de la distancia. La llama de la vela ahondó sus facciones.

Reconocí a Limónov.

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en él? Le había conocido al principio de los años ochenta, cuando se afincó en París, con la aureola del éxito de su novela escandalosa, *El poeta ruso prefiere a los negrazos*. En ella relataba la vida miserable y espléndida que había llevado en Nueva York después de emigrar de la Unión Soviética. Trabajos a salto de mata, supervivencia día tras día en un hotel sórdido y a veces en la calle, polvos heteros y homosexuales, curdas, robos y peleas: podría hacer pensar, por la violencia y la furia, en la deriva urbana de Robert De Niro en *Taxi Driver*, y por el ímpetu vital en las novelas de Henry Miller, cuya piel coriácea y placidez de caníbal poseía Limónov. El libro no era poca cosa, y su autor no decepcionaba cuando le conocías. En aquel tiempo estábamos acostumbrados a que los disidentes soviéticos fuesen barbudos serios y mal vestidos, que vivían en pisitos llenos de libros y de iconos y se pasaban noches enteras hablando de la salvación del mundo a través de la ortodoxia; y te encontrabas delante a un tipo sexy, astuto, divertido, que tenía a la vez el aire de un marino de juerga y de estrella del rock. Estábamos en plena onda punk, el héroe que él reivindicaba era Johnny Rotten, el líder de los Sex Pistols, y no tenía empacho en calificar a Solzhenitsyn de viejo gilipollas. Era refrescante, aquella disidencia *new wave*, y, a su llegada, Limónov había sido el niño mimado del mundillo literario parisino, en el que yo, por mi parte, debutaba tímidamente. Limónov no era un autor de ficción, sólo sabía contar su vida, pero era una vida apasionante y la contaba bien, con un estilo sencillo y concreto, sin afectaciones literarias y con la energía de un Jack London ruso. Después de sus crónicas de la emigración publicó sus recuerdos de infancia en la barriada de Járkov, en Ucrania, luego los de sus días de delincuente juvenil, y después los de poeta de vanguardia en Moscú, bajo Brézhnev. Hablaba de esta época y de la Unión Soviética con una nostalgia socarrona, como de un paraíso para *hooligans* espabilados, y

no era raro que al final de una cena, cuando todo el mundo estaba ebrio menos él, que tenía un aguante prodigioso para el alcohol, hiciera el elogio de Stalin, lo que atribuían a su gusto por la provocación. Te cruzabas con él en el Palace, luciendo una guerrera de oficial del Ejército Rojo. Escribía en *L'Idiot international*, el periódico de Jean-Édern Hallier, que no era blanquiazul ideológicamente, pero que reunía a personajes anticonformistas y brillantes. Le gustaba la trifulca, tenía un éxito increíble con las chicas. Su desenvoltura y su pasado de aventurero nos impresionaban a los jóvenes burgueses. Limónov era nuestro bárbaro, nuestro gamberro: le adorábamos.

Las cosas empezaron a cobrar un cariz extraño cuando se desplomó el comunismo. Todo el mundo se alegró menos él, que no tenía el menor aire de bromear cuando reclamaba el pelotón de ejecución para Gorbachov. Empezó a desaparecer para hacer largos viajes a los Balcanes, donde se descubrió con horror que combatía al lado de las tropas serbias, que era como decir, a nuestro juicio, de los nazis o de los genocidas hutus. En un documental de la BBC le vimos ametrallar Sarajevo asediado bajo la mirada benevolente de Radovan Karadžić, cabecilla de los serbios de Bosnia y criminal de guerra reconocido. Después de estas hazañas, Limónov regresó a Moscú, donde creó un partido político que llevaba el prometedor nombre de Partido Nacional Bolchevique. A veces, algunos reportajes mostraban a jóvenes con el cráneo rapado, vestidos de negro, que desfilaban por las calles moscovitas haciendo un saludo a medias hitleriano (con el brazo en alto) y a medias comunista (con el puño cerrado) y berreaban lemas como «¡Stalin! ¡Beria! ¡Gulag!» (sobrentendido: «¡Que nos los devuelvan!»). Las banderas que ondeaban imitaban las del Tercer Reich, con la hoz y el martillo en lugar de la cruz gamada. Y el energúmeno con una gorra de béisbol que gesticulaba con el megáfono en la mano, a la cabeza de aquellas columnas, era el muchacho divertido y seductor del que todos, algunos años antes, estábamos tan orgullosos de ser sus amigos. Producía un efecto tan extraño como descubrir que un antiguo compañero del liceo se ha convertido en una figura del hampa o ha saltado por los aires durante un atentado

terrorista. Vuelves a pensar en él, remueves recuerdos, tratas de imaginar el encadenamiento de circunstancias y los resortes íntimos que arrastraron su vida hasta tan lejos de la nuestra. En 2001 se supo que Limónov había sido detenido, juzgado y encarcelado por causas bastante oscuras en las que se hablaba de tráfico de armas y tentativa de golpe de Estado en Kazajstán. Decir que no nos atropellamos unos a otros en París para firmar la petición que reclamaba su excarcelación sería quedarse corto.

Yo no sabía que había salido de la cárcel, y sobre todo me dejó estupefacto reencontrarle allí. Tenía un aspecto más intelectual, menos rockero que antaño, pero seguía poseyendo la misma aura, imperiosa, energética, palpable incluso a cien metros de distancia. Dudé de si ponerme en una cola de gente que, visiblemente emocionada por su presencia, se acercaba a saludarle con respeto. Pero hubo un momento en que mi mirada se cruzó con la suya y, como no pareció reconocerme y como tampoco sabía muy bien qué decirle, desistí.

Turbado por este encuentro, volví al hotel y allí me aguardaba otra sorpresa. Al repasar una serie de artículos de Anna Politkóvskaja, descubrí que dos años antes había seguido el proceso de treinta y nueve militantes del Partido Nacional Bolchevique, acusados de haber invadido y destrozado la sede de la administración presidencial con gritos de «¡Fuera, Putin!». Por este delito les habían sentenciado a largas penas de cárcel y Politkóvskaja les defendía con voz alta y firme: eran jóvenes valientes, íntegros, los únicos o casi los únicos que inspiraban confianza en el futuro moral del país.

Yo no salía de mi asombro. El caso me había parecido zanjado, inapelable: Limónov era un fascista horrible que dirigía a una milicia de *skinheads*. Ahora bien, resulta que una mujer unánimemente considerada una santa después de su muerte hablaba de él y de ellos como si fueran héroes del combate democrático en Rusia. La misma opinión tenía en Internet Elena Bónner. ¡Elena Bónner! La viuda de Andréi Sájarov, gran sabio, gran disidente, gran conciencia moral, premio Nobel de la Paz. A ella también le parecían muy bien los

nasbols, como aprendí entonces que llaman en Rusia a los miembros del Partido Nacional Bolchevique. Ella decía que quizá tuvieran que pensar en cambiar el nombre de su partido, malsonante para algunos oídos: por lo demás, eran gente estupenda.

Unos meses más tarde supe que se formaba, con el nombre de Drugaia Rossía, la otra Rusia, una coalición política compuesta por Gary Kaspárov, Mijaíl Kasiánov y Eduard Limónov: es decir, uno de los más grandes ajedrecistas de todos los tiempos, un ex primer ministro de Putin y un escritor al que no convenía frecuentar, según nuestros criterios: un curioso trío. A todas luces había cambiado algo, quizá no el propio Limónov sino el lugar que ocupaba en su país. Por eso, cuando Patrick de SaintExupéry, al que había conocido como corresponsal del *Figaro* en Moscú, me habló de una revista de reportajes cuyo lanzamiento preparaba y me preguntó si tendría un tema para el primer número, respondí sin pensarlo: Limónov. Patrick me miró con los ojos como platos: «Limónov es un malhechor.» Dije: «No lo sé, habría que ver.»

–Bien –zanjó Patrick, sin pedir más explicaciones–, pues ve a ver.

Me costó poco tiempo encontrar la pista, obtener su número de móvil a través de Sasha Ivánov, un editor de Moscú. Y en cuanto lo tuve tardé poco en marcarlo. Dudaba sobre el tono que debía adoptar, no sólo con él, sino con respecto a mí mismo: ¿yo era un viejo amigo o un investigador sospechoso? ¿Le hablaría en ruso o en francés? ¿Le tutearía o le trataría de usted? Me acuerdo de estas vacilaciones pero no, curiosamente, de la frase que pronuncié cuando él descolgó, en mi primer intento e incluso antes del segundo tono de llamada. Tuve que decir mi nombre y, sin el menor titubeo, respondió: «Ah, Emmanuel. ¿Qué tal?» Desprevenido, farfullé que bien: nos conocíamos poco, no nos habíamos visto durante quince años, esperaba tener que recordarle quién era yo. Al instante, él prosiguió:

–Estuvo en la ceremonia en el Dubrovka, el año pasado, ¿no?

Me quedé sin habla. Yo le había mirado largamente desde cien metros de distancia, pero nuestras miradas sólo coincidieron un instante y nada por su parte, ni una breve pausa ni un arqueado de cejas, había dado a entender que me había reconocido. Más tarde, una vez recuperado de mi estupefacción, pensé que Sasha Ivánov, nuestro amigo editor, podía haberle anunciado mi llamada, pero yo no le había dicho nada a Ivánov de mi presencia en el Teatro Dubrovka y el misterio, por tanto, subsistía intacto. Comprendí más adelante que no era un misterio, sino simplemente que Limónov tiene una memoria prodigiosa y un control de sí mismo no menos portentoso. Le dije que quería escribir un largo artículo sobre él y aceptó sin más que fuera a pasar dos semanas a su lado, «salvo», añadió, «si me meten en la cárcel».

Dos jóvenes fornidos con el cráneo rapado, vestidos con vaqueros y cazadoras negras y calzados con botas militares, vienen a buscarme para conducirme hasta su jefe. Atravesamos Moscú en un Volga negro con los cristales ahumados y yo casi me esperaba que me vendasen los ojos, pero no, mis ángeles guardianes se contentan con inspeccionar rápidamente el patio del inmueble, luego el hueco de la escalera y por último el rellano que da acceso a un piso pequeño y oscuro, amueblado como una vivienda okupa, donde otros dos cabezas rapadas matan el tiempo fumando cigarrillos. Uno de ellos me informa de que Eduard tiene entre tres o cuatro domicilios en Moscú, los cambia lo más a menudo posible, se prohíbe los horarios regulares y no da nunca un paso sin sus guardaespaldas: militantes de su partido.

Mientras me hacen esperar, me digo que mi reportaje empieza bien: escondites, clandestinidad, todo esto es de lo más novelesco. Sólo que me cuesta elegir entre dos versiones de lo novelesco: el terrorismo y la red de resistencia, Carlos y Jean Moulin; es cierto que ambas se parecen mientras no ha terminado la partida, la versión oficial de la historia decretada. Me pregunto también qué esperará Limónov de mi visita. ¿Desconfía, escaldado por los retratos que han hecho de él los periodistas occidentales, o cuenta conmigo para rehabilitarle? Por mi parte, lo ignoro. Incluso es raro, cuando uno se prepara para una entrevista con alguien y para escribir sobre él, no saber muy bien a qué atenerse.

En el despacho espartano, con las cortinas corridas, donde al final me hacen entrar, Limónov está de pie, en vaqueros y suéter negros. Apretón de manos, nada de sonrisas. Al acecho. En París nos tuteábamos, pero él me ha tratado de «usted» por teléfono y adoptamos esta fórmula. No obstante la falta de práctica, habla francés mejor que yo ruso, así que optamos por el francés. En otro tiempo hacía flexiones y pesas una hora al día, y ha debido de continuar

haciéndolo porque a los sesenta y cinco años sigue estando delgado: vientre plano, silueta de adolescente, piel lisa y mate de mongol, pero ahora usa un bigote y una perilla grises que le dan un poco el aire del D'Artagnan envejecido en *Veinte años después*, mucho el de un comisario bolchevique y en particular el aspecto de Trotski, con la salvedad de que Trotski, que yo sepa, no hacía *body building*.

En el avión he releído uno de sus mejores libros, *Diario de un fracasado*, cuyo tenor anuncia la contracubierta: «Si Charles Manson o Lee Harvey Oswald hubieran escrito un diario, se habría parecido a esto.» Copié algunos pasajes en mi libreta. Éste, por ejemplo: «Sueño con una insurrección violenta. Nunca seré Nabokov, no correré nunca detrás de las mariposas por las praderas suizas, con piernas anglófonas y velludas. Que me den un millón y compraré armas y provocaré una sublevación en cualquier país.» Era el guión que se contaba a sí mismo a los treinta años, emigrante sin un centavo lanzado a la calle de Nueva York, y treinta años más tarde la película se realiza. En ella interpreta el papel que soñaba: el revolucionario profesional, el técnico de la guerrilla urbana, Lenin en su vagón blindado.

Se lo dije. Se echa a reír, con una risita seca y nada afable, expulsando el aire por las narinas. «Es cierto», reconoce. «En la vida he llevado a cabo mi programa.» Pero puntualiza: no es el momento de un levantamiento armado. Ya no sueña con una insurrección violenta, sino más bien con una revolución naranja como la que acaba de producirse en Ucrania. Una revolución pacífica, democrática, que según él el Kremlin teme por encima de todo y que está dispuesto a aplastar por todos los medios. Por eso lleva esta vida de hombre acosado. Hace unos años le molieron a palos con unos bates de béisbol. Y muy recientemente escapó por poco a un atentado. Su nombre encabeza las listas de «enemigos de Rusia», es decir, de hombres a los que debe abatirse, y a los que instancias cercanas al poder señalan como víctimas de la venganza del pueblo, facilitando su dirección y número de teléfono. Los otros que figuraban en estas listas eran Politkóvskaia, asesinada con una escopeta; el ex oficial del FSB

Litvinienko, envenenado con polonio tras haber denunciado la evolución criminal de este organismo; el multimillonario Jodorkovski, actualmente encarcelado en Siberia por haber querido inmiscuirse en política. Y el siguiente es él, Limónov.

Al día siguiente da una conferencia de prensa con Kaspárov. Reconozco en la sala a la mayoría de los militantes que he conocido mientras realizaba mi reportaje sobre Politkóvskaia, pero también hay bastantes periodistas, sobre todo extranjeros. Algunos parecen muy excitados, como este equipo sueco que no hace una filmación corta, sino un documental entero, tres meses de rodaje, sobre lo que esperan que sea la irresistible ascensión del movimiento *Drugaia Rossia*. Estos suecos tienen aspecto de creerlo a pies juntillas, y piensan vender su película muy cara cuando Kaspárov y Limónov hayan llegado al poder.

De constitución fornida, sonrisa cálida, bella cabeza de judío armenio: el antiguo campeón de ajedrez, cuando los dos suben a la tribuna, impone más que Limónov, que con su perilla y sus gafas parece interpretar el papel del estratega de sangre fría, a la sombra del líder natural. Por otra parte, es Kaspárov el que ataca resueltamente y explica por qué las elecciones presidenciales, que deben celebrarse al año siguiente –en 2008– son una ocasión histórica. Putin concluye su segundo mandato, la Constitución le prohíbe presentarse a un tercero y lo ha vitricado todo de tal manera a su alrededor que no surge ningún candidato desde el bando del poder. Por primera vez en la historia de Rusia, una oposición democrática tiene una oportunidad. Los medios de comunicación están amordazados, no se sabe hasta qué punto los rusos están hartos de los oligarcas, la corrupción, la omnipotencia del FSB, pero Kaspárov sí lo sabe. Es elocuente, habla con una voz de violonchelo, y empiezo a pensar que quizá los suecos tengan razón. Quiero creer que asisto a un suceso extraordinario, algo parecido a los comienzos de Solidarność. En eso mi vecino, un periodista inglés, se ríe con sarcasmo y me sopla, al mismo tiempo que

un aliento cargado de ginebra: «*Bullshit*. Los rusos adoran a Putin y no comprenden que una Constitución gilipollas les prohíba elegir tres veces seguidas a un presidente tan bueno. Pero no olvide una cosa: lo que la Constitución prohíbe son tres mandatos seguidos. No saltarse un turno, con un hombre de paja que caliente la poltrona, y regresar después. Ya verá.»

Este aparte enfría mi exaltación. De golpe, la verdad vuelve al bando de los realistas, de la gente que sabe y no se deja engañar, de mi sutil amigo Pável, según el cual esta historia de oposición democrática en Rusia es como querer enrocarse en el juego de damas: un truco no previsto por las reglas del juego, que no ha funcionado ni funcionará nunca. Kaspárov, a quien un instante antes yo estaba dispuesto a considerar un Wałęsa ruso, se convierte en una especie de François Bayrou. Su discurso me parece ahora enfático, prolijo, y mi vecino y yo empezamos a desarrollar una complicidad de malos estudiantes que intercambian imágenes obscenas en el fondo de la clase. Le enseño un libro de Limónov que acabo de comprar. No traducido en ninguna parte, salvo en Serbia, se titula *Anatomía del héroe* y contiene un cuadernillo de fotos tremendas donde se ve al héroe en cuestión, Limónov *himself*, desfilando con uniforme de camuflaje al lado del miliciano serbio Arkan, en compañía de Jean-Marie Le Pen, del populista ruso Zhirinovski, del mercenario Bob Denard y de algunos humanistas más. «*Fucking fascist...*», comenta el periodista inglés.

Los dos levantamos la vista hacia Limónov. Un poco en segundo plano junto a Kaspárov, escucha sus quejas por las persecuciones del poder sin una expresión de que espere lo que esperan en un mitin todos los hombres políticos: que el orador se calle para tomar la palabra en su lugar. Permanece en su sitio, sentado, atento, tan derecho y tranquilo como un monje zen meditando. La voz cálida de Kaspárov no es ya más que un zumbido periférico: lo que yo escruto ahora es el rostro indescifrable de Limónov, y cuanto más lo escudriño más consciente soy de que no tengo la menor idea de lo que piensa. ¿Cree de verdad en esta revolución naranja? ¿Le divierte, a este *outlaw*, a este

perro rabioso, jugar al demócrata virtuoso en medio de los antiguos disidentes y estos militantes de los derechos humanos a los que ha tachado de ingenuos durante toda su vida? ¿Goza en secreto de saberse el lobo que se ha colado dentro del redil?

Encuentro en mi libreta otro pasaje de *Diario de un fracasado*: «Tomé el partido del mal: hojas de col, octavillas ciclostiladas, partidos que no tienen ninguna posibilidad. Me gustan los mítines políticos que sólo congregan a un puñado de personas y la disonancia de los músicos incompetentes. Y odio las orquestas sinfónicas. Si algún día tuviese el poder degollaría a todos los violinistas y violonchelistas.» Se lo habría traducido al periodista inglés, pero no hizo falta, debió de pensar lo mismo en el mismo momento porque se inclina hacia mí y me dice, esta vez sin bromear en absoluto: «Sus compañeros deberían desconfiar. Si por casualidad llegase al poder, lo primero que haría sería fusilarlos a todos.»

Aunque no tenga ningún valor estadístico, diré que en el curso de este reportaje hablé de Limónov con más de treinta personas, tanto con los desconocidos en cuyo coche me desplazaba, porque todo el mundo en Moscú hace de taxista ilegal, como con amigos que pertenecían a lo que con muchas precauciones podríamos llamar *bobos*¹ rusos: artistas, periodistas, editores, que compran los muebles en Ikea y leen la edición rusa de *Elle*. Personas todas ellas nada exaltadas, y sin embargo ninguna me habló mal de él. Ninguna pronunció la palabra *fascismo*, y cuando yo decía: «De todos modos, esas banderas, esos lemas...», se encogían de hombros y me miraban como a un mojigato. Era como si hubiese ido a entrevistar a la vez a Houellebecq, Lou Reed y Cohn-Bendit: ¡dos semanas con Limónov, qué suerte tienes! Esto no quiere decir que todas estas personas razonables estuviesen dispuestas a votar por él, como tampoco los franceses, me figuro, si se les presentara la ocasión votarían por Houellebecq. Pero aman a su personaje vitriólico, admiran su talento y su audacia, y los periódicos, que sin cesar hablan de él, lo saben. En suma, es una estrella.

Le acompaño a la velada de la radio *Eco de Moscú*, que es uno de los acontecimientos mundanos de la temporada. Acude con sus gorilas, pero también con su nueva mujer, Ekaterina Vólkova, una joven actriz que se hizo famosa por un folletín televisado. En medio de la flor y nata político-mediática que se aglomera en este acto, la pareja parece conocer a todo el mundo, a nadie fotografían y festejan más que a ellos. Me gustaría mucho que Limónov me propusiera que les acompañara después a cenar, pero no lo hace. Tampoco me invita al piso donde Ekaterina vive con su bebé, porque esta noche me entero de que tienen un hijo de ocho meses. Lástima: me habría gustado ver el lugar donde descansa el guerrero, entre dos escondrijos. Me habría gustado sorprenderle en el papel, inesperado para él, de padre de familia. Me habría gustado sobre todo conocer mejor a Ekaterina, que es encantadora y muestra ese tipo de amabilidad que yo creía herencia de las actrices norteamericanas: se ríen mucho, se maravillan de todo lo que les dices y te dejan plantado cuando pasa alguien más importante. No obstante, tengo tiempo de charlar cinco minutos con ella delante del bufé, y bastan para que me cuente con una frescura ingenua que antes de conocer a Eduard no se interesaba por la política, pero que ahora ha comprendido: Rusia es un estado totalitario, hay que luchar por la libertad, participar en las marchas de los disconformes, lo que ella parece hacer con tanta seriedad como sus seminarios de yoga. Al día siguiente leo una entrevista con Ekaterina en una revista femenina en la que da recetas de belleza y posa tiernamente enlazada con el célebre opositor, su marido. Lo que me deja atónito es que, interrogada sobre política, repite exactamente lo que me ha dicho a mí, atacando a Putin con tan pocas precauciones como una actriz de mi país comprometida con los sin papeles puede criticar a Sarkozy. Trato de imaginar lo que habría sucedido bajo Stalin o incluso bajo Brézhnev en la hipótesis de todas formas inverosímil de que hubieran podido publicarse unas declaraciones semejantes, y me digo que el totalitarismo de Putin, sí, vale, pero hay cosas peores.

Me cuesta hacer coincidir estas imágenes: el escritor-gamberro que conocí en otro tiempo, el guerrillero acosado, el hombre político responsable, la estrella a la que las páginas de gente de las revistas consagran artículos embelesados. Me digo que para ver más claro en estas estampas tengo que conocer a militantes de su partido, a *nasbols* de base. Los cabezas rapadas que todos los días conducen a gente ante su jefe en un Volga negro y que al principio me asustaban un poco son buenos chicos pero no tienen mucha conversación, o bien soy yo el que no me apaño. A la salida de la conferencia de prensa con Kaspárov, abordé a una chica, simplemente porque me pareció bonita, y le pregunté si era periodista. Me respondió que sí, bueno, que trabajaba para el sitio Internet del Partido Nacional Bolchevique. Muy mona, formal, bien vestida: era *nasbol*.

A través de esta chica encantadora conozco a un chico igualmente encantador, el responsable –clandestino– de la sección de Moscú. Con el pelo largo recogido en una coleta, la cara franca, amistosa, no tiene realmente pinta de facha, sino más bien de militante altermundialista o de un autónomo como los del grupo de Tarnac. En su pisito de las afueras hay discos de Manu Chao y en las paredes cuadros al estilo de JeanMichel Basquiat pintados por su mujer. Pregunto:

–¿Y tu mujer comparte tu lucha política?

–Oh, sí –responde–. De hecho está en la cárcel. Formaba parte de los treinta y nueve del gran proceso de 2005, el que siguió Politkóvskaia.

Lo dice con una gran sonrisa, muy orgulloso; y en cuanto a él, si no está en la cárcel no es por culpa suya, sólo que «*mnie nie poviezló*»: en mi caso no fue así. Otra vez, quizá, no hay que desesperar.

Vamos juntos al tribunal de la sección urbana Tagánskaia, donde

resulta que juzgan ese día a algunos *nasbols*. La sala es minúscula, los acusados están esposados dentro de una jaula y en los tres bancos del público hay compañeros suyos, todos miembros del partido. Detrás de los barrotes hay siete acusados: seis chicos de físico bastante diverso, que va desde el estudiante barbudo y musulmán al *working class hero* en chándal, y una mujer más mayor, con el pelo negro enmarañado, pálida, bastante guapa, del estilo de la profe de historia izquierdista que se lía sus propios cigarrillos. Les acusan de *hooliganismo*, es decir, de trifulcas con las juventudes putinianas. Heridos leves en un bando y otro. Interrogados, dicen que no juzgan a los de enfrente, que son los que empezaron, que el proceso es puramente político y que si tienen que pagar por sus convicciones pues muy bien, que pagarán. La defensa alega que los detenidos no son *hooligans* sino estudiantes serios, que sacan buenas notas, y que ya han cumplido un año de prisión preventiva, que ya debería ser suficiente. El argumento no convence al juez. Veredicto para todos: dos años. Los guardias se los llevan, ellos salen riéndose, mostrando el puño y diciendo «*na smiert*»: hasta la muerte. Sus compañeros les miran con envidia: son héroes.

Hay miles, quizá decenas de miles como ellos, sublevados contra el cinismo que se ha convertido en la religión de Rusia, y profesan un verdadero culto a Limónov. Este hombre que podría ser su padre y hasta, para los más jóvenes, su abuelo, ha llevado la vida de aventurero con la que todo el mundo sueña a los veinte años, es una leyenda viva y el corazón de esta leyenda, lo que todos quisieran imitar, es el heroísmo *cool* de que ha dado muestras durante su encarcelamiento. Ha estado en Lefórtovo, la fortaleza del KGB que en la mitología rusa es el equivalente con creces de Alcatraz, ha estado en un campo de trabajo, sometido al régimen más severo, y nunca se ha quejado, nunca se ha doblegado. Se las ha arreglado no sólo para escribir siete u ocho libros, sino para ayudar eficazmente a sus compañeros de celda, que acabaron considerándole a la vez un gran jefe y una especie de santo. El día en que le liberaron los celadores y los presos se peleaban por

llevarle la maleta.

Cuando le pregunté al propio Limónov cómo era la cárcel, al principio se contentó con responder: «*Normalno*», que en ruso quiere decir bien, sin problemas, nada que señalar, y sólo más tarde me contó la pequeña anécdota siguiente.

De Lefórtovo le trasladaron al campo de Engels, a la orilla del Volga. Es un centro modélico, novísimo, fruto de las reflexiones de arquitectos ambiciosos, y que muestran de buena gana a los visitantes extranjeros para que saquen conclusiones halagüeñas sobre los progresos de la situación penitenciaria en Rusia. De hecho, los reclusos de Engels llaman a su campo «Eurogulag», y Limónov asegura que los refinamientos de su arquitectura no hacen la vida allí más agradable que en los barracones clásicos rodeados de alambre de espino: más bien menos. El hecho es que los lavabos de este campo, construidos con una placa de acero cepillado, coronada por un tubo de hierro fundido, de una línea sobria y pura, son exactamente los mismos que los de un hotel concebido por el diseñador Philippe Starck, donde el editor norteamericano de Limónov le alojó durante la última estancia de éste en Nueva York, a finales de los años ochenta.

La coincidencia le dejó pensativo. Ninguno de sus camaradas de cárcel estaba en condiciones de hacer la misma comparación. Tampoco podía hacerla ninguno de los clientes elegantes del elegante hotel neoyorquino. Se preguntó si habría en el mundo muchos otros hombres como él, Eduard Limónov, cuya experiencia incluyese universos tan diversos como el del preso de derecho común en un campo de trabajos forzados a orillas del Volga y el del escritor de moda que se mueve en un decorado de Philippe Starck. Llegó a la conclusión de que no, sin duda, y extrajo de ello un orgullo que yo comprendo, que es incluso el que me ha despertado el deseo de escribir este libro.

Vivo en un país tranquilo y decadente, en donde la movilidad

social es reducida. Nacido en una familia burguesa del distrito XVI, me convertí en un *bobo* del X. Hijo de un ejecutivo y de una historiadora de renombre, escribo libros, guiones, y mi mujer es periodista. Mis padres tienen una casa de veraneo en la isla de Ré, a mí me gustaría comprarme una en el Gard. No pienso que sea algo malo, ni que prejuzgue de la riqueza de una experiencia humana, pero en fin, desde el punto de vista tanto geográfico como sociocultural no se puede decir que la vida me haya llevado muy lejos de mis bases, y esta constatación es aplicable a la mayoría de mis amigos.

Limónov, en cambio, fue un gamberro en Ucrania; ídolo del *underground* soviético; mendigo y después ayuda de cámara de un multimillonario de Manhattan; escritor de moda en París; soldado perdido en los Balcanes; y ahora, en el inmenso desmadre del poscomunismo, viejo jefe carismático de un partido de jóvenes desesperados. Él mismo se ve como un héroe y se le puede considerar un canalla: me reservo la opinión sobre este punto. Pero lo que pensé, después de haberme parecido meramente divertida la anécdota de los lavabos de Sarátov, es que su vida novelesca y peligrosa decía algo. No sólo sobre él, Limónov, no sólo sobre Rusia, sino sobre la historia de todos nosotros desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Algo, sí, pero ¿qué? Emprendo este libro para averiguarlo.

I. Ucrania, 1943-1967

1

La historia comienza en la primavera de 1942, en una ciudad a orillas del Volga que se llamaba Rastiápino antes de la Revolución y Dzerzhinsk a partir de 1929. El nuevo nombre rinde homenaje a Félix Dzerzhinski, bolchevique de la primera hora y fundador de la policía política que, a su vez, se llamó sucesivamente Checa, GPU, NKVD, KGB, hoy FSB. La encontraremos en este libro bajo las tres últimas siglas amenazadoras, pero los rusos, más allá de las denominaciones de época, dicen, más siniestramente todavía, *organy*: los órganos. La guerra causa estragos, han desmontado la industria pesada y la han trasladado desde el teatro de operaciones a la retaguardia. De este modo, una fábrica de armamento emplea en Dzerzhinsk a toda la población y moviliza además, para vigilarla, a tropas del NKVD. Corren tiempos heroicos y severos: a un obrero que llega con cinco minutos de retraso lo juzga un consejo de guerra y son los chequistas los que detienen, juzgan y ejecutan, en su caso, con una bala en la nuca. Una noche en que unos Messerschmitt que han llegado para explorar el bajo Volga lanzan algunas bombas sobre la ciudad, uno de los soldados que monta la guardia alrededor de la fábrica ilumina el camino con su linterna de bolsillo a una joven obrera que ha salido tarde y se apresura a buscar refugio. Trastabilla, se agarra del brazo del soldado. Él advierte un tatuaje en su puño. En la oscuridad vivamente iluminada por resplandores de incendio, sus rostros se aproximan. Sus labios se tocan.

El soldado, Veniamín Savienko, tiene veintitrés años. Procede de

una familia de campesinos ucranianos. Hábil electricista, ha sido reclutado por el NKVD, que en todos los campos selecciona a los mejores elementos, y a eso debe Savienko no encontrarse en el frente como la mayoría de los chicos de su edad, sino destinado a la custodia de una fábrica de armamento en la retaguardia. Está lejos de su casa, es la norma más que la excepción en la Rusia soviética: deportaciones, exilios, traslados masivos de poblaciones, no paran de desplazar a la gente, casi son inexistentes las posibilidades de vivir y morir donde uno ha nacido.

Raia Zybin, por su parte, es de Gorki, ex Nizhni Nóvgorod, donde su padre era director de un restaurante. En la Unión Soviética no eres propietario ni gerente de un restaurante, sino director. Es un negocio que no se crea ni se adquiere, sino un puesto para el que te nombran, y no es un mal puesto, aunque por desgracia el padre de Raia fue destituido por malversación de fondos y lo enviaron a un batallón disciplinario para combatir en el campo de batalla de Leningrado, donde acaba de morir. Es una mancha en la familia, y una mancha así en esta época, en este país, puede arruinar una vida. Consideramos que una de las bases de la justicia es que los hijos no paguen por los delitos de sus padres, pero en la realidad soviética no es siquiera un principio formal, algo a lo que se pueda remitir teóricamente. Los hijos de trotskistas, de *kuláks*, como se llama a los campesinos pudientes, o de privilegiados del antiguo régimen, están condenados a una vida de proscritos, excluidos del acceso a los excursionistas, la universidad, el Ejército Rojo, el Partido, y la única posibilidad que tienen de eludir esta proscripción es renegar de sus padres y mostrar el máximo celo, y como esto significa denunciar al prójimo, los mejores auxiliares que tendrán los órganos son las personas cuya biografía tiene esta mancha. En el caso del padre de Raia, puede ser que su muerte en el campo del honor haya arreglado un poco las cosas, pero lo cierto es que los Zybin, al igual que los Savienko, han atravesado sin percances el Gran Terror de los años treinta. Sin duda eran demasiado insignificantes. Esta oportunidad no impide que la joven Raia se avergüence de su padre deshonesto, del

mismo modo que se avergüenza del tatuaje que se hizo hacer cuando era alumna de la escuela técnica. Más tarde intentará borrarlo rociándose la muñeca con ácido clorhídrico, porque le duele no poder pasearse con un vestido de manga corta y, siendo esposa de un oficial, la consideren vulgar.

El embarazo de Raia coincide casi día por día con el sitio de Stalingrado. Concebido durante el terrible mes de mayo de 1942, en la época de las derrotas más humillantes, Eduard nace el 2 de febrero de 1943, veinte días antes de que capitule el sexto ejército del Reich y se invierta la suerte de las armas. Le repetirán que es un hijo de la victoria y que habría nacido en un mundo de esclavos si los hombres y las mujeres de su pueblo no hubieran sacrificado sus vidas para no abandonar al enemigo la ciudad que llevaba el nombre de Stalin. Más adelante hablarán mal de Stalin, le tacharán de tirano, se complacerán en denunciar el terror que impuso, pero para los miembros de la generación de Eduard habrá sido el jefe supremo de los pueblos de la Unión en el momento más trágico de su historia, el vencedor de los nazis, el hombre capaz de este rasgo digno de Plutarco: los alemanes habían capturado a su hijo, el teniente Yákov Dzhugashvili; los rusos, a su vez, tenían prisionero delante de Stalingrado al mariscal de campo Paulus, uno de los grandes jefes militares del Reich. Cuando el alto mando alemán le propuso un intercambio, Stalin respondió altaneramente que no trocaría a mariscales de campo por unos simples tenientes. Yákov se suicidó arrojándose contra los alambres electrificados de su campo.

De la infancia de Eduard emergen dos anécdotas. La primera, enternecedora, es la preferida de su padre: muestra al bebé acostado, a falta de cuna, en una caja de obuses, mascando a guisa de chupete una cola de arenque y sonriendo como un bendito. «*Molodiéts!*», exclama Veniamín: «¡Qué buen chico! ¡Estará a gusto en todas partes!»

La segunda, menos encantadora, la cuenta Raia. Fue a la ciudad

con su bebé a la espalda cuando empezó un bombardeo de la Luftwaffe. Se refugió en un sótano junto con una decena de ciudadanos, algunos aterrados, otros apáticos. El suelo y las paredes temblaban; intentaban, por el ruido, determinar a qué distancia caían las bombas y qué edificios destruían. El pequeño Eduard empezó a llorar, atrayendo la atención y la cólera de un tipo que, con una voz silbante, explicó que los boches tenían unas técnicas ultramodernas para localizar a objetivos vivos, que se guiaban por los sonidos más débiles y que el llanto del bebé haría que los mataran a todos. Los demás se excitaron tanto que expulsaron a Raia del refugio y tuvo que buscarse otro bajo el bombardeo. Ciega de rabia, se dijo y le dijo al bebé que era un camelo todo lo que quisieran contarle sobre la ayuda mutua, la solidaridad, la fraternidad. «La verdad, no lo olvides nunca, mi pequeño Édichka, es que los hombres son unos cobardes, unos canallas, y que te matarán si no estás preparado para golpear primero.»

Terminada la guerra, a las ciudades no se las llama así, sino «concentraciones de población», y la joven familia Savienko, en virtud de destinos que nunca ha elegido, lleva una vida de cuarteles y barracones en diversas concentraciones de población del Volga hasta febrero de 1947, cuando se afincan en Járkov, en Ucrania. Járkov es un gran centro industrial y ferroviario, razón por la cual se la han disputado ásperamente alemanes y rusos, que la han tomado, recuperado, ocupado por turnos uno y otro, masacrando a sus habitantes y dejando al final de la guerra una extensión de ruinas. El edificio constructivista de hormigón armado que alberga, en la calle del Ejército Rojo, a los oficiales del NKVD y a sus familias –designadas con el nombre de «personas a cargo»– da a lo que ha sido la imponente estación central, ahora convertida en un caos de piedra, ladrillo y metal rodeado por empalizadas que está prohibido escalar porque entre los escombros, además de los cadáveres de soldados alemanes, hay esparcidas minas y granadas: así ha perdido la mano un niño. A pesar de este ejemplo, la banda de pilluelos a la que se une Eduard multiplica las incursiones a las ruinas, en busca de cartuchos cuya pólvora vierten sobre los rieles del tranvía, ocasionando chisporroteos, fuegos artificiales, incluso una vez un descarrilamiento que llegó a convertirse en una leyenda. Por la noche, los mayores cuentan historias espeluznantes: historias de boches muertos que vagan por las ruinas y acechan a los imprudentes; historias de ollas en la cantina en cuyo fondo hay dedos de niños; historias de caníbales y de tráfico de carne humana. Se pasa hambre en aquel tiempo, sólo comen pan, patatas y sobre todo *kasha*, esa papilla de alforfón que figura en todas las comidas en la mesa de los rusos pobres y a veces en la de parisinos acomodados como yo, que me ufano de prepararla bien. El salchichón es un lujo raro, a Eduard le encanta hasta el punto de que sueña con ser charcutero cuando sea mayor. No hay perros, gatos ni animales

domésticos: se los comerían; en cambio, abundan las ratas. Veinte millones de rusos murieron en la guerra, pero otros veinte millones afrontan la posguerra sin un techo. La mayoría de los niños no tienen padre, la mayoría de los hombres todavía vivos están lisiados. En cada esquina de la calle te cruzas con hombres mancos o sólo con una o ninguna pierna. Por todas partes se ven también bandas de niños abandonados a su suerte, huérfanos de padres muertos en la guerra o de enemigos del pueblo, niños hambrientos, niños ladrones, asesinos, niños que retornan al estado salvaje, que se desplazan en hordas peligrosas y para los cuales se ha establecido en los doce años la edad de responsabilidad penal, es decir, la pena de muerte.

El niño admira a su padre. Le gusta ver cómo engrasa su arma de servicio el sábado por la noche, le gusta ver cómo se pone el uniforme, y nada le hace más feliz que el permiso para lustrarle las botas. Hunde en ellas el brazo hasta el hombro, esparce el betún con cuidado, en cada fase de la operación utiliza cepillos y trapos especiales, todo un material que, cuando Veniamín parte de misión, ocupa la mitad de su maleta y que su hijo deshace, llena, cuida a la espera del día glorioso en que él tendrá unas botas iguales. Para Eduard, los únicos hombres dignos de este nombre son los militares, y los únicos niños que se puede frecuentar son los hijos de militares. Conoce a otros: las familias de oficiales y suboficiales que viven en el inmueble del NKVD, calle del Ejército Rojo, se frecuentan entre ellas y aprecian poco a los civiles, criaturas quejicas e indisciplinadas que se paran sin avisar en medio de las aceras y obligan a rectificar su trayectoria al soldado que camina con paso reglamentario, regular y enérgico: a seis kilómetros por hora. Eduard caminará así hasta el final de sus días.

En la calle del Ejército Rojo, a los niños, para que se duerman, les cuentan historias de esta guerra a la que los rusos no llaman, como nosotros, la Segunda Guerra Mundial, sino la Gran Guerra Patriótica, y los sueños infantiles están poblados de trincheras que se desmoronan, de caballos muertos, de camaradas de combate cuya cabeza se lleva

por los aires la explosión de un obús. Estas historias exaltan a Eduard. Sin embargo, se percata de que cuando su madre se las cuenta el padre parece un poco incómodo. Nunca tratan de él ni de sus hazañas, sino de las de su tío, el hermano de Raia, y el niño no se atreve a preguntar: «Pero tú, papá, ¿tú también fuiste a la guerra? ¿Luchaste?»

No, él no combatió. La mayor parte de los hombres de su edad han visto la muerte cara a cara. La guerra, escribirá más tarde su hijo, les ha mordido con sus dientes como a una moneda dudosa y saben, porque no se han doblado, que no son dinero falso. Su padre no. No ha visto la muerte cara a cara. Ha pasado la guerra en la retaguardia y rara es la vez que su mujer no se lo recuerda.

Ella es dura, imbuida de su rango, enemiga de enternecerse. Siempre toma el partido de los adversarios de su hijo. Si le han pegado, no le consuela, sino que felicita al agresor: así se hará hombre, no una nenita. Uno de los primeros recuerdos de Eduard es el de haber sufrido una otitis aguda a los cinco años. De los oídos le manaba pus, estuvo sordo varias semanas. En el trayecto hacia el dispensario al que le llevó su madre había que atravesar las vías del tren. Él vio sin oírlo el tren que se acercaba, el humo, la velocidad, el monstruo de metal negro, y de repente le asaltó el miedo irracional de que ella quería arrojarle debajo de las ruedas. Se puso a gritar: «¡Mamá! ¡Querida mamá! ¡No me tires debajo de las ruedas! ¡No me tires, por favor!» En su relato insiste en la importancia del «por favor», como si esta súplica educada hubiera sido lo que disuadió a su madre de su funesto plan.

Treinta años más tarde, cuando le conocí en París, a Eduard le complacía decir que su padre había sido chequista porque sabía que eso asustaba. Un día en que lo había dicho se burló de nosotros: «Ya basta de imaginarse una película de terror, mi padre era el equivalente de un guardia, nada más.»

¿Nada más, de verdad?

Justo después de la Revolución, en la época de la guerra civil, Trotski, al mando del Ejército Rojo, se vio obligado a incorporar a elementos procedentes del ejército imperial, militares de carrera, especialistas de armas, pero «especialistas burgueses» y como tales poco fiables, y, para controlarlos, ratificar sus órdenes, abatirlos si rechistaban, creó un cuerpo de comisarios políticos. Así nació el principio de la «doble administración», fundada en la idea de que para realizar una tarea hacen falta por lo menos dos hombres: el que la lleva a cabo y el que da fe de que la ha cumplido de acuerdo con los principios marxistas-leninistas. Del ejército, este principio se extendió a toda la sociedad, y en este tránsito advirtieron que se necesitaba un tercer hombre para vigilar al segundo, un cuarto para vigilar al tercero y así sucesivamente.

Veniamín Savienko es un modesto engranaje de este sistema paranoico. Su trabajo consiste en vigilar, controlar, informar. Lo cual no implica forzosamente, y en esto Eduard tiene razón, actos de represión terribles. Hemos visto que, soldado raso del NKVD durante la guerra, ha actuado de centinela delante de una fábrica. Ascendido en tiempo de paz al grado modesto de subteniente, ejerce la función de *nacht-kluba*, que podría traducirse como «jefe de local nocturno», pero que en el marco en que él se mueve consiste en animar el tiempo libre y la vida cultural del soldado, organizando por ejemplo bailes para el Día del Ejército Soviético. Esta función le conviene: toca la guitarra, le gusta cantar, a su manera tiene gusto para las cosas refinadas. Hasta se pone en las uñas esmalte transparente: un auténtico dandy, este subteniente Savienko, y que, según juzga retrospectivamente su hijo, podría haber tenido una vida más interesante si hubiese tenido el valor de sacudirse la severa autoridad de su mujer.

La versión del *nightclubbing* NKVD, donde Veniamín disfruta de un solaz relativo, no duró, lástima, porque le robó el puesto un tal capitán Levitin, que se convirtió sin saberlo en el enemigo jurado de los Savienko y, en la mitología íntima de Eduard, en una figura esencial: el

intrigante que trabaja peor pero que prospera más que tú, cuya insolencia y potra de cornudo te humillan, y no sólo lo hacen delante de los jefes sino también, lo que es más grave, delante de tu familia, de forma que tu hijo, aun profesando lealmente el desprecio de los suyos por Levitin, no puede, aunque quiera, evitar pensar en secreto que su padre es un poco un hombre de medio pelo, un poco paria, y que, sin embargo, el hijo de Levitin tiene suerte. Eduard desarrollará más adelante una teoría según la cual en la vida de cada uno hay un Levitin. El suyo pronto hará su aparición en este libro con los rasgos del poeta Joseph Brodsky.

Tiene diez años cuando muere Stalin, el 5 de marzo de 1953. Sus padres y la gente de su generación se pasaron toda la vida bajo su sombra. Para todas las preguntas que se formulaban él tenía la respuesta, lacónica y desabrida, que no dejaba lugar a dudas. Ellos se acuerdan de los días de espanto y duelo que siguieron al ataque alemán de 1941, y del día en que, saliendo de su postración, habló por la radio. Dirigiéndose a los hombres y mujeres de su pueblo, no les llamó «camaradas»: les llamó «amigos míos». «Amigos míos»: estas palabras tan sencillas, tan familiares, cuyo calor habían olvidado y que en la inmensa catástrofe acariciaban el alma, contaron para los rusos tanto como para nosotros las de Churchill y De Gaulle. Todo el país asume el duelo de quien las ha pronunciado. Los niños de las escuelas lloran porque no pueden dar su vida para prolongar la de él. Eduard también llora como los demás.

Por entonces es un niño amable, sensible, de salud algo precaria, que ama a su padre, teme a su madre y da plena satisfacción a ambos. Delegado del sóviet de los excursionistas de su clase, cada año figura en el cuadro de honor, como corresponde a un hijo de oficial. Lee mucho. Sus autores favoritos son Alejandro Dumas y Julio Verne, los dos muy populares en la Unión Soviética. En este aspecto nuestras infancias respectivas, aunque muy diferentes, se parecen. Como él, yo tuve por modelos a los mosqueteros y el conde de Montecristo. Soñaba con ser trampero, explorador, marino; más concretamente, arponero de ballenas, a semejanza de Ned Land, interpretado por Kirk Douglas en la versión filmada de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Con los pectorales marcados por una camiseta de rayas, tatuado, guasón, sin desanimarse nunca, dominaba con su presencia física al profesor Arronax e incluso al tenebroso capitán Nemo. Estas tres figuras se prestaban a la identificación: el sabio, el rebelde y el hombre de acción que era también un hombre del pueblo, y si hubiera dependido sólo de

mí habría querido ser este último. Pero no dependía sólo de mí. Mis padres me hicieron comprender enseguida que no, que no podría ser arponero de ballenas, era mejor ser un sabio –no recuerdo que entonces se comentara la tercera opción, el rebelde–, y mucho más dado que yo sufría una gran miopía: ¡arponar ballenas con gafas!

Tuve que llevarlas desde los ocho años. Eduard también, pero él las sufrió más que yo, porque en su caso esta deficiencia no le vedaba una carrera quimérica, sino precisamente la carrera a la que estaba normalmente destinado. El oculista que le examinó dio pocas esperanzas a sus padres; con una vista tan mala, su hijo tenía todas las posibilidades de que le declarasen no apto en el ejército.

Este diagnóstico es una tragedia para él. Nunca ha pensado en otra cosa que en ser oficial, y le informan de que ni siquiera hará el servicio militar, de que está condenado a ser lo que desde su más tierna infancia le han enseñado a despreciar: un civil.

Quizá es lo que hubiera sido si no hubiesen demolido el inmueble que albergaba a los oficiales del NKVD, dispersado a sus inquilinos y realojado a los Savienko en la ciudad nueva de Sáltov, en la periferia lejana de Járkov. Sáltov se compone de calles que se cortan en ángulo recto pero que no han tenido tiempo de asfaltar, y de cubos de hormigón de cuatro plantas, recién construidos y ya degradados, donde viven los obreros de tres fábricas respectivamente llamadas La Turbina, El Pistón y, por último, La Hoz y el Martillo. Estamos en la Unión Soviética, donde en principio no desmerece ser proletario, y sin embargo la mayoría de los hombres de Sáltov son alcohólicos y analfabetos, la mayor parte de sus hijos abandonan la escuela a los quince años para trabajar en la fábrica o, con más frecuencia, callejear, emborracharse y enzarzarse en peleas, y es inevitable, incluso en una sociedad sin clases, que los Savienko conciban este exilio como un desclasamiento. Desde el primer día, Raia añora amargamente la calle del Ejército Rojo, la comunidad de oficiales orgullosos de pertenecer a la misma casta, los libros que se intercambiaban, las veladas en las que,

con la guerrera del uniforme desabrochada sobre la camisa blanca, los maridos sacaban a bailar a sus jóvenes esposas al compás de discos de fox-trot o de tango confiscados en Alemania. Abruma a Veniamín con sus reproches, le menciona el ejemplo de camaradas más hábiles que han ascendido tres grados en el tiempo en que él pasaba a duras penas de subteniente a teniente y han obtenido pisos de verdad en el centro de la ciudad, mientras que ellos tienen que conformarse con una habitación para tres personas en esta fea barriada donde nadie lee ni baila el foxtrot, donde una mujer distinguida no tiene a nadie con quien hablar y donde cada vez que llueve las calles desbordan de barro negruzco. No llega a decir que habría hecho mejor casándose con un capitán Levitin, pero lo piensa intensamente, y el pequeño Eduard, que tanto admiraba a su padre, sus botas, su uniforme y su pistola, empieza a compadecerle, a considerarle un hombre honrado y un poco imbécil. Sus nuevos camaradas no son hijos de oficiales, sino de proletas, y los únicos que le gustan de entre ellos no quieren ser proletas, como sus padres, sino maleantes. Esta carrera, como el ejército, entraña un código de conducta, de valores, una moral que le atraen. Ya no quiere parecerse a su padre cuando sea mayor. No quiere una vida honesta y un poco imbécil, sino una vida libre y peligrosa: una vida de hombre.

Da un paso decisivo en este sentido el día en que se pelea con un chico de su clase, un siberiano gordo que se llama Yura. De hecho, no se pelea *con* Yura, sino que es Yura el que le zurra la badana. Le llevan a casa aturdido y cubierto de equimosis. Fiel a sus principios de estoicismo castrense, su madre no se apiada, no le consuela, da la razón a Yura y menos mal que lo hace, piensa él, porque desde aquel día su vida cambia. Comprende una cosa esencial, y es que hay dos clases de personas: a las que puedes pegar y a las que no puedes, y que éstas no son las más fuertes o las mejor entrenadas, sino las que *están dispuestas a matar*. Éste es el único secreto, y el amable y pequeño Eduard decide pasarse al segundo bando: él será un hombre al que

nadie pega porque se sabe que puede matar.

Desde que ya no es *nacht-kluba*, Veniamín parte a menudo de misión durante varias semanas. No está claro en qué consisten exactamente esas misiones. Eduard, que empieza a hacer su vida, se interesa poco por saberlo, pero un día en que Raia le dice que cuenta con él para la cena porque su padre vuelve de Siberia, se le ocurre la idea de salirle al encuentro.

De acuerdo con una costumbre que no perderá nunca, llega antes de tiempo. Aguarda. Por fin el tren de Vladivostok-Kíev entra en la estación. Los pasajeros se apean, se dirigen hacia la salida, él se ha situado de tal manera que ve a todo el que pasa, pero Veniamín no aparece. Eduard se informa, le confirman la hora de llegada, acerca de la cual cabe equivocarse muy fácilmente pues entre Vladivostok y Leningrado hay once husos horarios y en todas las estaciones las llegadas y partidas de los trenes se indican con la hora de Moscú; en la actualidad sigue siendo necesario que el viajero calcule el desfase. Decepcionado, se arrastra a lo largo de los andenes, pasa de uno a otro en el alboroto reflejado por las inmensas vidrieras de la estación. Le regañan las buenas ancianas con pañoleta y botines de fieltro que tratan de vender a los viajeros sus cubos de pepinos y arándanos. Atraviesa las vías del apartadero, llega al sector reservado a la descarga de mercancías. Y allí, en un rincón aislado de la estación, entre dos convoys parados, sorprende el espectáculo: hombres de paisano, esposados, con la cara demacrada, descienden por una plancha de un vagón de mercancías; soldados con capote y fusil con bayoneta les empujan sin miramientos para meterlos en un camión negro sin ventana. Un oficial dirige la operación. Tiene en una mano una resma de papeles sujetos sobre una tablilla con una pinza metálica y descansa la otra en la funda de su pistola. Pasa lista a los nombres, con voz seca.

Ese oficial es su padre.

Eduard se queda escondido hasta que el último prisionero ha

subido al camión. Después vuelve a su casa, turbado y avergonzado. ¿De qué se avergüenza? No de que su padre preste ayuda a un sistema de represión monstruoso. No sabe nada de ese sistema, nunca ha oído la palabra *gulag*. Sabe que existen cárceles y campos donde encierran a los delincuentes, y no ve nada malo en ello. Lo que sucede, lo que él malinterpreta y lo que explica su turbación, es que su escala de valores está cambiando. Cuando era niño, de un lado estaban los militares y del otro los civiles, y aunque su padre no hubiera recibido su bautismo de fuego le respetaba como militar. En el código de los chicos de Sáltov, que él se dispone a adoptar, de un lado están los maleantes y del otro los polis, y justo en el momento en que elige el bando de los maleantes descubre que su padre es menos un militar que un madero, y de la categoría más subalterna: carcelero, celador, pequeño funcionario del orden.

La escena tiene una continuación nocturna. En el cuarto único que ocupa la familia, la cama de Eduard está al pie de la de sus padres. No recuerda haberles oído hacer el amor, pero sí se acuerda de una conversación en voz baja cuando le creían dormido. Deprimido, Veniamín cuenta a Raia que en vez de acompañar a unos condenados desde Ucrania a Siberia, como hace normalmente, ha conducido en el sentido contrario a todo un contingente que va a ser fusilado. Han organizado esta alternancia para no minar demasiado la moral de los guardias del campo: un año fusilan en una cárcel a todos los condenados a muerte de la Unión Soviética y al año siguiente en otra. He buscado en vano el rastro de esta improbable costumbre en libros sobre el gulag, pero aunque Eduard malinterpretase lo que dijo su padre, es cierto que iban a la muerte los hombres a los que llamaba por su nombre al bajar del vagón y marcaba con una cruz en su lista al entrar en el camión. Veniamín cuenta a su mujer que uno de ellos le ha producido una impresión muy fuerte. En su expediente figura el código que significa «especialmente peligroso». Es un hombre joven, siempre educado y tranquilo, que habla un ruso elegante y que en su

celda o en el vagón de mercancías se las arregla para hacer todos los días su tabla de gimnasia. Este condenado a muerte estoico y distinguido se convierte en un héroe a los ojos de Eduard. Empieza a soñar con imitarle algún día, ir a la cárcel él también, impresionar no sólo a los polis, pobres patanes mal pagados como su padre, sino también a las mujeres, a los delincuentes, a los auténticos hombres; y lo hará, como todo lo demás que ha soñado de niño.

Vaya donde vaya, es el más joven, el más pequeño, el único que lleva gafas, pero siempre tiene en el bolsillo una navaja de muelle cuya hoja sobrepasa la anchura de su palma, lo que mide la distancia entre el pecho y el corazón y significa que con ella se puede matar. Además, sabe beber. No es su padre el que le ha enseñado, sino un vecino, antiguo prisionero de guerra. De hecho, dice el prisionero, no se aprende a beber: hay que haber nacido con un hígado de acero, y es el caso de Eduard. Sin embargo, hay algunos trucos: ingerir un vasito de aceite para engrasar las tuberías antes de beber (a mí también me enseñaron esto: mi madre lo sabía por un viejo cura siberiano) y no comer al mismo tiempo (me enseñaron lo contrario, doy, por tanto, el consejo con circunspección). Gracias a esta técnica y a estas dotes innatas, Eduard puede ingerir un litro de vodka por hora, a razón de un vaso grande de 250 gramos cada cuarto de hora. Este talento social le permite dejar estupefactos hasta a los azeríes que vienen de Bakú a vender naranjas en el mercado y ganar apuestas que le dan dinero de bolsillo. Le permite también participar en esos maratones de embriaguez a los que los rusos llaman *zapói*.

Zapói es un asunto serio, no una curda de una noche que se paga, como en mi país, con una resaca al día siguiente. *Zapói* es pasar varios días borracho, vagar de un lugar a otro, subir en trenes sin saber adónde van, confiar los secretos más íntimos a desconocidos casuales, olvidar todo lo que has dicho y hecho: una especie de viaje. De este modo, una noche en que han empezado a soplar y andan escasos de combustible, Eduard y su mejor amigo, Kostia, deciden atracar una tienda de comestibles. A los catorce años, Kostia, a quien apodan el Gato, ya ha pasado una temporada por robo a mano armada en una colonia penitenciaria para menores. Investido de esta autoridad, enseña a su discípulo Eduard la regla de oro del atracador: «Actúa con valor y determinación, sin esperar que se den las condiciones ideales,

porque las condiciones ideales no existen.» Miran rápidamente a derecha y a izquierda para cerciorarse de que no pasa nadie por la calle. Se envuelven el puño en la zamarra enrollada en forma de bola. De un golpe seco rompen el cristal de la ventana del sótano y ya están dentro. Está oscuro, pero no pueden encender la luz. Arramblan con tantas botellas de vodka como caben en las mochilas y después fuerzan la caja registradora. Sólo contiene veinte rublos, una auténtica miseria. Hay una caja de caudales en el despacho del director, pero a ver quién la abre con un cuchillo. Kostia lo intenta, no obstante, y mientras él se afana Eduard busca otras cosas que robar. En la percha, detrás de la puerta, encuentra un abrigo con cuello de astracán: adelante, se puede revender. En el fondo de un cajón, una botella empezada de coñac armenio, sin duda la reserva personal del director, que no vende este tipo de alcohol a sus clientes proletas. En la sociología personal de Eduard, todos los comerciantes son unos malhechores, pero hay que reconocer que saben lo que es bueno. De repente, voces, ruido de pasos, muy cerca. El miedo le retuerce los intestinos. Se baja los calzoncillos, se acuclilla levantándose los faldones del abrigo robado y expulsa un chorro de mierda muy líquida. Falsa alarma.

Un poco más tarde, cuando ya han salido por el mismo sitio por donde han entrado, los dos chicos se detienen en una de esas lúgubres zonas de juego que les gustan tanto a los diseñadores de las barriadas proletarias. Sentados en la arena sucia y húmeda, al pie del tobogán tan herrumbroso que los padres evitan llevar allí a sus niños por miedo a que atrapen el tétanos, apuran a morro la botella de coñac y, después de avergonzarse un poco, Eduard se jacta de haber cagado en el despacho del director. «Te apuesto a que ese cabrón va a aprovechar el atraco para declarar que le han robado dinero que se ha metido en el bolsillo», dice Kostia. Más tarde aún, van a casa de Kostia, cuya madre, viuda de guerra, protesta y se lamenta cuando ellos se encierran en su habitación para seguir bebiendo. «¡Cierra el pico, vieja perra», responde elegantemente su hijo a través de la puerta, «porque si no mi amigo Eduard va a salir a darte por culo!»

Después de haber bebido toda la noche, los dos chicos llevan las botellas que quedan a casa de Slava, que, desde que han enviado a sus padres a un campo por delitos económicos, vive con su abuelo en una choza al borde del río. Además de Eduard y Kostia, esa tarde está en casa de Slava un tipo más mayor, Gorkun, que tiene dientes de metal y los brazos tatuados, habla poco y de quien Slava cuenta con orgullo que se ha pasado la mitad de sus treinta años en Kolimá. Los campos de trabajo de Kolimá, en el extremo oriental de Siberia, tienen fama de ser los más duros de todos, y haber expiado tres condenas de cinco años representa para los chicos ser tres veces héroe de la Unión Soviética: un respeto. Las horas transcurren lentamente contando bobadas, espantando con una mano flácida las nubes de mosquitos que revolotean en julio sobre el río enarenado, ingiriendo vodka tibia mientras comen trocitos de tocino que Gorkun corta con su cuchillo siberiano. Los tres están borrachos, pero ya han sobrepasado la cuesta arriba y la cuesta abajo típicas del primer día de embriaguez, han alcanzado ese atontamiento sombrío y testarudo que permite al *zapóí* adoptar su velocidad de crucero. Al caer la noche, deciden dar una vuelta por el parque de Krasnozavodsk, donde se reúne la noche del sábado la juventud de Sáltov.

Allí la gresca está garantizada, y la verdad es que Eduard y sus compinches la han buscado. Empieza en la pista de baile, al aire libre. Gorkun invita a una chica a bailar. Ella, una pelirroja de pechos grandes y vestido de flores, se niega porque Gorkun se ha excedido en el consumo de alcohol y tiene pinta de lo que es: un *zek*, como llaman en Rusia a los presidiarios. Para que Gorkun tenga una buena opinión de él, Eduard se acerca a la chica, saca una navaja, con la que apunta a uno de sus grandes pechos y aprieta ligeramente. Trata de adoptar una voz de hombre y dice: «Cuento hasta tres y si a la de tres no bailas con mi amigo...» Un poco después, en un rincón oscuro del parque, se les abalanzan los amigos de la pelirroja. La reyerta se convierte en desbandada cuando aparece la policía. Kostia y Slava consiguen huir,

la pasma pilla a Gorkun y Eduard. Los tiran al suelo, empiezan a patearles las costillas con las botas y a aplastarles las manos metódicamente: el objetivo de aplastarles las manos es que después ya no pueden blandir armas. Eduard lanza navajazos a ciegas, rasga un poco el pantalón y la pantorrilla de un policía. Los demás le apalean hasta que pierde el conocimiento.

Vuelve en sí en una celda tan pestilente como las de todas las comisarías del mundo: conocerá muchas más. El comandante del puesto, que le interroga, es un hombre asombrosamente educado, pero no le oculta que la agresión a mano armada contra un policía podría costarle la pena de muerte si fuese mayor de edad y, como no lo es, cinco años como mínimo en una colonia penitenciaria. ¿Una adolescencia entre rejas le hubiese quebrado, le hubiese bajado los humos, o sólo habría sido un episodio más en su vida de aventurero? Se libró, en cualquier caso, porque al oír el nombre de Savienko el comandante arquea las cejas, le pregunta si es el hijo del teniente Savienko, del NKVD, y como Savienko es un antiguo camarada arregla el asunto, entierra el expediente relativo al navajazo y, en lugar de cinco años, a Eduard le caen sólo quince días. En principio debería pasarlos recogiendo basura, pero está demasiado contusionado para moverse así que le encierran en una celda con Gorkun, que se deja ganar por el fervor de este muchacho, se vuelve locuaz y durante dos semanas lo entretiene con historias de Kolimá.

Huelga decir que Gorkun ha estado allí por delitos de derecho común; de lo contrario no alardearía delante de chicos como Eduard y sus amigos que, al revés que nosotros, no sienten el menor respeto por los presos políticos. Sin conocerles, les consideran intelectuales dogmáticos o cretinos que se han dejado trincar sin saber siquiera por qué. Los malhechores, en cambio, son héroes, y en especial esta aristocracia de delincuentes que se llaman *vory v zakonie*, los ladrones dentro de la ley. No los hay en Sáltov, donde sólo imperan los

pequeños delincuentes, el propio Gorkun no pretende ser uno de ellos, pero ha conocido a algunos en el campo de trabajo y no se cansa de contar sus hazañas, poniendo al mismo nivel y presentando como dignos de una admiración similar actos de una valentía loca y de una crueldad bestial. Siempre que un maleante sea *honesto*, es decir, que observe las leyes de su clan, siempre que sepa matar y morir, Gorkun sólo ve lustre y distinción moral en que se juegue a las cartas la vida de un compañero de barracón y, terminada la partida, le sangre como a un lechón, o arrastre a otro a una tentativa de evasión con el propósito de comérselo cuando los víveres escaseen en medio de la taiga. Eduard escucha devotamente a Gorkun, admira sus tatuajes, le pide que le inicie en sus arcanos. Porque entre los maleantes rusos, y en especial siberianos, uno no se tatúa cualquier cosa ni en cualquier sitio ni de cualquier manera. Las figuras y su ubicación indican con precisión el rango en la jerarquía criminal, a medida que se escalan los peldaños se conquista el derecho de recubrir gradualmente el cuerpo, y ay del farsante que usurpe este derecho: a ése lo desuellan, se hacen unos guantes con su piel.

Los últimos días que pasa encarcelado, Eduard hace un recuento que le llena de un gozo extraño, una especie de plenitud cuya búsqueda se convertirá en una constante de su vida. Ha entrado en la cárcel admirando a Gorkun y saldrá de ella soñando con ser algún día como él. Sale convencido, y es lo que le exalta, de que Gorkun no es tan admirable y de que él, Eduard, irá mucho más lejos. Con sus años de campo y sus tatuajes, Gorkun puede deslumbrar por un momento a unos adolescentes provincianos, pero si lo tratas un poco te percatas de que habla de los grandes malhechores como el pequeño delincuente que es, sin compararse con ellos, sin imaginar ni por un instante que él pudiese ocupar su lugar, un poco como ese pobre pringado de Veniamín habla de los altos oficiales. Hay humildad y candor en esta forma de mantenerse en su sitio, pero esta humildad y este candor no son para Eduard, que piensa que está bien ser un criminal, incluso que

no hay nada mejor, pero que hay que apuntar alto: ser el rey del crimen, no un segundo espada.

Cuando Eduard se las expone, estas ideas nuevas galvanizan a Kostia y, mientras Gorkun, al salir de la cárcel, no muestra más ambición que la de jugar al dominó, los dos chicos se estimulan mutuamente con el desprecio por todo lo que les rodea. No escapa a ese desdén nada de lo que se puede conocer de la sociedad en Sáltov: proletas obtusos y resignados, jóvenes pandilleros abocados a convertirse en obreros como sus padres, ingenieros y oficiales que sólo son obreros mejorados, y de los comerciantes más vale no hablar. No hay ninguna duda: es imperativo convertirse en malhechores.

Pero ¿cómo? ¿Cómo encontrar una banda y que te acepten? Tiene que haber forzosamente alguna en la ciudad y cuando se envalentonan para tomar el tranvía hasta el centro, la partida está impregnada de exaltación: ¡Járkov es nuestra! Pero ay, una vez que llegan se sienten tan incómodos allí como la chusma de Sena-Saint Denis en el bulevar de Saint-Germain. Sin embargo, Eduard ha vivido en el centro en una época que tiende a idealizar, al igual que su madre. Conduce a Kostia en un recorrido ritual de los lugares de su infancia, la calle del Ejército Rojo, la avenida Sverdlov, pero el itinerario se recorre enseguida, después ya no saben adónde ir, a qué puerta llamar, apenas se atreven a pedir una cerveza en un quiosco y, contrariados, descontentos de sí mismos, vuelven a su barriada, donde la vida está tan trágicamente alejada de la verdadera, pero es donde viven ellos, y eso es tener mala suerte.

Luego Eduard conoce a Kadik, que será el otro gran amigo de su adolescencia, y las cosas cambian. Un año mayor que él, Kadik vive solo con su madre y no frecuenta a los pequeños maleantes de Sáltov. Se relaciona con gente del centro de la ciudad, pero no son los maleantes a los que Eduard sueña ardientemente con aproximarse. Su

gran orgullo es conocer a un saxofonista que toca *Caravan* de Duke Ellington y, a través de él, haberse codeado con los miembros del grupo de Járkov El Caballo Azul, una especie de *beatniks* que han recibido el honor de un artículo en el *Komsomólskaia Pravda*: el *swinging* Járkov, en cierto modo. Para huir del destino totalmente trazado del joven de Sáltov, Kadik aspira a ser artista y, aunque no tiene una vocación muy marcada, al menos es lo que podríamos llamar un «enrollado» que toca un poco la guitarra, compra y colecciona discos, lee y emplea toda su energía en mantenerse al corriente de lo que sucede en la ciudad, en Moscú y hasta en América.

Todo esto es totalmente nuevo para Eduard, los valores y los códigos de Kadik trastornan los suyos. Bajo su influencia descubre el culto de la ropa. Cuando era pequeño, su madre le vestía en mercadillos de ocasión, donde vendían artículos confiscados en la guerra: llevaba trajes bonitos de niño modelo alemán y le producía un placer turbio pensar que era la ropa de un hijo del director de IG Farben o de Krupp, muerto en Berlín en 1944. A continuación se impuso el código indumentario de Sáltov: pantalón de obra, grueso anorak acolchado de piel sintética, todas las demás fantasías son cosas de sarasas, por lo que un día sus amigos se quedan sumamente sorprendidos al ver a Eduard luciendo debajo de un chaquetón con capucha de color canario un pantalón de pana malva con adornos en relieve y zapatos tan bien herrados que si arrastra los tacones sobre el asfalto sacan chispas. En Sáltov, sólo él y Kadik están en condiciones de apreciar su propio dandismo, pero como saben que Eduard no tarda en sacar la navaja todos se contentan con reírse sin tacharle de sarasa.

El dandismo es también lo que le gusta de los *jazzmen* que idolatra su nuevo amigo. Para la música es bastante cerrado y lo seguirá siendo toda su vida, pero en cambio empieza a leer. Se había detenido en Julio Verne y Alejandro Dumas, reanuda la lectura con Romain Rolland, del que Kadik le presta *JeanChristophe* y *El alma encantada*, novelas de aprendizaje vastas y vaporosas que probablemente he sido uno de los últimos adolescentes franceses en

leerlas, pero que conocen un residuo de favor en la Unión Soviética porque su autor, por su pacifismo, fue compañero de ruta de los comunistas. De ahí pasa a Jack London, Knut Hamsun, los grandes vagabundos, que han ejercido todos los oficios y nutrido sus libros con sus experiencias. Sus preferencias en prosa recaen en los autores extranjeros, pero en el ámbito de la poesía no hay nada superior a la rusa, y un chico que la lee se convierte de un modo natural en un chico que la escribe y luego lee a su alrededor lo que ha escrito: de este modo Eduard, que antes nunca había pensado en esta vocación, se transforma en poeta.

Un tópico quiere que en Rusia los poetas sean tan populares como en mi país los cantantes de variedades y, como muchos clichés sobre Rusia, éste es, o al menos era, absolutamente cierto. Para empezar, nuestro héroe debe su nombre de pila a la predilección de su padre, simple suboficial ucraniano, por el poeta menor Eduard Bagritski (1895-1934), y cuando uno lee *El adolescente Savienko*, el libro de donde extraigo las informaciones de este capítulo, se asombra mucho al saber, en el giro de una frase, que sus amigos, los pequeños maleantes de Sáltov, aunque aprecian los poemas de Eduard, se burlan un poco porque copia a Blok o a Esenin. Hoy día, un aprendiz de poeta en una ciudad industrial de Ucrania no está más desplazado que un aprendiz de rapero en la periferia parisina. Al igual que él, puede decirse que es su oportunidad de huir de la fábrica o la delincuencia. Al igual que él, puede contar con el aliento de sus amigos, con su orgullo cuando obtiene un triunfo, por pequeño que sea, y, empujado no sólo por Kadik sino también por Kostia y su banda, Eduard se inscribe en un certamen de poesía que se celebra el 7 de noviembre de 1957, día de la fiesta nacional soviética y un día, como veremos, decisivo en su vida.

Aquel día, toda la ciudad se congrega en la plaza Dzerzhinski, de la que ningún jarkoviano ignora que, pavimentada por los prisioneros

alemanes, es la plaza más grande de Europa y la segunda del mundo después de Tian'anmen. Hay desfiles, ballets, discursos, entregas de medallas. Las masas proletarias se han endomingado, un espectáculo que despierta los sarcasmos de nuestros dos dandys. Y luego, en el cine Pobieda, la victoria, se celebra el certamen de poesía en el que Eduard, con sus aires jactanciosos, espera con toda su alma que Sveta vaya a escucharle.

Kadik tiene confianza: ella acudirá, no puede no venir. De hecho, nada es más incierto. Sveta es caprichosa, rara. Teóricamente, Eduard «sale» con ella, pero a pesar de que responde que sí cuando los amigos le preguntan si se la ha tirado, no es cierto: aún no se ha tirado a nadie. Sufre por ser virgen y verse obligado a mentir, algo que un hombre no debería hacer nunca. Sufre por no tener ningún derecho sobre Sveta y por saber que a ella la atraen los chicos más mayores. Sufre, a los quince años, por aparentar doce, y cifra todas sus esperanzas en el cuaderno que contiene sus versos. Ha elegido con cuidado los que recitará, descartando los numerosos poemas dedicados a bandidos, los robos a mano armada, la cárcel, y ha apostado, juiciosamente, por el lirismo amoroso.

Cuando llega con Kadik al cine Pobieda, se encuentran entre el gentío a toda su banda de Sáltov, pero no a Sveta. Kadik intenta tranquilizarle; todavía es pronto. En la tribuna se suceden diversos oradores. Como no aguanta más, Eduard se rebaja a preguntar si alguien ha visto a Sveta y por desgracia sí, la han visto: en el parque de la Cultura, con Shúrik. Shúrik es un cretino de dieciocho años, con un bigote muy fino, y Eduard está seguro de que será vendedor en una zapatería hasta jubilarse, mientras que él, Eduard, llevará por todo el mundo una vida de aventurero, a pesar de que ahora se daría con un canto en los dientes por ocupar el lugar de Shúrik.

Empieza el certamen. El primer poema trata de los horrores de la condición de siervo, lo que suscita las risitas de Kadik: no existen siervos desde hace un siglo: ¡moderno, el tío! Sigue un texto sobre el boxeo que imita, como no escapa a ninguno de los maleantes del

público, al joven poeta en ascenso: Evgueni Evtushenko. Finalmente llega el turno de Eduard, que recita conteniendo las lágrimas el poema que ha escrito para Sveta. Después, mientras otros concursantes se suceden en el escenario, su banda le festeja. Le abrazan, le palmean la espalda, le dicen: «¡Cómete la polla!» –saludo ritual de los de Sáltov–, vaticinan que ganará el premio, y al final lo gana. Vuelve a subir al escenario y le dan un diploma y un regalo.

¿Qué regalo?

Un estuche de fichas de dominó.

¡Joder, qué cabrones!, piensa Eduard: ¡un juego de dominó!

Al salir del Pobieda, mientras intenta poner buena cara, rodeado de sus amigos, le aborda un tipo que dice que le envía Túzik. Túzik es un granuja muy conocido en Sáltov: tiene veinte años, se oculta para eludir el servicio militar, no se desplaza nunca sin una cuadrilla de hombres armados. Y quiere ver al poeta, dice su emisario. Los amigos se miran, inquietos: la cosa se pone fea. Túzik tiene fama de peligroso, pero sería aún más peligroso rechazar su invitación. El emisario le conduce a un callejón sin salida, cerca del cine, donde esperan unos quince tipos patibularios, y en medio de esta corte, fornido, casi gordo, vestido de negro, está Túzik, que dice que le ha gustado el poema. Quiere que el poeta le escriba otro en honor de Galia, la rubia muy maquillada a la que abraza por la cintura. Eduard promete hacerlo, y para sellar el acuerdo le tienden un porro de hachís de Tayikistán. Es la primera vez que fuma, le asquea pero aun así se traga el humo. A continuación, Túzik le invita a besar a Galia en la boca. Hay motivos para desconfiar, todo lo que dice parece tener un doble sentido, si te estrecha en sus brazos quizá sea para destriparte. Al parecer, Stalin era así: zalamero y cruel. Eduard quiere escabullirse riéndose, el otro insiste: «¿No quieres morrearte con mi novia? ¿No te gusta mi novia? ¡Venga, métele la lengua!» Rollo conocido, de mal augurio, pero no sucede nada nefasto. Durante un buen rato, un largo rato, siguen bebiendo, fumando y lanzando pullas, hasta que Túzik decide levantar

el campo y dar un paseo por la ciudad. Eduard, que no sabe muy bien si le han adoptado como mascota o como cabeza de turco, bien a gusto aprovecharía para largarse, pero Túzik no le suelta.

–¿Ya te has cargado a alguien, poeta?

–No –responde Eduard.

–¿Te gustaría?

–Pues...

A fin de cuentas, le resulta emocionante ser amigo de Túzik y caminar con él a la cabeza de una veintena de duros dispuestos a arrasar la ciudad a sangre y fuego. Es tarde, la fiesta ha terminado, la mayoría de la gente se ha ido a casa y los que ven acercarse a la banda por las calles con las farolas rotas se apartan a toda prisa. Pero ocurre que un tipo y dos chicas no se apartan a tiempo y empiezan a chincharles. «Tienes dos titis para ti solo», dice con suavidad Túzik al tipo; «¿me prestarás una?» El otro palidece, comprende que se ha metido en un lío, intenta bromear pero Túzik le dobla en dos de un puñetazo en el vientre. A una señal suya, los demás empiezan a manosear a las chicas. Esto va a acabar en violación. Acaba en violación. Una de las chicas pronto está en pelotas, está gorda y tiene la piel pálida; debe de ser una proletaria de Sáltov. Los chicos le hunden por turnos los dedos en el coño. Eduard hace lo mismo, está húmedo y frío, cuando saca los dedos están manchados de sangre. Esto le enfría de golpe, la excitación decae. A algunos metros, son una docena los que violan a la otra, en fila india. En cuanto a su acompañante, lo muelen a palos. Gime cada vez más débilmente hasta que ya no se mueve. Un lado de su cara es un amasijo ensangrentado.

El incidente genera cierta agitación y esta vez Eduard consigue escapar. Camina deprisa, con la navaja y el cuaderno de poemas en el bolsillo, el estuche de dominó debajo del brazo, sin saber adónde ir. No a casa de Kadik, tampoco a la de Kostia. Al final va a casa de Sveta. Si

está sola se la folla, si está con Shúrik los mata. No hay razón para contenerse: como es menor no le fusilarán, sólo le caerán quince años y los amigos lo considerarán un héroe.

A pesar de la hora tardía, la madre de Sveta, que pasa por ser más o menos una puta, le abre la puerta. Sveta no ha vuelto todavía.

–¿Quieres esperarla?

–No, volveré más tarde.

Se va en la noche, camina, camina, presa de una mezcla de excitación, de cólera, disgusto y otros sentimientos que no identifica. Cuando vuelve, Sveta ha regresado. Sola. Lo que sucede a continuación es confuso, no se puede decir que hubiera una conversación, Eduard simplemente está en la cama con ella y se la folla. Es la primera vez. Le dice: «¿Así te mete Shúrik la polla?» Cuando se ha corrido, demasiado pronto, Sveta enciende un cigarrillo y le expone su filosofía: la mujer es más madura que el hombre, y para que la cosa funcione sexualmente el hombre tiene que ser más viejo. «Te quiero de verdad, Édik, pero verás, eres demasiado joven. Puedes quedarte a dormir, si quieres.»

Eduard no quiere, se marcha furioso, convencido de que la gente merece que la maten y resuelto a hacerlo, cuando sea mayor: sin falta.

Así fue como perdió la virginidad.

La escena siguiente se desarrolla cinco años después, en la habitación que ocupa la familia Savienko. Es medianoche, Eduard se desviste sin hacer ruido para no despertar a su madre, que duerme sola en el lecho conyugal. Su padre está de misión, no sabe dónde ni quiere saberlo, lejos queda el tiempo en que le admiraba. Por cansado que esté al cabo de ocho horas de trabajo en la fábrica, no tiene sueño y se sienta en la mesa sobre la cual está *Rojo y negro*, en una colección de clásicos extranjeros encuadernados en imitación piel. Su madre ha debido de sacarlo, para acompañar su cena solitaria, de la pequeña biblioteca acristalada que protege del polvo las muestras de su cultura. Él leyó el libro en otro tiempo, y le gustó. Al hojearlo, se topa con la famosa escena en que Julien Sorel, una noche de verano, debajo de un tilo, se esfuerza en tomar la mano de Madame de Rênal, y esta escena que le había exaltado le produce una tristeza repentina y vertiginosa. Hace todavía algunos años no le costaba identificarse con Sorel, salido de una aldea de mala muerte sin más bazas que su encanto y sus dientes largos, e imaginarse seduciendo como él a una hermosa aristócrata. Lo que ahora se le revela con una evidencia brutal es que no sólo no conoce a una hermosa aristócrata, sino que no tiene ninguna posibilidad de llegar a conocer a alguna.

Tenía grandes sueños y todo le ha ido mal desde hace dos años. De hecho, desde que Kostia y otros dos de sus amigos fueron condenados a muerte por el tribunal regional de Járkov. A uno de ellos lo ejecutaron, a Kostia y al otro les cayeron doce años en un campo. A la sazón, Kadik, que también acariciaba grandes sueños, que quería ser músico de jazz, entró a trabajar en la fábrica La Hoz y el Martillo, y no tenía sentido burlarse de él para después, unos meses más tarde, con el rabo entre piernas, seguir su ejemplo. Eduard es ahora fundidor. Es un trabajo sucio, embrutecedor, pero él es de los que hacen bien todo lo que hacen. Si el azar hubiera querido que fuese un malhechor, habría

sido uno bueno. Obrero, es un buen obrero, con el casco en la cabeza, la tartera para el mediodía, periódicamente le mencionan en el tablero de honor y el sábado por la noche, despacha sus 800 gramos de vodka con los otros muchachos de su equipo. Ya no escribe poesía. Tiene novietas proletarias como él. La última catástrofe que pudiera caerle encima sería preñar a una y tener que casarse con ella, y si se miran las cosas de frente, es más que probable que este cataclismo le *suceda*. Lo mismo que a Kadik, su guía en el camino de la derrota, que acaba de juntarse con una obrera llamada Lydia, más mayor que él, ni siquiera bonita, a la que ya se le redondea el vientre, y el desventurado repite, para intentar convencerse a sí mismo, con una obstinación patética, que con ella ya ha encontrado el verdadero amor, y que no lamenta, no lamenta ni una pizca sacrificar por ella sus ensueños inmaduros.

Pobre Kadik. Pobre Eduard. No tiene veinte años y ya está acabado. Maleante fallido, poeta fracasado, abocado a una vida de mierda en el ojete del mundo. Le han repetido muchas veces la suerte que tiene de no haber estado con Kostia y los otros dos la noche en que, borrachos, mataron a un hombre. ¿Están tan seguros? ¿Acaso no es mejor morir vivo que vivir muerto? Al recordar aquella noche, treinta años más tarde, pensará que fue para sentirse vivo, no para morir, por lo que cogió en la repisa del lavabo la navaja de afeitar con mango de cuerno de su padre; él, Eduard, apenas se afeita: tiene una piel de asiático, casi imberbe, una piel que hubiese merecido que se la acariciasen mujeres bellas y refinadas, pero no ha sido así.

Apoya contra el interior de la muñeca la hoja afilada de la navaja. Mira en la penumbra el cuarto feo y familiar donde ha transcurrido más de la mitad de su vida. Era todavía un niño cuando llegó allí: un niño tierno y serio. Qué lejos queda eso... A tres metros de él, su madre ronca debajo de las mantas, con la cabeza vuelta hacia la pared. Se morirá de pena, pero él ya ha empezado a matarla de pena al abandonar sus estudios y convertirse en obrero, conque más vale terminar la tarea. La primera incisión es fácil, la piel se raja, es casi indoloro. La cosa se pone difícil cuando llega a las venas. Hay que

apartar la mirada, apretar los dientes, clavar la hoja con un golpe muy seco, hundirla bien para que la sangre empiece a manar. Le faltan fuerzas para acometer la otra muñeca, una sola debería bastar. La posa delante de él en la mesa, mira la mancha oscura que se agranda sobre el hule, empuña *Rojo y negro*. No se mueve. Siente que el cuerpo se le enfría. El ruido de la silla al caer despierta a su madre, sobresaltada. Eduard, por su parte, se despierta al día siguiente en el manicomio.

El hospital psiquiátrico es peor que la cárcel, porque en ésta por lo menos conoces la pena, sabes cuándo saldrás, mientras que allí estás a merced de los médicos que te miran por detrás de las gafas y te dicen: «Ya veremos», o bien la mayoría de las veces no te dicen nada. Pasa los días durmiendo, fumando, comiendo *kasha*, jodido. Tan jodido que suplica a Kadik que le ayude a fugarse, y Kadik, el bueno de Kadik, sin decirle nada a su cancerbera Lydia, apoya una escalera en la ventana y consigue arrancar un barroto. Eduard ya está libre y decidido a marcharse muy lejos, pero comete el error de pasar por la casa de sus padres, donde la policía le apresa a la mañana siguiente. Es su madre la que los ha llamado, y cuando le pregunta por qué, loco de rabia, Raia le explica que lo ha hecho por su bien: si vuelve al hospital le dejarán salir muy pronto, pero limpio, mientras que si se evade y le buscan nunca estará en regla. Buenas palabras, ella se las cree, sin duda, pero en vez de dejarle salir muy pronto le trasladan del manicomio de los locos tranquilos al de los locos de remate, donde le atan con toallas mojadas a los barrotes de su cama, más exactamente de la cama que comparte con un tarado que se dedica a pajearse de la mañana a la noche, porque entre los locos de remate ni siquiera tienes una cama para ti solo. Una vez al día le ponen una inyección de insulina a pesar de que no tiene diabetes, sólo para enseñarle a vivir y para calmarle. Le calma, desde luego. Se vuelve lento, abotargado, esponjoso, siente que se le atasca el cerebro privado de azúcar, que no tiene ni siquiera la fuerza de rebelarse. Empieza a tener ganas de entrar en coma, de no despertarse, de acabar con todo.

Al cabo de nada menos que dos meses de este régimen, tiene la suerte de tropezar con un viejo psiquiatra que se las sabe todas y que, tras una breve conversación con este chico transformado en zombi, tiene la sagacidad de concluir: «Tú no estás loco. Lo único que te pasa es que quieres llamar la atención. Mi consejo: para eso hay algo mejor que cortarse las venas. No vuelvas a la fábrica. Ve a ver a esta gente de mi parte.»

La dirección que le ha dado el viejo psiquiatra es la de una librería en el centro de Járkov que busca un vendedor ambulante. Se trata de exhibir libros de ocasión sobre una mesa plegable en el vestíbulo de un cine o delante de la entrada del zoo y esperar al comprador. El cliente es raro, los libros casi gratuitos y el vendedor cobra por cada uno un porcentaje irrisorio. Eduard no duraría mucho en este trabajo más indicado para llenar el tiempo libre de un jubilado si la librería 41, adonde va a buscar sus cartones por la mañana y adonde lleva por la noche los ingresos, no fuese el lugar de encuentro de todos los artistas y poetas que hay en Járkov, y a los que entonces llaman «decadentes». Es el mundo en torno al cual merodeaba el pobre Kadik antes de que la hoz, el martillo y Lydia pusieran orden en el asunto. A pesar de su timidez, Eduard empieza a entretenerse allí después de la hora oficial de cierre. A menudo sucede que pierde el último tranvía y tiene que caminar dos horas de noche para llegar a su lejana barriada obrera. En efecto, por la noche, cuando han bajado la persiana de hierro, no sólo se empieza a beber y a parlotear, sino sobre todo a intercambiar las copias clandestinas de obras prohibidas que se denominan *samizdat*: literalmente, publicado por uno mismo. Te entregan una, tú confeccionas a tu vez otras y así circula más o menos todo lo que hay de vivo en la literatura soviética: Bulgákov, Mandelstam, Ajmátova, Tsvietáieva, Pilniak, Platónov... Una velada memorable en la 41 es, por ejemplo, cuando llega de Leningrado el ejemplar casi ilegible, de tan pálido que está (quinto, sexto papel carbón, estiman con una mueca los conocedores) de un poema del joven Joseph Brodsky, *Procesión*, que Eduard veinte años más tarde definirá como «una imitación de Marina Tsvietáieva, de un valor artístico dudoso, pero que correspondía plenamente al estadio de desarrollo sociocultural de Járkov y de los asiduos de la librería».

No sé muy bien qué pensar de esta impertinencia, por una razón que sin duda ha llegado el momento de confesar: y es que soy totalmente negado para la poesía. Como la gente que en un museo mira antes el nombre del pintor que el cuadro, para saber si debe o no extasiarse, no tengo en este ámbito un juicio personal y el del joven Eduard, rápido, imperioso, se me impone. No se contenta con decir: «Me gusta, no me gusta», sino que distingue a primera vista el original del sucedáneo; por ejemplo, no se deja embaucar por –cito– «los que imitan a los modernistas polacos, que ya no poseen la frescura inicial y la imitan a su vez de otros». Ya he advertido la sorprendente pericia de los barriobajeros de Sáltov, capaces de detectar en los primeros versos de Eduard la influencia de Esenin y Blok. Lo que descubre Eduard en la 41 es que estos dos poetas están bien, pero digamos que son buenos como lo es Apollinaire o, para ser malvado, como Prévert: lo sabe hasta la gente que no entiende nada de esto, y los que sí entienden prefieren de lejos a, por ejemplo, Mandelstam o, aún mejor, a Velimir Jlébnikov, el gran vanguardista de los años veinte.

Es, por ejemplo, el poeta predilecto de Mótrich, que pasa por ser el genio de la 41. A los treinta años, Mótrich no ha publicado ni publicará nunca nada, pero la ventaja de la censura es que puedes ser un autor que no publica nada sin que sospechen que careces de talento; al contrario. De este modo, en la periferia de su grupo, hay un chico que ha escrito un poemario sobre la tripulación del crucero *Dzerzhinski* y obtenido por él el premio literario del Komsomol de Ucrania. Bonito comienzo, gran tirada, una bella carrera en perspectiva de *apparatchik* de las letras; ahora bien, no sólo todo el mundo le juzga inferior a Mótrich, sino también él mismo y, cuando se aventura a visitar la 41, hace lo posible por hacer olvidar un éxito que le revela claramente como un vendido o un impostor. Mótrich conocerá el destino de todos los héroes de Eduard, que es el de ser derribado de su pedestal, pero de momento es su héroe, un auténtico poeta vivo y –juzgará más tarde, haciendo una distinción muy fina– un mal poeta, pero un poeta auténtico. Lee sus versos, escucha sus vaticinios, bajo su influencia se apasiona por Jlébnikov, cuyos tres volúmenes de obras completas

copia a mano y, en las horas muertas que le ofrece su trabajo de librero ambulante, vuelve a escribir sin decírselo a nadie.

La dependienta principal de la 41, Anna Moiséievna Rubinstein, es una mujer majestuosa, con el pelo ya entrecano, un hermoso rostro trágico y un culo enorme. Cuando era más joven se parecía a Elizabeth Taylor; a los veintiocho años es ya una matrona a la que los jóvenes ceden su asiento en el tranvía. Sufre trastornos maníaco-depresivos por los que cobra un subsidio de invalidez y se define orgullosamente como una «esquizofrénica» que llama locos a todos aquellos a los que aprecia. Ellos lo toman como un cumplido. En el mundillo de los «decadentes» de Járkov, el genio no sólo debe ser un desconocido, sino un borrachuzo, un delirante, un inadaptado social. Puesto que el hospital psiquiátrico es, por otra parte, un instrumento de represión política, haber estado ingresado supone una garantía de *disidencia*, palabra recién acuñada en la época de la que hablo. Eduard no lo sabía aún cuando le encerraron con los locos de remate, pero uno de sus talentos consiste en ponerse rápidamente al día, y en adelante no desaprovecha la ocasión de hablar de la camisa de fuerza y el vecino de cama que babeaba y se masturbaba durante todo el día. Al escribir esto, me viene el recuerdo de que yo también, hasta una edad relativamente avanzada, incurrí en el culto romántico a la locura. Se me ha pasado, gracias a Dios. La experiencia me ha enseñado que ese romanticismo es una gilipollez, que la locura es lo más triste e ingrato del mundo, y pienso que Eduard siempre lo ha sabido, instintivamente, que siempre se ha felicitado de ser lo que se quiera, duro, egocéntrico, despiadado, pero loco no, en absoluto. Lo contrario, en el caso de que exista.

Loca, en cambio, estaba de verdad Anna, y su locura cobrará un sesgo trágico, pero por el momento todavía puede confundirse con una especie de excentricidad, de fantasía pintoresca, al igual que su notoria voracidad sexual. Toda la bohemia de Járkov ha vivido esta experiencia con ella, cuentan en la 41, es en particular una especialista

en desvirgar a los creadores jóvenes. Como vive justo al lado, las veladas en la librería terminan con frecuencia en su casa. Eduard, que al principio no ha sido invitado expresamente, se imagina que organizan orgías. En realidad, como descubre cuando se atreve a seguir al movimiento, los *after* en casa de Anna consisten, como en la librería, en conversaciones exaltadas sobre arte y literatura, en declamaciones poéticas cada vez más pastosas, en chismorreos y *private jokes* incomprensibles para él, que en su rincón del sofá afelpado se ríe cuando los demás se ríen y se emborracha para vencer la timidez. Aparte de la dueña de la casa y de su madre, que de vez en cuando llama con los nudillos a la puerta para pedirles que no hagan tanto ruido, sólo hay hombres en esas reuniones, hombres que cogen familiarmente por el cuello a Anna y la besan en la boca, por lo que Eduard tiene la desagradable impresión de ser el único del grupo que no se la ha cepillado. ¿De verdad tiene ganas de hacerlo o lo que quiere, más bien, es formar parte de ese grupo que él ve lúcidamente como su única posibilidad de huir de Sáltov? Anna tiene los pechos bonitos, es cierto, pero a él no le gustan las gordas. Cuando se la casca pensando en ella, la paja deja mucho que desear, y teme que si se meten en la cama no se le empine o se corra demasiado pronto. Y luego, una noche, muy tarde, los invitados se van uno tras otro, pero él no. Al igual que Julien se ha prometido coger de la mano a Madame de Rênal, él se ha prometido quedarse a toda costa, aunque sólo sea para demostrarse que no es un rajado. Los últimos que se van, al ponerse el abrigo, le dirigen guiños burlones. Él interpreta lo mejor que puede al tío hastiado, tranquilo, que sabe bandearse en estas lides. Cuando se quedan solos, Anna no se anda con melindres. Como estaba previsto, él se corre pronto la primera vez pero vuelve a empezar al instante, es el privilegio de la juventud. Ella parece contenta: eso es lo más importante.

Porque el plan de nuestro Eduard, ese Barry Lyndon soviético, no era solamente acostarse con Anna, sino instalarse directamente en su casa, en el sanctasanctórum de la bohemia, y pasar así del papel de pequeño proleta que se incrusta al de amante titular y señor del

dominio. Como el piso que comparten tiene dos habitaciones, un lujo inmenso, la madre de Anna, Celia Yákovlevna, al principio finge que no se da cuenta de que él se queda a dormir, pero no tarda en adoptarle, porque él tiene buena mano con las ancianas y también porque ella le está agradecida por haber puesto fin al desfile de amantes que eran la comidilla del inmueble.

Imaginarse ese desfile sumiría a otros en las angustias de los celos retrospectivos: para Eduard es un estimulante. Es preciso decir que Anna le excita moderadamente, él necesita emborracharse para emprender el asalto de su cuerpo enorme, lleno de pliegues, pero en cambio le excita pensar en todos los hombres que le han precedido. Muchos forman parte de su círculo. ¿Le envidian o más bien se burlan de él, es decir, lo que más desea y teme en el mundo? Un poco las dos cosas, sin duda, lo que es seguro es que el Eduard de hace apenas unos meses, fundidor en La Hoz y el Martillo, habría envidiado apasionadamente a este Eduard que ya no vive en Sáltov sino en el antaño inaccesible centro urbano; cuyos amigos ya no son obreros y barriobajeros, sino poetas y artistas; que les abre la puerta con el aplomo displicente del hombre que está en su casa, al que le gusta que vayan a verle de improviso y recibir a todos los que se presenten. En el barullo de las conversaciones ya no necesita alzar la voz, le escuchan cuando habla porque es el *joziain*, que quiere decir el señor de la casa, pero con un matiz de autoridad feudal, se puede ser el *joziain* de una ciudad entera, Stalin era el de toda la Unión Soviética. Obviamente, sería mejor si Anna fuera más guapa, si la desease más, pero en la especie de asociación, a la vez tempestuosa y cariñosa, que se establece entre ellos y que durará siete años, cada uno encuentra su compensación, él la estabiliza, ella le refina.

Eduard le lee sus poemas, a Anna le parecen buenos y se los muestra a Mótrich, que también los considera buenos. Muy buenos, incluso. Alentado de este modo, Eduard ofrece una lectura en la librería, compone una colección de la que copia a mano una docena de

ejemplares. No ha llegado todavía a la fase de que otros, a su vez, los copien, lo que constituye la segunda barra en la escala de la gloria disidente; la tercera es lo que se llama *samizdat* pero *tamizdat*: publicado *allá*, en Occidente, como *El doctor Zhivago*. Su pequeño poemario, que sólo circula por las inmediaciones de la 41, es suficiente, sin embargo, para que le consideren un poeta en toda la plenitud de esta categoría.

Es una categoría envidiable porque, aunque lleves una vida mísera, protege del oprobio inherente a una vida de miseria, y en cuanto la han alcanzado muchos la disfrutan sin escribir más hasta el fin de sus días. No así Eduard, que no es perezoso ni fácil de satisfacer, y que ha descubierto que trabajando un poco más cada día, pero todos los días, se avanza seguro, una disciplina a la que se mantendrá fiel durante toda su vida. Ha descubierto también que en un poema no vale la pena hablar del «cielo azul» porque todo el mundo sabe que es azul, pero que los hallazgos del estilo «azul como una naranja» son casi peores, debido a que han circulado por todas partes. Para asombrar, que es su objetivo, apuesta más por el prosaísmo que por el preciosismo: nada de palabras raras ni de metáforas, sino llamar gato a un gato, y si hablas de personas que conoces mencionar su nombre y su dirección. Así se forja un estilo que no le convierte, a su juicio, en un gran poeta, pero sí al menos en un poeta identificable.

Para ser plenamente ese poeta sólo le falta un nombre, algo que suene mejor que su triste patronímico de labriego ucraniano. Un día, el grupito reunido en casa de Anna juega a inventarse uno. Lionia Ivánov se convierte en Odeialov, Sasha Miélejov en Bujankin y Eduard Savienko en Ed Limónov, un homenaje a su humor ácido y belicoso, porque *limon* significa limón, y *limonka*, granada (la bomba de mano). Los demás abandonarán esos seudónimos, él conservará el suyo. Le complace deberse a sí mismo hasta el nombre.

Ahora tengo que hablar de pantalones. Todo empieza cuando un visitante se fija en sus vaqueros de pata de elefante y como ese tipo de ropa no se encuentra en el comercio, le pregunta quién se lo ha hecho. «Yo», presume tontamente Eduard, que en realidad se lo ha hecho cortar por un sastre que trabaja en su casa, proveedor de Kadik en la época de su dandismo. «¿Podrías hacerme uno igual si encuentro la tela?» «Por supuesto», le contesta Eduard, pensando en llevársela al sastre y cobrar de paso una pequeña comisión.

Pero ay, el día en que va a verle ya no hay sastre: se ha esfumado, ha desaparecido sin dejar rastro. Por una vez Eduard miente, la ocasión la pintan calva. Como no quiere quedar en evidencia, sólo ve una solución: encerrarse con su propio pantalón como modelo, hilo, una aguja y tijeras, y no salir de su reclusión hasta que haya hecho algo que se parezca a un pantalón con pata de elefante. La tarea es difícil, pero ha heredado de su padre un auténtico talento para toda clase de manualidades, y al cabo de cuarenta y ocho horas de esfuerzos, fracasos, de planos tan complejos como los de un puente de ferrocarril, el resultado satisface al cliente, que le paga veinte rublos por la confección y divulga la dirección de Eduard, de suerte que los encargos empiezan a afluir.

De esta forma, por casualidad, ha solucionado la cuestión de la supervivencia durante los diez años siguientes, y de una forma satisfactoria para él, ya que le ahorra enfrentarse con cualquier tipo de autoridad: directivo de una fábrica, jefe de taller, capataz, el patrono que sea. Sastre autónomo, sólo depende de sí mismo y de la agilidad de sus dedos, trabaja cuando le apetece, pero puede, si tiene encargos, confeccionar dos o hasta tres pantalones en un día y después dedicarse a la poesía. Cuando Anna vuelve de la librería, él retira sus telas y sus papeles hasta un extremo de la mesa, la madre trae unos hermosos tomates ucranianos, bien rojos, un caviar de berenjenas o una carpa

rellena y aquello es una auténtica vida familiar.

–A tu hombre sólo le falta ser judío –bromea Celia Yákovlevna–. Habría que circuncidarle.

–Ya tiene un oficio de judío –responde Anna Moiséievna–. No hay que pedirle demasiado.

Eso también le gusta a Eduard, que Anna sea, como ella dice, «una hija pródiga de la tribu de Israel». Una de las primeras reacciones suscitadas por el proyecto de este libro fue la de mi amigo Pierre Wolkenstein, que casi se peleó conmigo porque yo me proponía escribir sobre un individuo que, siendo ruso y dirigente de una formación política digamos que dudosa, según él sólo podía ser antisemita. Pero no. Se pueden incluir muchas aberraciones en el pasivo de Eduard, pero no ésa. Lo que le protege a este respecto no es la elevación moral ni la conciencia histórica, pues es verdad que como la mayoría de los rusos, desde la perspectiva de sus veinte millones de muertos, la *shoá* le importa un bledo y estaría totalmente de acuerdo con Jean-Marie Le Pen en verla simplemente como «una cuestión de detalle» de la Segunda Guerra Mundial, como algo rayano en el esnobismo. Que el ruso y más aún el ucraniano corriente sean antisemitas notorios es para él la mejor razón para no serlo. Desconfiar de los judíos es cosa de aldeanos con anteojeras, lentos y patosos, cosa de Savienko, y lo más alejado de los Savienko de toda ralea son los judíos. No le da exactamente igual que Anna sea judía, pero para él se trata de un exotismo completamente positivo, y por mucho que ella sea, según sus propias palabras, una *hooligan*, una esquizofrénica y una degenerada, Eduard la ve como una princesa oriental, una princesa por la gracia de la cual él, que estaba programado para una vida de pencho en Sáltov, levita en un hogar tan coloreado, poético y majareta como un cuadro de Chagall.

Sin embargo, Eduard no sería Eduard si se quedara sentado

como un sastre en su habitación, confeccionando versos y pantalones. Además de los «decadentes» de la 41, ha hecho un amigo nuevo, un *pleiboi* (la palabra empieza a aclimatarse en ruso) llamado Guenka. Este Guenka es hijo de un oficial del KGB que, más espabilado que el pobre Veniamín, se ha reconvertido en patrono de un restaurante elegante, frecuentado por la cúspide de la jerarquía chequista: alguien, pues, bastante importante en la ciudad. Con sus relaciones, Guenka podría entrar en el partido, al igual que su padre, llegar a los treinta años a secretario del comité de distrito y gozar hasta el fin de sus días de una vida apacible: dacha, coche oficial, vacaciones en confortables centros balnearios de Crimea. Una carrera así, por tanto, es todavía más segura porque todo el mundo conoce las purgas y el terror del pasado. La revolución ha dejado de devorar a sus hijos, el poder, según una expresión de Anna Ajmátova, se ha vuelto vegetariano. Bajo Nikita Jrushov, el porvenir radiante se presenta como un objetivo razonable e indulgente: seguridad, aumento del nivel de vida, crecimiento apacible de alegres familias socialistas en las cuales a los niños ya no se les alienta a denunciar a sus padres. Es verdad que hubo el período delicado en que tras la muerte de Stalin liberaron a millones de *zeks*, y a algunos incluso les rehabilitaron. Los burócratas, provocadores y soplones que les habían enviado al gulag estaban seguros de una cosa: de que no volverían nunca. Pues bien, algunos han vuelto y, por citar de nuevo a Ajmátova, «dos Rusias se han encontrado cara a cara; la que denunció y la que fue denunciada». No se produjo el potencial baño de sangre. Delator y prisionero se cruzaban, recíprocamente sabían a qué atenerse, y cada uno desviaba la mirada y se iba por su lado, a disgusto, *los dos* vagamente avergonzados, como personas que en otro tiempo han cometido juntas una fechoría de la que es mejor no hablar.

Algunos, sin embargo, hablan. En 1956, Jrushov leyó en el XX Congreso del Partido «un informe secreto» que no lo fue mucho tiempo, donde se deploraba el «culto a la personalidad» bajo Stalin e implícitamente se reconocía que el país había sido gobernado por asesinos durante veinte años. En 1962, él autorizó personalmente la

publicación del libro de un antiguo *zek* llamado Solzhenitsyn: *Un día en la vida de Iván Denísovich*, y la publicación fue un electrochoque. Toda Rusia se hizo con el número 11 de la revista *Novy Mir*, que publicaba este relato prosaico, minucioso, de una jornada ordinaria de un detenido ordinario en un campo que ni siquiera era especialmente duro. Conmocionada, sin atreverse a creerlo, la gente empezaba a decir cosas como «es el deshielo, la vida renace, Lázaro sale de su tumba»; desde el momento en que un hombre tiene el valor de decirla, ya nadie puede nada contra la verdad. Pocos libros han alcanzado tanta resonancia en su país y en el mundo entero. Ninguno, exceptuando, diez años más tarde, *Archipiélago Gulag*, cambió hasta ese punto, y *realmente*, el curso de la historia.

El poder comprendió que si se continuaba contando la verdad sobre los campos y el pasado, existía un riesgo de acabar con todo: no sólo con Stalin, sino también con Lenin, y el propio sistema, y las mentiras sobre las que descansa. Por eso *Iván Denísovich* supuso a la vez el apogeo y el fin de la desestalinización. Destituido Jrushov de sus funciones, la generación de *apparatchiks* salida de las purgas implantó, bajo la égida del afable Leonid Brézhnev, una especie de estalinismo blando, compuesto de la hipertrofia del partido, la estabilidad de los cuadros dirigentes, los enchufes, los nombramientos internos, las grandes y pequeñas prebendas y la represión moderada: lo que se ha llamado el comunismo de *nomenklatura*, por el nombre de la élite que se beneficiaba del mismo, pero este grupo selecto, en el fondo, era relativamente numeroso y, por poco que se siguieran las reglas del juego, no demasiado inaccesible. Esta estabilidad plomiza, carente de sentido y en cierto modo cómoda, prácticamente todos los rusos con edad para haberla conocido la recuerdan con nostalgia hoy que se encuentran condenados a nadar y muchas veces a ahogarse en las aguas heladas del cálculo egoísta. La gran máxima de la época, equivalente a nuestro «trabajar más para ganar más», era: «Fingimos que trabajamos y ellos fingen que nos pagan.» No es muy estimulante como modo de vida, pero bueno: nos las arreglamos. No arriesgas mucho, a no ser que hagas estupideces. Pasamos de todo,

reconstruimos en el fondo de las cocinas un mundo del que sabemos seguros, a menos que te llames Solzhenitsyn, que seguirá siendo como es durante siglos, porque su razón de ser es la inercia.

En este mundo, un amable pajillero como Guenka, por volver a él, puede permitirse ser un masturbador afable, así como su padre puede permitirse ser chequista. Estaría mejor, desde luego, que se afiliase al Partido, como también lo sería que un joven burgués francés, durante los mismos años, los treinta gloriosos, estudiara en la ENA o el Politécnico, pero si no lo hace no es demasiado grave, ni se morirá de hambre ni en un campo, le buscarán una pequeña sinecura burocrática gracias a la cual no le detendrán como a un parásito y elemento antisocial, y se acabó. Así pues, Guenka, sin la menor preocupación por el futuro, se pasa las noches bebiendo gratis con su amigo Eduard en locales regentados por colegas de su padre, y los días, al menos los de verano, en el quiosco del zoo, donde tiene barra libre y hace que su corte se desternille de risa expulsando a los clientes con la excusa de que se está celebrando el congreso extraordinario de domadores de tigres de Bengala, cuyo secretario general es él.

La corte de Guenka se divide en dos grupos: los SS y los sionistas. El más pintoresco de los SS es un buen chico cuyo talento mundano consiste en recitar un discurso de Hitler. No sabe mucho alemán pero su público todavía menos, y basta con que eructe y ponga los ojos en blanco, y sobre todo que reconozcan palabras como *kommunisten, kommisaren, partizanen, juden*, para que todo el mundo se ría, empezando por los sionistas. Ninguno de ellos es judío. Su entusiasmo por Israel data de la guerra de los Seis Días. Desde el punto de vista de la política internacional, es una posición difícil de sostener porque, por maleantes que sean, son buenos patriotas y su patria sostiene y arma a los árabes. Pero lo que más les impresiona es el valor militar y, desde esta perspectiva, se quitan el sombrero ante los muchachos de Moshé Dayán. Son auténticos soldados, duros de pelar, al igual que los boches, que los nipones, y aunque combatas o hayas

combatido contra ellos, les respetas, mientras que nunca respetarás a esos cabronazos de americanos rosas y blanditos, cuyo ideal guerrero, como se vio en Hiroshima, consiste en lanzar desde muy alto bombas que desintegran a todo el mundo sin correr el menor riesgo.

Además de la Wehrmacht y del Tzahal, el otro objeto de culto de Guenka y sus amigos, tanto sionistas como SS, es una película proyectada de manera casi permanente en Járkov a lo largo de todos estos años, y que han visto juntos diez, veinte veces: *Los aventureros*, con Alain Delon y Lino Ventura. El cine extranjero, y en especial el francés, es una de las novedades de la era Jrushov. Todo el mundo conoce a Funès y a Delon; diez años más tarde, será Pierre Richard, hombre exquisito al que todavía hoy se le considera un dios vivo en los rincones más remotos de la Unión Soviética, y que nunca niega sus servicios de *guest star* a una producción georgiana o kazaka. La primera escena de *Los aventureros*, en la que Delon pasa en avión por debajo del Arco de Triunfo, inspirará a Eduard y a Guenka su desmán más memorable, cuando, borrachos como cubas, como otras tantas veces, intentaron robar y hacer despegar un cachivache en la pista del aeródromo militar. El asunto no irá lejos, los vigilantes que les detienen se lo toman a broma y, enternecidos como yo lo estuve el día en que mis hijos de seis y tres años quisieron marcharse de casa con un hatillo armado con un pañuelo atado alrededor de un paraguas, les ofrecen un trago para consolarles de su fracaso.

Así transcurren las jornadas de Eduard. Cose, escribe, da vueltas con Guenka y su banda con uno de los hermosos trajes confeccionados por él mismo: se enorgullece especialmente de uno de color chocolate con hilos dorados. Hace abdominales y flexiones, está musculado, bronceado tanto en invierno como en verano porque el moreno le dura mucho tiempo en su piel mate, pero daría cualquier cosa por ser unos centímetros más alto, no usar gafas y tener una nariz menos respingona: por tener el aspecto de un hombre como Delon, al que trata de imitar a solas delante del espejo. Si él la deja sola mucho

tiempo, Anna no aguanta y se lanza en su búsqueda. Por lo general le encuentra en el quiosco de bebidas del zoo, y entonces le abronca delante de todo el mundo, grita, le llama cabroncete: *molodói niegodíái* es el título que él pondrá a sus recuerdos de esta época. Las escenas de Anna le humillan tanto como divierten a los amigos de Eduard. Se burlan del culo gordo y el pelo gris de esta querida que pesa el doble que él y podría ser su madre. Incluso una vez asegura que Anna hace la calle para él: en su filosofía, es mejor ser aprendiz de macarra que chico formal.

Como comenta él mismo, una crónica de la vida soviética en los años sesenta no estaría completa sin el KGB. El lector occidental se estremece de antemano. Piensa en el gulag, las reclusiones psiquiátricas, pero aunque ha visitado la comisaría más a menudo de lo que convendría, las relaciones de Eduard con los órganos de Járkov han sido simplemente vodevilesas. Veamos el episodio.

Un pintor que pertenece al grupo, Bajchanián, llamado Bajt, ha conocido a un francés de paso que le ha regalado una cazadora vaquera y unos números viejos de *Paris Match*. En aquel tiempo, justo después de la caída de Jrushov y la asunción del poder por la troika Brézhnev-Kosyguin-Gromyko, esto es un delito, y un delito relativamente serio. Está prohibido todo contacto con extranjeros, sospechosos a la vez de propagar por medio de libros, de discos o hasta prendas de vestir peligrosos virus occidentales, y de sacar del país textos de disidentes. Apenas ha salido del hotel del francés, con la cazadora sobre los hombros y una bolsa de plástico en la mano que contiene los *Paris Match*, Bajt teme que le sigan. Aterriza en casa de Eduard y Anna y les confía sus inquietudes. Tienen el tiempo justo de meter la cazadora y las revistas en un baúl sobre el que Anna asienta el peso de su calipíptico trasero: el chequista llama ya a la puerta.

Eduard, que le abre, lo cala a simple vista: rubio tirando a gris, con un aire de antiguo deportista que se ha abandonado y al que se le adivina sin dificultad una mujer de la misma edad, dos o tres hijos feos y sin futuro, un colega, en suma, y un hermano del pobre Veniamín. Es más bien él el que parece intimidado, cuando ve los libros y los cuadros, por irrumpir en casa de unos artistas. No duda de que llevan una vida más interesante que la suya, cosa que podría inducirle a la maldad, pero no es un mal hombre. Registra porque es su oficio, lo hace sin un rigor excesivo, creen que se va a marchar con las manos vacías, está casi en el rellano cuando demora la mirada, se le ocurre

una idea. Durante todo el registro, Anna no se ha movido del baúl donde está sentada. Él le pide que lo abra. Es una prueba de fuerza. Ella empieza por negarse, con tanta vehemencia como si la Gestapo quisiera obligarla a delatar a su red de resistentes, y al final cede.

Anna y Eduard salen del mal paso con una reprimenda, y, en cuanto a Bajt, es juzgado por un «colectivo de camaradas» de la fábrica El Pistón. Arrogándose el papel de críticos de arte, los camaradas consideran que sus cuadros podría pintarlos un burro con un pincel atado al rabo, y para recordarle realidades más figurativas, a Bajt lo envían a cavar agujeros durante un mes en una obra, tras lo cual regresa al trabajo sin que vuelvan a molestarle por sus abstracciones provinciales y anticuadas. Conclusión de Eduard: si las autoridades de Járkov hubieran sido un poco más severas, el honrado pintor Bajchanián habría podido convertirse en alguien mundialmente célebre, como acaba de hacer el honrado poeta Brodsky, que simplemente ha tenido la suerte de estar en el buen momento en el lugar adecuado y por eso se ha llevado el premio gordo.

Detengámonos en este comentario y sobre lo que revela de nuestro héroe. Presentemos a quien él considerará durante una gran parte de su vida como su capitán Levitin: Joseph Brodsky, joven prodigio de Leningrado, consagrado por Anna Ajmátova a principios de los años sesenta.

Anna Ajmátova no es lo mismo que Mótrich. Desaparecidos Mandelstam y Tsvietáieva, todos los entendidos la consideran la más grande poetisa rusa viva. También está Pasternak, pero es rico, le han cubierto de honores, es insolentemente feliz, su enfrentamiento tardío con el poder seguirá siendo civilizado, mientras que Ajmátova, que tiene prohibido publicar desde 1946, vive de té y pan seco en habitaciones de pisos comunitarios, lo que añade a su genio la aureola de la resistencia y el martirio. Ella dice: «Siempre he estado allí donde mi pueblo tenía la mala fortuna de estar.»

Eduard, con su malevolencia, se complace en describir a Brodsky

como un eterno primero de la clase, siempre en las faldas de su protectora, pero lo cierto es que en materia de aventuras la juventud de Brodsky no tiene nada que envidiar a la suya. Hijo de suboficial él también, abandonó pronto los estudios, trabajó de fresador, hizo disecciones en la morgue y participó como asistente en expediciones geológicas a Yakutia. Con un amigo gamberro se fue a Samarcanda y desde allí intentó llegar a Afganistán desviando un avión. Internado en un hospital psiquiátrico, le sometieron a inyecciones de azufre atrozmente dolorosas y a una simpática terapia denominada la *okrutka*, consistente en sumergir al paciente envuelto en una sábana en una bañera de agua helada y en dejarle secar dentro. Su destino da un vuelco cuando a los veintitrés años le detienen bajo la acusación de «parasitismo social». El proceso de «este pigmeo judío con pantalón de pana, este plumífero de poemas donde el galimatías rivaliza con la pornografía» (por citar la acusación) tendría que haber pasado inadvertido. Pero una periodista presente en la audiencia estenografió las actas, que circularon en forma de *samizdat*, y a toda una generación le conmovió este diálogo: «¿Quién le ha autorizado a ser poeta?», pregunta la juez. Brodsky, pensativo: «¿Quién me ha autorizado a ser hombre? Quizá Dios...» Y Ajmátova comenta: «¡Qué biografía le están fabricando a nuestro pelirrojo! ¡Se diría que él mismo mueve los hilos!»

Condenado a cinco años de residencia forzosa en el Gran Norte, cerca de Arjánguelsk, el pelirrojo recoge estiércol con una pala en un pueblecito. Tierra congelada, paisaje abstracto a causa del frío, el espacio y la blancura, la amistad ruda de los lugareños: la experiencia le inspira poemas que al llegar a Leningrado por caminos indirectos se convierten en objetos de culto para todos los círculos más o menos disidentes de la Unión. En la librería 41 sólo se habla de Brodsky, lo cual es fastidioso para el competitivo Eduard. No ha apreciado tampoco la oleada de entusiasmo que levantó en el país hace dos años *Iván Denísovich*. Pero bueno, Solzhenitsyn podría ser su padre, mientras que Brodsky sólo tiene tres años más que él. Deberían boxear en la misma categoría, y nada más lejos de la realidad.

Muy pronto, el joven rebelde Limónov ha adquirido la costumbre de mostrar una hostilidad sarcástica a la disidencia que nace en los años sesenta, y de meter en el mismo saco a Solzhenitsyn y a Brézhnev, a Brodsky y a Kosyguin: los importantes, los oficiales, los juramentados, cada uno en su lado de la barrera pontifical, las obras completas del primer secretario sobre el materialismo dialéctico corresponden a los mamotretos del barbudo que juega a profeta. No son como nosotros, los maleantes, los avispados, los pequeños lumpen espabilados que sabemos bien que se exagera mucho cuando se afirma que la sociedad soviética es totalitaria: es sobre todo un desmadre, y si eres un poco listo puedes aprovecharlo para divertirte.

Según los historiadores más serios (Robert Conquest, Alec Nove, mi madre), los alemanes mataron a veinte millones de rusos durante los cuatro años de guerra, y el propio gobierno mató a otros veinte millones durante los veinticinco años de gobierno de Stalin. Estas dos cifras son aproximadas, hay que recortar un poco los grupos que abarcan, pero lo importante para la historia que relato es que la primera cifra acunó la infancia y la adolescencia de Eduard, y que se las apañó para sortear la segunda porque, a pesar de su gusto por la rebelión y su desprecio por el destino mediocre de sus padres, sigue siendo su hijo: el hijo de un chequista subalterno, criado en una familia que no ha conocido las mayores convulsiones del país y que, como no ha vivido la arbitrariedad absoluta, pensaba que al fin y al cabo si detenían a gente debía de haber motivos; un pequeño precursor orgulloso de su país, de su victoria sobre los boches, de su imperio, que se extiende sobre dos continentes y abarca once husos horarios, y del tremendo canguelo que inspira a esos occidentales sin cojones. Se burla de todo, pero no de esto. Cuando se habla del gulag, piensa sinceramente que exageran y que los intelectuales que lo denuncian arman un escándalo por algo que los condenados de derecho común se toman con más filosofía. Y además están ocupadas las plazas en el barco de la disidencia. Ya hay a bordo figuras, él nunca embarcará, si

se les une lo hará en segunda fila, y eso jamás. Así que prefiere reírse y decir que las personas como Brodsky se dan ínfulas, que su confinamiento en Arjánguelsk es una broma ligera, cinco años reducidos a tres de vacaciones campestres y –aunque todavía no lo supiera– el Premio Nobel al final del trayecto: ¡bravo, capitán Levitin!

Hace ya tres años que Eduard vive la bohemia de Járkov y tiene la sensación de conocerla a fondo. De haber sobrepasado a todos los que le impresionaban, descabalgado uno tras otro a todos sus ídolos. Mótrich, el gran poeta del círculo, no es más que un pobre alcohólico que a los treinta años bien cumplidos espera que su madre se ausente para invitar a algunos amigos y darles de beber a todos en el mismo vaso porque tiene miedo de que le rompan la vajilla. Guenka, el *pleiboi*, se pasará la vida viendo *Los aventureros* sin atreverse nunca a convertirse en uno. Los otros personajes de Sáltov, no digamos: Kostia se pudre en la cárcel, el pobre Kadik en la fábrica. Cuando se ven, de tanto en tanto, su amargura da lástima. Kadik soñaba con ser un artista y vivir en el centro, Eduard lo es y vive en el centro, y entonces Kadik le tacha de parásito, dice que es muy bonito pavonearse en el quiosco del zoo con un traje de color chocolate y con hilos dorados, pero que hace falta gente para atornillar las tuercas de los motores.

–Gente sí, pero no yo –responde Eduard, que extrema la crueldad hasta citar una frase de un autor que Kadik le recomendó y que adoraban los dos–. ¿Te acuerdas de lo que decía Knut Hamsun? A los obreros habría que ametrallarlos a todos.

–Era un fascista, tu Hamsun –rezonga Kadik.

Eduard se encoge de hombros.

–¿Y qué?

Maleantes o artistas, Eduard piensa que ninguno de los que han transformado al fundidor Savienko en el poeta Limónov tiene ya nada que enseñarle. Los considera a todos unos fracasados y no se priva de decírselo. En uno de los libros sobre su juventud que más tarde escribió en París, cuenta con su honestidad habitual una conversación con una amiga que, con delicadeza y un poco de tristeza, le dice que

esta forma de dividir el mundo en fracasados y no fracasados es algo inmaduro y sobre todo un modo de ser siempre infeliz. «¿No eres capaz, Eddy, de concebir que una vida puede ser dichosa sin el éxito y la fama? ¿Que el criterio del éxito sea por ejemplo el amor, una vida familiar tranquila y armoniosa?» No, Eddy no es capaz de concebirlo, y alardea de ello. La única vida digna de él es la de un héroe, quiere que el mundo entero le admire y piensa que cualquier otro criterio, ya sea la vida de familia tranquila y armoniosa, ya sean las alegrías sencillas, el jardín que cultivas al amparo de las miradas, son justificaciones de fracasados, la sopa que Lydia le sirve al pobre Kadik para tenerle sujeto. «Pobre Eddy», suspira su amiga. Pobres vosotros, piensa él. Y sí, pobre de mí si llego a ser como vosotros.

«¡A Moscú, a Moscú!», suspiraban en el fondo de su provincia las tres hermanas de Chéjov, y un siglo después Eduard también. A Anna le tienta igualmente la aventura, aun temiendo que una vez allí su cabroncete seductor encuentre algo mejor que ella y la deje plantada. Una noche reciben en la 41 a un amigo de su ex marido, un pintor nacido en Járkov pero afincado desde hace mucho en la capital. El tal Brusilovski es elegante, conoce a celebridades a las que llama por su nombre de pila o, aún mejor, por su diminutivo. En la divertida descripción de Limónov, es uno de esos tipos que hace creer en provincias que es muy conocido en Moscú y en Moscú que es muy conocido en provincias. Eduard se siente cohibido, a disgusto, sobre todo cuando Anna le empuja a leer sus poemas al visitante. Paternalista, éste condesciende a considerarlos buenos. «Pero ¿por qué irse?», pregunta. Se vive bien en Járkov. Aquí se puede madurar la obra, lejos del torbellino superficial y adulterado de la capital. Desgraciado el que se deje encandilar por un espejismo. Lo que conviene al artista es la auténtica vida, sosegada y lenta. Ya veis, yo os envidio.»

Sigue hablando, gilipollas, piensa Eduard para sus adentros. Si tanto te gusta Járkov, ¿por qué te largaste? Piensa esto, pero escucha

con deferencia, como el niño formal al que sabe imitar tan bien, al moscovita que después de haberles ensalzado la vida provinciana, tan auténtica, aborda el tema de los *smoguistas*. «¿Cómo, no conocéis a los smoguistas? ¿No conocéis el SMOG? ¿La sociedad de jóvenes genios? ¿No conocéis a Gubánov? Sólo tiene veinte años, pero la gente importante de Moscú lo lleva en palmitas.» Y Brusilovski se pone a recitar, con los ojos entornados, versos del joven prodigio: «No soy yo quien se ahoga en los ojos del Kremlin, sino el Kremlin el que se ahoga en los míos.»

Gubánov y sus veinte años de mierda, se enfurece Eduard. Yo pronto cumpliré veinticinco, ya se me ha adelantado Brodsky, nadie en el mundo sabe que existo. Esto ya no puede seguir así.

II. Moscú, 1967-1974

1

En esta época mi madre publicó su primer libro, *El marxismo y Asia*. Que mi madre hubiese escrito un libro me impresionaba mucho e intenté leerlo, pero retrocedí al leer las siete primeras palabras, que eran: «Todo el mundo sabe que el marxismo...» Este *incipit* se convirtió en objeto de bromas para mis hermanas y para mí: «Pues no», repetíamos, «no todo el mundo sabe que el marxismo. Nosotros no lo sabemos. ¡Habrías podido pensar en nosotros!»

En el libro se describía cómo los pueblos musulmanes de Asia central se adaptan a la ideología y al poder soviéticos, tema por entonces poco explorado al que mi madre había consagrado su joven carrera de investigadora. Yo tenía seis meses cuando ella partió a Uzbekistán para un largo viaje de estudios, acompañando a un grupo de sabios que, por su parte, estudiaban la epizootia del cordero. De Bujará, Taschkent o Samarcanda trajo fotos de mezquitas, de cúpulas, de mendigos ascéticos y altivos, tocados con turbantes y de ojos muy negros. Envolvía las fotos una embrujadora luz cobriza que de niño me atraía y me daba un poco de miedo. Habría querido acompañar a mi madre a aquel país misterioso que ella llamaba la *urs*, no me gustaba que se marchara para visitarlo porque yo soportaba mal nuestras separaciones, y he conocido pocas alegrías más intensas que la del día en que, invitada a un congreso de historiadores en Moscú, decidió que yo era lo bastante mayor para acompañarla.

Recuerdo cada detalle de aquel viaje encantado. Mi madre me llevaba a todas partes. En la comida en casa del agregado cultural francés, yo estaba sentado a la misma mesa que ellos, escuchando

formalmente las conversaciones de los adultos, y tan feliz de estar en aquel sitio que más de cuarenta años después puedo recitar como un mantra los nombres de los comensales. Había un profesor llamado Gilbert Dagron, una tal Néna (no Nina ni Léna: Néna), que era la mujer del cineasta Jacques Baratier –autor de *Draggés au poivre*, con Guy Bedos–, y un chico que, aunque ruso, tenía un apellido francés: Vadim Delaunay. Muy joven, muy guapo, muy agradable, era una especie de hermano mayor ideal, que enseguida se encariñó conmigo. Como me gustaba leer, me interrogó sobre mis lecturas. Al igual que yo, lo sabía todo sobre Alejandro Dumas.

Esto sucedía en 1968, yo tenía diez años. Eduard y Anna, en ese tiempo, acababan de instalarse en Moscú. Cambiar de ciudad, por propia iniciativa, no era nada fácil en la Unión Soviética. Desde la Revolución y todavía hoy, se necesita un permiso de residencia, la *propiska*, que es difícil de obtener y que no obtuvieron, lo que les condenaba a una vida en la clandestinidad, siempre a merced de un control en el metro. Vivían en unos cuartitos de la periferia y para no llamar la atención cambiaban a menudo de domicilio. Sus bienes se reducían a una maleta con ropa, una máquina de escribir para los poemas y otra de coser para los pantalones. También empezaron a fabricar con indiana barata bolsos de dos asas copiados de un modelo que habían visto en uno de los viejos *Paris Match* de Bajt. Coste de fabricación: un rublo. Precio de venta: tres. Su primer invierno en Moscú fue el más inclemente de la década: incluso poniéndose encima toda su ropa tenían frío continuamente, y también hambre. En la cantina donde comían, recuperaban restos de puré y pellejos de salchichón de los platos sucios.

Al principio, su protector y el centro de su vida social fue el pintor Brusilovski, el jarkoviano que había hecho carrera en Moscú. Para aquellos cuasi indigentes, su amplio taller con pieles de animales encima de los sofás, mapas geográficos usados como pantallas y alcoholes importados era un oasis de lujo, de calor, y con tal de que

uno se prestara a admirar su éxito Brusilovski no era un mal tipo. Fue él quien aconsejó a Eduard que comenzara su conquista de Moscú por el seminario de poesía de Arseni Tarkovski, de igual manera que, por la misma época, un Brusilovski francés hubiese enviado a un joven provinciano ambicioso a escuchar a Gilles Deleuze en Vincennes. «Pero ojo», le previno, «hay cantidad de gente. Si no formas parte del círculo de discípulos, no entras así como así. Pregunta por Rita.»

Así que un lunes por la noche Eduard desliza su cuaderno de poemas en el bolsillo interior de su abrigo demasiado ligero –«de piel de pescado», se dice en ruso– y toma el metro hasta la sede de la Unión de Escritores, una mansión antaño patricia que sirvió de modelo para la de la familia Rostov en *Guerra y paz*. Llega con una hora de adelanto pero ya hay mucha gente que patea el suelo para calentarse los pies, como mínimo veinte personas. Pregunta por Rita, le dicen que aún no ha llegado, que va a venir, pero no viene. Un Volga negro se desliza por la acera nevada. El maestro se apea del coche, con el pelo blanco alisado hacia atrás, abrigado con una pelliza elegante y fumando tabaco aromático en una pipa inglesa. Hasta su leve cojera es distinguida. Le acompaña una beldad desdeñosa, que podría ser su hija. Las puertas se abren y se cierran tras ellos, en su suite sólo entra un puñado de elegidos. Eduard dice que seis lunes seguidos se quedó fuera, con los don nadie: me parece demasiado, pero Eduard no acostumbra a exagerar y le creo. El séptimo lunes aparece Rita y él entra en el sanctasanctórum.

Arseni Tarkovski es hoy mucho menos conocido que su hijo Andréi, por entonces en los mismísimos inicios de su carrera de genio del cine mundial. Eduard, del que pronto sabremos lo que piensa de Nikita Mijalkov, no ha hablado nunca, que yo sepa, de Tarkovski hijo y me extraña, porque me imagino bien, yo, que le admiro, como todo el mundo, el párrafo malevolente que nuestro chico malo podría escribir sobre esta vaca sagrada de la cultura: su seriedad impermeable a todo tipo de humor, su espiritualidad envarada, sus planos contemplativos,

indefectiblemente acompañados de cantatas de Bach... En todo caso, el padre, poeta entonces de gran reputación y ex amante de Marina Tsvietáieva, desagrada a Eduard nada más verle: no porque tenga aspecto de astroso, al contrario, sino porque el único papel posible con respecto a él es a todas luces el de discípulo devoto, y eso a Eduard, por joven que sea, no le va.

En cada sesión del seminario, un participante lee sus poemas. Esta semana le toca a una tal Máshenka, vestida –cito a Eduard– con amplias vestimentas de color mierda, y que tiene una de esas caras apasionadas y melancólicas común a todas las poetisas que frecuentan las Casas de la Cultura de la Unión Soviética. Sus versos riman con su físico: camuflan levemente la copia de Pasternak, son delicadamente líricos, totalmente previsibles. Si estuviese en el lugar de Tarkovski, Eduard le aconsejaría que se arrojara a las vías del metro, pero el maestro, paternalmente, se limita a ponerla en guardia contra las rimas demasiado perfectas, y cuenta a este respecto una anécdota cuyo héroe es su difunto amigo Ósip Emílevich. Ósip es Mandelstam, y anécdotas sobre él y Marina Ivánovna (Tsvietáieva) habrá todas las semanas. Eduard hierve de decepción y de rabia. Lo que quisiera es leer sus versos y que todo el mundo se caiga de culo. El lunes siguiente es igual. Parecido el siguiente. Se da cuenta de que no es el único frustrado que espera su turno eternamente, y después del seminario, y aunque un par de cervezas a 42 kopecs significa para su presupuesto que no comerá al día siguiente, se va a tomar una con los demás e intenta fomentar una revuelta al estilo de uno de sus héroes, el marino del acorazado *Potemkin*, que de repente exclama: «Eh, chicos, pero ¿qué es esto? ¡Nos dan carne podrida!» Al principio los poetas no toman en serio a este muchachito provinciano de nariz respingona y voz aguda, pero él saca su cuaderno, empieza a leer y pronto todo el grupo le escucha, en un silencio cada vez más atónito. La leyenda dice que así escucharon los parnasianos a un adolescente arrogante, maleducado, de gruesas manos coloradas, que venía de las Ardenas y se llamaba Arthur Rimbaud. Entre los testigos de la escena se encuentra Vadim Delaunay.

Encontré su nombre leyendo *El libro de los muertos*, un texto en el que Limónov reúne retratos de celebridades o personas oscuras que ha conocido durante su vida y que tienen en común el hecho de estar muertas. Describe a Vadim Delaunay tal como yo le recuerdo: muy joven, apenas veinte años, muy guapo, muy cordial. Eduard dice que todo el mundo le quería. Descendía del marqués de Launay, que en 1789 estaba al mando de la guardia de la Bastilla. Su familia había emigrado a Rusia para huir de la Revolución y sin duda a estos orígenes debía –algo excepcional bajo Brézhnev– que se le recibiera en casa de un diplomático extranjero. Escribía poemas. Era el benjamín de los smoguistas, el movimiento del que Brusilovski había hablado hasta la saciedad en Járkov a Anna y Eduard. He confrontado las fechas: me permiten imaginar que después de haber pasado toda la comida en casa del agregado cultural hablando de los tres mosqueteros con un niño francés, Vadim Delaunay, el mismo día, se hubiera ido al seminario de Arseni Tarkovski y hubiese asistido a los inicios del poeta Limónov en el *underground* moscovita.

Existía la literatura oficial. Los ingenieros del alma, como Stalin había llamado un día a los escritores. Los realistas-socialistas, fieles a esta línea. La cohorte de los Shólojov, Fadiéiev, Símonov, con apartamentos, dachas, viajes al extranjero, acceso a las tiendas para las jerarquías del partido, obras completas encuadernadas, con tiradas de miles de ejemplares y coronadas por el Premio Lenin. Pero estos privilegiados no lo tenían todo. Lo que ganaban en confort y seguridad lo perdían en amor propio. En los tiempos heroicos de la construcción del socialismo, todavía podían creer en lo que escribían, estar orgullosos de lo que eran, pero en la época de Brézhnev, del estalinismo blando y la *nomenklatura*, estas ilusiones ya no eran posibles. Sabían bien que servían a un régimen podrido, que habían

vendido su alma y que los demás lo sabían. Solzhenitsyn advirtió los remordimientos de todos ellos: uno de los aspectos más perniciosos del sistema soviético es que si no eras un mártir no podías ser honesto. No podías enorgullecerte de ti mismo. Si no estaban completamente embrutecidos o no eran unos cínicos, los escritores oficiales se avergonzaban de lo que hacían, de lo que eran. Se avergonzaban de escribir en *Pravda* grandes artículos denunciando a Pasternak en 1957, a Brodsky en 1964, a Siniavski y Dániel en 1966, a Solzhenitsyn en 1969, siendo así que en el secreto de su corazón les envidiaban. Sabían que eran ellos los grandes héroes de su tiempo, los grandes escritores rusos a los que el pueblo se acerca a preguntarles, como a Tolstói en el pasado: «¿Qué está bien? ¿Qué está mal?» Los más abúlicos suspiraban que si sólo hubiera dependido de ellos habrían seguido estos ejemplos apasionantes, pero claro, tenían familia, hijos que cursaban largos estudios, todas las excelentes razones para colaborar que tiene cada cual para no militar en las filas de la disidencia. Muchos se alcoholizaban, algunos como Fadiéiev se suicidaban. Los más astutos, que eran también los más jóvenes, aprendían a jugar a dos bandas. Era factible, el poder necesitaba a esos moderados y exportables disidentes a medias, que Aragon era un especialista en acoger en Francia con los brazos abiertos. Evgueni Evtushenko, al que volveremos más adelante, destacaba en este cometido.

Pero también, para dar color a la época, existía la grisura de los que no eran ni héroes ni podridos ni listillos. La gente del *underground*, que tenían dos convicciones: los libros publicados, los cuadros expuestos, las obras representadas eran obligatoriamente venales y mediocres; un artista auténtico sólo podía ser un fracasado. No era culpa suya, sino de unos tiempos en que fracasar era un acto noble. Pintar significaba ganarse la vida como vigilante nocturno. Ser poeta, retirar la nieve con una pala delante de la editorial a la que jamás de los jamases le enseñaría sus poemas, y cuando el director, al apearse de su Volga, te veía con la pala en el patio, era él el que se sentía vagamente humillado. Llevaban una mierda de vida, pero no habían traicionado. Los fracasados se calentaban entre ellos, en las cocinas

donde parloteaban noches enteras, entre el *samizdat* que circulaba de mano en mano y el *samagonka* que bebían, el vodka casero que se fabrica en la bañera con azúcar y alcohol de farmacia.

Un hombre ha contado esto. Se llamaba Vénichka Yeroféiev. Cinco años mayor que Eduard, provinciano como él, tras haber seguido la trayectoria común a todas las personas sensibles de aquel tiempo (adolescencia ferviente, después alcoholismo, absentismo y una vida a salto de mata), llegó a Moscú en 1969 con un manuscrito en prosa al que él llamaba, sin embargo, un «poema», como Gógol llamaba a *Las almas muertas*. Tenía razón: *Moscú-Petushkí* es el gran poema de los *zapói*, esa interminable curda rusa a la que la vida tendía a asemejarse bajo el régimen de Brézhnev. La odisea mugrienta, catastrófica, del borrachín Vénichka entre la estación de Kursk, en Moscú, y el villorrio de Petushkí, en las lejanas afueras. Dos días de viaje para recorrer ciento veinte kilómetros, sin billete pero con la ayuda de a saber cuántos litros de aguachirle: vodka, cerveza, vino y sobre todo cócteles inventados por el narrador que cada vez da la receta: la «lágrima de komsomol», por ejemplo, mezcla cerveza, *white spirit*, gaseosa y desodorante para los pies. Héroe alcohólico, tren ebrio, pasajeros borrachos: todo el mundo lo está en este libro basado en la convicción de que «todos los hombres de valía en Rusia beben como esponjas». Por desesperación y porque en un mundo de mentiras lo único que no miente es la embriaguez. El estilo, deliberadamente enfático y burlesco, parodia la lengua estereotipada soviética, las frases alteran citas de Lenin, de Maiakovski, de los maestros del realismo socialista. Todos los *under*, como se llamaban ellos mismos los miembros del *underground*, se reconocieron en este tratado del nihilismo y el coma etílico. Asiduamente copiado, leído, recitado en el círculo que frecuentaba Eduard, traducido en Occidente (en Francia, con el título *Moscou-sur-Vodka*), *Moscú-Petushkí* se convirtió en una especie de clásico, y Vénichka en una leyenda: fracasado metafísico, borracho sublime, encarnación grandiosa de todo lo que la época tenía

de poderosamente negativo. Iban, van todavía en peregrinación a la estación de Petushkí, donde incluso, desde hace unos años, se yergue su estatua.

Punk adelantado, Vénichka era la irrisión, la dimisión personificada. En esto difería de los disidentes, que se obstinaban en creer en un porvenir y en el poder de la verdad. A distancia, a una distancia de cuarenta años, todo esto ha embrollado un poco, y desde luego los *under* leían a los disidentes, divulgaban sus escritos, pero salvo raras excepciones no corrían los mismos riesgos ni, sobre todo, profesaban la misma fe. Solzhenitsyn era para ellos una especie de estatua del Comendador, con la que por suerte no había posibilidades de asociarse: vivía en provincias, en Riazán, trabajaba día y noche, sólo trataba con los antiguos *zeks*, cuyos testimonios recogía con inmensas precauciones, y en ellos se basa *Archipiélago Gulag*. No conocía el mundillo gregario, efusivo, guasón, cuyo ídolo era Vénichka Yeroféiev y cuya estrella ascendente era Édichka Limónov, y si lo hubiese conocido lo habría despreciado. Su determinación, su coraje tenían algo de inhumano, ya que lo que se exigía a sí mismo lo esperaba también de los demás. Consideraba una cobardía escribir sobre cualquier cosa que no fuera los campos: equivalía a *acallarlos*.

En agosto de 1968, unos meses después de mi comida en casa del agregado cultural francés, la Unión Soviética invadió Checoslovaquia, aplastó con un baño de sangre la Primavera de Praga y, para protestar contra esta invasión, un grupo de disidentes tuvo la extravagante audacia de manifestarse en la Plaza Roja. Eran ocho cuyos nombres quiero mencionar: Larisa Bogoraz, Pável Litvínov, Vladímir Dremlíuga, Tatiana Bieva, Víctor Fáinberg, Konstantín Babitski, Natalia Gorbanévskaja –que se presentó con su bebé en un cochecito– y Vadim Delaunay. Este último portaba una pancarta en la que había escrito estas palabras: «Por nuestra libertad y por la vuestra». Detenidos de inmediato, los manifestantes fueron condenados a penas

de prisión de duración variable: en el caso de Vadim, dos años y medio. Tras su liberación y nuevos conflictos con el KGB, aquel joven con quien tanto me había complacido hablar de Athos, Porthos y Aramis emigró al extranjero. Vivió en París, donde yo, de haberlo sabido, podría haberle reencontrado. Murió allí en 1983, a los treinta y cinco años.

Eduard conoció bien a toda aquella gente. Ocupan mucho espacio en su *Libro de los muertos* porque la mayoría, con la ayuda del alcohol, murió joven. Apreciaba a Vadim Delaunay y menos, a todas luces, a Yeroféiev. Su presunta obra maestra le parecía sobrevalorada, al igual que *El maestro y Margarita* de Bulgákov, cuyo culto póstumo comenzó también por aquellos años. Lo que pasa es que no le gustan los cultos profesados a otros. Piensa que la admiración que les dedican se la roban a él.

El peor, en este sentido, era Brodsky. A su vuelta del exilio en el Gran Norte, vivía en Leningrado pero viajaba algunas veces a Moscú y se dejaba ver, aunque con moderación, en las cocinas de los *under*. Allí le veneraban, literalmente. Se sabían sus versos de memoria, las grandes réplicas de su proceso, la lista de personalidades que, desde Shostakóvich hasta Sartre y T. S. Eliot, le habían apoyado. Llevaba un pantalón informe y un jersey viejo, lleno de agujeros, y el pelo, ya ralo, muy largo y enmarañado, llegaba tarde a las fiestas y se marchaba temprano, se quedaba justo el tiempo de que se notase su discreción y la simplicidad de sus modales. Se instalaba siempre en el rincón más oscuro y todo el mundo formaba un corro a su alrededor. Esto no agradaba al joven poeta Limónov, que hasta que Brodsky entraba en la habitación llevaba la batuta con su insolencia y sus chaquetas de terciopelo estampado. Para tranquilizarse, intentaba convencerse de que el aura de Brodsky no era natural, de que se había *fabricado* un personaje. Mi amigo Pierre Pachet, que lo conoció un poco, piensa que había algo de verdad en este juicio, pero ¿quién no se fabrica un personaje? ¿Qué simplicidad es realmente simple? Brodsky, en cualquier caso, exhibía su postura de rebelde incontrolable, ni siquiera disidente, menos antisoviético que a-soviético. Sin azorarse, rechazaba las propuestas de publicación que le ofrecían en bandeja, diciéndole que «sólo depende de usted, sea de los nuestros», los colegas de lomo

más flexible, como Evtushenko, y esta perpetua objeción de conciencia acabó resultando tan irritante que en 1972 el KGB le conminó a hacer las maletas. Adiós, muy buenas, debió de pensar Eduard.

Felizmente para su amor propio, en el mundillo del *underground* había un montón de reclutas entre los que Anna y él hicieron amigos, muchos amigos. El mejor de todos, el más valiente de los *under*, era el pintor Ígor Voroshílov, borrachín lírico y sentimental y especialista del *labardan*, un plato para indigentes a base de cabezas de pescado. Eduard y Anna compartieron con él todo: la miseria, las botellas y el raro chollo, en verano, de auténticos pisos cuyos ocupantes, al irse de vacaciones, les confiaban la custodia. Eduard le apreciaba mucho porque no le despertaba celos, como muestra la historia siguiente. Una noche, Ígor le pide auxilio: va a suicidarse. Eduard atraviesa Moscú para disuadirle y le encuentra visiblemente ebrio. Hablan. Lloriqueando mucho, Ígor le explica que ha perdido sus ilusiones, que se siente y se sabe un pintor de segunda. Eduard se toma el asunto en serio: aunque no se suicide –e Ígor no lo hará–, es terrible darte cuenta de que eres un artista de segunda fila y quizá también un ser humano inferior. Es lo que teme más que a nada en el mundo. Y lo más terrible, añade, es que Ígor no se equivoca en su concepto de sí mismo. El futuro y el mercado lo confirmarán: era el mejor de los hombres, pero un pintor de segunda y hasta de tercera fila.

Lo que yo, por mi parte, considero terrible es la placidez cruel con que Eduard deja constancia del hecho. Más adelante se cruzará con algunas figuras del *underground* neoyorquino, Andy Warhol, gente de la Factory, *beatniks* como Allen Ginsberg y Lawrence Ferlinghetti, y aunque no le impresionan gran cosa, reconoce que sus nombres han pasado a la historia. Merecen que se diga de ellos: los he conocido. En cambio, dice Eduard, no queda nada de los smoguistas, de su cabecilla Lionia Gubánov, de Ígor Voroshílov, de Vadim Delaunay, de Jolín, de Sapguir y de otros sobre los cuales tomé páginas enteras de notas que ahorro al lector. Vanguardia caduca, pequeño bocal de agua estancada,

comparsas de un breve capítulo en la vida ajetreada de Eduard, pero que vivieron la suya entera en ese bocal, y es triste.

Soy consciente de que esta mezcla de desprecio y envidia no hace más simpático a mi personaje, y conozco en Moscú a personas que se codearon con él por esa época y le recuerdan como a un impresentable. Esas mismas personas reconocen, sin embargo, que era un sastre hábil, un poeta de gran talento y, a su manera, un tipo honesto. Arrogante, pero de una lealtad a toda prueba. Carente de indulgencia, pero atento, curioso y hasta caritativo. A fin de cuentas, aun pensando que su camarada Ígor tenía razón en considerarse un fracasado, se tomó la molestia de pasarse la noche subiéndole la moral. Incluso para gente que no le apreciaba, Eduard era un hombre con quien se podía contar, que no te dejaba en la estacada, que aunque echara pestes sobre algunos se ocupaba de ellos si estaban enfermos o eran desgraciados, y pienso que muchos de los que se proclaman amigos de la humanidad y de cuyos labios sólo brotan palabras de benevolencia y de compasión, son en realidad más egoístas e indiferentes que Eduard, el chico que se pasó la vida describiéndose con los trazos de un malvado. Un detalle: al abandonar su país dejará atrás una treintena de poemarios *de otros poetas*, compuestos y encuadernados gracias a él. Porque, dice de pasada, «forma parte de mi programa de vida interesarme por los demás».

Eduard y Anna se han integrado en Moscú, llueven los pedidos de pantalones, llevan una vida bohemia bastante agradable, pero empieza a suceder lo que ella temía al partir de Járkov: el cabroncete no la engaña, porque la fidelidad conyugal entra en su código moral, pero es un seductor rebotante de salud y de vitalidad, y ella una mujer gorda y ajada, en declive, que recae en la locura largo tiempo mantenida a raya. No es una novedad que le haga escenas. Peor aún: padece ausencias, momentos de postración. Suele caerse en la calle. Un día, con la mirada fija, le dice a Eduard: «Vas a matarme. Sé que vas a matarme.»

La internan varias semanas en el hospital psiquiátrico. Cuando él la visita, ella casi siempre está desorientada, embrutecida por potentes sedantes, pero a veces la encuentra atada a la cama porque se ha peleado con otras reclusas; se piensa en reclusas, no en enfermas, hasta tal punto el ambiente es penitenciario.

Al darle el alta, la envían a descansar a casa de unos amigos que tienen una casita a la orilla del mar, en Letonia. Eduard la acompaña, se ocupa de instalarla, a espaldas de Anna habla con Dagmar, la dueña de la casa, para que se tome los medicamentos. El padre de Dagmar, un viejo pintor barbudo con cara de fauno, propone iniciar a la convaleciente en la acuarela, algo que la sosegará. Buena idea, aprueba Eduard, y vuelve solo a Moscú, donde el 6 de junio de 1971 asiste a la fiesta de cumpleaños de su amigo Sapguir.

Sapguir, como Brusilovski, es uno de los raros conocidos que se desenvuelven bien en la vida. Autor de cuentos llenos de osos y de *rusalkas* que leen todos los niños del país, tiene un apartamento bonito, una dacha, relaciones tanto en el *underground* como en el mundo de la cultura oficial. Visitan su casa gente como los hermanos Mijalkov,

Nikita y Andréi, ambos cineastas de talento, famosos en el extranjero, que se mueven entre la docilidad y la audacia con tanta destreza como su padre, poeta célebre a su vez, y que entre el alba y el crepúsculo de su larga carrera se las ingeniará para componer himnos a Stalin y Putin. Eduard detesta a los Mijalkov tanto como a todos sus herederos. Entre los amigos de Sapguir, hay otro por el estilo: Víctor, un alto *apparatchik* cultural, un cincuentón calvo y elegante que aquel día llega en un Mercedes blanco y presenta a los reunidos a su nueva novia, Elena.

Elena tiene veinte años. Morena, larguirucha, con una minifalda de cuero, leotardos y tacones altos, es una de esas chicas a las que Eduard nunca ha visto en carne y hueso, sino sólo en las portadas de revistas extranjeras que se intercambian bajo cuerda: *Elle* o *Harper's Bazaar*. Se queda fulminado. Tiene miedo de acercarse a ella. Cuando Elena le mira, él sepulta la nariz en el plato. Divertida por su timidez, ella le aborda. Unas semanas después le dirá que con sus vaqueros blancos, su camisa roja ampliamente abierta sobre el torso bronceado, era el único presente verdaderamente vivo en aquella asamblea de gente ahíta y hastiada. Al descorchar una botella de champán, el tapón rompe algunos vasos venecianos y ella se ríe a carcajadas. Que sea poeta no es nada extraordinario en sí mismo, hay poetas a mansalva, pero cuando le animan a recitar un poema suyo, él lo lee y ella abre unos ojos como platos. Elena también, empujada por Víctor, ha escrito versos: son malos, pero Eduard no se lo dice. Tampoco le dice que el perrito de Elena le parece grotesco. Mientras hablan, se ríen y empapuzan de caviar al perro, Víctor le pregunta a Elena si se está divirtiendo, con el tono de un padre que va a buscar a su hija al parque infantil. Más atento, Sapguir, que ha observado a la pareja con el rabillo del ojo, se lleva aparte a Eduard: «No hagas el idiota», le dice. «Esa chica no es para ti.»

A principios del verano, Víctor parte a Polonia para una gira de

conferencias sobre la alta misión del arte socialista y la amistad entre los pueblos. Y Eduard tiene un golpe de suerte: unos amigos que se van a su dacha le encargan la custodia de su piso de tres habitaciones en pleno centro.

Es más bien Elena la que, por curiosidad, se acuesta con él, y no al contrario, y la primera vez no es nada memorable. Él se resarcirá después, pero a los veintisiete años su vida sexual no ha sido grandiosa: a los folleteos de Sáltov han sucedido seis años de monogamia con una mujer que no le excita realmente, que es más una compañera de supervivencia que una amante. Elena es para él una extraterrestre. Su cuerpo menudo y suntuoso, su piel increíblemente lisa, sin una sola aspereza, sin una rojez, sin un pliegue: ha soñado con eso toda la vida, sin estar seguro de que existiese. Ahora que la tiene en sus brazos es preciso que le pertenezca, que nunca más pertenezca a otro hombre. Ay, enseguida comprende que ella no ve las cosas de la misma manera. Ha aprovechado la ausencia de Víctor para acostarse con este muchacho musculoso, lleno de energía, a la vez tímido e insolente, pero en el ambiente en que ella vive acostarse con alguien no tiene consecuencias. Todos se acuestan más o menos con todos, y Elena no ve razón para ocultar al joven poeta que no es el único que le gusta: hay también un actor a la vista, un asiduo del círculo de privilegiados donde se bebe champán y se circula en Mercedes.

Sin noticias de Elena los días siguientes, Eduard se consume, no aguanta más y una noche se presenta en su casa. Llama, con el corazón desbocado. Nadie. Decide esperar en el rellano. Es verano, el inmueble de nomenklaturistas está desierto, no hay vecinos suspicaces que le pregunten qué busca allí. Transcurre una hora, dos horas, toda la noche. Se duerme, se despierta a intervalos, con la frente apoyada en las rodillas. Justo antes del amanecer, oye reír a Elena en el portal, tres pisos más abajo, y una risa de hombre que responde a la de ella.

Se esconde en el descansillo del piso de arriba, ve detenerse el ascensor y salir a Elena, siempre riéndose, con el actor conocido que la

besa en los labios antes de entrar en el piso. Eduard sufre, tiene la sensación de que nunca en su vida ha sufrido tanto. El único remedio para un chico de Sáltov es hacer lo que diez años antes no pudo hacer con Sveta y el imbécil de Shúrik: matar a los dos, a ella y a su amante. Lleva la navaja consigo. La saca, baja un piso, vuelve a llamar. No contestan. De todos modos, no han tenido tiempo de empezar a follar. Pulsa fuerte el timbre y después aporrea la puerta con fuertes golpes amenazadores, como hacen los chequistas cuando van por la noche a detener a alguien. Por mucho que discurran tiempos tranquilos, Elena se asusta. Eduard la oye acercarse desde el fondo del piso. Con la voz alterada, pregunta quién es. «¿Eddy?» Tranquilizada, se ríe. «¿Sabes la hora que es? ¡Estás loco!» Se niega a dejarle entrar, le ruega que se vaya, primero amablemente, luego no tanto. ¡Que por eso no quede! Se hace un corte en las venas. Tendrán que abrir la puerta para atenderle. En la pequeña cocina adonde le transportan, el perrito lame de buena gana la sangre que fluye de la muñeca.

Otra chica hubiese roto inmediatamente. Pero no Elena, menos espantada por esta escena que impresionada por el amor que le muestra el joven poeta. En su ambiente nadie ama de ese modo: con salvajismo, con intransigencia. Eduard se lo toma todo demasiado a pecho, pero comparadas con él todas las personas que ella conoce resultan tibias. Además, pasado el primer sobresalto, demuestra ser un amante notable, y se pasan el verano follando en todas las posturas, por todos los orificios, y ella pronto aguarda sus encuentros con tanta impaciencia como él. Como Víctor ha vuelto de su gira polaca, se ven en el apartamento cuyas plantas le han encomendado a Eduard que riegue. El verano en Moscú es tórrido. Pasan toda la tarde desnudos, se duchan juntos, se excitan mirando en los espejos el cuerpo bronceado de él, el blanquísimo de ella. A finales de agosto los propietarios regresan de la dacha y hay que cederles el piso, pero –otro golpe de suerte– una amiga quiere subarrendar su habitación de nueve metros cuadrados, dimensiones suficientes para no desperdiciarlas yendo a instalarse en algún otro sitio; y la habitación está a cinco minutos de la casa de Elena y Víctor, al otro lado del monasterio Novodiévichi. Para

Eduard es una señal del destino, y cuando Anna vuelve a su vez de Letonia hace algo que normalmente le repugna: miente. Dice que la habitación que tenían antes del verano ya no está libre, que a la espera de algo mejor duerme en un sofá en casa de unos amigos adonde no puede llevarla y que mientras tanto le ha encontrado un hueco en otro sofá en casa de otros amigos.

Podría hablarle, decirle que se ha enamorado de otra. Debería hacerlo, la mentira le pesa, pero no se atreve: tiene miedo de la reacción de Anna, de su demencia, miedo de destruirla. Ella, sin embargo, tiene buen aspecto, está relajada, es evidente que el verano en el Báltico le ha sentado bien. Pero él la encuentra cambiada, y no solamente porque está mejor. Esta impresión se confirma cuando se reencuentran en la cama: los gestos de Anna no son los de siempre. Lo cual le perturba, aunque esté enamorado de otra. A la mañana siguiente, mientras ella aún duerme, le registra la maleta, descubre un cuaderno donde escribe su diario. En él habla de la naturaleza, del mar, de las flores, de su nueva vocación de pintora y –al pasar una página– revela su loca pasión sensual por el padre de Dagmar, el viejo pintor barbudo con cara de fauno. Eduard se desquicia, ciego de celos. Cuando se despierta, Anna va y viene por el cuarto: ¡qué tranquila está, esta mujer mentirosa e infiel! ¡Qué tranquila parece tener la conciencia!

Él no dice nada, pero la convence de que vuelva a Járkov por algún tiempo, hasta que él encuentre una habitación adecuada para ambos. Al día siguiente la acompaña a la estación, sin dejar de pensar ni un instante en su grueso cuerpo deformado y penetrado por el cuerpo nudoso del viejo pintor, y no le calma decirse que él posee el grácil y lustroso de la muchacha rica: por otra parte, sabe muy bien que no la posee, que ella le utiliza a su antojo y no se preocupa por él. Eduard sufre. Compra provisiones para el viaje de Anna, la acomoda en el tren. En principio se trata de una separación provisional, pero él sabe que en realidad han acabado. Ella ya no volverá a Moscú.

A lo largo de todo el otoño, su pasión por Elena le devora. Dan grandes paseos por el cementerio de Novodiévichi, lugar clásico de peregrinación para los amantes de Chéjov y los demás barbudos del siglo XIX. Como ama a un poeta, Elena cree que hace lo que debe al mostrar un recogimiento pensativo delante de las tumbas, y él la escandaliza deliciosamente poniéndole una mano en el culo, él, que imberbe, joven y bien vivo, no ama las peregrinaciones literarias ni a los barbudos del XIX. El perrito que bebió su sangre les sigue trotando y lanza gemidos quejumbrosos mientras ellos follan en la cama individual de su cuartito de *kommunalka*. Elena, por su parte, es ruidosa en el placer. La *bábushka* de la habitación vecina les dirige guiños chocarreros. «Se ve a la legua», le dice a Eduard, «que ella no es de tu mundo, pero también se ve que tienes algo en la entrepierna. Debes de hacerle cosas que sus amigos ricachos ni siquiera saben que existen.» Eduard tiene cariño a la *bábushka* y le gusta ese papel de proleta con una polla grande que enloquece de gusto a la princesa y de celos a sus pretendientes del gran mundo. Todos están enamorados de ella, pero ella le quiere a él, y por él decide durante ese invierno abandonar a Víctor. Se casa con Eduard, en la iglesia. Accede a vivir pobremente con él en un cuartucho, a veces en pisos que les prestan.

Ha ganado él. Todo el mundo le envidia: el mundillo del *underground*, donde nunca han visto a una mujer tan hermosa y sofisticada, y los ricos a quienes el poeta insolente de vaqueros blancos les ha arrebatado a su princesa. Elena y Eduard son los reyes de la bohemia moscovita durante varias temporadas. Si es que hubo, hacia 1970, en lo más gris de la grisura brezhneviana, algo parecido a un glamour soviético, lo encarnaron ellos. Existe una foto en que se le ve de pie, con el pelo largo, triunfal, vestido con lo que él llama su «chaqueta de héroe nacional», un patchwork de ciento catorce retales multicolores cosidos por él mismo y, a sus pies, Elena desnuda, deslumbrante, grácil, con los pechos firmes y livianos que a él le enloquecían. Ha conservado esta foto toda su vida, la ha transportado

a todas partes, la ha colgado de la pared, como un icono, en cada uno de sus paraderos. Es su amuleto. Dice que pase lo que pase, por bajo que caiga, hubo un día en que él fue este hombre. Tuvo a esta mujer.

Vidas paralelas de hombres ilustres: Alexander Solzhenitsyn y Eduard Limónov abandonaron su país en la primavera de 1974, pero la partida del primero tuvo más resonancia en el mundo que la del segundo. Desde la caída de Jrushov había un conflicto abierto entre el poder y el profeta de Riazán, al que en virtud de una contradicción típicamente soviética se le consideraba el escritor más importante de su tiempo y a la vez se le prohibía publicar. Conozco pocas historias tan hermosas como la de este hombre solo, medieval, campesino, que se libró al mismo tiempo del cáncer y de los campos, y firme en su creencia de que verá en vida triunfar la verdad, porque los que mienten tienen miedo y él no. Este hombre que, cuando sus colegas votan su expulsión de la Unión a causa, entre otras, de que «en sus obras no aparece el tema del compañerismo de los escritores», es capaz de responderles tranquilamente: «La literatura establecida, las revistas, las novelas editadas, son para mí pura y simplemente inexistentes. No es que no puedan florecer talentos en este ámbito (los hay), pero perecen forzosamente porque no es el buen terreno, ya que les permite no decir la verdad capital, la que salta a la vista sin necesidad de literatura.» Esta verdad fundamental es, por supuesto, el gulag. Es también que el gulag existe antes y después de Stalin, que no es una enfermedad del sistema soviético sino su esencia y hasta su finalidad. Solzhenitsyn pasó diez años recopilando en secreto los testimonios de doscientos veintisiete antiguos *zeks* y, con su letra minúscula, enterrando sus manuscritos, haciéndolos microfilmarse para trasladarlos a Occidente, edificó este monumento, *Archipiélago Gulag*, que se publicó en Francia y en Estados Unidos a principios de 1974 y empieza a leerse en Radio-Liberté.

El hombre que en ese momento acaba de asumir la dirección del KGB, Yuri Andrópov, comprende que esta bomba es más peligrosa para el régimen que todo el arsenal nuclear norteamericano, y toma la

iniciativa de reunir de urgencia al Politburó. Las actas de esta reunión de crisis se hicieron públicas en 1992, cuando Borís Yeltsin desclasificó los archivos: es una auténtica obra de teatro que merecería ser representada. Brézhnev, ya muy debilitado, no ve realmente el peligro. Es partidario, por supuesto, de denunciar como propaganda burguesa este ataque «contra todo lo que consideramos sagrado», pero, en definitiva, es partidario de permitir que circule: se desplomará, como se desplomaron las protestas contra la invasión de Checoslovaquia. Podgorni, el presidente del Presídium, no comparte este fatalismo. Babeante de cólera, deplora que el sistema se haya ablandado hasta el punto de que ya no se baraja ni siquiera la solución más sensata: una bala en la nuca y punto. En Chile adoptan el método y, de acuerdo, bajo Stalin quizá se hayan excedido un poco, pero ahora se exagera en el otro sentido. Más diplomático, Kosyguin propone el confinamiento más allá del círculo polar. En el curso de todas estas parrafadas, creen oír suspirar a Andrópov, verle levantar la vista al cielo, y cuando por fin toma la palabra es para decir: «Todo esto está muy bien, mis queridos amigos, pero es demasiado tarde. La bala en la nuca habría que haberla disparado hace diez años, ahora el mundo entero nos vigila, es imposible tocarle un pelo a Solzhenitsyn. No, la única baza que nos queda es su expulsión.»

Todo es grande en el destino de Solzhenitsyn, que dos días después de esta reunión fue embarcado por la fuerza en un avión con destino a Frankfurt y recibido allí por Willy Brandt como un jefe de Estado. Lo que revela, sin embargo, su expulsión, lo que tanto apenaba, y con razón, al exaltado Podgorni, es que el sistema soviético había perdido el gusto y la fuerza de asustar, que ahora enseñaba los dientes sin demasiada fe, y que en vez de perseguir a los indóciles prefiere enviarlos lo más lejos posible. Lo más lejos quería decir a Israel, destino para el cual empezaron a repartir cantidad de pasaportes por aquellos años. Para obtener uno había que ser, en principio, judío, pero las autoridades no eran muy meticulosas al

respecto, sino más proclives a juzgar que un incordiante redomado era una variedad de judío, lo cual avalaba la candidatura de Limónov.

Cuando le interrogué sobre las circunstancias de su partida, me habló de una convocatoria en la Lubianka, la sede moscovita del KGB: un edificio siniestro donde los haya, en el que entrabas sin saber si saldrías y cuya sola mención hacía palidecer a todo el mundo menos a Eduard. Dice que se presentó con las manos en los bolsillos y casi silbando, porque su padre pertenecía al tinglado y los chequistas, de todas formas, no eran tan malos como a los disidentes les interesaba mostrarlos: funcionarios bonachones, somnolientos, a los que se aplacaba con un buen chiste. Cuenta también que allí conoció, a través de un amigo que estudió con ella en la universidad, nada menos que a la hija de Andrópov, una chica, por lo demás, bastante bonita a la que hizo reír toda una tarde, se la ligó a medias y finalmente le lanzó un desafío: ¿podría convencer a su querido papá de que echara un vistazo, para complacerla, al expediente del poeta Savienko-Limónov? La jovencita aceptó valientemente el reto y unos días después –pero ¿cómo saber si era verdad o si se burlaba de él?– volvió con el resumen siguiente: «Elemento antisocial, antisoviético convencido.»

Lo cierto es que, a diferencia de otros elementos antisociales como Brodsky y Solzhenitsyn, a los que hubo que expulsar por la fuerza y que hubieran dado un brazo por no abandonar su país ni su lengua natales, Eduard y Elena *querían* emigrar. Él, porque según una pauta que empieza a resultarnos conocida, estaba seguro de haber recorrido en siete años el circuito del *underground* moscovita, del mismo modo que en los siete anteriores había recorrido el de los decadentes de Járkov, y Elena porque tenía la cabeza infestada de revistas extranjeras, de estrellas, de modelos famosas, y se decía: «¿Por qué yo no?»

Ella arrastraba algunas veces a Eduard a la casa de una mujer muy anciana que era la tía abuela de una amiga suya y se llamaba Lili Brik. Una leyenda viva, decía ella con respeto, porque en su juventud

había sido la musa de Maiakovski. Su hermana, con el nombre de Elza Triolet, se había convertido en la de Aragon en Francia, y para Eduard constituía sobre todo un misterio que aquellas dos mujercitas regordetas y feas hubieran podido atrapar en sus redes a hombres de esa talla.

Las visitas le aburrían. La única leyenda viva que a él le interesa es él, y no le gustan ni el pasado ni esas viviendas tan típicas de la vieja *intelligentsia* rusa, llenas de libros y cuadros, de samovares, de alfombras y de medicinas que el polvo pega a las mesillas de noche. Lo que a él le complace es una silla, un colchón, e incluso eso son placeres que ablandan: en el campo basta un buen abrigo. No obstante, Elena insistía porque le gusta la gente famosa y la octogenaria Lili la adulaba con el mayor descaro. Se extasiaba sin cesar con su belleza: con sólo dejarse ver tendría a Occidente a sus pies. Si iban a París debían visitar a Aragon, y si iban a Nueva York tenían que ver a su vieja amiga Tatiana, que en su día también había sido la amante de Maiakovski y que ahora reinaba en la vida mundana de Manhattan. En cada una de las visitas, Lili enseñaba a Elena una bella y pesada pulsera de plata que le había regalado Maiakovski. Al girarla y deslizarla en su vieja muñeca reseca, le sonreía: «Tú la llevarás, paloma mía, cuando yo me muera. Te la daré el día que te vayas.»

A nosotros, que vamos, venimos y tomamos aviones a nuestro antojo, nos cuesta comprender que la palabra *emigrar*, para un ciudadano soviético, significaba un viaje sin retorno. Nos cuesta comprender estas palabras tan simples como un hachazo: *para siempre*. Y no hablo aquí de los tráfugas, de artistas como Nureyev y Baryshnikov, que aprovecharon una gira por el extranjero para pedir asilo político: de aquellos de los que en Occidente se decía que habían «elegido la libertad» y a los que *Pravda* calificaba de «traidores a la patria». Hablo de la gente que emigraba de forma totalmente legal. En los años setenta era posible emigrar, aunque difícil, pero el que solicitaba el pasaporte sabía que, si se lo daban, nunca podría volver.

Ni siquiera de visita, ni siquiera para una estancia corta, ni siquiera para abrazar a su madre moribunda. Lo cual te hacía reflexionar, y por eso muy pocos querían partir, y sin duda el poder lo tenía previsto cuando abrió esa válvula de escape.

Los últimos días eran desgarradores. Reír con un amigo, sentarse debajo de un tilo, subir entre las filas de hachones la escalera mecánica de la estación de metro Kropótkinskaia y salir al aire libre, entre los quioscos de floristas, con el olor de la primavera en Moscú: te percatabas con una especie de estupor de que todo esto, que habías hecho miles de veces sin darte cuenta, lo hacías por última vez. Cada partícula de este mundo tan familiar estaría pronto y definitivamente fuera de tu alcance: sería un recuerdo, una página pasada que no podrás releer, un objeto de nostalgia incurable. Abandonar la vida que siempre habías conocido y partir hacia otra de la que esperabas mucho pero no sabías casi nada, era una forma de morir. Y los que se quedaban, si no te maldecían, se esforzaban en estar alegres, pero a la manera de los creyentes que acompañan a sus allegados hasta las puertas de un mundo mejor. ¿Había que alegrarse porque serían más felices allá que aquí? ¿O llorar porque no volverías a verles? Ante la duda, bebían. Algunas de estas rondas de adioses se transformaron en *zapóí* tan frenéticos que los candidatos a partir sólo emergían de ellas, aturcidos, después de despegar el avión. Ya no habría otro, la puerta se había cerrado y no volvería a abrirse, sólo quedaba beber otro trago sin saber si era para ahogar una desesperación ya sin remedio o, como repetían los amigos, dando fuertes empujones, agradecer el haberse librado de una buena. «Se está mejor aquí, ¿no? Juntos. En casa.»

Por poco sentimental que sea Eduard, por grande que haya sido su confianza en el porvenir radiante que les aguardaba en América a Elena y a él, forzosamente tuvo que experimentar este desgarramiento anímico. Supongo que él la acompañó a despedirse de su familia –familia de militares, pero de un rango mucho más elevado que la de Eduard–; sé que ella tomó con él el tren a Járkov y no sólo conoció a

Veniamín y a Raia –estupefactos por la audacia de su hijo, consternados por perderle–, sino también a Anna, que al enterarse por el vecindario del regreso relámpago de su antiguo compañero se presentó en casa de los Savienko para armar una escena de histeria digna de la mejor tradición de Dostoievski: se arrojó a los pies de la joven seductora que le había arrebatado a su pequeño canalla, le besó las manos llorando, le repitió que era guapa, buena, noble, que poseía todo lo que aman Dios y los ángeles, y que ella, Anna Yákovlevna, era una pobre judía fea y gorda, perdida e indigna de vivir y de tocar la orla de su vestido. No queriendo quedarse en deuda con ella, y quizá recordando los modales de Nastasia Filípovna en *El idiota*, Elena levantó a la desdichada, la abrazó en un raptó y acabó quitándose teatralmente de la muñeca una pulsera muy bonita que procedía de su familia e insistió en dársela como un recuerdo suyo. Y en el apogeo de la exaltación: «¡Rezarás por mí, querida, querida alma! ¡Prométeme que rezarás por mí!»

En el tren de regreso, mientras se empequeñecían en el andén las pobres siluetas ya menguadas de sus padres, que agitaban sus pañuelos, seguros de que no volverían a ver nunca a su único hijo, a Eduard se le ocurrió pensar que si Elena se había permitido el lujo de regalar una joya tan hermosa a la loca de Anna, era porque tenía otra más bella todavía. La víspera de la partida se despidieron de Lili Brik y el vejstorio les dio, desde luego, las cartas de recomendación prometidas («Te confío dos niños maravillosos. Cuídalos. Sé su hada madrina», escribió a su ex rival Tatiana), pero por primera vez desde que iban a verla no llevaba puesto en la muñeca el precioso brazalete, y durante toda la visita no lo mencionó en ningún momento.

III. Nueva York, 1975-1980

1

A un francés que llega por primera vez a Nueva York la ciudad no le sorprende, o si lo hace es porque se parece a lo que ha visto en las películas. Para Eduard y Elena, hijos de la guerra fría y de un país donde están proscritos los films norteamericanos, toda esta imaginería es nueva: el vapor que sube de las bocas de ventilación; las escaleras de metal enganchadas como arañas al costado de los inmuebles de ladrillo ennegrecido; los carteles luminosos que se encabalgan en Broadway; el *skyline* que se ve desde el césped de Central Park; la animación incesante; las sirenas de los coches de policía; los taxis amarillos, los limpiabotas negros; la gente que anda por la calle hablando sola, sin que nadie intervenga para poner orden en todo esto. Cuando vienes de Moscú, es como si pasaras de una película en blanco y negro a una en color.

Los primeros días, Eduard y Elena recorren Manhattan cogidos de la mano, enlazados por la cintura, mirando a su alrededor ávidamente, y después se miran uno a otro, se echan a reír a carcajadas y se besan, con mayor avidez todavía. Han comprado un plano de la ciudad en una librería como nunca han visto: en lugar de estar bajo llave, detrás de los mostradores, como los botones en una mercería, los libros están al alcance de la mano. Puedes abrirlos, hojearlos y hasta leerlos sin estar obligado a comprarlos. En cuanto al plano, es increíblemente fiable: si anuncia que la segunda calle a la derecha es St. Mark's Place, pues bien, es St. Mark's Place, algo inconcebible en la Unión Soviética, donde los planos de ciudades, cuando encuentras alguno, son indefectiblemente falsos, ya sea porque datan de la última guerra, ya porque se anticipan a unas grandes obras y muestran el

territorio urbano como será dentro de quince años, ya por pura voluntad de extraviar al visitante, siempre más o menos sospechoso de espionaje. Caminan, entran en tiendas de trapos excesivamente caras, entran en *diners*, en *fast-foods*, en cines pequeños de programa doble, en algunos de los cuales proyectan películas porno, y esto también les encanta. Ella se humedece en la butaca de al lado, se lo dice a Eduard y él la masturba. Cuando se encienden las luces, descubren alrededor al público de solitarios a los que los gemidos de Elena han debido de excitar más que el film, y Eduard se muere de orgullo por tener una mujer tan hermosa, por la envidia que despierta en esos pobres diablos, porque no ha venido a este lugar empujado como ellos por la miseria sexual, sino por el gusto de las experiencias curiosas y exóticas que caracteriza al verdadero libertino.

Elena hablaba un poquito de inglés al salir de Moscú, él ni una palabra, sólo descifra el alfabeto cirílico, pero durante los dos meses que han pasado en Viena, en un centro de tránsito para emigrantes, donde continuamente utilizaban artimañas para no verse en la fila de los que partían a Israel, los dos se han pulido y chapurrean el *broken English* con que de hecho se contentan en Nueva York montones de extranjeros. Además son guapos, jóvenes, están enamorados, dan ganas de sonreírles y ayudarles. Cuando caminan enlazados por una calle nevada de Greenwich Village tienen conciencia de parecerse a Bob Dylan y a su novia en la funda del disco que contiene la canción *Blowin' in the Wind*. Este disco era el tesoro máspreciado de la colección de Kadik en Járkov. A la vista de cómo lo cuidaba, debe de tenerlo aún, y a veces, al volver de la fábrica El Pistón, debe de escucharlo a escondidas de Lydia. ¿Piensa en su osado amigo Eddy, que se ha ido a ultramar? Por supuesto que piensa, que pensará en él toda su vida, con admiración y amargura. Pobre Kadik, piensa Eduard, y cuanto más piensa en él, en todos los que ha dejado atrás en Sáltov, en Moscú, más bendice al cielo por ser él mismo.

Tienen dos direcciones: la de Tatiana, la amiga y antigua rival de

Lili Brik, y la de Brodsky, que en el mundillo del *underground* son como una especie de viático para todos los emigrantes que viajan a Nueva York, igual que a un pobre campesino bretón o auvernés que sueña con probar suerte en París le dan la dirección de un primo que se supone que ha triunfado en la capital. Sucede que Brodsky, expulsado hace tres años, se ha convertido en el niño mimado de toda la alta *nomenklatura* intelectual de Occidente, desde Octavio Paz a Susan Sontag. Ha hecho un gran esfuerzo para abrirles los ojos a sus nuevos amigos –todavía, en su mayoría, compañeros de ruta de sus partidos comunistas respectivos– sobre la realidad del régimen soviético, y ni siquiera la llegada estruendosa de Solzhenitsyn ha debilitado su posición, porque éste es un autor difícil de tratar, mientras que Brodsky, con sus aires de profesor Nimbus, ha demostrado que es el rey de la charla poética y de la amistad con los grandes de este mundo. La entrevista con él, al igual que las que le hacen a Jorge Luis Borges, se ha convertido en un género literario *per se*. El legendario restaurante Russian Samovar de la calle Cincuenta y dos de Manhattan todavía hoy se enorgullece de su patronazgo. Los emigrantes rusos de Nueva York le llaman respetuosamente *nachálnik*, el jefe, como los chequistas, dicho sea de paso, llamaban a Stalin.

Al teléfono, ya no se acordaba bien de quién era Eduard –le mandan a tantos de esos rusos que ni siquiera saben hablar inglés–, pero quedó con él en un salón de té del East Village, de luces tamizadas, que pretendía poseer un encanto *Mitteleuropa*, y propicio para las largas conversaciones sobre literatura, del tipo ¿prefieres a Dostoievski o a Tolstói, a Ajmátova o Tsvietáieva?, que constituyen su deporte favorito. Tanto como los apartamentos de los viejos intelectuales moscovitas, nuestro Limónov detesta esta clase de sitios, y no mejora las cosas descubrir que allí no sirven alcohol. Por suerte, Elena ha ido con él. A Brodsky le gustan las mujeres bonitas, la corteja –sin forzarse, reconoce ella luego– y se ponen a hablar los dos, cada vez más relajados. Eduard, aparte, observa al poeta. El cabello pelirrojo y revuelto se está volviendo ya gris, fuma y tose mucho. Dicen que tiene una salud frágil, está enfermo del corazón. Es difícil creer que

tiene cuarenta años, aparenta quince más y, aunque sea un poco más joven que él, Eduard se siente en su presencia como el niño travieso delante del viejo sabio. Un viejo sabio malicioso, por otro lado, amigable, mucho más accesible que en Moscú, pero detrás de esta cordialidad se advierte una condescendencia de hombre que ha triunfado y que sabe que aunque una ola sucede a otra, los recién llegados tendrán que remar un largo rato, en su balsa salvavidas si quieren arrebatarse su camarote de primera.

–Verás, América es la selva –dice, volviéndose finalmente hacia Eduard, enemigo jurado de los tópicos–. Para sobrevivir aquí hay que tener piel de elefante. Yo la tengo. Tú no sé.

Viejo marica, piensa Eduard, sin dejar de sonreír benévolamente. Aguarda la continuación: las informaciones, los contactos, que llegan sin que tenga que pedirlos. Eduard necesita un medio de subsistencia: como sabe escribir, que vaya a ver a Moiséi Borodátij, redactor jefe del *Russkoe Dielo*, un diario en ruso para emigrantes. «No es de los que publica primicias sobre el Watergate», ironiza Brodsky, «pero mientras aprendes inglés te sirve para salir del paso.» Y luego, si se presenta la ocasión, llevará a Elena y a Eduard a casa de sus amigos Liberman, donde conocerán gente...

Como invitación es bastante vaga. Eduard sucumbe al placer de decir que por su lado ya tienen un contacto con los Liberman, e incluso que la semana siguiente irán a una *party* en su casa. Una pausa, y luego: «Entonces nos veremos allí», concluye alegremente Brodsky.

Lo ideal sería contar el *party* en casa de los Liberman como el baile en el castillo de Vaubyessard en *Madame Bovary*, sin omitir una cucharilla ni una fuente de luz. No sé hacerlo, pero me gustaría. Digamos únicamente que la escena se desarrolla en un *penthouse* inmenso del Upper East Side, que la lista de invitados dosifica en proporciones perfectas la fortuna, el poder, la belleza, la gloria y el talento; en suma, que estamos en las páginas de sociedad de *Vogue* y que Elena y Eduard, apenas introducidos por el mayordomo, piensan,

ella que el objetivo de su vida en adelante es hacerse un hueco en aquel mundo, y él que el suyo es reducirlo a cenizas. No obstante, antes de destruirlo es interesante verlo de cerca y agradable decirse que, procedentes de Sáltov, han llegado hasta aquí. Nadie en Sáltov ha visto ni verá nunca un interior parecido. Nadie entre los invitados de los Liberman tiene la menor idea de lo que es Sáltov. La fuerza de Eduard reside en que él conoce los dos lugares.

Apenas exaltarse con esta idea orgullosa, se desengaña al divisar en el centro de los salones, en el centro de atención, en el centro de todo –esté donde esté este hombre es el centro–, nada menos que a Rudolf Nuréyev. Mala suerte: te crees un conquistador mongol cuya sola presencia –plácida, opaca, cruelva a revelar pronto la insipidez de toda esta gente exquisitamente civilizada, y topas con Nuréyev, que viene de más lejos todavía, de las profundidades embarradas de un pueblecito de Bashkiria y que se ha propulsado hasta tan arriba y que, resplandeciente, demoníaco, personifica la seducción bárbara. Otros intentarían acercársele, captar su mirada, Elena visiblemente estaría tentada de hacerlo. No Eduard, que tuerce el gesto y se aleja, entra en otro salón, se refugia en los lavabos, donde hay dibujos de Dalí enmarcados y dedicados a Tatiana Liberman.

Ahí está Tatiana, precisamente, que con una exuberancia eslava apenas exagerada está festejando a los dos niños maravillosos. No es joven, pero sí más que Lili Brik e infinitamente mejor conservada. Emigrada en el buen momento, se convirtió en una de las bellezas más famosas de Francia en los años veinte. Excéntrica, con su boquilla y su peinado al estilo de Louise Brooks en la época del jazz y de Scott Fitzgerald. Casada con un aristócrata francés, viuda de guerra, se había vuelto a casar con un ucraniano emprendedor, Alex Liberman, con quien se fue a Nueva York y que llegó a ser director artístico de las publicaciones Condé Nast, es decir, *Vogue* y *Vanity Fair*, por citar sólo los buques insignia. Desde este puesto de mando, Alex y su mujer hacen y deshacen desde hace treinta años las carreras de fotógrafos, modelos e incluso artistas en principio ajenos al mundo de la moda.

Son ellos los que construyeron la carrera de Brodsky, confiesa Tatiana a los jóvenes Limónov. Al abandonar la URSS, el pobre poeta tuvo el buen sentido de desdeñar Israel, pero aceptó, gracias a no se sabe qué estúpido consejo, la invitación de la Universidad de Ann Arbor, donde estuvo a punto de enterrarse en vida entre profesores de literatura rusa, fumando en pipa y usando chalecos de punto: destino espantoso del que le libraron los Liberman, que le llevaron a Nueva York y le presentaron a sus amistades. «Y ya veis ahora...», dice, señalándole: ha llegado el último, como de costumbre, y como siempre despeinado, con una chaqueta vieja y gastada y unos pantalones arrugados como un acordeón, ostensiblemente soñador y sin embargo muy atento a lo que le dice una chica inmensa, hierática, suntuosa, sobre la cual Elena, extasiada, susurra a su marido que es la modelo Verushka. Al cruzarse su mirada con la de la dueña de la casa, el poeta le dirige, como si le dedicase una elegía, una sonrisa enternecida como una bendición, ligeramente servil, piensa el cruel Eduard. Después, al reconocer a su lado a los dos jóvenes rusos, levanta hacia ellos su copa, como diciéndoles: «Buena suerte, hijos, ya estáis donde hay que estar, ahora apañaros.»

Los Liberman atienden a la pareja y, como a Brodsky, la entronizan en la *jet-set*. La perspectiva de que les reciban como a personas habituales en estas mansiones patricias atenúa el primer reflejo de Eduard, que era el de prenderles fuego. Un contrato de modelo para Elena, un libro de éxito para él, y el paternalista capitán Levitin tendrá que portarse bien.

De hecho, así parece ser al principio. Los Liberman aman todo lo que es ruso, la juventud, la insolencia, y se encaprichan con ellos. La primera temporada les invitan a otras *parties* no menos fastuosas, donde coinciden con Andy Warhol, Susan Sontag, Truman Capote, por no hablar de *congressmen* de todas las filiaciones políticas. Un día Tatiana le presenta a Elena al gran fotógrafo Richard Avedon, que le deja su tarjeta diciéndole que le llame, otro día a Salvador Dalí, que en

un inglés casi tan primitivo como el de ella se declara cautivado por «su pequeño esqueleto encantador» (cierto que Elena es tan delgada que raya en la flacura) y le habla de hacerle un retrato, quizá con Grace Jones. Un fin de semana los Liberman les llevan en la trasera del coche, como si fueran sus hijos, a su casa de campo en Connecticut. Al visitar el taller donde la hija esnob y depresiva de Tatiana se dedica a la literatura, Eduard se pregunta qué libros pueden nacer en un marco tan tranquilo, tan confortable y, a su entender, tan muerto. Para escribir cosas interesantes, piensa que primero hay que vivirlas: conocer la adversidad, la pobreza, la guerra, pero se cuida mucho de decirlo, se extasía prudentemente ante el paisaje, la decoración, las mermeladas del desayuno. Elena y él son dos jóvenes rusos adorables, bonitos animales de compañía, y es demasiado pronto para abandonar esta función, como advierte al aventurar un comentario sobre el gusto por los honores que Brodsky esconde bajo sus aires de sabio en la luna. Tatiana le frena, arqueando las cejas: incluso esto es propasarse.

Al volver del campo, los Liberman les llevan en coche a su casa. Alex se alegra de que los Limónov vivan, como ellos, en Lexington: «Somos vecinos, entonces», pero el domicilio de unos está a la altura de la Quinta Avenida, y la de los otros en el número 233, en lo más abajo del *downtown*, una separación que en París equivale a la distancia entre la avenida Foch y la Goutte d'Or. La pareja de viejos ricos insiste en visitar la vivienda de la pareja de jóvenes pobres, les parece encantadora la habitación minúscula que da sobre un patio oscuro, y la cocina-cuarto de baño invadida por las cucarachas. Sin embargo, ni siquiera el susceptible Eduard juzga indecentes sus comentarios, sino más bien alentadores, porque ellos también, o por lo menos Alex, han conocido comienzos difíciles, y parece sincero, tal vez piense en su taciturna hijastra cuando repite: «Está bien, está bien, así se debe empezar. Hay que luchar y pasar hambre cuando eres joven, de lo contrario no llegas a nada.»

Varios días después, les envía un televisor para que hagan

progresos más rápidos en inglés. Cuando lo encienden aparece Solzhenitsyn, invitado único a un *talk-show* excepcional, y uno de los mejores recuerdos de la vida de Eduard es haber sodomizado a Elena ante las barbas del profeta que arengaba a Occidente y estigmatizaba su decadencia.

El *Russkoe Dielo* es un periódico en ruso fundado en 1912, un poco antes que el *Pravda*, cuyo formato y tipos se parecen tanto que se confunden. Sus oficinas ocupan una planta de un edificio vetusto, no lejos de Broadway, y aunque este nombre mágico haya hecho soñar a Eduard hasta su primera visita, uno podría creerse en un barrio tranquilo de una pequeña ciudad ucraniana. También soñaba con el oficio de periodista, pensaba en Hemingway, en Henry Miller, en Jack London, que lo ejercieron en sus comienzos, pero, tal como le ha prevenido Brodsky, la manera en que se ejerce el periodismo en el *Russkoe Dielo* no es ciertamente trepidante. Su trabajo consiste en traducir y compilar artículos de prensa neoyorquinos para lectores rusos, poco exigentes respecto a la frescura de las noticias porque las reciben por suscripción con tres días de retraso. Aparte de estos sucedáneos informativos, las secciones del diario incluyen un folletín interminable titulado *El castillo de la princesa Tamara*, recetas de cocina que son todas más o menos variaciones en torno a la *kacha*, y sobre todo cartas o artículos (la frontera no está claramente trazada) de grafómanos anticomunistas. Los redactores son judíos viejos con tirantes que apenas hablan inglés, aun cuando la mayoría lleva en el país cerca de cincuenta años y emigró justo después de la Revolución, y el de más edad se acuerda todavía, incluso antes, de las visitas de Trotski al periódico. El anciano cuenta a quien quiera escucharle que Lev Davídovich vivía en el Bronx y sobrevivía con los magros ingresos de las conferencias que daba sobre la revolución mundial ante salas vacías. Los camareros de los pequeños restaurante donde comía le detestaban porque consideraba ofensivo para su dignidad –la de ellos–dejarles propina. En 1917 compró muebles a plazos por doscientos dólares y luego desapareció sin dejar dirección, y cuando la sociedad crediticia localizó su rastro él estaba al mando del ejército del país más grande del mundo.

Por más que le hayan repetido durante toda su infancia que Trotski era el enemigo del género humano, Eduard adora ese destino de gran espectáculo. También le gusta escuchar a Porfiri, un ucraniano más joven que empezó la guerra en el Ejército Rojo y, tras pasar por el ejército de Vlásov, es decir, los rusos blancos que combatieron al lado de los alemanes, la terminó como guardián en un campo de Pomerania. Un pequeño y simpático *stalag*, precisa, no un campo de exterminio. Mató a otros, de todos modos, y lo cuenta sin fanfarronería. Eduard le confiesa un día que no está seguro de ser capaz de hacerlo. «Claro que sí», le tranquiliza Porfiri. «En cuanto estés entre la espada y la pared, lo harás como todo el mundo, no te preocupes.»

La atmósfera en el *Russkoe Dielo* es tibia, polvorienta, muy rusa. Café por la mañana, té con mucho azúcar a todas horas y, casi un día sí y otro no, un cumpleaños que justifica que se saquen los pepinillos encurtidos, el vodka y el coñac Napoleón para los linotipistas, que es su gran esnobismo. Se llaman «querido» y «Eduard Veniamínovich», tan largo como un brazo. En suma, es un lugar cálido, relajante para alguien que acaba de desembarcar y no habla inglés, pero es también un hospicio donde se han frustrado las esperanzas de quienes han tenido que llegar a América creyendo que les aguardaba una vida nueva y se han empantanado en esta tibieza muelle, estas querellas nimias, estas nostalgias y vagas esperanzas de retorno. El enemigo jurado para todos ellos, más aún que los bolcheviques, es Nabokov. No porque *Lolita* les escandalice (bueno, sí, un poco), sino porque ha dejado de escribir novelas de emigrado para emigrados, le ha vuelto la espalda a su pequeño universo rancio. A Eduard, por odio de clase y desprecio de la literatura para literatos, le disgusta Nabokov más que a ellos, pero no quisiera por nada del mundo detestarle por las mismas razones que ellos, ni demorarse entre estas paredes que huelen a tumba y a pis de gato.

Un escritor, en resumen, para darse a conocer puede elegir entre

inventar historias, contar historias verídicas o expresar su opinión sobre la marcha del mundo. Eduard no tiene ninguna imaginación, las crónicas que intenta colocar sobre los maleantes de Járkov y el *underground* moscovita no interesan a nadie, de los versos mejor no hablar, queda la carrera de polemista. La concesión del Premio Nobel de la Paz a Sájarov le ofrece la ocasión de debutar.

Este gran físico, padre de la bomba de hidrógeno soviética, se ha sumado a la disidencia hace unos años y milita públicamente en pro del respeto de los acuerdos de Helsinki, es decir, de los derechos humanos en su país. No hay ningún testimonio sobre Andréi Sájarov que no le presente como un hombre de un rigor intelectual sin fisuras, de una rectitud moral rayana en la santidad, y no hay razones para no creerlo, pero tampoco hay motivos para asombrarse, llegados a este punto, de que esta leyenda dorada exaspere a Eduard. Se recluye dos días para explicar, con una pluma furiosa y divertida, que los disidentes están aislados del pueblo, sólo se representan a sí mismos y, en el caso de Sájarov, los intereses de su casta, la alta *nomenklatura* científica. Que si por azar llegasen al poder, ellos o políticos que comulgan con sus ideas, sería una catástrofe mucho peor que la burocracia actual. Que la vida en la Unión Soviética es gris y aburrida, pero no es el campo de concentración que ellos describen. Por último, que Occidente no es mejor y que los emigrados, soliviantados contra su país por esos irresponsables, pagan cruelmente el haberlo abandonado, porque la triste verdad es que en América nadie les necesita.

Aquí habla por él: es lo que empieza a temer al cabo de seis meses estancado en el *Russkoe Dielo* y de servir de comparsa en los márgenes de la *jet-set*. La euforia optimista de la llegada ha remitido, su artículo, por otra parte, se titula «Desilusión». Se lo rechazan en el *New York Times* y en otros varios periódicos prestigiosos o, mejor dicho, ni uno ni otros le mandan acuse de recibo. Para acabar, lo publica en una revista oscura, más de dos meses después del suceso que le sirve de detonante. Esto es, pasa inadvertido al público al que se dirigía: los editorialistas estrella y los creadores de opinión

neoyorquinos. Perturba, en cambio, a la aldea de la emigración. El texto trastorna el dulce sopor del *Russkoe Dielo*. Incluso los que ven en el análisis una parte de verdad juzgan inoportuno pregonarla: ¿no es hacer el juego a los comunistas?

Moiséi Borodátij, el redactor jefe, convoca una mañana a Eduard. Con un dedo que tiembla de indignación, le señala un periódico doblado sobre su escritorio. Eduard se inclina: su foto ocupa media página. Es una foto antigua, tomada en Moscú, a pesar de lo cual se le ve al pie de un rascacielos neoyorquino. El periódico es soviético –el *Komsomólskaia Pravda*– y debajo del fotomontaje anuncia: «El poeta Limónov dice toda la verdad sobre los disidentes y la emigración.» Hojea el artículo, levanta la cabeza con una sonrisa un poco molesta y un poco fatalista que intenta tomarse a broma el asunto. No se lo toma así Moiséi Borodátij. Tras un silencio, deja caer: «Dicen que eres un agente del KGB.» Eduard se encoge de hombros. «¿Me está haciendo una pregunta?» Sale del despacho sin esperar a que le despidan.

En la adversidad es reconfortante ser dos, pero ellos lo son cada vez menos. Elena se le escapa. Espoleada por las predicciones de Lili Brik, se ha imaginado que va a convertirse en una modelo famosa, pero Alex Liberman, cuya simple intervención podría abrirle las puertas de *Vogue*, no mueve un dedo y se conforma con piropearla con una galantería que a la larga raya en la perversidad. Los ayudantes de Avedon y de Dalí no la llaman. Ella descubre la humillante condición de proletaria de lujo. Para presentarse en las agencias necesita un *book*, y la joven y hermosa desconocida que necesita tenerlo es evidentemente la presa de todos los ligones que se declaran fotógrafos. Cada vez con más frecuencia, cuando Eduard vuelve a casa, ella no está. Le telefonea para decirle que cene solo porque la sesión de fotos no ha terminado. Él oye música en la habitación en que ella se encuentra, le pregunta si volverá pronto. «Sí, sí, volveré pronto.» Rara vez vuelve antes de las dos, las tres de la madrugada, y entonces está deshecha, se queja de haber bebido demasiado champán y esnifado

demasiada coca, con el tono irritado que uno adopta para decir: «¡Yo trabajo!» Es invierno, hace frío en la vivienda, Elena se acuesta completamente vestida y accede a que él la tenga abrazada hasta que se duerme, pero ya no tiene fuerzas para hacer el amor. Ronca, con la nariz también tapada. Crispan su cara dormida pequeñas contracciones de disgusto. Y él, insomne hasta el amanecer, se tortura con la idea de que no tiene los medios de poseer a una mujer tan bella, que ella va a abandonarle como él abandonó a Anna, porque hay cosas mejores en el mercado. Es una fatalidad, es la ley, si él fuera Elena haría lo mismo.

La interroga, ella se escabulle. Él quiere hablar, ella suspira: «¿Pero de qué quieres que hablemos?» Cuando él le confiesa sus preocupaciones, ella responde encogiéndose de hombros que su problema es que es demasiado serio. «¿Qué quiere decir eso, demasiado serio? ¿Demasiado enamorado de ti?» No: que no sabe divertirse. Que no sabe disfrutar de la vida. Su boca, al decir esto, traza un pliegue tan amargo que él la empuja hasta el espejo del cuarto de baño y dice: «Mírate. ¿Crees que tú tienes aspecto de disfrutar de la vida? ¿Crees que tienes aspecto de divertirte?» «¿Cómo quieres que me divierta contigo?», contesta ella. «Me haces escenas continuamente. Me interrogas como si fueras del KGB.»

De una escena a otra, de un interrogatorio a otro, ella acaba desembuchando. Como todas las mujeres en una situación parecida, al principio intenta revelar lo mínimo. «¿Qué importa quién sea?»; pero él no cesa hasta saber que el otro se llama Jean-Pierre. Francés, sí. Fotógrafo. Cuarenta y cinco años. ¿Guapo? No mucho: calvo, barbudo. Un loft en Spring Street. No es riquísimo, no, no es un astro en su oficio, pero está contento. Un adulto, al menos, no un pequeño ucraniano que reprocha sus fracasos a todo el mundo y que siempre está de morros y llorando.

Así le ve Elena ahora y, en efecto, él llora. Eduard, el duro de pelar, llora. Como en la canción de Jacques Brel, está dispuesto a

convertirse en la sombra de su mano, la sombra de su perro, para que ella no le deje. «Si yo no quiero dejarte», dice ella, conmovida al verle tan angustiado. Él se endereza: entonces todo irá bien. Si siguen juntos todo irá bien. Ella puede tener un amante, no hay problema. Puede ser una puta. Él, Eduard, será su chulo. Será excitante, un episodio entre otros muchos en su vida de aventureros, libertinos pero inseparables. Este pacto le exalta, quiere beber champán, festejarlo. Aliviada, Elena sonríe y dice que sí, sí, evasivamente.

Esa noche hacen el amor, se duermen agotados y los días siguientes, como ya no tiene que ir a la oficina, Eduard sólo abriga una obsesión: quedarse encerrado con ella en casa, no levantarse de la cama, no parar de follarla. Sólo se siente seguro dentro de ella, la única tierra firme. Alrededor hay arenas movedizas. Aguanta tres, cuatro horas empalmado, hasta prescindir del consolador que muchas veces le da un respiro a la polla para arrancar de Elena esos repetidos orgasmos interminables que les hacían gozar a los dos. Le sujeta la cara entre las manos, la mira, le pide que mantenga los ojos abiertos. Ella los abre de par en par y él ve en ellos tanto espanto como amor. Después, extenuada, despavorida, vuelve la cabeza hacia un lado. Él quiere poseerla otra vez. Ella le rechaza, dice que no con una voz somnolienta, no puede más, le duele el coño. Él recae en el abandono como dentro de un pozo. Se levanta, va a la especie de cuartito que les sirve de cocina, cuarto de baño y retrete. Bajo la luz de la bombilla amarillenta, hurga en el cesto de la ropa interior sucia, recoge unas bragas, las olfatea, rasca con la punta de la uña, buscando huellas del esperma del otro. Se hace una paja dentro, una paja larga, sin llegar a correrse, y luego vuelve a la cama cuyas sábanas huelen a sudor, a angustia y al vino que derraman al beberlo a morro. Apoyado en un codo, mira el cuerpo acurrucado, blanco y delgado, de la mujer que ama, sus pechos pequeños y puntiagudos y sus calcetines gruesos en la extremidad de sus largos muslos de rana. Ella se queja de mala circulación, tiene los pies siempre helados. A él le gustaba, le gustaba muchísimo cogerle las

manos y frotarlas suavemente para calentarlas. ¡Cuánto la ha querido! ¡Qué hermosa le parecía! ¿Lo es tanto, en realidad? ¿No habrá sido una burla cruel de aquella vieja bruja, Lili Brik, al hacerle creer que en Occidente todos se postrarían a sus pies? Si Alex Liberman no hace nada por ella, si las agencias no la llaman, tiene que haber un motivo, uno que salta a la vista cuando miras las fotos del *book*. Es una chica bonita, sí, pero de una belleza tosca, provinciana. Deslumbraba en Moscú, pero claro, Moscú es la provincia. En cuanto te has dado cuenta es patético el contraste entre sus afectaciones de mujer fatal y su verdadera condición de modelo *would-be* a la que se cepillan fotógrafos de tercera fila y que nunca llegará a nada. A Eduard esto le parece evidente ahora, y tiene ganas de despertarla para decírselo. Para ello rumia las palabras más crueles, cuanto más duras son más lúcidas le parecen, se regocija dolorosamente y al mismo tiempo le invade una ola de piedad inmensa, ve a un niñita asustada, infeliz, y siente el impulso de protegerla, de llevarla a la casa de la que nunca deberían haberse marchado, y vuelve los ojos hacia el icono que, como todos los rusos, incluso los descreídos, han colgado en un rincón de esta habitación siniestra, perdida en suelo extranjero, y tiene la sensación de que la Virgen que estrecha contra su seno a un niño Jesús con una cabeza demasiado grande les mira tristemente, le corren lágrimas por las mejillas, y le suplica que les salve a los dos, una súplica en la que no hay fe.

Ella se despierta, el infierno se reanuda. Ella quiere salir, él no quiere que salga y entonces se pelean, beben, llegan a las manos. Ella se vuelve malvada cuando ha bebido y como él le ha pedido que se lo diga todo, que no le oculte nada, pues bien, no le oculta nada, le dice todas las cosas que más le hacen sufrir. Por ejemplo, que Jean-Pierre la ha iniciado en el sadomasoquismo. Que se atan mutuamente, que él le ha comprado un collar de clavos semejante a un collar de perro y un consolador como el que tienen ellos, pero más grueso aún, y que Elena se lo introduce en el culo. Este detalle –el dildo que ella le mete en el

culo a Jean-Pierre– es el que desquicia a Eduard. La tumba encima de la cama y empieza a apretarle el cuello. Siente las frágiles vértebras bajo sus manos fuertes y nerviosas. Al principio ella se ríe, le desafía, luego se le pone la cara colorada, su expresión oscila del desafío a la incredulidad, y del asombro pasa al terror puro. Empieza a encabritarse, a forcejear, pero él la aplasta bajo su peso y ve en los ojos de Elena que comprende lo que le está ocurriendo. Eduard aprieta, aprieta, las articulaciones de sus manos sobre el cuello se vuelven blancas y ella se debate, intenta respirar, quiere vivir. El terror y los sobresaltos de su cuerpo excitan tanto a Eduard que eyacula, y mientras el sexo se le vacía finalmente, en largas sacudidas, relaja la presión, abre las manos y las deja colgantes, tumbado sobre Elena.

Hablarán de esto mucho más tarde. Ella le dirá que le pareció excitante, pero que pensó que si él volvía a hacerlo iría hasta el final, y por eso se ha marchado. «Tenías razón», admitirá él. «La vez siguiente habría ido hasta el final.»

En todo caso, no se asombra el día en que vuelve de las compras y encuentra los armarios vacíos. Busca huellas de Elena en los cajones, debajo de la cama, en el cubo de la basura, y deposita al pie del icono lo que ha encontrado: unos pantis con carreras, un tampax, fotos de baja calidad hechas pedazos. Enciende una vela. Si tuviese una cámara sacaría una foto de este memorial, el de Santa Elena, piensa, con una risa sarcástica. Permanece un momento delante, sentado como se sientan los rusos para pronunciar una oración breve, antes de partir de viaje.

Después sale.

Él, que se acuerda de todo, no recuerda nada de los días siguientes. Debió de caminar por las calles, acechar delante de la casa de Jean-Pierre, pelearse con él o con algún otro –algunas marcas lo atestiguan–, y sobre todo beber hasta perder la conciencia. *Zapóí* total, *zapóí* kamikaze, *zapóí* extraterrestre. Sabe que Elena se marchó el 22 de febrero de 1976 y que él se despertó el 28 en una habitación del Hotel Winslow con el bueno de Lionia Kossogor en la cabecera de la cama.

Los primeros días no sale de este cuarto ni tampoco se levanta de la cama. Está demasiado débil y maltrecho, y además, ¿adónde iría? Ya no tiene mujer ni trabajo ni padres ni amigos. Su vida se reduce a este perímetro, cuatro pasos de largo, tres de ancho, un linóleo gastado, sábanas cambiadas cada quince días, el olor a lejía que intenta prevalecer sobre el del pis y el vómito, es exactamente lo que necesita un tipo como él. Hasta ahora siempre ha creído en su estrella, ha pensado que su vida aventurera le llevaría a alguna parte, que la película terminaría bien. Es decir, que de un modo u otro se haría famoso, que el mundo sabría quién era o, en el peor de los casos, quién fue Eduard Limónov. Ahora, sin Elena, ya no lo cree. Cree que esta habitación sórdida no es un decorado más, sino el último, el decorado al que conducen los anteriores. Final del recorrido, ya sólo queda abandonarse al naufragio. Beber todos los caldos que le prepara el bueno de Lionia Kossogor. Dormir, con la esperanza de no despertar.

El Hotel Winslow es un refugio para los rusos, la mayoría judíos, que como él forman parte de la «tercera emigración», la de los años setenta, y a los que es capaz de reconocer en la calle, incluso de espaldas, por el aura que emanan de lasitud y desventura. En ellos pensaba cuando escribió el artículo que le costó el trabajo. En Moscú y

en Leningrado eran poetas, pintores, músicos, *under* vigorosos que se guarecían del frío en sus cocinas, y ahora, en Nueva York, son lavaplatos, pintores de brocha gorda, mozos de mudanza, y por mucho que se esfuercen en seguir creyendo lo que al principio creían, que es una etapa provisional, que algún día reconocerán su verdadero talento, saben bien que no es cierto. Por tanto, siempre entre ellos, siempre en ruso, se emborrachan, se lamentan, hablan de la patria, sueñan con que les dejen volver, pero no les dejarán: morirán atrapados y engañados.

Uno de ellos también se hospeda en el Winslow. Cada vez que Eduard le visita en su cuarto para echar un trago o sablearle un dólar, cree que tiene un perro porque huele a perro, que hay huesos roídos en un rincón e incluso excrementos caninos en el linóleo, pero no, no tiene un perro, ni siquiera un perro, se pudre solo, relee todo el santo día las pocas cartas que ha recibido de su madre. Hay otro que teclea a máquina sin parar todo el día, sin publicar nunca nada, y que vive aterrado porque cree que sus vecinos le han echado el ojo a su habitación. Es inútil explicarle que es una quimera importada de Moscú, donde cualquier cuchitril es un bien precioso y donde, en efecto, hay gente que puede urdir durante meses planes aviesos para causar la perdición de sus vecinos y apoderarse de los nueve metros cuadrados en que se hacían cuatro personas. De nada sirve explicarle que no sucede lo mismo en América, porque él se aferra a su alucinación, es su último lazo con la *kommunalka* mugrienta que, aunque no lo confiese, lamenta tanto haber abandonado. Y luego está Lioniá Kossogor, el bueno de Lioniá, que ha pasado diez años en Kolimá y tiene a gala que su nombre figure con todas las letras en *Archipiélago Gulag*. Todo el mundo en la emigración le llama «el tío de quien habla Solzhenitsyn», y como diez años es una condena mayor que la de Solzhenitsyn, Lioniá se dice que él también podría escribir sobre el gulag y hacerse rico y famoso. No lo hace, por supuesto. Desde que encontró a Eduard casi inconsciente, medio muerto de frío sobre el pavimento, no se separa de él, es su samaritano. Quizá en su caridad auténtica haya una veta de satisfacción secreta al ver que ha mordido el polvo el joven arrogante que, temeroso de que le contagiase el mal

fario, pasaba de largo cuando se cruzaban. Quizá se alegre de incluirle en la hermandad de los *losers* cuando le lleva a las oficinas del *welfare*, que es el servicio de ayuda a los indigentes, y donde le asignan doscientos setenta y ocho dólares mensuales.

La habitación más barata de un hotel tan miserable como el Winslow cuesta doscientos dólares al mes. Le quedan setenta y ocho, no es mucho pero no quiere buscar trabajo. Le mola emborracharse con vino californiano a noventa y cinco centavos la botella de litro y medio, escarbar en los cubos de basura de los restaurantes, sablear a compatriotas y en última instancia dar un tirón a un bolso. Como es una mierda, vivirá como una mierda. Pasa los días callejeando sin rumbo, pero tiene una preferencia por los barrios pobres y peligrosos, donde sabe que no corre peligro porque él también es pobre y peligroso. Entra en las casas abandonadas con los postigos cerrados y rodeadas de empalizadas cubiertas de verdín. Allí encuentra siempre, pudriéndose sobre charcos de orina, a mendigos con los que le gusta hablar, rara vez en una lengua común. También le gusta refugiarse en las iglesias. Un día, durante un oficio, clava la navaja en la madera de un reclinatorio y juega a arrancarle sonidos. Los feligreses, inquietos, le observan por el rabillo del ojo, pero ninguno se atreve a acercarse. Por la noche, algunas veces, va a un cine porno, menos para excitarse que para llorar en silencio pensando en los tiempos en que iba con su mujer guapísima y la masturbaba y ponía celosos a esos pecios a la deriva de los que ahora forma parte.

¿Dónde estará Elena? No lo sabe, ha renunciado a saberlo. Desde el *zapói* descomunal que siguió a su partida, Eduard no ha pisado las inmediaciones del loft donde quizá ella viva. Cuando vuelve al hotel, se la casca pensando en Elena. Lo que más efecto le hace no es imaginar que se la folla, sino fantasear que se la follan. Se la folla Jean-Pierre o, con un gran consolador, la amiga lesbiana de Jean-Pierre, con la que, para darle más celos todavía, ella le ha contado que han hecho un trío. ¿Qué siente Elena cuando la enculan y traiciona a su

marido Limónov? Para sentirlo se introduce una vela en el culo, levanta y separa las piernas, empieza a jadear y a gemir como Elena, a decir lo que ella le decía y lo que debe de decir a otros, cosas como «sí, qué bueno, es gorda, la noto bien». Después de correrse se queda tumbado, con el vientre pringado de esperma. No vale la pena enjugarse con un pañuelo, de todas formas las sábanas están sucias. Con la yema de los dedos coge un poco, lo lame, se lo traga con un poco de vino, vence una arcada, reanuda el acto. Dice la leyenda que el poeta Esenin escribió poemas con su sangre. ¿Dirá la leyenda que el poeta Limónov se emborrachaba con su lechada? Lo más verosímil, ay, es que no habrá leyenda, nadie sabrá quién era el poeta Limónov, pobre muchacho ruso perdido en Manhattan, compañero de infortunio de Lionia Kossogor, de Édik Brutt, de Aliosha Schneershon y de otros que morirán como han vivido, ignorados por todos.

Lleno de compasión por sí mismo, mira su cuerpo, que es bello, joven, vigoroso, y que nadie necesita. Si le vieran solo y desnudo en la cama, a muchas mujeres les gustaría acariciarle, y también a muchos hombres. Desde que Elena le ha traicionado, se dice a menudo que es mejor tener un coño que una polla, que es mejor ser presa que cazador y que le gustaría que le trataran como a una mujer. En el fondo, lo que estaría bien es ser marica. A los treinta y tres años tiene el aspecto de un adolescente, sabe que gusta a los hombres, siempre les ha gustado. Fiel al código de honor de Sáltov, siempre ha despreciado ese deseo masculino, pero ahora se salta a la torera el código de Sáltov. Necesita que le protejan y le mimen, aun a riesgo de menospreciar a quien lo haga. Necesita ser Elena en lugar de Elena.

Expone su problema a un ruso marica que le presenta a otro marica americano. Este último se llama Raymond, es un sesentón próspero y refinado, con el pelo teñido y aire afable. En el restaurante fino donde se desarrolla la primera cita, Raymond le mira devorar un cóctel de gambas y aguacate con la sonrisa enternecida del filántropo que paga una comida caliente a un muchachito pobre. «No comas tan

deprisa», le dice, acariciándole la mano. Eduard se da cuenta de lo que piensan los camareros, y le agrada que le tomen por lo que quiere ser: un chapero. Lo único que le preocupa es que este pobre Raymond también tiene pinta de buscar el amor, es decir, espera recibirlo y no sólo está dispuesto a darlo. A juicio de Eduard, en el amor hay el que da y el que recibe, y considera que por su parte ya ha dado bastante.

Después de la comida van a casa de Raymond, se sientan en el sofá y Raymond empieza a manosearle la polla a través del vaquero.

«Ven», se oye decir Eduard, y agarra de la mano a Raymond, le arrastra a la habitación y le tumba encima de la cama. Mientras Raymond forcejea para soltarle la hebilla de su pesado cinturón militar, heredado de Veniamín y del NKVD, Eduard, con los ojos entornados, mueve la cabeza de derecha a izquierda, como ha visto hacer a Elena. Intenta imitarla en todo, pero no se le empina. Raymond, que por fin ha conseguido extraer del vaquero la polla encogida, la toca con las manos, con la boca, con mucha buena voluntad y dulzura, pero nada. Un poco violentos, se recomponen y vuelven a la sala a beber algo. Cuando Eduard se va, prometen llamarse pero los dos saben que no lo harán.

Al llegar el buen tiempo, muchas veces pasa toda la noche al aire libre. En la calle, en bancos. Está en el recinto reservado a los niños en un jardín público. Zona de arena, columpios, tobogán. Se acuerda de una noche en un lugar parecido, sólo que un poco más cutre porque todo es más cutre en la Unión Soviética, en compañía de Kostia, llamado el Gato, que después mató a un hombre y fue condenado a doce años en un campo. ¿Dónde estará ahora? ¿Vivo o muerto? Juega con la arena, con una mano la derrama sobre la otra, cuando ve brillar en la sombra, al pie del tobogán, unos ojos que le observan. No se asusta, hace mucho que ya no sabe lo que es el miedo. Se acerca: es un joven negro, encogido como un gato, vestido con ropa oscura, pirado, sin ninguna duda.

–Hi –dice Eduard–, me llamo Ed, ¿tienes algo de fumar?

–*Fuck off*–gruñe el otro.

Sin ofenderse, Eduard se acuclilla cerca del negro. Sin previo aviso, el chico se abalanza sobre él, le golpea. Sus cuerpos enredados ruedan por la arena. Luchan. Eduard logra liberar una mano que dirige a la bota en busca de la navaja, y quizá la hubiera utilizado si su adversario no le hubiese soltado, de una forma tan inesperada como cuando le ha atacado. Los dos se quedan quietos, recuperando el aliento, uno contra otro, sobre la arena húmeda.

–Te deseo –dice Eduard–. ¿Quieres hacer el amor?

Empiezan a besarse, a acariciarse. El joven negro tiene la piel suave y, debajo de su ropa maloliente, un cuerpo musculoso, compacto, bastante semejante al suyo. Él también mueve la cabeza, con los ojos entornados, y murmura: «*Baby, baby...*» Eduard se agacha, se suelta el cinturón, impaciente por saber si es cierto lo que dicen de la verga de los negros. Es verdad: es más grande que la suya. Se la mete en la boca y, acostándose en la arena, con una erección también muy dura, se la chupa un largo rato, tomándose su tiempo, como si tuvieran por delante una eternidad. No hay nada de furtivo, es algo apacible, íntimo, majestuoso. Soy feliz, piensa Eduard: tengo una relación. El otro se deja hacer totalmente, se abandona, confiado. Le acaricia el pelo, gruñe débilmente, al final se corre. Eduard conoce ya el gusto de su propio esperma, adora el del negro, se lo traga todo. Después, con la cabeza contra su polla vaciada, rompe a llorar.

Llora mucho tiempo, es como si desahogase todo el sufrimiento acumulado desde la marcha de Elena, y el joven negro le estrecha en sus brazos para consolarle. «*Baby, my baby, you are my baby...*», repite, como un ensalmo. «*I am Eddy*», dice Eduard, «*I have nobody in my life, will you love me?*» «*Yes, baby, yes*», canturrea el otro. «*What is your name?*» «*Chris.*» Eduard se calma. Imagina su vida juntos en los bajos fondos. Serán camellos, vivirán en una casa de okupas, nunca se separarán. Más tarde, se baja el pantalón y los calzoncillos, hace el mismo gesto que hacía Elena para ofrecerle el culo y le dice a Chris: «*Fuck me.*» Chris se escupe en la polla y se la mete. Aunque sea más

gruesa que la vela, el entrenamiento le ha servido: no le hace demasiado daño. Cuando Chris se ha corrido, se tienden en la arena y se duermen así. Eduard se despierta un poco antes del amanecer, se libera del abrazo del joven, que refunfuña suavemente, busca a tientas sus gafas y se va. Camina por la ciudad que se despierta, totalmente feliz y orgulloso de sí mismo. No he tenido miedo, piensa, me he dejado dar por culo. «*Molodiéts!*», como diría su padre: buen chico.

Es verano, se broncea en su minúsculo balcón del sexto y último piso del Hotel Winslow, comiendo directamente de la olla la sopa de col. Está buena, esta sopa: una olla le cuesta dos dólares, le dura tres días, está igual de buena fría que caliente y no se estropea, ni siquiera sin nevera. Frente a él hay edificios de oficinas con los cristales ahumados, detrás de los cuales hay directivos de traje y secretarias de las afueras que deben de preguntarse quién es ese tío moreno, musculoso, que toma el sol en el balcón con unos pequeños calzoncillos rojos y a veces, resueltamente, con la minga al aire. Es Édichka, el poeta ruso que os cuesta doscientos setenta y ocho dólares mensuales, queridos contribuyentes americanos, y que os dedica un cordial desprecio. Cada dos semanas va a la oficina del *welfare* y aguarda a que le den el cheque junto con otros desechos de la sociedad. Cada dos meses tiene una entrevista con un empleado del servicio que le pregunta por sus proyectos. «*I look for job, I look very much for job*», dice, exagerando su mal inglés para explicar que sus búsquedas son infructuosas. En realidad, él *no look* en absoluto *for job* y para redondear su asignación se contenta con echar una mano de vez en cuando, en negro, a Lionia Kossogor, que hace mudanzas por cuenta de un judío ruso, especializado en las de judíos rusos: rabinos, intelectuales con cajas de cartón llenas de ediciones completas de Chéjov o de Tolstói, encuadernados en la Unión Soviética con un color verde oscuro cuya cola siempre huele un poco a pescado.

Empeñado en que se integre, *welfare* le paga cursos de inglés. Aparte de él, no hay más que mujeres, negras, asiáticas, latinas, que le enseñan fotos de sus hijos vestidos de punta en blanco, como van siempre los hijos de los pobres, y algunas veces le llevan en bandejas ignífugas platos cocinados en sus casas, con boniatos y plátanos machos. Le hablan de su país, él del suyo, y abren mucho los ojos cuando les dice que allí los estudios y los cuidados médicos son

gratuitos: ¿por qué se ha marchado de un país tan bueno?

Por qué, se pregunta.

Todas las mañanas va andando hasta Central Park y se tiende sobre el césped utilizando como cojín una bolsa de plástico donde lleva su cuaderno. Allí se pasa horas mirando al cielo y, debajo, las terrazas de los edificios para los multimillonarios de la Quinta Avenida, donde vive gente como los Liberman, a los que ya no ve nunca y cuyo mundo refinado ya forma parte de una vida anterior muy lejana. Hace sólo un año iba a su casa encarnando a un joven escritor lleno de porvenir, casado con una mujer bonita que iba a convertirse en una modelo famosa, y ahora es un mendigo. Mira a la gente de alrededor, escucha sus conversaciones, calcula las posibilidades que tiene cada persona de huir de su situación actual. Los mendigos, los auténticos, no tienen salvación. Los empleados, las secretarias, que a la hora del almuerzo van a comer un bocadillo en un banco, serán ascendidos pero no irán muy lejos, cosa en la que por otra parte tampoco piensan. Los dos jóvenes con pinta de intelectuales que hablan y llenan de anotaciones, con aire de tomarse muy en serio, las hojas mecanografiadas de lo que debe de ser un guión: deben de creérselos, sus diálogos gilipollas, sus personajes gilipollas, y quizá tengan razón en creérselo, quizá lleguen a triunfar, a conocer Hollywood, las piscinas, las *starlettes* y la ceremonia de los Oscar. En cambio, la tribu de puertorriqueños, que despliegan en la hierba todo un campamento de mantas, transistores, bebés, termos...: con toda seguridad, éstos se quedarán donde están. Aunque... ¿quién sabe? Tal vez el bebé que berrea, con el pañal lleno de mierda, gracias a los sacrificios de sus padres cursará unos estudios magníficos y llegará a ser premio Nobel de Medicina o secretario general de la ONU. ¿Y qué será de él, Eduard, con su vaquero blanco y sus ideas negras? ¿Está viviendo un capítulo de su vida novelesca –mendigo en Nueva York– o este capítulo es el último, el final del libro? Saca el cuaderno de la bolsa de plástico y, acodado en la hierba, fumando un porro comprado a uno de los pequeños traficantes del que

se ha hecho amigo, empieza a escribir todo lo que acabo de contar: el *welfare*, el Hotel Winslow, los pecios de la emigración rusa, Elena y el cómo ha llegado a su situación actual. Escribe según le viene, sin preocuparse de la literatura, y pronto está en el segundo, en el tercer cuaderno, sabe que se está convirtiendo en un libro y que ese libro es su único recurso para salir adelante.

Se considera homosexual, pero apenas practica, es más bien una categoría que adopta. Una tarde en que le está dando a la priva en un banco con un ruso quejumbroso, pintor abstracto en Moscú y de brocha gorda en Nueva York, un joven negro, medio vagabundo, viene a gorronearles un cigarrillo y, por provocación, Eduard se lo liga. Le dice: «*I want you*», le coge por los hombros, le besa y el chico se ríe, se deja hacer. Van a follar a la escalera de un inmueble. El pintor se queda en el banco, estupefacto, y luego cuenta el episodio por ahí. «¡Entonces es verdad que el cabrón de Limónov se ha vuelto pederasta! ¡Que se deja encolar por negros!» Corre ya un rumor de que trabaja para el KGB, circula otro de que se había suicidado después de abandonar a Elena. Él no lo desmiente, le divierte. De todos modos, prefiere a las chicas. El problema es encontrarlas.

En el parque, donde pasa los días escribiendo, aborda a una que reparte octavillas para el partido de los trabajadores. La ventaja de la gente que reparte octavillas, ya sean izquierdistas o testigos de Jehová, es que están acostumbrados a la hostilidad y les agrada que quieras charlar con ellos. La chica se llama Carol, es delgada, no es bonita, pero la vida de Eduard atraviesa un momento nada propicio a remilgos. Carol le explica que el partido de los trabajadores son los trotskistas americanos, partidarios de la revolución mundial. Eduard aprueba la revolución mundial. Está, por principio, al lado de los rojos, los negros, los árabes, los maricas, los mendigos, los drogatas, los puertorriqueños, de todos los que no tienen nada que perder y son o, al menos, deberían ser partidarios de la revolución mundial. Y también es partidario de

Trotsky; no está, sin embargo, en contra de Stalin, pero comprende que es mejor no decírselo a Carol. Impresionada por su fervor, le invita a un mitin de apoyo al pueblo palestino, y le previene: podría ser peligroso. Estupendo, se inflama él, pero el mitin, al día siguiente, le decepciona. No es que el discurso carezca de vehemencia, pero cuando termina todo el mundo se separa, la gente vuelve a su casa o se van en grupitos a hablar en *coffee-shops*, sin más horizonte que el mitin del mes siguiente.

–No comprendo –dice Carol, perpleja–. ¿Qué querías?

–Pues que sigamos juntos. Que vayamos a buscar armas y ataquemos a una administración. O que secuestremos un avión. O que hagamos un atentado. Bueno, no sé, algo.

Se pega a Carol con la vaga esperanza de acostarse con ella, pero resulta que tiene un amigo, tan impetuoso verbalmente como ella y tan prudente en la práctica, y una vez más él vuelve solo al hotel. Pensaba que los revolucionarios vivían todos juntos en una casa ocupada, en un local clandestino, no cada uno en un pisito donde a lo sumo invitan a los demás a un café. No obstante, vuelve a ver a Carol y a sus amigos: forman, con todo, un grupo, una familia, y él tiene una necesidad desgarradora de una familia, hasta el punto de que en el parque, cuando ve a los Hare Krishna agitar sus campanillas y sus tambores salmodiando sus chorradas, se sorprende pensando que no se debe de estar tan mal con ellos. Asiste a reuniones del partido de los trabajadores, acepta repartir octavillas. Carl le presta las obras de Trotsky, que claramente le gusta cada vez más. Le gusta que Trotsky declare sin ambages: «¡Viva la guerra civil!» Que desprecie los discursos de las mujercitas y de los curas sobre el valor sagrado de la vida humana. Que diga que por definición los vencedores tienen razón y los vencidos están equivocados y que su lugar está en el basurero de la historia. Son palabras viriles, y le gusta más aún lo que contaba el viejo del *Russkoe Dielo*: que el tipo que las pronunciaba pasó en unos meses del estatuto de emigrado muerto de hambre en Nueva York al de generalísimo del Ejército Rojo, que viajaba de un frente a otro en un

vagón blindado. Es la clase de destino que desea Eduard y que es imposible que le acontezca con estos blandengues trotskistas americanos, siempre dispuestos a soltar peroratas sobre los derechos de las minorías oprimidas y de los presos políticos, pero aterrorizados por las calles, las barriadas, los verdaderos pobres.

Por muy deseoso que esté de integrarse en una comunidad, está harto de ellos. Y como también está harto de los emigrados rusos, traslada su maleta del Hotel Winslow, su cuartel general, al Hotel Embassy, todavía más sórdido, si cabe, pero exclusivamente frecuentado por negros, toxicómanos y prostitutas de ambos sexos, a los que él considera más elegantes. Allí es el único blanco, pero no desentona porque, como comentó Carol, en cuyos labios no parecía un cumplido, se viste como un negro. Cuando la mudanza de algún rabino le ha proporcionado algunos dólares, los invierte en ropa de segunda mano pero vistosa: sus trajes rosa y blanco, sus camisas con chorreras de encaje, sus chaquetas malva de terciopelo estampado, sus botines de tacones bicolors le granjean el aprecio de sus vecinos. Y el último de sus fieles, Lionia Kossogor, como sabe que le complacerá saberlo, le informa de que el rumor crece entre los emigrados. Le tachaban de marica, de chequista, de suicida, y ahora dicen que vive con dos negras putas y que es su macarra.

Su ventana en el Embassy da al tejado de la casita que comparten en Columbus Avenue Guennadi Shmákov y dos bailarines, homosexuales como él. Shmákov era en Leningrado el mejor amigo de Brodsky, que le evoca en sus libros de entrevistas con la mayor efusividad. Generoso, erudito, cotilla, habla cinco idiomas y se sabe de memoria cincuenta ballets, es un poco el prototipo de la loca apasionada de la danza y la ópera, y Brodsky y Limónov, por una vez de acuerdo, le aprecian tanto más cuanto que procede de una familia de espantosos aldeanos del Ural. Es una regla, según Brodsky: nadie mejor que un provinciano para convertirse en un auténtico dandy.

Menos solicitado que sus ilustres amigos, Brodsky y el bailarín estrella Mijaíl Barýshnikov, Shmákov sigue en Nueva York su estela, se aprovecha de sus relaciones y obtiene gracias a ellos traducciones y artículos sobre los grandes coreógrafos rusos. Eduard está escaldado por ese mundo demasiado brillante en que se ve reducido al papel de comparsa, él que aspira a los de protagonista, pero Shmákov y sus dos coinquilinos son sólo satélites de estrellas, y en cuanto tales no intimidan demasiado, y en su casa, al cruzar la calle, le brindan a cualquier hora una generosa hospitalidad rusa que le reanima cuando ya no aguanta más tiempo solo. Le preparan pequeños platos –Shmákov es un cocinero maravilloso–, le miman, le consuelan, le dicen que es mono y deseable, le ofrecen, en suma, toda la dulzura que él esperaba de una relación homosexual sin estar obligado a pasar por la piedra. «Es como Ricitos de Oro en casa de los tres osos», bromea Shmákov mientras corta el *kulebiak*.

Eduard se siente tan a gusto allí que Shmákov es el primero al que le da a leer el manuscrito de *Soy yo, Édichka*, el libro que ha escrito durante el verano en los céspedes de Central Park. Y Shmákov se entusiasma. Bueno, le impresiona. Édichka le parece un desalmado terrible, pero lo es a la manera de Raskólnikov en *Crimen y castigo*, y de hecho empieza a llamarle Rodión, como Raskólnikov, y a su libro «Soy yo, Rodionka». Este esteta, hombre de gusto, opina también que de todos los talentos de la emigración rusa este pequeño canalla es el único realmente contemporáneo. Nabokov es un gran artista, pero es profesor universitario, un parnasiano y a la vez un cerdo hipócrita. «Y hasta Joseph», dice Shmákov, bajando la voz, como asustado de su blasfemia, porque se lo debe todo a Brodsky, sin él no es nadie en Nueva York: Joseph «es un genio, pero al estilo de T. S. Eliot o su amigo Wystan Auden, un genio de la antigua escuela». Cuando lees sus versos es como si escucharas música clásica, Prokófiev o Britten, mientras que lo que escribe Édichka, este chico desalmado, recuerda más bien a Lou Reed: *a walk on the wild side*. «Pero no quiero decir», matiza Shmákov, «que Lou Reed sea mejor, yo personalmente prefiero a Britten y Prokófiev, pero bueno, una actuación de Lou Reed en la

Factory es algo más contemporáneo que una representación de *Romeo y Julieta* en la Metropolitan Opera, no se puede decir lo contrario.»

Estos elogios complacen a Eduard pero no le asombran mucho: ya sabía que su libro era genial. Accede, por tanto, a que Shmákov haga circular el manuscrito, como un *samizdat*, empezando por sus dos héroes: Brodsky y Barýshnikov.

Brodsky desconfiaba, y tenía motivos para hacerlo. El gran hombre tarda siglos en leerlo, sin duda no lo termina, tarda en manifestar sus preciosas impresiones, y son adversas. A él también le recuerda a Dostoievski, con la salvedad de que el libro, en su opinión, no parece escrito por él, ni siquiera por Raskólnikov, sino por Svidrigáilov, el personaje más perverso, negativo y tarado de *Crimen y castigo*, lo cual constituye una diferencia enorme. A Barýshnikov, en cambio, el texto le ha fascinado. Se aislaba para enfrascarse en el manuscrito en cuanto tenía un momento libre durante los ensayos de su ballet. Lástima que esté tan influido por Brodsky que no se atreverá a llevarle la contraria.

Como a estos dos no los tiene a su alcance, el resentimiento de Eduard recae sobre el bueno, el generoso Shmákov. Le tacha de cortesano, de parásito, de amigo servil de los ricos y famosos. «Ya puestos», le reprocha, «podrías haberle dado el libro a Rostropóvich, el rey de los oportunistas, el tercer miembro de la troika infernal, de los padrinos de la emigración, que si se hubieran quedado en su país serían obviamente secretarios generales de la Unión de Escritores, de compositores, de bailarines, y harían lo posible, como hacen aquí, para hundir a los artistas realmente revolucionarios.»

Shmákov baja la cabeza, consternado.

Una noche de invierno, para cambiarle de ideas, Shmákov insiste en llevarle a la lectura que da una poetisa soviética en el Queen's College. A Eduard no le encanta la propuesta. Ese darse ceba recíprocamente entre universitarios americanos e intelectuales rusos es para Brodsky, no para él, pero decide ir porque está harto de dar vueltas y más vueltas en su cuchitril. Se instalan en la sala llena, cerca de Barýshnikov, que finge no reconocer a Eduard o, lo que también es probable, no le reconoce *de verdad*. La velada es como se temía: una sesión de humillación, de furia contenida, y su humor no mejora cuando empieza la lectura.

La poetisa, Bella Ajmadulina, pertenece, al igual que Evtushenko, a esa generación de los años sesenta convencida –cito a Eduard– de que «un destino de poeta puede forjarse entre un viaje a París, una curda en la Casa de Escritores y algunos versos irreverentes guardados en el fondo del bolsillo. Especialistas en asestar una coza a Stalin muerto y enterrado, objeto de la solicitud de los intelectuales occidentales que firman manifiestos en su favor cuando no les dejan hacer una gira por el extranjero o cuando les hacen una tirada de cien mil ejemplares en lugar de un millón, y que idolatran como es debido a la Santa Trinidad: Tsvietáieva perdida en su villorrio remoto, Mandelstam difunto, loco de terror en los basureros del campo donde recogía huesos para roerlos, y en especial Pasternak, un amable talento lírico pero embrollado y servil, filósofo de dacha, amante del sano aire puro, del confort y de los libros antiguos, que traduce en todas las lenguas imaginables una colección de himnos a Stalin y se caga de miedo ante su propio *Doctor Zhivago*, ese cántico a la cobardía de la *intelligentsia* rusa...».

Cerremos las comillas.

Después de la lectura hay una velada. No está claro quién está invitado y quién no lo está, pero Eduard sigue a Shmákov, se apretujan en un coche que se dirige hacia los barrios más pudientes y llegan a una casa de tres plantas con un jardín que da al East River, una cocina tan grande como una sala de baile y una decoración de revista: es todavía más bonita que la de los Liberman. Bufé en consonancia, champán, vodka tan helada que fluye como aceite. Una treintena de invitados, rusos y americanos, la única cara conocida para Eduard es la de Barýshnikov, al que procura evitar. Una mujer joven, llamada Jenny, de rostro redondo, afable, recibe a toda esta gente. Eduard se pregunta si es la dueña de la casa. No, no tiene edad para serlo: será más bien la hija de los dueños. Algunos la besan, otros no, él lamenta no haber tenido la osadía de besarla cuando ha entrado en la casa.

Con la ayuda del vodka se relaja, saca la hierba jamaicana que siempre lleva en el bolsillo y se pone a liar porros. Se forma un corro a su alrededor en la cocina. Jenny, que patrulla de una habitación a otra, atareada, al cargo de todo, da una calada cada vez que pasa y cada vez Eduard bromea con ella de un modo más familiar, como si se conociesen desde hace mucho. No se puede decir que sea guapa pero tiene algo de abierto, de accesible, casi de campesina, que te hace sentirte cómodo, sobre todo por contraste con este marco lujoso. Él está cada vez más borracho, cada vez más cariñoso. Agarra a la gente por los hombros, repite que no quería venir pero que se equivocaba: hace mucho que no ha pasado una noche tan agradable. Tiene la sensación de que todos le quieren. Más tarde, la poetisa y su marido suben a dormir en la habitación que les han reservado en la planta, se van los últimos sedientos y él ayuda a recoger al personal contratado. Después ellos también se marchan. Sólo quedan él y Jenny en la cocina. Comentan la velada como una pareja después de la partida de los invitados. Lía un último porro, se lo pasa y después la besa. Ella se deja, su risa es un poco demasiado ruidosa para su gusto, pero cuando quiere ir más lejos ella se escabulle. Por mucho que él insiste ella no cede. En última instancia le propone dormir juntos «sin hacer nada». Ella sacude la cabeza: no no no, conocemos a estos rusos, Eduard tiene

que marcharse a su casa.

¡Su casa! ¡Si ella supiera cómo es su casa! Es cruel el largo trayecto a pie, bajo la lluvia glacial de febrero, y su cuarto está mil veces más oscuro que cuando lo ha abandonado unas diez horas antes. Tiene, sin embargo, el número de teléfono de Jenny, ella le ha dicho que la llame, él lo hace al día siguiente pero no, hoy no puedo, hay invitados. Él piensa, sin atreverse a decirlo: ¿y no puedes invitarme a mí también? Dos días después, tampoco es posible porque llega la hermana de Steven para pasar una semana. Él no sabe quiénes son Steven ni su hermana, por culpa de su pobre inglés no comprende por teléfono la mitad de lo que ella dice, pero cree que ella le trata con frialdad y se desespera. Pasa una semana sin levantarse de la cama. Llora sin parar. Al otro lado de la pared de su cuarto, oye cómo chirrían los cables del ascensor, dentro del cual los clientes mean tranquilamente, y piensa en la vida que llevaría si consiguiese seducir a esta rica heredera.

Por fin, una tarde de domingo ella acepta que la visite. Está sola en casa. Ha escampado, toman el café en el jardincito privado desde donde se ve el río. Ella lleva un chándal que deja al descubierto unos tobillos extrañamente gruesos para una rica heredera, piensa él, pero se lo explica diciéndose que debe de ser de origen irlandés. Con intención de conmovérsela, le cuenta algunos episodios de su vida amorosa: su primera mujer estaba loca, la segunda le ha abandonado porque no tiene dinero, su madre le hizo encerrar en el hospital psiquiátrico. Funciona, ella se conmueve, se acuestan juntos.

La habitación, en el último piso, es más pequeña de lo que esperaba. El coño rústico de Jenny no vale lo que el de Elena, tan gracioso. Jenny hace el amor con una placidez bovina y a él le choca, aunque se crea tan difícil de escandalizar, cuando ella le dice con toda naturalidad que si hace dos semanas se negó a hacer el amor no fue porque él no le gustase, sino a causa de una infección urinaria. No obstante, por la mañana ella le prepara un desayuno magnífico, con

zumo de naranja recién exprimido, creps con sirope de arce, huevos con beicon, y él se dice que, de todas formas, debe de ser maravilloso despertarse todos los días al lado de una mujer cariñosa en una cama tibia con sábanas bien planchadas, Vivaldi en sordina y un olor a tostada que sube de la cocina.

En *Historia de un servidor*, el libro donde cuenta esto, no hay una gran escena en la que el héroe descubre su error y al releerlo me asombra que un hombre tan observador haya tardado cerca de un mes en comprender que la rica heredera era de hecho el ama de llaves de la casa. Ella no ha hecho nada para ocultárselo. No debe de haberse dado cuenta del equívoco ni, cuando se aclara, de la magnitud de la decepción de Eduard. Por un instante se había creído admitido en el seno de los felices del mundo y así era, sí, pero como amante de la criada.

Jenny considera que como Eduard es ahora su *boyfriend*, puede presentárselo a su patrono. Se llama Steven Grey. Cuarenta años, guapo de cara, vividor, multimillonario. No millonario, multimillonario. En inglés: *billions*. Limónov, en su libro, le pone el sobrenombre de Gatsby pero se equivoca, porque es un Gatsby heredero, sin fisuras, seguro de su lugar en el mundo, es decir, lo contrario de Gatsby. Posee en Connecticut una suntuosa casa solariega donde viven su mujer y sus tres hijos, y cuando no está esquiendo en Suiza o buceando en el océano Índico suele ocupar su vivienda secundaria neoyorquina en Sutton Place, por cuyo buen orden vela la inestimable Jenny. Es la única que vive allí permanentemente, pero todos los días vienen a ayudarla una secretaria encargada del correo y una mujer de la limpieza haitiana. Este equipo reducido (en Connecticut tienen una buena docena de sirvientes) vive a la espera y, es preciso decirlo, con el temor de la llegada del dueño, que por suerte viene bastante poco, y rara vez se queda más de una semana seguida; sería mejor, piensa Eduard, que no viniera nunca.

No es porque sea tiránico. Sólo impaciente, siempre con prisas, capaz de cóleras por una nimiedad de las que se disculpa enseguida,

de tanto afán que tiene de mostrarse como un patrono liberal; casi se diría, si no estuviéramos en América, un patrono de izquierda. La cuestión del tuteo no existe en inglés, pero si él llama a Jenny por su nombre de pila, ella le llama Steven y a Eduard le invitarán a hacer lo mismo. Por nada del mundo Steven usaría la campanilla ni mandaría que le llevaran la bandeja del desayuno: por supuesto, tiene que estar listo en cualquier momento, el té con la infusión exacta, las tostadas en su punto, sea cual sea la hora a la que se despierta, pero él mismo baja a buscarlo a la cocina y si, como ocurre cada vez más a menudo, encuentra allí a Eduard leyendo el *New York Times*, extrema la delicadeza hasta el punto de preguntarle si no le molesta dárselo. A Eduard, sólo para ver el efecto, le encantaría responder: «Sí, me molesta», y es obvio que responde: «No, Steven, todo suyo.»

Porque Eduard se ha convertido en un habitual de la casa. Desde el primer encuentro le cayó muy bien a Steven, que tiene amigos artistas, se jacta de haber perdido un millón de dólares produciendo una película de vanguardia y adora todo lo ruso. Su abuela era rusa, blanca, desde luego, que emigró después de la Revolución; le hablaba ruso en su infancia y sólo recuerda algunas palabras, pero, igual que yo, un acento del antiguo régimen. Por eso recibe a los rusos de paso por Nueva York, por eso está encantado de tener, prácticamente alojado todo el tiempo, a un auténtico poeta ruso con quien evocar la dureza pero también la autenticidad de la vida en la Unión Soviética. Eduard le refiere su estancia en un hospital psiquiátrico y sus problemas con el KGB. Exagera un poco, desarrolla la versión que todos aprecian del internamiento político. Sabe qué cantinelas agradarán a su interlocutor y se las suelta con toda la complacencia necesaria.

Sonríe, coloca las tazas en el lavavajillas, aprueba muy cortésmente, pero mientras Steven, encantado de su conversación, sube a ponerse un traje de diez mil dólares para ir a comer a un restaurante cuyo segundo plato menos caro bastaría para alimentar durante un

mes a una familia de puertorriqueños, Eduard piensa que le gustaría ver qué haría Steven si, en vez de haber heredado una montaña de pasta, tuviera que arrojárselas sin nada, arrojado a la selva sin nada más que su polla y su navaja. Es la primera vez en su vida que Eduard puede observar de tan cerca a alguien tan encumbrado en la escala social, y hay que reconocer que es un espécimen bastante humano, civilizado, que no se parece en nada a la caricatura del capitalista en la imaginería soviética: barrigudo, cruel, chupando la sangre de los pobres. Es cierto, pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿por qué él y no yo?

Sólo hay una respuesta: la revolución. La verdadera, no la cháchara de los amigos de Carol ni las vagas reformas que preconizan los social-traidores de todas las generaciones. No: la violencia, las cabezas en la punta de las picas. América, piensa Eduard, no parece el terreno propicio. Habría que ir donde los palestinos o donde Gadafi, cuya foto ha pegado con celo en la pared de encima de su cama, al lado de las de Charles Manson y de una de sí mismo vestido de «héroe nacional», con Elena desnuda a sus pies. No le daría miedo. Ni siquiera morir le daría miedo. Lo fastidioso sería morir siendo un desconocido. Si *Soy yo, Édichka* se publicase, si tuviera el éxito que merece, entonces sí. El gran titular del *New York Times* sería: el escandaloso autor Limónov muere en Beirut a causa de una ráfaga de subfusil Uzi. Steven y sus iguales lo leerían tomando sus creps con sirope de arce y se dirían, soñadores: «Este hombre debe de haber vivido.» Eso sí valdría la pena. La muerte del soldado desconocido no.

Steven le interroga sobre sus proyectos. ¿Ha escrito un libro? ¿Por qué no lo manda traducir, al menos parcialmente? ¿Por qué no se lo enseña a un agente literario? Él conoce uno, se lo puede presentar. Eduard sigue su consejo, paga con sus pobres denarios la traducción de los cuatro primeros capítulos, que llegan hasta la escena del polvo con Chris en la zona de arena del parque. El agente los envía a la editorial MacMillan. La respuesta tarda, pero al parecer es algo normal.

Una mañana va a ver cómo es el edificio donde se decide su suerte. En la entrada, dos encargados negros del correo arrastran un cesto que contiene una carretada de sobres gruesos. Dos o tres metros cúbicos de manuscritos, calcula él con horror. Y aún es más horrible pensar que allá arriba, en los pisos, un tipo al que no conoce abrirá uno de esos sobres, verá el título en inglés, *That's Me, Eddy*, y empezará a leer. Puede ocurrir, por supuesto, que le enganche, que al llegar al final del cuarto capítulo llame sin avisar a la puerta del gran jefe y le diga que en medio de tantos rollos sin sustancia ha descubierto al nuevo Henry Miller. Pero puede ocurrir también que el tío se encoja de hombros y sin pensarlo dos veces deposite el texto encima de la pila de los manuscritos rechazados. Si por lo menos pudiera verle, saber qué cara tiene ese fulano cuyo gusto, humor, capricho, decidirán si Eduard Limónov escapará o no de la masa indistinta de los perdedores... ¿Y si fuese ese joven que entra en el portal con el paso ligero del que conoce la casa? Traje, corbata, gafas finas sin montura, una auténtica jeta de cretino... Es para volverse loco.

Según el número de vasos que Jenny encuentra por la mañana en la mesa baja delante de la chimenea, sabe si hay que preparar uno o dos desayunos. Porque Steven vuelve a menudo acompañado y despierta una ardiente y dolorosa curiosidad en Eduard. Me da un poco de vergüenza ajena pero tiene la costumbre de poner nota a las mujeres: A, B, C, D, E, como en la escuela, y esta clasificación es como mínimo tan social como sexual. Con la radiante excepción de Elena, a la que siempre ha considerado la quintaesencia de la chica A, aun cuando se pregunta si no es una calificación excesiva, hay muchas D en su vida y hasta varias E: chicas a las que te tiras sin alardear de ello. ¿Jenny? Pongamos una C. Las mujeres que se levantan de la cama de Steven son como las que encuentras en las veladas de los Liberman: todas A. Como esta condesa inglesa, no muy guapa pero tan elegante, de la que Jenny asegura que en Inglaterra posee un castillo con trescientos criados.

«¡Trescientos criados!», repite ella con orgullo, como si fuera ella la que los tiene, y lo que más sorprende a Eduard es que parece estar sinceramente alborozada, tanto por la condesa como por ella, que tiene la suerte de servirla. Él habría querido que se lo tragase la tierra cuando Steven le presentó cordialmente a la condesa como «el *boyfriend* de nuestra querida Jenny». En una isla desierta, no lo duda en absoluto: la condesa lo encontraría seductor. Pero ser el novio del ama de llaves de pantorrillas gruesas, le elimina totalmente como candidato sexual. Se vuelve transparente y le guarda a Jenny un rencor feroz. No soporta ya su buen humor, que esté siempre contenta de su suerte, que se siente separando los muslos carnosos, que ni siquiera se esconda para quitarse las espinillas de la nariz. No soporta a sus dos mejores amigas, que en cuanto Steven se ha ido se presentan en la casa para fumar porros y hablar de sus chakras y sus dietas macrobióticas. Ni siquiera son verdaderas hippies, como la familia de Charles Manson: una es secretaria, la otra ayudante de un dentista. En definitiva, prefiere incluso a los padres de Jenny, auténticos *rednecks* del Medio Oeste, a los que ella se empeña en presentarle cuando vienen a pasar una semana en la metrópoli. El padre, un antiguo miembro del FBI, se parece asombrosamente a Veniamín. Cuando Eduard se lo dice y añade que su padre trabajaba para el KGB, el otro baja la cabeza y declara sentenciosamente que hay gente como Dios manda en todas partes: «En el pueblo americano y en el ruso hay cantidad de gente bien, sólo son los dirigentes los que embrollan, y después los judíos.» Cuenta con orgullo que Edgar Hoover le envió regalos por el nacimiento de cada uno de sus hijos, y al enterarse de que Eduard escribe, le desea que tenga tanto éxito como Peter Benchley, el autor de *Tiburón*. Cerveza, camisa de cuadros, un buen jamelgo, desprovisto de malicia: a Eduard le gusta más el padre que la hija.

Se podrían ver las cosas con calma, como las ve Jenny: tiene un empleo envidiable. Vive en una mansión espléndida, con todo el lujo posible e imaginable y, salvo los días del mes en que Steven aparece y,

por tanto, hay que estar ojo avizor, disfruta de una paz regia. Recibe a quien quiere, no paga nada, a cambio de un poquito de disponibilidad y de paciencia disfruta de todas las comodidades de la riqueza sin sus preocupaciones; porque ella piensa que a los ricos les abruman los problemas: no le gustaría estar en su pellejo.

Sí, se pueden ver así las cosas. Eduard podría juzgar que es un obsequio maravilloso del destino su acceso a esta casa donde ya casi reside. «¡Sólo que, joder, Jenny, tú eres la chacha! ¡Y yo el amante de la chacha!» Un día se le escapa esto, como si le escupiera en la cara. Quiere sacarla de quicio. Pero ella no se desquicia. Le mira como si estuviera loco, más sorprendida que realmente apenada, y en lugar de enfadarse responde con calma: «Nadie te obliga a quedarte, Ed.» Una sencilla, pero buena respuesta. No, nadie le obliga a quedarse. Sólo que ahora que ha probado el lujo, él, que tiene treinta y cinco años y prácticamente nunca ha vivido en condiciones decentes, no siente el menor deseo de volver al Hotel Embassy, a los días ociosos en la hierba de Central Park y a los polvos en los bajos fondos. Lástima, piensa, que Steven no sea marica.

Shmákov, que conoce a todo el mundo, le da noticias de Elena. Eduard la imaginaba ya moviéndose en un mundo inaccesible para él: lofts, champán, cocaína, artistas y modelos internacionales, pero en realidad no le va muy bien. Abandonó a Jean-Pierre, ha tenido otros amantes que la han tratado bastante mal y el último incluso la ha dejado plantada.

Vuelven a verse. Ella vive en un estudio siniestro, apenas mejor que el cuchitril que compartían en Lexington. Aspira por la nariz, tiene los ojos rojos, su nevera está vacía. Casi no le pregunta qué ha sido de él: mejor así, no le gustaría confesarle su situación de lacayo gracias a una alianza. Salen a pasear, y como sabe que tanto para ella como para él es un remedio mágico, le propone que vayan a comprar ropa a los grandes almacenes Bloomingdale. «Elige lo que apetezca», dice Eduard. Ella le escruta, inquieta, suspicaz: ¿tienes bastante dinero? No hay problema, acaba de cobrar su cheque del *welfare*. Adivinen lo que escoge Elena. Unas bragas. Bragas bonitas de puta para esconder dentro el coño que él ya no tiene el derecho de abrir ni de penetrar. Ella quiere probárselas, sale de la cabina con los pechos desnudos, los tacones altos, y los pantis con las bragas encima, y las dos prendas son tan finas que se le ve el vello.

Él se pregunta si de verdad ella estará acostumbrada en su trabajo a pasearse así, sin darse cuenta, o si lo hace a propósito para excitarle y frustrarle. La desprecia: es una furcia, una modelo fracasada, una mujer descarriada que acabará mal, pero del fondo de su desprecio brota una oleada de amor y de compasión que le inunda. Que su princesa rusa se haya convertido en esta criatura lastimosa, vulgar, aviesa de tanto sentirse aterrada, sólo la hace para él más preciosa. Ahora tiene menos ganas de follársela que de estrecharla en sus brazos, acunarla, consolarla. Tiene ganas de decirle: «Ya basta de chorradas, vámonos ahora que todavía hay tiempo, concedámonos una

segunda oportunidad, lo único que importa en el mundo es el amor, poder confiar en alguien, y tú puedes confiar en mí, soy fiel, bueno y fuerte, cuando he dado mi palabra la cumplo. No podemos volver a nuestra casa pero sí marcharnos de esta gran ciudad que nos envilece e ir a un lugar tranquilo. Encontraré un trabajo de hombre normal, mozo de mudanzas como Lionia Kossogor, y después compraré uno o dos camiones, tendré una empresa de mudanzas. Tendremos una familia, durante la cena tú servirás la sopa, yo te contaré mi jornada, por la noche nos apretaremos el uno contra el otro, te diré que te amo, te amaré siempre, te cerraré los ojos o tú cerrarás los míos.»

Eduard paga cien dólares por dos bragas y propone que vayan a beber algo. Ella conoce un sitio cercano, que es, por supuesto, carísimo. Deja a Eduard un momento solo en la mesa porque tiene que llamar a alguien. Durante su ausencia, él se repite lo que ha decidido decirle, se exalta al repetirlo, pero cuando ella vuelve del teléfono le pregunta si no le molesta que un amigo se reúna con ellos, y cinco minutos más tarde el amigo llega. Es un tipo cincuentón, que pide un whisky y se comporta con ella como un propietario negligente. Hablan delante de Eduard de gente que él no conoce, se ríen y luego Elena se levanta, dice que tienen que irse, se inclina sobre su ex marido, le besa ligeramente en la comisura de los labios y le da las gracias, ha sido muy agradable, me alegro de haberte visto, y el tío y ella se van y le dejan que pague las tres consumiciones.

Vuelve por Madison Avenue observando a los transeúntes, sobre todo a los hombres, para compararse: ¿mejor que yo? ¿Peor? La mayoría están mejor vestidos: estamos en un barrio de ricos. Muchos y más grandes. Algunos más guapos. Pero sólo él tiene el aire duro y resuelto del hombre capaz de matar. Y todos, cuando se cruzan las miradas, apartan la suya, aterrados.

Al llegar a Sutton Place, se acuesta, cae enfermo. Jenny le cuida como a un niño durante quince días. A ella le gusta hacerlo y cuando mejora le dice, con pena: «Parecías muy humano.»

Retorna el verano, un año ha transcurrido desde que escribió su libro tumbado en la hierba de Central Park. Jenny le ha preguntado si quiere ir con ella de vacaciones a la Costa Oeste y él ha aceptado, un poco por curiosidad, un poco por cobardía porque en su ausencia no puede vivir en Sutton Place y teme el mes de agosto en el Hotel Embassy. Nada más desembarcar del avión se reúnen en un coche de alquiler con el hermano de Jenny y sus dos amigas íntimas, a las que Eduard no soporta, y comprende que aquello va a ser una pesadilla. No es que California le desagrade, pero piensa que debería disfrutarla en los brazos de Nastassja Kinski, no con esta banda de pequeñoburgueses que juegan a ser hippies, beben zumo de zanahoria y, en los cafés cutres donde comparten la cuenta tras hacer el cálculo en una esquina del mantel de papel, se ríen mucho rato a carcajadas para mostrar que, según su expresión favorita, se lo están «pasando bien». Al cabo de tres días de torcer el gesto y dejarse mantener, está hasta la coronilla y decide volver. Jenny no intenta retenerle: su credo consiste en que cada cual hace lo que quiere siempre que no moleste a los demás.

Nueva York es una estufa, Eduard se dice, demasiado tarde, que debería haberse quedado en la Costa Oeste; ya que está en la calle, en agosto más vale estar en Venice que en Manhattan. Vuelve a escribir. Esta vez no son poemas ni un relato. Son prosas cortas, rara vez más de una página, donde pone por escrito todo lo que se le pasa por la cabeza. Lo que se le pasa por ella es espantoso, pero hay que reconocerle al menos la honestidad con que lo expone: resentimiento, envidia, odio de clase, fantasmas sádicos, pero ninguna hipocresía, ni vergüenza ni excusa. Más tarde todo esto se convertirá en un libro titulado *Diario de un fracasado*, en mi opinión uno de los mejores suyos. Un botón de muestra:

«Vendrán todos. Los gamberros y los tímidos; éstos saben pelear. Los traficantes de droga y los que reparten los anuncios de burdeles.

Los masturbadores, los clientes de las revistas y de los cines porno. Los solitarios que deambulan por las salas de museos o consultan en las bibliotecas cristianas y gratuitas. Los que tardan dos horas en tomar a sorbitos su café en los McDonald's y miran tristemente por el ventanal. Los fracasados en el amor, el dinero y el trabajo, y los que han tenido la desgracia de nacer en una familia pobre. Los jubilados que hacen cola en el supermercado, en la fila reservada a los que compran menos de cinco artículos. Los gamberros negros que sueñan con tirarse a una blanca de la alta sociedad y como no lo conseguirán nunca la violan. El *doorman* de pelo gris al que le encantaría secuestrar y torturar a la hija insolente de los ricos del último piso. Los valientes y los fuertes que llegan de todos los confines para brillar y conquistar la gloria. Los homosexuales, unidos de dos en dos. Los adolescentes que se aman. Los pintores, los músicos, los escritores cuyas obras no compra nadie. La grande y aguerrida tribu de los fracasados, *losers* en inglés, en ruso *nieudáchniki*. Vendrán todos, tomarán las armas, ocuparán una ciudad tras otra, destruirán los bancos, las oficinas, las editoriales, y yo, Eduard Limónov, iré en cabeza de la columna, y todos me reconocerán y me amarán.»

Al volver de vacaciones, Jenny le dice con un tono serio que tiene que decirle algo. Él no se lo ha olido, no ha desconfiado de aquel labriego de bigote y camisa de cuadros en cuya casa hacen una barbacoa la víspera de su partida precipitada, y ahora se entera de que Jenny va a instalarse con él en California, de que van a casarse y a tener hijos, de hecho ya está embarazada. «Entre nosotros no hay un amor de verdad», le dice con suavidad a Eduard, sólo una hermosa amistad que a pesar de la distancia de una costa a la otra no tiene por qué terminar, al contrario. Buena chica como siempre, no quiere que sufra, y él simula ser el tipo que comprende, que le desea que sea feliz, que está de acuerdo en que es mejor así, pero en realidad le pilla desprevenido un dolor que le devasta. Pensaba abandonarla, no al revés. Aunque él no la amaba, estaba seguro de que ella le quería, y esta certeza le

tranquilizaba. Alguien le esperaba, tenía un refugio y ahora ya no tiene nada. De nuevo el mundo hostil, el viento frío de la intemperie.

Siguen recibéndole en Sutton Place y le ofrecen una taza de café, pero nada más. Steven, cuando le ve, tiene el mal gusto de darle una palmada en el hombro, como para consolarle de que le hayan plantado, ¡él, Limónov, plantado por esa vaca! Le pregunta qué va a hacer ahora. El libro sigue en proceso de lectura, mala señal. Como sabe que es manitas, Steven le habla de un amigo que busca a alguien para trabajar en negro en su casa de campo. De este modo va a parar a Long Island, donde maneja la pala y la llana por cuatro dólares a la hora durante dos meses. Los ricos neoyorquinos que tienen residencias en estos elegantes pueblos balnearios sólo van en otoño, los fines de semana. Los demás días no hay nadie. La casa no tiene calefacción ni está amueblada. Eduard acampa encima de un colchón de gomaespuma, con una lona debajo que le aísla mal que bien del suelo húmedo, revuelve sopas de sobre en un hornillo, se pone varios jerséis que no logran calentarlo. A veces aprovecha un claro para ir a la playa a espantar a las gaviotas o a beber una cerveza en el único bar, desierto, del villorrio más próximo, y en el trayecto de regreso invariablemente se cala hasta los huesos. Entonces, tiritando, se mete en el saco de dormir y sueña con Jenny haciendo el amor con su aldeano de bigote. Si le hubieran dicho cuando estaban juntos que un día se la casaría pensando en ella...

Aparte del dueño del bar y el del supermercado donde compra provisiones, no habla con nadie durante semanas enteras. Aunque haya dado el número a algunos seres humanos a los que todavía considera cercanos –Shmákov, Lionia Kossogor, Jenny–, nunca suena el teléfono. Nadie piensa en él, nadie se acuerda de su existencia. Salvo, un día, su agente, y es para anunciarle que MacMillan ha rechazado el manuscrito. Demasiado negativo. En efecto, un libro cuya última frase es: «¡Que os den por el culo a todos!»... El agente le dice, sin creérselo, que no se rinde, que enviará el libro a otros editores. Tiene prisa por acabar esta conversación desagradable, prisa por colgar. Eduard se

queda sentado sobre el saco de cemento, solo en el salón vacío, solo en el mundo. La lluvia cae a ráfagas tan fuertes que azotan lateralmente los cristales, como en un avión. Se dice que esta vez está acabado. Lo ha intentado, ha fracasado. Seguirá siendo un proletario que perfora agujeros en el hormigón armado, repinta casas de ricos fuera de temporada, hojear revistas porno. Morirá sin que nadie sepa quién ha sido.

Tengo la impresión de haber escrito ya esta escena. En una ficción hay que elegir: el héroe puede tocar fondo una vez, incluso es recomendable, pero la segunda es excesiva, la repetición acecha. En la realidad, pienso que ha tocado fondo varias veces. Varias veces se ha visto caído en el suelo, verdaderamente desesperado, realmente privado de recursos y –admiro este rasgo suyo– siempre se ha rehecho, siempre ha salido adelante, siempre reconfortado por la idea de que el precio que se debe pagar si has escogido una vida aventurera es encontrarse perdido así, totalmente solo, en las últimas. Cuando le abandonó Elena, su táctica de supervivencia consistió en dejarse hundir: en la miseria, la calle, el sexo salvaje entendidos como otras tantas experiencias. Esta vez concibe otra idea. Jenny irá enseguida a reunirse con su novio en California y Steven, consternado por perderla, todavía no ha encontrado una sustituta. Él, Eduard, ha desempeñado durante meses la función de ayudante doméstico: reparando la pata de una mesa, engrasando los utensilios de jardinería, preparando un *borsh* que ha cosechado los elogios de todos los invitados. Conoce perfectamente la casa. Sobre todo, Steven es un esnob: va a encantarle la idea de tener de mayordomo a un poeta ruso.

La idea, y no sólo ella, encanta a Steven, como estaba previsto, porque el poeta ruso se comporta como un mayordomo modélico. Exigente con la asistente haitiana, mantiene una buena relación con la secretaria, a pesar de su carácter difícil. Desconfía de cualquiera que llame a la puerta, pero es capaz de pasar con toda naturalidad de la máxima circunspección a la más grande deferencia si el extraño resulta no serlo. Se maneja a sus anchas con los proveedores. Hace que le reserven los mejores cortes en Ottomanelli, la carnicería más cara de Nueva York. Cocina como un chef, no sólo *borsh* y buey Strogonoff, sino también esas verduras llenas de vitaminas que les gustan a los ricos: hinojo, brécol, rúcula, cuya existencia ignoraba, antes de entrar en la casa, este hombre alimentado con patatas y col. Depositán en él la confianza necesaria para mandarle a buscar diez mil dólares en efectivo al banco. Se ocupa de todo, no olvida nada de los gustos y las costumbres del amo. Le sirve el whisky a la temperatura adecuada. Desvía la mirada, sin ostentación, cuando una mujer desnuda sale del cuarto de baño. Sabe estar en su sitio, pero adivina con qué invitados conviene enseñar, por debajo de su uniforme de librea, una camiseta con la efigie de Che Guevara y participar en la conversación. En suma, es una joya. Los amigos de Steven se lo envidian, se habla de él en todo Manhattan.

Esta situación durará un año, al término del cual un editor francés aceptará la novela de Eduard, que volará a París con la bendición emocionada de su antiguo patrono. Pronto sus libros los traducirán en América los editores que al principio los habían rechazado, y ahora yo intento imaginar lo que pensó Steven cuando leyó *His Servant's Story*, publicada en 1983 por Doubleday.

¿Qué descubrió? Para empezar, que en cuanto le daba la espalda,

su mayordomo modélico bajaba de su estudio abuhardillado para tomar posesión del *master bedroom*, el dormitorio principal, en el piso noble. Que se revolcaba en las sábanas de seda de su patrono, fumaba porros en su bañera, se probaba su ropa, caminaba descalzo sobre su moqueta mullida. Que registraba sus cajones, bebía su Château Margaux y, por supuesto, llevaba chicas allí: se las ligaba en cualquier sitio, a veces de dos en dos, y se las follaba y las miraba follar en el gran espejo veneciano oportunamente inclinado por encima de la cama *king size*, y les hacía creer que era, si no el dueño de la casa, al menos uno de sus amigos, un igual. Bien. Quizá me equivoque, pero no creo que estas transgresiones causaran una perturbación tremenda a Steven. Porque, y quizá me equivoque también en este punto, pienso que todos los sirvientes sueñan más o menos con esto, con follar en la cama de sus patronos, que algunos lo hacen y que los que emplean a criados, si no son idiotas, lo saben y hacen la vista gorda. Lo esencial es que todo quede bien ordenado después, que las sábanas den vueltas en la lavadora, y en este aspecto se podía confiar en Eduard.

No, lo que realmente debió de turbar a Steven no era lo que su criado hacía en su ausencia, sino lo que pensaba en su presencia.

No era un ingenuo hasta el punto de creer que el poeta ruso le tenía afecto. Quizá pensase que le *apreciaba*, y en efecto así era, no le consideraba estúpido ni odioso. *Personalmente* no tenía nada contra él. Pero en su presencia se comportaba como el muzhik que, sin dejar de servir al *barin*, aguarda la ocasión, y cuando llega entra por la puerta grande en el hermoso domicilio del señor, lleno de objetos de arte, y los saquea, viola a su mujer, derriba al marido y le muele a puntapiés con una risa triunfal. La abuela de Steven le había descrito el estupor de los nobles del antiguo régimen cuando vieron desencadenarse de este modo a sus buenos Vanias, tan abnegados, tan fieles, que habían visto nacer a sus hijos y que eran encantadores con ellos, y creo que Steven debió de experimentar a su vez este mismo asombro al leer el libro de su antiguo sirviente. Durante más de dos años, se había codeado sin recelo con aquel hombre plácido, sonriente, simpático, que en lo más

profundo de su alma era su enemigo.

Imagino a Steven leyendo y acordándose del día –lo había olvidado totalmente– en que se enfureció con su criado porque un pantalón no había llegado a tiempo de la tintorería. El otro encajó el arrebato con la cara pálida, amurallado en su expresión impasible de mongol. Una hora después, Steven se disculpó, el incidente quedó zanjado, se rieron los dos..., bueno, Steven. Lo que no sospeché fue que si la algarada hubiese durado unos segundos más, el criado habría ido a buscar el cuchillo de destazar guardado en el cajón de la cocina y le habría rajado el cuello de oreja a oreja como a un cochinito (al menos es lo que él dice).

¡Y el día de la recepción en casa del alto funcionario de la ONU! Vivía en la casa paredaña. Steven fue a visitarle, como vecino que era. Bebió champán en el jardín iluminado por focos, habló con diplomáticos, esposas de diplomáticos, *congressmen*, algunos jefes de Estado africanos. Lo que no sospeché –¿cómo habría podido?– es que su criado le observaba desde su claraboya, allá arriba, y que esta fiesta de poderosos a la que no tenía ninguna oportunidad de que algún día le invitasen le produjo una cólera tan intensa que fue a buscar a la bodega la escopeta de caza de su patrono, la sacó de su funda y apuntó con la mira a un invitado tras otro. Reconoció a uno, le había visto en la televisión: era el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim, cuyo pasado nazi desenterrarían veinte años más tarde. Aquella noche Steven intercambió con él unas palabras. Mientras le hablaba, su sirviente les tenía en el punto de mira. Cuando se separaron, siguió a Waldheim de grupo en grupo con la crucecita de la mira. Tenía el dedo crispado sobre el gatillo. Era terriblemente tentador. Si disparaba, se haría célebre de la noche a la mañana. Se publicaría todo lo que había escrito. Su *Diario de un fracasado* se convertiría en un libro de culto, la biblia de todos los *losers* resentidos del planeta. Acarició esta idea, se mantuvo al borde del gesto fatal del mismo modo que uno se mantiene al borde del placer, y luego Waldheim entró en la casa y, tras un instante de decepción atroz, el criado se dijo: «En el fondo, me alegro.

Todavía no he llegado a ese punto.»

Lo peor es lo que escribe el sirviente sobre el niño leucémico. El hijo de otros vecinos, una pareja encantadora. Tenía cinco años, todo el mundo en el barrio le adoraba y todos siguieron con un nudo en la garganta el progreso de su enfermedad. La quimioterapia, la esperanza, la recaída. Steven conocía a los padres lo bastante para visitarles. Siempre volvía demacrado. Pensaba en sus propios hijos, por supuesto. Un día el padre le dijo que no había remedio: era cuestión de días, probablemente de horas. Steven bajó a comunicar la noticia a Jenny y ella prorrumpió en sollozos. Eduard, que como de costumbre estaba en la cocina, no lloró, pero parecía también conmovido, a su manera púdica y militar. Los tres se quedaron en silencio y Steven conserva de aquel momento un recuerdo extrañamente luminoso. Las barreras sociales habían caído, eran sólo dos hombres y una mujer alrededor de una mesa, esperando juntos la muerte de un niño. Entre ellos ya sólo había pena, compasión y algo frágil que era quizá amor.

Ahora veamos lo que escribe Eduard:

«Y, bueno, el pequeño morirá de cáncer ¡y luego mierda! Sí, es guapo, sí, qué pena, pero lo mantengo: ¡y luego mierda! Mucho mejor, incluso. Que estire la pata, el crío de los ricos, yo me alegraré. ¿Por qué tendría yo que entermecerme y compadecerle cuando mi propia vida, seria y única, la han destruido todos estos asquerosos? ¡Muere, chaval condenado! No te salvarán ni el cobalto ni los dólares. El cáncer no respeta el dinero. No retrocederá aunque le ofrezcas miles de millones. Y está muy bien que así sea: al menos en esto todo el mundo está en pie de igualdad.»

(«¡Qué tipo más repugnante!», piensa Steven, y yo pienso lo mismo, y sin duda tú también, lector. Sin embargo, pienso asimismo que si hubiera habido una posibilidad de salvar al pequeño, de preferencia algo difícil o peligroso, el primero que se habría aferrado a ello y habría combatido con toda su energía hubiera sido Eduard.)

Un día Steven pide a su criado que prepare la habitación más bonita de invitados para su ilustre compatriota, el poeta Evgueni Evtushenko. Eduard no tiene ningún aprecio por este hipócrita, un semidisidente que posee dachas y privilegios, que explota a conciencia lo suyo y ajeno, pero por supuesto no dice ni pío. Llega Evtushenko, grande, guapo, satisfecho de sí mismo, con una cazadora vaquera de color malva, una cámara de fotos con un zoom enorme en bandolera y bolsas de grandes almacenes que contienen toda clase de artilugios que no existen en su país: un paleta siberiano que se ha trasladado a la capital, según Brodsky, de quien tomo prestada esta descripción, y la confirmo, porque yo mismo me crucé con Evtushenko veinte años más tarde. Steven, encantado de tener en su casa a este ruso tan ruso, organiza un cóctel en su honor. Eduard, de librea, asume el servicio. Teme la prueba humillante de la presentación al gran hombre, la cual es inevitable, pero, para su gran sorpresa, Evtushenko reacciona: ¿Limónov? Ha oído hablar de su libro. «*Édichka*, ¿no es eso?» Dicen que es estupendo, le gustaría leerlo.

El grupo se marcha, primero va a la Metropolitan Opera, donde baila Nuréyev, y después al Russian Samovar de la calle Cincuenta y dos. Eduard, por su parte, recoge, ordena, se acuesta temprano: cuando Steven está en la ciudad, no hay nada mejor que hacer. A las cuatro de la mañana suena el teléfono interior en su cuarto: es Evtushenko, que le pide que baje a la cocina. Está allí sentado a la mesa con Steven, delante de una botella de vodka, y le invitan a beber con ellos. Al volver del restaurante, Evtushenko ha leído la primera página del manuscrito que Eduard dócilmente ha dejado a la vista en su habitación, y después la segunda, sentado en la taza del retrete, y después unas cincuenta más, y después ya no ha podido dormir. Ha arrastrado a Steven a la cocina para seguir bebiendo, festejar su descubrimiento, y ahora, pastoso pero entusiasta, repite: «*It's not a good*

book, my friend, it's a great book! A fucking great book!» Evtushenko dice dos veces *fucking* porque le parece cosmopolita y propio de alguien liberado. Promete que va a hacer lo posible para que lo publiquen. Steven, sentimental cuando está bebido, como el ricacho con sombrero de copa de *Luces de la ciudad*, estrecha afectuosamente al joven pródigo en sus brazos. Brindan una y otra vez por la obra maestra y nuestro Eduard recupera la esperanza, desde luego, se abandona un poco al alborozo general, pero no deja de pensar en su fuero interno que un multimillonario americano y un poeta oficial soviético forman parte de la misma clase, la de los amos, a la que nunca pertenecerá él, que tiene mil veces más talento y energía y que brinda por su genio pero que luego, cuando por fin suban a acostarse, tendrá que recoger los vasos de la juerga, y al que la noche de la gran revolución social le hallará bien dispuesto para la venganza.

No sin abrazos –aunque en ayunas son menos calurosos–, Steven y Evtushenko parten a esquiar a Colorado. Transcurren unas semanas sin noticias: Eduard tenía razón en desconfiar. Entonces recibe una llamada de un tipo que se llama Lawrence Ferlinghetti. El nombre le suena: además de poeta, Ferlinghetti es el editor legendario de los *beatniks* de San Francisco. Su amigo Evgueni le ha hablado de ese «gran libro», uno de los mejores escritos en ruso desde la guerra –todo un detalle por parte de Evtushenko–, y le gustaría leerlo. Está de paso en Nueva York, donde se hospeda en casa de su amigo Allen Ginsberg: este hombre sólo tiene amigos célebres. Como Steven está ausente, Eduard le invita a comer «en su casa».

Ferlinghetti es un hombre de edad, calvo, barbudo, bastante apuesto. Su mujer tampoco está mal. Por muchas casas lujosas que hayan visto, la de Sutton Place les deja boquiabiertos. Evtushenko no les ha dicho cómo se gana la vida el poeta, y en cambio ha tenido que extenderse sobre los pasajes más *trash* de su libro, y a ellos se les nota que se preguntan, sin atreverse a expresarlo, cómo es posible que este chico del que les han contado que es casi un vagabundo que se acuesta

con negros de Harlem pueda vivir en una casa así. ¿Tiene un amante multimillonario? ¿Lo es él, y merodea por los bajos fondos de Nueva York como el califa Harun merodeaba por los de Bagdad, disfrazado de pobre diablo? Los rostros distinguidos de los visitantes son ya sólo dos puntos de interrogación. Eduard disfruta del malentendido y cuando se resigna a disiparlo ve con gran asombro que reaccionan con mayor regocijo. En efecto, en vez de mostrarse decepcionados o mirarle de repente por encima del hombro, Ferlinghetti y su mujer lanzan una carcajada, se muestran exultantes por la jugarreta que les ha gastado y se declaran más estupefactos todavía. ¡Qué pillo! ¡Qué aventurero! De pronto, Eduard ya no se ve como un lacayo sino como un escritor a lo Jack London, que entre cien maneras pintorescas de ganarse el sustento, marinero, buscador de oro, ratero, ha ejercido el de criado. Por primera vez interpreta ante un público entendido el papel en que destaca: el de un tipo relajado, cínico, que cabalga sobre las olas de la vida. Es un triunfo. Le piden que cuente sus aventuras, cuya versión maleante adivina por instinto que les gustará más que la versión disidente.

–Pero, en definitiva –le pregunta la mujer de Ferlinghetti, que le escucha embobada–, ¿usted es gay?

–Un poco de todo –responde él, indiferente.

–¡Un poco de todo! ¡Fantástico!

Cuando se despiden, achispados y eufóricos, la publicación ya sólo parece una formalidad. El golpe es más duro cuando, un mes más tarde, el manuscrito vuelve de San Francisco con una carta de Ferlinghetti que no lo acepta ni lo rechaza claramente, sino que sugiere otro final, un desenlace trágico: Édichka debería cometer un asesinato político, como De Niro en *Taxi Driver*.

Eduard sacude la cabeza, consternado. Ferlinghetti no ha entendido nada. Dios sabe que se lo ha pensado. Estuvo a punto de hacerlo cuando tuvo a Waldheim en la mira de la escopeta. Si no lo

hizo fue porque aún confía en salir adelante de otra manera. Lo encaja todo, los trabajos de mierda, el rechazo de los editores, las chicas de categoría E, porque cuenta con entrar un día por la puerta grande en los salones de los ricos y follarse a sus hijas vírgenes, y que además le den las gracias. Sabe perfectamente lo que se le pasa por la cabeza a un perdedor que, presionado a fondo, empuña un arma y dispara a ciegas, pero él no es ese desesperado, ya que puede escribir ese proceso, y no hace falta que su doble de papel lo sea.

La carta acaba con la siguiente posdata: «El héroe de su libro ¿no sería más indulgente ahora que vive en una casa suntuosa, a cambio de un trabajo no demasiado exigente, y disfruta en cierta medida de las ventajas de la sociedad burguesa? ¿No la ve con una mirada más serena?»

Qué mariconazo. Joder, qué mariconazo.

La falsa esperanza, el golpe de gracia, parece que todo se ha jodido otra vez, y luego, como suele suceder, todo se arregla. Alguien, en París, habla del libro con Jean-Jacques Pauvert, del que Eduard no sabe todavía que es un editor tan mítico y corrosivo al menos como Ferlinghetti: el de los surrealistas, el de Sade y de *Histoire d'O*, condenado diez veces por atentar contra las buenas costumbres o por injurias contra el jefe de Estado y diez veces festivamente indemne. Tras leer algunos capítulos traducidos, Pauvert se lanza y decide publicar el libro. Será un poco complicado porque su editorial quiebra de nuevo y tiene que refugiarse en el seno de otra, pero da igual, lo que importa es que *Soy yo, Édichka* se publica en el otoño de 1980 con el escandaloso título que le ha puesto Pauvert: *El poeta ruso prefiere a los negrazos*.

IV. París, 1980-1989

1

Cuando Limónov llega a París, yo acababa de volver de una estancia de dos años en Indonesia. Lo menos que se puede decir es que antes de esta experiencia yo no había llevado una vida muy aventurera. He sido un niño formal y después un adolescente demasiado cultivado. Mi hermana Nathalie, a la que le habían dado como tema de redacción «Describe a tu familia», hizo de mí este retrato: «Mi hermano es muy serio, nunca hace tonterías, lee todo el día libros de los grandes.» A los dieciséis años tenía un círculo de amigos apasionados, como yo, de la música clásica. Pasábamos horas comparando versiones diferentes de un quinteto de Mozart o una ópera de Wagner, imitando el legendario programa de France Musique *La tribuna de los críticos de discos*, cuyos participantes nos encantaban por su erudición, su mala fe, su placer evidente en crear, en un mundo de bárbaros dedicados a los ritmos binarios, un pequeño enclave de civilización irónica y gruñona. Me comprenderán los que recuerden los altercados de Jacques Bourgeois y Antoine Goléa. Alumno del liceo Janson-de-Sailly, después estudiante en el Instituto de Estudios Políticos, pasé la mayor parte de los años setenta despreciando el rock, no bailando, emborrachándome para disimular y soñando con llegar a ser un gran escritor. Entretanto me convertí en una especie de *wunderkind* de la crítica de cine, publicaba en la revista *Positif* largos artículos sobre el cine fantástico o sobre Tarkovski, y de las películas que me parecían malas escribía acotaciones cuya maldad me haría sonrojar hoy. Políticamente me inclinaba claramente hacia la derecha. Si me hubiesen preguntado por qué, supongo que habría respondido

que por dandismo, por el gusto de ser minoritario, por repudio del borreguismo. Me habría asombrado si me hubieran dicho que, lector de Marcel Aymé y crítico acerbo de lo que todavía no se llamaba lo «políticamente correcto», reproducía las opiniones de mi familia con una docilidad que podría haber servido de ejemplo para ilustrar las tesis de Pierre Bourdieu.

Me aburre hablar con tan poca indulgencia del adolescente y el jovencito que fui. Quisiera quererle, reconciliarme con él y no lo consigo. Creo que estaba aterrorizado: por la vida, por los demás, por mí mismo, y que el único modo de impedir que el terror me paralizase por completo era adoptar aquella posición de repliegue irónico y hastiado, abordar cualquier especie de entusiasmo o compromiso con el sarcasmo de alguien al que no le engañan, que está de vuelta de todo sin haber ido nunca a ninguna parte.

Acabé, sin embargo, yendo a alguna parte, y para colmo de suerte con alguien. Muriel, a quien conocí en el Instituto de Estudios Políticos, era una chica muy guapa, bien proporcionada como una modelo de *Playboy* y vestida de tal forma que se le veía todo. Desentonaba en la calle Saint-Guillaume, donde los estudiantes de ambos sexos llevaban en aquel tiempo abrigos loden a juego, fulares Hermès las chicas y los chicos camisas de cuello prendido por un alfiler dorado debajo de la corbata. Dicho sea en mi descargo, yo llevaba unos zapatos destrozados y un viejo chaquetón de cuero, era un estudiante vago, burlón, poco motivado, fiel a los valores del pasotismo del liceo, que evidentemente ya no eran aceptables en una facultad donde cada quien se veía ya gobernando Francia. Escribía cuentos de ciencia ficción y críticas de cine, razón por la cual me invitaban a proyecciones privadas a las que podía llevar a mis amigas, y supongo que aquel conjunto de rasgos artistas y bohemios y mi tendencia general a la objeción de conciencia fueron lo que, a pesar de mi timidez, me permitieron ligarme a la chica más sexy y a la vez la menos presentable de mi promoción.

Mis amigos amantes de la música, al igual que los alumnos del Instituto de Estudios Políticos, encontraban a Muriel un poco vulgar. Hablaba alto, se reía fuerte, punteaba sus frases con «quiero decir» y «¿sabes?», y liaba porros con una maquinita mecánica que me regaló, que conservo todavía y en el fondo de la cual ella había escrito con un rotulador las palabras *Don't forget*. Nunca la abro sin pensar en ella con gratitud y sin preguntarme qué rumbo habría seguido mi vida si hubiéramos seguido juntos. Muriel era una auténtica alternativa que me convirtió a mí también en alternativo. Al final de una adolescencia dedicada a leer a escritores de derecha de entreguerras y a soñar con que un día asistiría al festival de Bayreuth, me encontré en una granja aislada de Drôme fumando hierba, escuchando música espacial y arrojando sobre kilims deshilachados las tres piezas que sirven para consultar el I-Ching, y sobre todo haciendo el amor con una chica risueña, sin malicia, que, en pelotas de la mañana a la noche, me ofrecía el espectáculo y el placer de su cuerpo, de un esplendor casi sobrenatural, y a los veinte años, viniendo de donde yo venía, era sin lugar a dudas lo mejor que podía sucederme.

En aquella época el servicio militar era obligatorio, y para los jóvenes burgueses que como yo no querían ser simples reclutas ni oficiales de reserva, había dos soluciones: que te declarasen inútil u optar por la cooperación. Elegí esto último, al terminar Ciencias Políticas. Me nombraron profesor del Centro Cultural francés de Surabaya, un puerto industrial en la punta oriental de Java, que sirvió de escenario a la novela *Victoria*, de Conrad, y cuyo nombre de sonoridad exótica inspiró a Brecht y a Kurt Weill la canción *Surabaya Johnny*. La hermosa mansión holandesa que ocupaba el Centro Cultural había albergado durante la ocupación japonesa una oficina de acción energética, algo parecido a la calle Lauriston en Francia. Allí ocurrieron cosas lo bastante horribles como para que mereciera la reputación de embrujada. Venía un exorcista dos veces al año, era muy difícil contratar vigilantes, el jardín, aparte de esto, era un hechizo. Yo

enseñaba francés a señoras de la buena sociedad china que ya habían criado a sus hijos, se aburrían un poco y seguían estos cursos porque eran una actividad de buen tono, como el bridge. Traducíamos artículos de *Vogue* sobre Catherine Deneuve e Yves Saint Laurent. Creo que me apreciaban. Muriel vino enseguida a reunirse conmigo. Dábamos grandes paseos en moto, nos embriagaban el bullicio y los olores de Asia. En Surabaya, inspirado por nuestras experiencias con hongos alucinógenos, empecé a escribir mi primera novela. En aquel tiempo, la primera novela del cooperante era como un género literario menor. Cada vez que volvía uno de ellos aparecían tres o cuatro: un joven de los barrios elegantes, que soñaba vagamente con la literatura, pasaba dos años en Brasil, en Malasia, en Zaire, lejos de su familia, de sus amigos, se tomaba por un aventurero y contaba esta aventura, más o menos novelada; por lo que a mí respecta, más bien más.

En cuanto tenía algunos días libres me iba con Muriel a Bali, cuyo estilo de vida autóctono –fiestas de pueblo, música tradicional, ritos ancestrales– nos atraía menos que el estilo de vida occidental de los extranjeros establecidos en los *lodges* de Kuta Beach y de Legian: surf, *magic mushrooms* y fiestas con antorchas en la playa. Esta sociedad, hedonista y apacible, se dividía en castas. Había la plebe de los turistas de paso, con la cámara de fotos al cuello, a los que ni siquiera veíamos; los trotamundos sin un céntimo, cuya obsesión de que no les timaran y de pagar por todo el precio auténtico les volvía paranoicos; los surfistas australianos, tíos nada complicados que bebían cerveza, escuchaban hard rock y muchas veces estaban acompañados de chicas bonitas; por último, la aristocracia, a la que Muriel y yo llamábamos los hippies chic, con los que ansiábamos mezclarnos. Alquilaban para la estación hermosas casas de madera en la playa. Llegaban de Goa, partían hacia Formentera. Sus ropas de lino o de seda eran más refinadas que las que vendían en las tiendas del pueblo y que se ponían los turistas. Su hierba era mejor y su relajación más natural. Hacían yoga, se ocupaban de asuntos que nunca parecían urgentes. Los ingresos que les permitían llevar esta vida de ideal indolencia provenían de tejemanejes sobre los cuales se mostraban

evasivos: tráfico de drogas en el caso de los más audaces (pero había que serlo realmente, porque en Indonesia te arriesgabas a la cadena perpetua en condiciones espantosas, o incluso a morir ahorcado), y piedras preciosas, muebles, telas, en el caso de los más modestos. Muriel, gracias a su belleza y su amabilidad, fue aceptada enseguida en aquel medio donde yo era consciente de que sin ella no me habrían admitido. Yo me volvía celoso, fingía despreciar lo que en realidad envidiaba: el mal sesgo que tomó nuestra relación empezó allí. Sin embargo, cuanto más visitábamos Bali y frecuentábamos a los hippies chic, menos ganas teníamos de volver a París al final de mi contrato para reanudar nuestros estudios o buscar trabajo. Los días buenos me imaginaba escribiendo en la terraza de una casa de bambú a la orilla del mar. Con el torso desnudo y la cintura ceñida por un sarong, daba una calada del porro que me tendía Muriel antes de bajar a bañarse, observaba la ondulación de sus caderas mientras se alejaba por la playa, rubia, bronceada, arrebatadora, y me decía que ciertamente aquella vida nos convendría. En consecuencia, tratamos de descubrir un modo de prolongarla y, para empezar, hicimos una elección prudente. Había en los almacenes de Kuta unos bikinis de calidad mediocre pero bastante bonitos, tejidos con hilos dorados. Nos enteramos a través de varios fabricantes de que era posible comprarlos por un dólar la pieza y, según Muriel, venderlos en París diez veces más caros. Así que invertimos todo el dinero que teníamos, más las indemnizaciones a las que tienen derecho los cooperantes al final de su servicio, en el pedido de cinco mil trajes de baño que viajarían a Francia a cargo del Quai d'Orsay y que servirían para montar el tinglado gracias al cual viviríamos entre París y Bali, sobre todo en Bali.

Abrevio. Cuando el fabricante me entregó las cajas, hacía un mes que Muriel me había dejado por un hippy más viejo, más seguro de sí mismo, más *cool*, a la altura del cual era evidente que no estaba el joven atormentado y cada vez más odioso en que me había convertido. De

este modo, después de haber soñado una vida de aventurero, cortadas todas las amarras, volví a París solo, infeliz, lastrado con el manuscrito de una primera novela que contaba una historia de amor embrujada y con cinco mil bikinis cosidos con hilos dorados que recordaban el desastre de este idilio y, pensaba yo, de mi vida. Conservo un recuerdo horrible del invierno siguiente a mi regreso. Nunca he estado gordo, pero el calor de los trópicos me había hecho perder diez kilos, y lo que allá podía considerarse una graciosa esbeltez asiática, en la grisura parisina se convertía en una flacura fantasmal o de enfermo grave. El lugar que me habían asignado en el mundo se empequeñecía, me empujaban sin verme en la calle, tenía miedo incluso de que me pisaran. En el estudio donde vivía había un colchón en el suelo, algunas sillas y, a manera de mesas, las dos cajas que contenían los bikinis. Cuando venía a verme una chica la invitaba a servirse, a llevarse cinco, diez, todos los que quisiera. Tenían poco éxito, ya ni me acuerdo de cuándo y cómo me deshice de ellos. Mi novela ya sólo me inspiraba aversión, pero la envié de todos modos a algunos editores cuyo rechazo señaló aquel invierno. Había soñado que el triunfo del escritor venga el fracaso del aventurero y del amante, pero a todas luces los tres habían fracasado.

Dos años antes mi madre se había hecho famosa. Universitaria hasta entonces apreciada por sus pares, a instancia de un editor inteligente había sintetizado las investigaciones que llevaba a cabo desde el comienzo de su carrera en un libro que fue un gran éxito de ventas. La tesis de *El fin del imperio soviético* era en aquel tiempo nueva y audaz. Es un error, decía mi madre, identificar la URSS con Rusia. Es un mosaico de pueblos que se mantienen unidos a trancas y barrancas, y donde las minorías étnicas, lingüísticas, religiosas y principalmente musulmanas son tan numerosas, tan dispuestas a reproducirse y tan descontentas de su suerte que al final forzosamente acabarán volviéndose mayoritarias y amenazando la hegemonía rusa. De ahí la conclusión de la tesis: era asimismo un craso error creer, como en 1978 creía casi todo el mundo, que el imperio soviético duraría aún varias generaciones. Es frágil y sus nacionalidades lo gangrenan como si fueran termitas, y muy bien podría suceder que acabara derrumbándose.

No se desplomó totalmente de esta manera pero, aun así, el decenio que empezaba demostró que eran correctas las intuiciones de mi madre y le confirieron un estatuto de oráculo que posteriormente ella se ha cuidado mucho de no poner en peligro con vaticinios imprudentes. El fin del imperio soviético hizo tanto ruido que mereció un artículo en primera plana de *Pravda*, donde se denunciaba a la tristemente célebre Hélène Carrère d'Encausse como inspiradora de una forma nueva y especialmente perniciosa de anticomunismo. Ello no impidió que mi madre viajara a Moscú el año siguiente y se entrevistara con el autor del artículo, un historiador que le preguntó, con los ojos brillantes: «¿Ha traído su libro? ¿No? Qué lástima, me hubiera gustado tanto leerlo, parece que es una obra notable», signo de que los tiempos de brezhnevismo crepuscular se habían vuelto claramente blandos.

Especialista en adelante indiscutible de la Unión Soviética, mi madre empezó a recibir todo lo que abordaba el tema de cerca o de lejos. Así que un domingo de aquel cruel invierno en que fui a comer a casa de mis padres, al curiosear en el montón de las últimas obras recibidas, topé con un libro de título intrigante: *El poeta ruso prefiere a los negrazos*. En la guarda figuraba una dedicatoria escrita con la letra torpe de alguien poco habituado al alfabeto latino: «Para Carrère d'Encausse, del John Rotten de la literatura.» A pesar de mi mal humor, por entonces crónico, sonreí al pensar que el autor de la dedicatoria no debía de saber muy bien quién era «Carrère d'Encausse», la persona a la que su editor le había exhortado a enviar el libro, ni tampoco que mi madre no sabía quién era John Rotten. Le pregunté si lo había leído. Ella se encogió de hombros y respondió: «Lo he hojeado. Es aburrido y pornográfico», dos palabras que en mi familia se consideraban sinónimas. Me llevé el libro.

A mí no me pareció aburrido, al contrario, pero me causó un daño que no estaba en condiciones de sobrellevar. Mi ideal era convertirme en un gran escritor, me sentía a años luz de lograrlo y el talento de los demás me ofendía. Los clásicos, los grandes muertos, vale, pero gente unos pocos años mayor que yo... En el caso de Limónov, no fue su talento literario lo que me impresionó en primer lugar. El dios de mi juventud era Nabokov, necesité tiempo para que me gustase la prosa franca y directa del poeta ruso, y sus modales debieron de parecerme un tanto relajados. Lo que contaba, es decir, su vida, me produjo más efecto que su modo de contar. ¡Pero qué vida! ¡Qué energía! Energía, ay, que, en lugar de estimularme, me hundía cada vez más, página tras página, en la depresión y el odio a mí mismo. Cuanto más leía, más cortado me sentía por una tela apagada y mediocre, condenado a ocupar en el mundo un papel de comparsa, y de comparsa amargado, envidioso, que sueña con papeles de protagonista a sabiendas de que no se los ofrecerán nunca porque le falta carisma, generosidad, valor, le falta todo menos la espantosa

lucidez de los fracasados. Podría haberme tranquilizado diciéndome que lo que yo sentía también lo había sentido Limónov, que él dividía, igual que yo por entonces, la humanidad en fuertes y débiles, en ganadores y perdedores, en VIPS y en don nadies, que vivía atenazado por la angustia de formar parte de la segunda categoría y que precisamente esta angustia, tan crudamente expresada, era la que confería fuerza al libro. Pero yo no lo veía. Lo único que veía era a la vez a un aventurero y a un escritor publicado, mientras que yo nunca sería ni lo uno ni lo otro, la única e irrisoria aventura de mi vida se había saldado con un manuscrito que no interesaba a nadie y dos cajas llenas de bikinis ridículos.

A mi regreso de Indonesia había encontrado trabajo como crítico de cine. Un editor que se había fijado en mis artículos y se disponía a lanzar una colección de monografías sobre cineastas contemporáneos me propuso que le escribiera una sobre quien yo quisiera, y opté por Werner Herzog. Admiraba sus películas, que entonces cosechaban un gran éxito, pero sobre todo le admiraba a él. Había trabajado en una fábrica para costearse solo, sin perder tiempo en convencer a nadie, documentales extáticos donde se veían a supervivientes de catástrofes, a marginados, espejismos. *En Aguirre o la cólera de Dios* había domeñado la selva amazónica y la locura de su actor principal, Klaus Kinski. Había atravesado Europa a pie, en pleno invierno y en línea recta, para impedir que la muerte segara a una mujer muy anciana, Lotte Eisner, que era la memoria del cine alemán. Poderoso, físico, intenso, totalmente ajeno al espíritu de frivolidad y de segundo grado que era nuestro destino, el de nosotros, parisinos de principios de los años ochenta, trazaba su camino en condiciones extremas, desafiaba a la naturaleza, maltrataba si era necesario a los naturales, no permitía que le frenasen las prudencias o los escrúpulos de los que le seguían a duras penas. El cine adoptaba con él una andadura distinta de las conversaciones de café filmadas por los antiguos alumnos del Instituto de Altos Estudios de Cinematografía. En suma, yo admiraba a Herzog

como a un superhombre y, según un esquema que debe de ser patente desde hace algunas páginas, me abrumaba aún más no serlo yo mismo.

Esta consternación culminó, si se me permite decirlo, cuando la revista *Télérama*, apenas publicado mi libro, me envió al Festival de Cannes a entrevistar a Herzog, que presentaba su nueva película, *Fitzcarraldo*. Mis amigos me consideraban afortunado porque me habían enviado a Cannes: a mí me pareció atroz, un teatro de humillación perpetua. Gacetillero principiante, sin contactos, me situaba muy bajo en la escala que desciende desde las estrellas que flotan en el empíreo hasta el buen pueblo apretujado detrás de las barreras para entrever a los astros y, con un poco de suerte, hacerse una foto con ellos. Justo por encima de la plebe, pero sin la ingenuidad que le permite, en resumidas cuentas, contentarse con su sino, me habían dado un pase que me autorizaba a asistir a las sesiones más incómodas, era el más insignificante de los don nadie. El día en que *Fitzcarraldo* se proyectó dentro de concurso, el editor había tenido la idea de organizar una firma de libros después de la proyección en el palacio de los festivales. Me coloqué detrás de una mesita cargada de ejemplares de mi libro a la espera de clientes, como a menudo me ha sucedido ulteriormente en librerías o salones. Es una situación que puede ponerte a prueba y, como bautismo de fuego, conocí la mía bajo su forma más cruel. Porque el cliente que sale de una proyección de Cannes es bombardeado durante todo el día por documentos con los que no sabe qué hacer, dossiers de prensa, álbumes de fotos, currículum vitae y folletos de todo tipo. La idea de *comprar* algo impreso es para él totalmente incongruente. La mayoría de los que desfilaban por delante de mi mesa no me prestaban la menor atención, pero algunos, con el gesto mecánico y cansino propio del parásito de bufé que, cuando pasa la bandeja, toma una copa de champán porque es gratuito, arramblaban con un ejemplar de mi libro, se alejaban buscando ya con los ojos una papelera donde tirarlo, como si fuera una octavilla electoral aceptada por cobardía o cortesía, y yo me veía obligado a seguirles para explicarles, con un tono de disculpa, que de hecho era un ejemplar *en venta*.

Esta prueba no fue nada comparada con la entrevista con Herzog. La víspera del día previsto le hice llegar el libro a su agente de prensa. Sabiendo que no leía en francés, no esperaba que me dijese gran cosa, pero sí que al menos recibiese a un joven que acababa de pasar un año escribiendo sobre su obra con más fervor que el desfile de periodistas hastiados a los que dedicaba su jornada, al ritmo de tres cuartos de hora cada uno. Me abrió él mismo la puerta de su suite en el Carlton. Vestía una camiseta informe, un pantalón de faena y gruesos zapatos de marcha, y tenía aspecto de salir de su tienda con mal tiempo en el campamento base del Everest, y por supuesto no sonreía: todo estaba en orden. Yo sí sonreía, demasiado. Tenía miedo de que el agente de prensa no le hubiera avisado, pero cuando nos sentamos vi mi libro encima de la mesa baja y farfullé en inglés algo como: «Ah, se lo han dado, sé que no puede leerlo, pero...»

Me detuve, esperando que él tomase el relevo. Me miró un momento en silencio, con esa expresión de sabiduría severa con que imaginamos a Martin Heidegger o al maestro Eckhart, y luego, con una voz muy baja y al mismo tiempo muy suave, una voz absolutamente magnífica, dijo, y me acuerdo de sus palabras textuales: *«I prefer we don't talk about that. I know it's bullshit. Let's work.»*

Let's work quería decir: hagamos la entrevista, es necesario, es uno de los coñazos inevitables, como los mosquitos en Amazonia. Yo estaba tan cohibido y tan estupefacto que en lugar... –¿en lugar de qué? ¿De levantarme y marcharme? ¿De pegarle? ¿Cuál era la reacción adecuada?–, puse en marcha el magnetófono y formulé la primera de las preguntas que había preparado. Él respondió, al igual que a las siguientes, de una forma muy profesional.

Una última historia, antes de volver a Limónov. Ocurre en septiembre de 1973 y los héroes son Sájarov y su mujer, Elena Bónner, que pasan unos días a orillas del Mar Negro. En la playa les aborda un individuo. Es un académico, expresa a Sájarov la admiración que le profesa, como sabio pero también como ciudadano, le dice que es el

honor de su país, etc. Sájarov, conmovido, le da las gracias. Dos días más tarde aparece en *Pravda* un gran artículo en el que cuarenta académicos denuncian a Sájarov, a consecuencia de lo cual vivirá quince años exiliado en Gorki. Entre los firmantes está el fulano que tan calurosamente les abordó en la playa. Al descubrirlo, Elena Bónner prorrumpe en imprecaciones: aquel sujeto es realmente el peor de los canallas. El testigo que cuenta la historia mira a Sájarov, asombrado de que no se indigne, no se ponga nervioso. Pero reflexiona. Como científico, examina el problema, que no consiste en que la conducta del académico haya sido desagradable, sino en que es incomprensible.

Ignoro si encontró una explicación; o bien, diría Alexandr Zinóviev, la explicación es la sociedad soviética entera. Por mi parte yo busco una para el comportamiento de Herzog. ¿Qué satisfacción podía procurarle ofender gratuita, serenamente, a un chico que se le acercaba para expresarle su admiración? No había leído el libro y, aunque fuera malo, no cambiaba nada. Lamento informar de un rasgo tan abrumador para un hombre al que a pesar de todo admiro y cuyas obras recientes me inducen a pensar que ya no haría una cosa semejante, que se sorprendería mucho si alguien le recordara lo que hizo; de todos modos esto quiere decir algo que me concierne tanto a mí como a él.

Un amigo al que yo conté mi desventura me dijo riendo: «Eso te enseñará a admirar a los fascistas.» Fue expeditivo y –creo– justo. Herzog, capaz de una compasión vibrante hacia un aborigen sordomudo o un vagabundo esquizofrénico, consideraba que un joven cinéfilo de gafas era un chinche que merecía ser moralmente aplastado, y yo era, a mi vez, el cliente ideal para que me trataran de aquel modo. Me parece que ahí hay algo que constituye el nervio del fascismo.

Si desnudas este nervio, ¿qué encuentras? Si eres un radical, una visión del mundo evidentemente escandalosa: *übermenschen* y *untermenschen*, arios y judíos, de acuerdo, pero no quiero hablar de esto. No quiero hablar ni de neonazis ni de exterminación de presuntos

inferiores, ni tampoco del desprecio exhibido con la sólida franqueza de Herzog, sino del modo en que cada uno de nosotros se adapta al hecho evidente de que la vida es injusta y los hombres desiguales: más o menos hermosos, más o menos dotados, más o menos armados para la lucha. Nietzsche, Limónov y esta instancia en nosotros que denomino fascista dicen al unísono: «Es la realidad, es el mundo tal cual es.» ¿Cabe decir otra cosa? ¿Cuál sería el contrapeso de esta evidencia?

«Sabemos muy bien lo que es», responde el fascista. «Se llama la mentira piadosa, el angelismo de izquierda, lo políticamente correcto, y está más extendido que la lucidez.»

Yo, a mi vez, diría: el cristianismo. La idea de que, en el Reino, que no es desde luego el más allá, sino la realidad de la realidad, el más pequeño es el más grande. O bien la idea, formulada en un sutra budista que me dio a conocer mi amigo Hervé Clerc, según la cual «el hombre que se considera superior, inferior o incluso igual que otro hombre no comprende la realidad».

Esta idea quizá sólo tenga sentido en el marco de una doctrina que considera que el «yo» es ilusorio, y si no la profesas abundan los ejemplos en su contra, todo nuestro sistema de pensamiento descansa en la jerarquía de los méritos, según la cual, pongamos, Mahatma Gandhi es una figura humana superior al asesino pedófilo Marc Dutroux. Escojo adrede un ejemplo indiscutible, muchos otros no lo son, los criterios varían, además los propios budistas insisten en la necesidad de distinguir por su comportamiento al hombre íntegro del depravado. Sin embargo, aunque dedique mi tiempo a establecer tales jerarquías, aunque a semejanza de Limónov no pueda conocer a un ser humano sin preguntarme más o menos conscientemente si estoy por encima o por debajo de él, y sin extraer de esta confrontación un alivio o una mortificación, pienso que esta idea –repito: «el hombre que se considera superior, inferior o incluso igual que otro hombre no comprende la realidad»– es la cumbre de la sabiduría, y que una vida no basta para impregnarse de ella, para digerirla, asimilarla, de tal

forma que deje de ser una idea para informar la mirada y la acción en todas las circunstancias. Redactar este libro es para mí una manera peculiar de trabajar en ese sentido.

Además de escribir en *Télérama*, animaba en una radio libre una emisión semanal y, cuando apareció *Diario de un fracasado*, invité a Limónov al programa. Fui a recogerle a su casa en moto. Vivía en el Marais, en un estudio de mobiliario espartano, con pesas por el suelo y, encima de la mesa, al lado de la máquina de escribir, un aparato de resortes para fortalecer los músculos de las manos. Vestido con una camiseta negra y ceñida que resaltaba sus pectorales y bíceps, y con el pelo cortado a cepillo, tenía aspecto de paracaidista, pero de uno con gafas gruesas y con algo curiosamente infantil en la cara, la expresión, la silueta. En la foto que ilustraba el artículo que yo había dedicado a su libro, llevaba una cresta estilo mohicano, *piercings*, una panoplia de punk que debía de datar de su llegada a Francia y que ya había pasado de moda, y una de las primeras cosas que me dijo fue que podríamos haber encontrado una foto más reciente: la elegida parecía disgustarle mucho.

No recuerdo gran cosa del programa. Después le llevé a su casa y nos despedimos sin que yo le propusiera ir a beber algo y volver a vernos si se terciaba. Fue así, sin embargo, como había hecho sus primeros amigos en París. Muchos eran, como yo, periodistas a destajo, animadores de radios libres, editores debutantes. Gente entre veinte y treinta años a la que le había gustado su primer libro y había aprovechado el pretexto de una entrevista para conocerle, tras lo cual tomaban unas copas, cenaban juntos, salían en grupo, hacían amistad. Recién llegado, sin conocer a nadie y hablando mal francés, estaba claro que ansiaba estas relaciones, y gracias a Thierry Marignac, Fabienne Issartel, Dominique Gaultier o mi amigo Olivier Rubinstein se integró rápidamente en la pequeña tribu de la buena onda parisina: inauguraciones de galerías de pintura, cócteles de editores, veladas en el Palace y luego en Les Bains-Douches. Yo no pertenecía a aquella tribu a la que fingía desdeñar y que de hecho me intimidaba. Es triste

decirlo, pero nunca fui al Palace. Posteriormente me crucé con Limónov de vez en cuando, por lo general en las fiestas en casa de Olivier. Intercambiábamos un vago saludo, algunas palabras. Él estaba muy presente en mi vida y yo, pensaba, muy poco en la suya. Por eso me dejó estupefacto, cuando volví a verle en Moscú veinticinco años más tarde, que se acordara perfectamente de las circunstancias de nuestro encuentro, del programa de radio y hasta de la moto. «Una Honda 125 roja, ¿no es eso?»

Exactamente.

Pienso que los primeros años de su estancia en París fueron los más felices de su vida. Había escapado por los pelos de la miseria y el anonimato. La publicación del *Poeta ruso*, seguida del *Diario de un fracasado*, le había convertido en una pequeña estrella en un medio que le gustaba: no tanto el de la edición y la prensa literaria seria como el de los jóvenes a la moda que adoraron al instante su facha, su francés patoso y sus comentarios tranquilamente provocativos. Bromas crueles sobre Solzhenitsyn, brindis por Stalin, era justamente lo que la gente quería oír en una época y un ambiente que, después de haber enterrado a la vez el fervor político y las boberías alternativas, sólo admiraba el cinismo, el desencanto y la frivolidad glacial. Incluso en la indumentaria, el estilo soviético gozaba del favor de los pospunks, que se pirraban por las gafas gruesas de concha al estilo Politburó, las insignias del Komsomol, las fotos de Brézhnev besando en los labios a Honecker, y Limónov se quedó atónito y luego se emocionó al ver en los pies de un joven estilista superenrollado unos botines de plástico con botones a presión que eran idénticos a los que llevaba su madre en Járkov a principios de los años cincuenta.

Él que tanto se quejaba de estar abonado a las categorías C y D tenía ahora acceso a las mujeres de la clase A y hasta de la A+, como aquella célebre belleza parisina a la que prácticamente le metió la mano en las bragas durante una cena mundana, porque ahora le invitaban a estos actos sociales. Se marcharon juntos, hicieron la ronda de bares y

ella le llevó al alba a su elegante apartamento en Saint-Germain-des-Prés. Tenía los pechos más hermosos que él había visto, pero era sólo el comienzo del cuento de hadas, porque se descubrió que era una condesa –¡una auténtica condesa!– y conocía a todo el mundo en París. Divertida, por añadidura, bebía como una esponja, encadenaba cigarrillos, juraba como un carretero y en el momento en que se conocieron era soltera. Nombrado amante de la temporada, Eduard causó a su vez una fuerte impresión en el círculo de homosexuales que la rodeaba e interpretó para la satisfacción general su papel de golfo encantador. Esta halagadora relación duró unos meses. Un pequeño Rastignac habría sabido sacar partido, pero en este punto hay que hacer justicia a Eduard: él no es un pequeño Rastignac. Aunque quisiera serlo, posee el genio de hacer lo que no debe para ascender socialmente. En el otoño de 1982, invitado a Nueva York por un editor americano –porque ahora tenía editor en Estados Unidos–, encontró en un bar donde ella cantaba a una rusa de veinticinco años, se la llevó París y la instaló en su estudio. Si la condesa sufrió con la ruptura no dio señales al respecto. Dejaron de verse, porque la rusa estaba celosa, pero a distancia siguieron siendo buenos camaradas.

Sólo pude vislumbrar a Natasha Medviédieva en casa de Olivier Rubinstein, que frecuentaba mucho a los dos. Era espectacular: grande, majestuosa, los muslos poderosos embutidos en unas medias de rejilla, pintada como una puerta y, según Olivier, que sin embargo la apreciaba, era una rompepelotas de primera. Eduard estaba locamente enamorado de ella, lo que no había ocurrido en el caso de la condesa. Veía en Natasha una aristócrata a su gusto. Una chica de la calle, una fuera de la ley, nacida como él en un gris arrabal soviético y lanzada a la conquista del vasto mundo con las únicas bazas de su belleza chillona, su voz de contralto, su humor brutal de superviviente. Eran amantes, y amantes apasionados, pero también hermano y hermana, y aunque a él le complacía su papel de proleta que humedecía a la

condesa, pienso que ese fantasma tenía menos gancho para él que el de la pareja de aventureros casi incestuosos, salidos de la misma miseria, unidos para afrontar el mundo malvado mediante un pacto de vida y muerte. Estaba ávido de seducir pero era profundamente monógamo. Creía que cada cual está destinado en la vida a encontrar a cierto número de personas y que ese número es fijo, que si desperdicias estas posibilidades has perdido. Había abandonado a Anna porque había conocido a una mujer mejor que ella. Natasha sería la buena porque estaban en igualdad de condiciones: dos hijos extraviados que se reconocían a primera vista y no se abandonarían nunca.

En el *Libro de los muertos* cuenta una bonita historia: la visita que los dos hicieron a Siniavski. Escritor de talento, disidente de la primera hora, Andréi Siniavski había inhumado el féretro de Pasternak y, tras un proceso casi tan célebre como el de Brodsky, había pasado unos años en Siberia. Era el arquetipo de esos pensadores rusos de gran barba que en la emigración sólo hablaban ruso, con rusos y de Rusia, todo lo cual Eduard desdeñaba, y sin embargo tenía afecto a Siniavski, al que iba a ver a veces a su casa llena de libros en Fontenay-aux-Roses. Siniavski y su mujer le parecían conmovedores, llanos, hospitalarios, y aunque apenas eran mayores que él, Eduard los veía como a unos padres. La mujer le vigilaba para que no bebiera, porque era malo para la salud, pero en cuanto Andréi Donátovich se había tomado una copichuela su seriedad se volvía sentimental, abrazaba a la gente y le decía que la quería.

El día en que Eduard les presentó a Natasha, bebieron té después del vodka, comieron arenques y pepinillos encurtidos, aquello era un pequeño y caluroso islote de Rusia en la periferia parisina y, a instancia de ellos, Natasha empezó a cantar. Romanzas, baladas de la patriótica Primera Guerra Mundial que hablaban de batallones perdidos, de soldados muertos en el frente, de las novias que les esperaban. Tenía una voz espléndida, ronca y profunda, todos los que la han conocido dicen que cuando cantaba la cosa era muy simple: se le veía el alma.

Cuando llegó *El pañuelo azul*, una canción que nadie, ni hombre ni mujer, nacido en la Unión Soviética después de la guerra puede oír sin llorar, fue algo tan intenso, tan perturbador que los tres oyentes ya no se atrevían a mirarse. En el momento de marcharse, Siniavski, al abrazar a Eduard resoplando, con los ojos todavía enrojecidos por las lágrimas, le dijo a media voz: «¡Qué mujer tiene, Eduard Veniamínovich! ¡Qué mujer! ¡Qué orgulloso debe de estar!»

La contrataron para cantar en el cabaré ruso Raspoutine. Volvía a casa tarde, después de su actuación, y a menudo borracha. Cuando él descubrió que empezaba a beber en cuanto se despertaba, tuvo que admitir que lo que al principio había tomado por un sólido aguante era en realidad alcoholismo. Esta distinción nunca es fácil de hacer, y aún menos para los rusos, pero él sí la hacía, con respecto a sí mismo. Durante una velada podía ingerir una cantidad de alcohol asombrosa y después no beber más que agua durante tres semanas, y ni siquiera la más severa de sus curdas le había impedido nunca estar a las siete de la mañana sentado a su mesa de trabajo. Dice, y le creo, que hizo todo lo que pudo para proteger a Natasha de su demonio, y que la vigilaba, le escondía las botellas y sobre todo le repetía que cuando tienes talento es un crimen desperdiciarlo. Consiguió infundirle la confianza suficiente para que dejase totalmente la bebida durante el tiempo en que escribió un libro sobre su adolescencia en una barriada de Leningrado que se titulaba *Mamá, amo a un gamberro*, y que Olivier publicó. Esta tregua duró algunos meses y luego ella reincidió: en el alcohol, pero no solamente. Desaparecía dos, tres días. Loco de inquietud, Eduard vagaba por París buscándola, telefoneaba a los amigos de ambos, a los hospitales, a las comisarías. Ella acababa volviendo, demacrada, sucia, trastabillando sobre sus tacones altos. Se desplomaba en la cama y él tenía que levantar su cuerpo abotagado, ya ajado, para desvestirla. Cuando despertaba, al cabo de cuarenta y ocho horas, se ocupaba de ella como de un niño enfermo, le llevaba un caldo en una bandeja pero también la interrogaba y ella decía que no se

acordaba de nada. *Zapói*.

Amigos comunes, con la mayor delicadeza posible, le dijeron que además de beber hasta caerse en la calle se follaba a tíos, muchas veces desconocidos. Se habían decidido a decírselo porque podía ser peligroso. Ella confesaba, llorando: lo hacía desde los catorce años. Después se avergonzaba, se prometía no recaer y reincidía, no podía evitarlo. En otro tiempo, la palabra *ninfomanía* evocaba en Eduard asociaciones gratamente licenciosas: si todas las chicas fuesen ninfómanas, decía, la vida en la tierra sería más divertida. En realidad, no lo era en absoluto. La mujer magnífica y resplandeciente que él amaba, la mujer de la que estaba tan orgulloso y a la que había jurado fidelidad y asistencia era una enferma, una más. Violentas disputas precedían a reconciliaciones apasionadas en la cama. Ella lloraba, él la consolaba, la estrechaba en sus brazos, la acunaba repitiendo que se apoyara en él, que siempre estaría a su lado, que la salvaría. Luego volvía a ocurrir lo mismo, ella se defendía de su protección del mismo modo que quien se ahoga golpea a su salvador y quiere arrastrarle al fondo. Se separaron varias veces, varias veces volvieron a vivir juntos, ilustrando el esquema clásico: ni contigo ni sin ti.

Él tenía la ambición de saltar del rango de escritor poco conocido al de escritor realmente famoso, y sabía que para ello hacía falta disciplina. Rara vez se acostaba después de medianoche, se levantaba al amanecer y, tras una sesión de flexiones y de pesas, se sentaba a la mesa para sus cinco horas de trabajo cotidiano. A continuación se sentía libre para callejear, con una preferencia por los barrios elegantes, Saint-Germain-des-Prés o el Faubourg Saint-Honoré, contra los cuales se jactaba de haber conservado intacto su odio: mientras seas malo no te has convertido en un animal doméstico. Con este ritmo, escribió y publicó un libro al año durante diez años. Después de la trilogía «Eduard en América» (*El poeta ruso prefiere los negrazos*, *Diario de un fracasado*, *Historia de un servidor*), conocimos al Eduard delincuente juvenil en Járkov (*Retrato de un bandido adolescente*, *Historia de un*

canalla), después la historia de Eduard bajo Stalin (*La gran época*), sin contar algunas colecciones de cuentos donde recicla lo que no había tenido cabida en las novelas. Eran libros muy buenos: simples, directos, llenos de vida. Los editores estaban contentos de publicarlos, los críticos de recibirlos y sus fieles lectores, yo entre ellos, de leerlos, pero para su gran desilusión el círculo de fieles no se ampliaba. Uno de sus editores le aconsejó que, para variar y quizá ganar un premio, escribiese una *verdadera novela*, de preferencia salaz. Se puso a la tarea con su seriedad habitual, gestó cuatrocientas páginas sobre un emigrado ruso que se abre camino en la alta sociedad neoyorquina iniciando a mujeres ricas en el sadomasoquismo, pero a pesar de sus esfuerzos por ser escandaloso, a pesar de la portada de una revista mundana en la que aparecía con esmoquin, con aire perverso, con dos mujeres desnudas a sus pies, la *verdadera novela*, que se titulaba *Oscar y las mujeres*, no tuvo éxito: hay que decir que era francamente mala. *El poeta ruso* ha vendido quince mil ejemplares, un gran éxito para un primer libro, pero él esperaba que ese éxito no dejaría de aumentar, pero no, se había detenido y luego estancado entre los cinco y los diez mil. En términos de ingresos, incluso con algunas traducciones y aun habiendo obtenido por su cara bonita anticipos superiores al importe de sus derechos de autor, aquello no era jauja: cincuenta, sesenta mil francos anuales, lo que ganaba al mes un ejecutivo. Seguía hurgando en las estanterías del supermercado de Saint-Paul en busca de las cosas más baratas, los alimentos de pobres que había comido toda su vida: un pollo para hacer una sopa que dura muchos días, fideos, vino en botella de plástico, y en la caja le faltaban dos francos, tenía que devolver un artículo bajo la mirada despreciativa de los clientes que hacían cola detrás de él.

Escribir no había sido nunca para Eduard un fin en sí mismo, sino el único medio a su alcance de alcanzar el verdadero objetivo, hacerse rico y famoso, y al cabo de cuatro o cinco años en París se dio cuenta de que quizá no lo alcanzase. Iba a envejecer quizá como un escritor de segunda fila, de reputación agradablemente cáustica, a los que sus colegas miran con envidia en los salones del libro porque atrae

a las chicas guapas un poco *destroy*, y que le prestan una vida un poco más amena que la suya, pero en realidad vive en una buhardilla con una cantante alcohólica, se vacía los bolsillos de la ropa para ver si tiene con qué comprar una loncha de jamón, y se pregunta con angustia qué recuerdos le quedan para embutir en su próximo libro, porque lo cierto es que está llegando al fondo, prácticamente lo ha contado todo de su pasado, sólo le queda el presente y el presente es esto: nada de que vanagloriarse, sobre todo cuando se entera de que Brodsky, ese enculado, acaba de recibir el Premio Nobel.

Como ahora le invitaban a este tipo de actos, un día participó en un encuentro internacional de escritores que se celebraba en Budapest. Asistían grandes humanistas, como el polaco Miłosz y la sudafricana Nadine Gordimer. Por parte francesa, el joven Jean Echenoz, rubio, reservado, elegante, y Alain Robbe-Grillet con su mujer: él, sarcástico y jovial, el gesto amplio, la voz profunda, encantado de su fama mundial pero como a un estudiante de medicina puede encantarle un buen chiste; ella, una mujercita viva, risueña, de quien se decía que organizaba orgías; los dos, en suma, muy simpáticos. Los demás formaban el muestrario habitual de chaquetas de tweed, gafas de media luna, permanentes azuladas, cotilleos editoriales: una comitiva no muy distinta de una delegación de la Unión de Escritores de juerga en Sochi.

Hubo un debate siniestro con escritores húngaros, y cuando uno de los organizadores manifestó su orgullo por acoger a intelectuales tan prestigiosos, Eduard declaró que él no era un intelectual sino un proleta, y un proleta receloso, no progresista, no sindicado, un proletario que sabe que los obreros son siempre los cornudos de la historia. Los Robbe-Grillet se rieron de buena gana, Echenoz sonreía pero como si pensara en otra cosa, los húngaros estaban consternados, y para abrumarles más añadió otra pulla y explicó que despreciaba a los obreros porque había sido obrero, que despreciaba a los pobres y nunca les daba un céntimo porque había sido pobre y además lo seguía siendo. Después de esta invectiva se quedó tranquilo, no le volvieron a solicitar que interviniera. Por la noche, en el bar del hotel, asestó una puñetazo en la jeta a un escritor inglés que había hablado mal de la Unión Soviética. Otros escritores intentaron separarles y Eduard, en lugar de calmarse, se puso a repartir leña como un loco y aquello se convirtió en una trifulca general, en el ardor de la cual, según me contó Echenoz, la respetable Nadine Gordimer recibió un golpe de taburete.

Pero no es esto lo que quería contar.

Lo que quería contar sucede en un minibús que, tras alguna mesa redonda, traslada a los congresistas al hotel. En un semáforo, un camión militar se detiene al lado del minibús, dentro del cual se propaga un murmullo de espanto delicioso: «¡El Ejército Rojo! ¡El Ejército Rojo!» Con la nariz pegada al cristal, sobreexcitados, toda esta banda de intelectuales burgueses son como niños delante de unas marionetas cuando sale del bastidor el gran lobo malo. Su país es todavía capaz de dar miedo a los cojones blandos de Occidente: todo va bien.

Salvo Solzhenitsyn, los emigrados rusos de su generación estaban seguros de que nunca volverían, convencidos de que el régimen del que habían huido duraría, si no siglos, como mínimo hasta después de su muerte. Eduard seguía de bastante lejos lo que sucedía en la URSS. Pensaba que su patria hibernaba bajo la banquisa, que él vivía mejor lejos de ella, pero que su país, poderoso y sombrío, seguía siendo el mismo que él había conocido, y esta idea le tranquilizaba. La televisión mostraba invariables desfiles militares ante una serie de viejos petrificados, con el busto constelado de medallas. Hacía mucho tiempo que Brézhnev no daba un paso sin que le sostuvieran. Cuando finalmente murió, al cabo de dieciocho años de inmovilismo y Premios Lenin por su inestimable aportación teórica a la comprensión del marxismo-leninismo, para sustituirle nombraron a Andrópov, un chequista que en los medios informados tenía reputación de duro pero era inteligente, y que posteriormente llegó a ser entre los conservadores objeto de un culto menor, rendido al hombre que, de haber vivido, habría podido reformar el comunismo en lugar de destruirlo. Su nombramiento divirtió sobre todo a Limónov, porque se acordaba de que quince años antes se había ligado a su hija. Pero Andrópov murió al cabo de menos de un año después, y ocupó su puesto el achacoso Chernenko. Me acuerdo del titular de *Libération*: «La URSS les presenta a sus mejores viejos».¹ Esto nos hacía gracia a

mis amigos y a mí, pero Eduard no se reía porque detesta que se burlen de su país. Luego murió a su vez Chernenko y nombraron a Gorbachov.

Tras esta procesión de momias a las que enterraban una tras otra, Gorbachov cautivó a todo el mundo –quiero decir: a todo el mundo *en Francia*– porque era joven, porque caminaba sin ayuda, porque tenía una mujer sonriente y porque era evidente que le gustaba Occidente. Con él podríamos entendernos. En aquel tiempo, los kremlinólogos estudiaban con detenimiento la composición del Politburó y dentro de él distinguían entre liberales y conservadores, con grises matices intermedios. Se veía bien que con Gorbachov y sus consejeros Yákovlev y Shevardnadze los liberales tenían el viento de popa, pero de los más liberales de los liberales sólo se esperaba alguna relajación interior y exterior: relaciones correctas con Estados Unidos, un poco de buena voluntad en las conferencias internacionales, algunos disidentes menos en los hospitales psiquiátricos. La idea de que seis años después del ascenso de Gorbachov al puesto de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética este partido dejaría de existir, al igual que la propia Unión Soviética, no se le pasaba por la cabeza nadie, y menos a Gorbachov, *apparatchik* modélico y deseoso, lo cual ya era mucho, de retomar las cosas donde las había dejado Jrushov antes de ser destituido, veinte años antes, por «voluntarismo».

No voy a dictar un curso sobre la *perestroika*, pero debo hacer hincapié en lo siguiente: lo realmente extraordinario que ha ocurrido en la Unión Soviética durante esos seis años, y que lo trastornó todo, es que se pudo hacer historia libremente.

En 1986 publiqué un pequeño ensayo cuyo título, *El estrecho de Bering*, remitía a una anécdota que me había contado mi madre: tras la caída en desgracia y la ejecución de Beria, jefe del NKVD con Stalin, los suscriptores de la *Gran Enciclopedia Soviética* recibieron la instrucción de recortar de su ejemplar el artículo elogioso consagrado a aquel ardiente amigo del proletariado para sustituirlo por un artículo de

idéntico calibre sobre el estrecho de Bering. Beria, Bering: el orden alfabético no se alteraba, pero Beria ya no existía. Del mismo modo, tras la caída de Jrushov hubo que tirar de tijeras en las bibliotecas para suprimir *Un día en la vida de Iván Denísovich* de los antiguos ejemplares de la revista *Novy Mir*. El privilegio que Tomás de Aquino negaba a Dios, el de que no haya acontecido lo que ha acontecido, se lo arrogó el poder soviético, y no es a George Orwell, sino a un compañero de Lenin, Piatakov, a quien se debe esta frase extraordinaria: «Si el partido lo exige, un auténtico bolchevique está dispuesto a creer que lo negro es blanco y lo blanco negro.»

El totalitarismo, que en este punto decisivo la Unión Soviética llevó más lejos que la Alemania nacionalsocialista, consiste en decirle a la gente que allí donde ve negro es blanco, y obligarla no sólo a repetirlo, sino, a la larga, a creerlo a pies juntillas. La experiencia soviética extrae de este aspecto esa cualidad fantástica, a la vez monstruosa y monstruosamente cómica, que ilumina toda la literatura subterránea, desde *Nosotros* de Zamiatin a *Cumbres abismales* de Zinóviev, pasando por *Chevengur* de Platónov. Es este aspecto el que fascina a todos los escritores capaces, como Philip K. Dick, como Martin Amis o como yo, de absorber bibliotecas enteras sobre todo lo que le ha ocurrido a la humanidad en Rusia en el siglo pasado, y que resume así uno de mis historiadores preferidos, Martin Malia: «El socialismo integral no es un ataque contra abusos específicos del capitalismo, sino contra la realidad. Es una tentativa de abolir el mundo real, un intento condenado a largo plazo, pero que durante un determinado período consigue crear un mundo surrealista definido por esta paradoja: la ineficacia, la penuria y la violencia se presentan como el bien supremo.»

La abolición de la realidad implica la de la memoria. La colectivización de las tierras y los millones de *kuláks* asesinados o deportados, la hambruna organizada por Stalin en Ucrania, las purgas de los años treinta y los millones adicionales de muertos y deportados de un modo puramente arbitrario: todo esto no había sucedido nunca.

Por supuesto, un chico o una chica que tuviese diez años en 1937 sabía muy bien que una noche había venido una gente a buscar a su padre y que después nunca habían vuelto a verle. Pero sabía también que no había que hablar de ello, que ser el hijo de un enemigo del pueblo era peligroso, que más valía actuar como si nada hubiera pasado. De este modo todo un pueblo hacía como si nada hubiese ocurrido y aprendía la historia según el *Curso abreviado* que el camarada Stalin se había tomado la molestia de escribir él mismo.

Solzhenitsyn lo había anunciado: en cuanto se empiece a decir la verdad todo se derrumbará. Gorbachov no pensaba en esto, desde luego, pensaba más bien en una concesión localizada y controlable cuando, en un discurso pronunciado para el setenta aniversario de la Revolución de Octubre ante todos los dignatarios del comunismo mundial, Honecker, Jaruzelski, Castro, Ceaușescu, Daniel Ortega, de Nicaragua (todos ellos, salvo Castro, habrían de caer en los años siguientes, en gran parte a causa de este discurso), lanzó la palabra *glásnost*, que significa transparencia y proclamó su intención de colmar «las lagunas de la historia». En ese discurso habló de los «centenares de miles» de víctimas del estalinismo, aunque se trataba de decenas de millones, pero da igual, se había dado luz verde, se había abierto la caja de Pandora.

A partir de 1988 se convirtió en pública, en forma de *samizdat* o de ediciones extranjeras clandestinamente importadas, la información a la que sólo la élite intelectual tenía acceso, y un frenesí de lectura se apoderó de los rusos. Cada semana aparecía un nuevo libro, hasta entonces prohibido. Las enormes tiradas se agotaban enseguida. La gente hacía cola al amanecer delante de los quioscos y luego, en el metro, el autobús e incluso andando por la calle, leía como posesa lo que había comprado con tanto esfuerzo. Durante una semana, todo el mundo en Moscú leía *El doctor Zhivago* y no hablaba de otra cosa, la semana siguiente era *Vida y destino* de Vasili Grossman, y la siguiente 1984, de Orwell, o los libros del gran precursor inglés Robert Conquest,

que escribió en los años sesenta la historia de la colectivización y de las purgas, lo que le valió que le calificaran de agente de la CIA todos los compañeros de ruta que había en Occidente y que se afanaban en no desesperar a Billancourt. Un grupo de disidentes fundó con el patrocinio de Sájarov la asociación Memorial, que un poco a imitación de Yad Vashem en Jerusalén, se propuso cumplir el voto de Anna Ajmátova en *Réquiem*: «Quisiera llamaros a todos por vuestro nombre.» Se trataba de nombrar a las víctimas de la represión a las que no sólo habían asesinado, sino borrado de la memoria. Al principio, Memorial dudaba en emplear la palabra *millones*, y luego dieron el paso y era como si siempre se hubiese sabido, como si sólo se aguardase el derecho a decirlo en voz alta. El paralelismo entre Hitler y Stalin se convirtió en un lugar común. En un debate tenías la certeza de cosechar un éxito mencionando la teoría del 5 % formulada por el Padrecito de los Pueblos (en sustancia: si en la masa de personas detenidas hay un 5 % de culpables, ya es suficiente), o citando la frase de su comisario de justicia, Krylienko: «No sólo hay que ejecutar a los culpables; impresiona más la ejecución de inocentes.» El mismo Alexandr Yákovlev, el consejero principal de Gorbachov, recordó en un discurso que Lenin había sido el primer político en emplear las palabras *campo de concentración*. Aquel discurso fue pronunciado muy oficialmente por el bicentenario de la Revolución Francesa, es decir, menos de dos años después de que Gorbachov diera la señal de partida de la *glásnost*, lo que da idea del camino recorrido y de la rapidez con que se recorrió. El propio Yákovlev, el mismo año, explicó en la televisión que el decreto que rehabilitaba a todos los que habían sido perseguidos desde 1917 no era en absoluto, como decían los miembros del partido, una medida de mansedumbre, sino de arrepentimiento: «No les perdonamos, les pedimos perdón. La finalidad de este decreto es rehabilitarnos a nosotros, que al guardar silencio y mirar a otra parte hemos sido cómplices de estos crímenes.» Resumiendo, pasaba a ser una opinión corriente que el país había estado durante setenta años en manos de una banda de criminales.

Fue la liberación de la historia lo que provocó el derrumbamiento de los regímenes comunistas de la Europa del Este. Desde el día en que se reconoció la existencia del protocolo secreto Ribbentrop-Mólotov, por el cual la Alemania nazi cedió en 1939 a la URSS, como un regalo secreto, los Estados bálticos, éstos disponían de un argumento irrefutable para reclamar su independencia. Bastaba con decir: «La ocupación soviética era ilegal en 1939 y lo sigue siendo cincuenta años más tarde: váyanse.» A este tipo de argumentos la URSS habría respondido en otro tiempo enviando carros de combate, pero esa época ya había pasado, y así se produjo en 1989 el año milagroso de Europa. Lo que a Solidarność, en Polonia, le había costado diez años conseguir, los húngaros lo obtuvieron en diez meses, los alemanes del Este en diez semanas y los checos en diez días. Salvo en Rumanía, no hubo violencia: fueron revoluciones de terciopelo que, en medio del alborozo general, llevaron al poder a héroes intelectuales como Václav Havel. La gente se abrazaba en las calles. Los editorialistas comentaban sin reírse la tesis de un universitario norteamericano que proclamaba que había llegado «el fin de la historia». Todos los pequeñoburgueses de Europa occidental, y yo entre ellos, fueron a pasar el Año Nuevo a Praga o a Berlín.

Dos personas en París no participaban de esta alegría: mi madre y Limónov. Mi madre se alegraba de la descomposición del bloque soviético, primero porque era hija de rusos blancos y lo veía con hostilidad, y segundo porque la había anunciado. Pero no soportaba que se lo agradecieran a Gorbachov. Según ella (y pienso que tenía razón, aunque es eso precisamente lo que le convierte en una figura histórica tan fascinante), todo esto sucedió a pesar de él. No liberó nada de nada, únicamente le tomaban la palabra, se dejaba forzar la mano y frenaba todo lo posible un proceso que él había desencadenado por imprudencia. Era al mismo tiempo un aprendiz de brujo, un demagogo y un aldeano que –colmo de infortunio a los ojos de mi madre– hablaba un ruso espantoso.

Eduard estaba de acuerdo con todo esto. La popularidad de Gorbys, como decían los que empezaban a llamar *Tonton* a Mitterrand, le había irritado desde el principio: el jefe de la Unión Soviética no está ahí para gustar a periodistas occidentales gilipollas, sino para darles miedo. Cuando amigos ingenuos le decían: «¡Qué tío tan increíble, tienes que estar encantado!», él se lo tomaba como un católico tradicional se tomaría que le feliciten porque a monseñor Gaillot le han elegido Papa. No le gustó la *glásnost* ni que el poder entonara el mea culpa ni, sobre todo, que para complacer a Occidente abandonase territorios conquistados con la sangre de veinte millones de rusos. No le gustó ver a Rostropóvich, cada vez que un muro se derrumbaba, precipitarse con su violonchelo y tocar con aire inspirado las suites de Bach sobre los escombros. No le gustó, al encontrar en una tienda de excedentes un abrigo de soldado del Ejército Rojo, observar que los botones de latón de su infancia habían sido cambiados por botones de plástico. Era un detalle, pero según él un detalle que lo decía todo. ¿Qué idea podía hacerse de sí mismo un soldado reducido a llevar un uniforme con botones de plástico? ¿Cómo podía combatir? ¿A quién podía asustar? ¿Quién había tenido la idea de cambiar el latón brillante por aquella mierda moldeada en serie? No, desde luego, el alto mando, sino más bien un cretino de civil en el fondo de su despacho, encargado de reducir los costes, pero así se pierden las batallas y se desmoronan los imperios. Un pueblo cuyos soldados van vestidos con uniformes de saldo es un pueblo que ya no tiene confianza en sí mismo ni inspira respeto a sus vecinos. Está derrotado de antemano.

Su amiga Fabienne Issartel, la reina de la noche parisina, le ha dicho: «A un chico enfurecido y que piensa lo contrario de todo el mundo como tú, quiero presentarle a alguien.» Ha organizado en la brasserie Lipp una comida con Jean-Édern Hallier, que acababa de reeditar *L'Idiot international*.

Había habido un *Idiot* anterior, fundado veinte años antes con el patrocinio de Sartre. Era una revista polémica del 68 francés, cuyos redactores sospechaban que su patrono, aquel hijo de papá tuerto, brillante, que lo ponía todo patas arriba, era un provocador a sueldo de la policía de Pompidou. Una de sus hazañas, que Fabienne contó a Eduard adivinando que lo apreciaría, había sido un viaje a Chile para entregar a la resistencia contra Pinochet fondos recaudados en los medios de la izquierda caviar francesa. La resistencia no había recibido nada, Jean-Édern Hallier había vuelto con las manos vacías, nadie supo nunca adónde había ido a parar el dinero. Se había construido la fachada del gran escritor y buscado un hueco a su medida entre su camarada Philippe Sollers, con el que en otro tiempo había creado *Tel Quel*, y Bernard-Henri Lévy, más joven que ambos, cuya apostura y éxito precoz envidiaba. Él también podía haber sido guapo; era rico, tenía un Ferrari y un piso en la Place des Vosges, pero había en él un bufón amargo y autodestructivo que sabotaba el trabajo de las hadas madrinas apostadas a la vera de su cuna. Reverenciaba a los eremitas como Julien Gracq, que había sido su profesor, pero habría dado cualquier cosa por salir en la televisión. Todos los que le conocieron e incluso le apreciaron recuerdan momentos, que alternaban con arrebatos de generoso afecto, en que se abría el abismo de su alma envidiosa y era como si su contacto ensuciara. De él también podría haber dicho Brodsky que recordaba menos a Dostoievski que a su horrible héroe Svidrigáilov. Pero era un Svidrigáilov esplendoroso, que

arrastraba a su paso corazones, quiebras, escándalos, y al que Mitterrand, tan orgulloso de su cultura y de su juicio literario, no dudaba en considerar un gran escritor. Jean-Édern, por tanto, le apoyó con toda su energía en 1981, esperando una recompensa –un ministerio, una cadena de televisión– que no llegó. De la noche a la mañana se convirtió en un enemigo jurado del nuevo presidente y empezó a divulgar habladurías sobre él de las que hoy se dice de buena gana que eran secretos a voces, pero no creo que lo fuesen; yo, en todo caso, no estaba al corriente: sobre sus amigos colaboracionistas, sobre su cáncer, sobre su hija natural. Se supo más adelante que la célula antiterrorista del Elíseo consagraba una gran parte de su actividad a escuchar las conversaciones de Jean-Édern Hallier, las de sus amistades y hasta las llamadas que hacía desde la cabina telefónica de la Closerie des Lilas, que frecuentaba. Hacía circular por París un panfleto que al principio se titulaba *Tonton et Mazarine*, después *L'Honneur perdu de François Mitterrand* (El honor perdido de François Mitterrand). Nadie se atrevía a publicarlo. Necesitaba un periódico. Fue el segundo *Idiot*, en torno al cual congregó a una banda de escritores brillantes y pendencieros, cuya única consigna era escribir todo lo que se les pasaba por la cabeza, siempre que fuera escandaloso. El insulto era bienvenido, la difamación recomendada. Si había juicios, se ocupaba el jefe. Atacaban a todos los favoritos del príncipe, a Roland Dumas, George Kiejman, Françoise Giroud, Bernard Tapie, a los notables de la izquierda saciada y a todo lo que pronto se llamaría lo «políticamente correcto», que fue la ideología dominante del segundo septenato de Mitterrand: SOS Racismo, los derechos humanos, la fiesta de la música. El gran denigrador de todo esto, Philippe Muray, conservó hasta el fin de su vida el orgullo de haber sido denunciado continuamente, a base de peticiones y comités de vigilancia, por «lacayos intelectuales», como él llamaba a Pierre Bourdieu, Jacques Derrida o al delator jefe Didier Daeninckx. La primera virtud de *L'Idiot*, decía este heraldo de lo negativo, fue acorralar a sus enemigos contra las cuerdas del Bien. Estaban en contra de todo lo que estaba a favor, a favor de todo lo que estaba en contra, con este único credo: somos

escritores, no periodistas; nuestras opiniones, y no digamos hechos, cuentan menos que nuestro talento para expresarlas. El estilo contra las ideas: viejo estribillo que se remonta a Barrès, a Céline, y que encontraba su chantre ideal en Marc-Édouard Nabe, el granuja jefe de *L'Idiot*, capaz de exigir y obtener el titular: «El abate Pierre es una basura», pero siempre hay alguien más perverso que tú y Nabe, que había escrito un día un artículo ultraviolento sobre Serge Gainsbourg, se tomó muy mal que Hallier lo publicara de nuevo, sin contar con su acuerdo y declarándolo «infame», el día siguiente de la muerte del cantante.

(Yo pasé de largo en esta aventura; como en el caso del Palace. Desde la triste época de los bikinis, había publicado algunos libros y hallado refugio en una familia muy diferente, la de los autores que publicaban en P.O.L o en Les Éditions de Minuit. Yo había adoptado los valores, más estéticos que políticos, en cuyo nombre ni siquiera sentía curiosidad por lo que, desde muy lejos y sin haber comprado ni una sola vez *L'Idiot* en sus cinco años de existencia, me parecía un hatajo de vocingleros. Formaban ya una banda, y la mía englobaba a personas que ponían especial empeño en no salir en grupo. Queríamos ser solitarios, reclusos, indiferentes al brillo y a la apariencia. Nuestros héroes eran Flaubert, el Bartleby de Melville, que a cualquier cosa que le piden responde: «*I would prefer not to*», Robert Walser, muerto en la blancura perfecta de la nieve suiza tras veinte años de silencio en un remoto hospital psiquiátrico. Yo había entablado una amistad que dura todavía con Jean Echenoz, cuyos libros admiraba, así como su impecable postura de escritor: una reserva ligeramente irónica, una ironía ligeramente melancólica, con él podías estar seguro de no revolcarte en el énfasis y el abuso de adjetivos. Mirábamos a la gente de *L'Idiot* un poco como se mira en el metro a una horda de hinchas del Paris Saint-Germain, empapuzados de cerveza y buscando camorra, y ellos debían de mirarnos a nosotros como a una secta de parnasianos exangües y pretenciosos. Pero aun así es decir demasiado: la verdad es

que no nos mirábamos, que ni siquiera existíamos los unos para los otros.)

Volvamos a la comida en Lipp. Muy agitado, con el pelo revuelto y la bufanda blanca pringándose en el plato, Jean-Édern contó a Eduard cómo había perdido un ojo: una bala rusa recibida en Rusia, donde su padre, el general Hallier, combatía al final de la guerra. Pura invención: tenía del accidente tantas versiones como interlocutores. Era una manera de seducir, y los dos hombres se entendieron de maravilla. Cada cual tenía su bestia negra, que al otro le dejaba indiferente, pero Eduard convino cortésmente en que Mitterrand era un crápula y Hallier en que Gorbachov también lo era.

«Oye, deberías escribirlo.» Eduard no deseaba otra cosa, sólo había que encontrar a un traductor. «No hace falta. Yo te comprendo cuando hablas, comprenderé lo que escribes.» De este modo Eduard empezó a escribir en francés y a acudir a las reuniones del comité de redacción de *L'Idiot*, que se celebraban en el gran apartamento que Hallier poseía en la Place des Vosges. Empezaban con vodka a las diez de la mañana y terminaban al alba. Cuando el hambre se hacía sentir, Louisa, el ama de llaves de Jean-Édern, cocinaba macarrones. Además de los que redactaban las ocho páginas semanales de *L'Idiot*, pasaban por allí las personas más diversas, se enquistaban, se peleaban, y en lugar de calmarlas, el dueño de la casa, encantado, escuchaba las disputas: eran su regocijo y el carburante de su periódico. La primera vez que acudió Eduard, estaban allí Patrick Besson, Marc-Édouard Nabe, Philippe Sollers, Jacques Vergès. Esperaban a Le Pen y finalmente el que se presentó fue el sindicalista Henri Krasucki, y Sollers se puso al piano para cantar *La Internacional*. Gabriel Matzneff se declaró feliz de leer, al lado del artículo en el que él mismo trenzaba coronas para «Michel Gorbatcheff» –la grafía que se empeñaba en usar–, el de Limónov en que reclamaba para Gorbachov un consejo de guerra seguido de doce balas en el cuerpo. Matzneff, de acuerdo con su leyenda, extremó la elegancia hasta el punto de felicitar a su joven

colega por sus progresos en francés.

Eduard volvió a las reuniones con tanta más asiduidad cuanto que vivía al lado, y algunas veces llevaba a Natasha, y cuanto más iba más a gusto se sentía. Extrema derecha y extrema izquierda se emborrachaban codo a codo, se alentaban a exponer las opiniones más contrapuestas, sin que la cosa desembocase en algo tan vulgar como un debate. Se intercambiaban soplos sobre la mejor forma de que te pagase Jean-Édern («Le das el artículo con una mano y coges los billetes con la otra»: la técnica de Sollers), reñían, se enfadaban con él, se reconciliaban, descolgaban el teléfono por la noche porque padecía insomnio y tenía por costumbre llamar a las cinco de la mañana. No pagaba al impresor ni a los abogados, los acreedores hacían cola en la sala de espera, los juicios por difamación se multiplicaban, nadie sabía con qué se haría el número siguiente. Exhortado por el escenario de la Place des Vosges, Eduard podía creerse en *Los tres mosqueteros*, que tanto le había gustado de adolescente, y verse a sí mismo como un D'Artagnan de la pluma, armado caballero, en compañía de grandes bebedores y espadachines, por aquel chiflado feudal que tenía de Porthos la desmesura, de Aramis sus mandobles fallidos y hasta, bien mirado, de Athos la honda melancolía, gracias a la cual le perdonaban. En la vida, pensaba, hay que tener una banda, y en París no había ninguna más viva.

V. Moscú, Járkov, diciembre de 1989

1

En la carretera del aeropuerto a Moscú, Eduard se acuerda del trayecto inverso. Tenía una resaca mortal y se había tumbado en la trasera del coche, con la cabeza sobre las rodillas de Elena. Ella le acariciaba el pelo mirando desfilas por el cristal los bloques de inmuebles y las extensiones de bosque que los dos estaban seguros de que no volverían a ver. Era febrero de 1974, nevaba. Nieva en diciembre de 1989. Han transcurrido quince años, él ha perdido a Elena, vuelve solo a su país, y aunque mejor no someterlo a un examen a fondo vuelve a su patria como un triunfador. Los otros dos invitados y él han viajado en clase business, les han recibido en el aeropuerto como a VIPS. Mientras que ellos se sentaban en la trasera del minibús con la relaciones públicas, una chica bastante guapa, Eduard ha preferido sentarse al lado del conductor, un fulano desabrido, con rojeces de cuperosis en la cara, y trata de entablar conversación con él. Es importante para él mostrar a este ruso ordinario, el primero con el que ha topado desde que ha vuelto a pisar el suelo natal, que a pesar de sus años en el extranjero, a pesar de su éxito, sigue siendo un hombre del pueblo que habla su mismo lenguaje. Pero el conductor no abre la boca, atrincherado en una indiferencia vagamente hostil, y ocurrirá lo mismo con el personal del Hotel Ucrania, donde trasladan a los tres visitantes.

El Hotel Ucrania es uno de los siete rascacielos estalinistas, una mezcla de banco neogótico y cárcel bizantina, que hace que Moscú se parezca a Gotham City en *Batman*, y es, para Moscú, un hotel de lujo, reservado a invitados distinguidos y a los dignatarios del partido. Eduard se emociona al franquear las puertas, cosa que nunca se atrevió

a hacer cuando era un joven poeta *underground*. Le sorprende también que no reine en el vestíbulo, vasto como una catedral, el silencio solemne que es propio de los lugares de poder, sino al contrario, un alboroto de feria o de hipódromo, un ir y venir de tipos patibularios con el pelo grasiento y que vociferan: incluso posan los zapatos embarrados en las mesas bajas.

Su suite, fastuosa según criterios cuya costumbre ha perdido, es altísima, como mínimo cuatro metros de altura hasta el techo, y la ilumina una bombilla de voltaje muy débil y tan acogedora como la cámara frigorífica de una carnicería. En otro tiempo podías estar seguro de que las paredes y el teléfono estaban atiborrados de micrófonos, pero ahora ya no puedes tener la seguridad de nada. Tenías la certeza de que llamar a algún ruso cuando venías del extranjero era una locura, la garantía de crearles serios engorros, pero parece ser que ahora puedes llamar a quien quieras. Eduard sólo lleva consigo un número de teléfono: el de la madre de Natasha, a la que tiene que ver imperativamente, y que no contesta. Cuando emigró, quince años antes, no se llevó siquiera los números de sus amigos de juventud, hasta tal punto parecía descartado que alguna vez volviera a usarlos, pero ¿quizá ellos se han enterado de su regreso? ¿Estarán todos allí, en Izmáilovo, para recibirle: Jolín, Sapguir, Voroshílov, lo que queda de los *smoguistas*? No sabe si le apetece verles, pero sabe, en cambio, que es poco probable que pase inadvertido un acto organizado por Semiónov.

Conoció a Yulián Semiónov en una fiesta en París, unos meses antes. Sin saber nada de él, percibió el aura de la riqueza y del poder en ese hombrecillo brusco, cordial. Hablaron de Gorbachov, Semiónov le apoyaba, Eduard le rechazaba, y después hablaron de Stalin, y opinaban lo contrario, a pesar de lo cual sintonizaron. «¿Le publican en Rusia?», preguntó Semiónov, al saber que Eduard escribía.

–No, y no parece que lo vayan a hacer sin que pase bastante tiempo.

Semiónov se encogió de hombros:

–Ahora se publica todo.

–Quizá, pero no a mí –respondió orgullosamente Eduard–. Yo soy escandaloso.

–Perfecto –concluyó Semiónov–. Le publico yo.

Al día siguiente, un sicario llamó a Eduard de parte de Semiónov, le pidió algunas muestras de su producción y le informó de que su patrono, autor de novelas de espionaje que vendían en la URSS millones de ejemplares, había fundado durante la fiebre editorial de la *perestroika* un semanario titulado *Soversheno sekretno*, que se puede traducir por *Ultrasecreto*: un tabloide especializado en historias de crímenes. *Ultrasecreto* pitaba como una locomotora y Semiónov lo había complementado con una editorial que publicaba tanto novelas populares como las obras completas de George Orwell. Y así *La gran época*, el libro que Eduard acababa de terminar sobre su infancia, tuvo una tirada de trescientos mil ejemplares en su país natal, y a él le invitaron a Moscú en compañía de otros dos talentos descubiertos en la emigración por Semiónov: la actriz Fiódorova y el cantante Tókarev.

A principios de los años noventa, hice con mi editor, Paul Otchakovsky-Laurens, un viaje a Rusia organizado por los servicios culturales franceses. Conocí esos auditorios que hoy han desaparecido totalmente: fervientemente fascinados por todo lo que venía del extranjero. Paul y yo, en el gran anfiteatro de la Universidad de Rostov del Don, comparecimos ante quinientas personas que no tenían la menor idea de lo que habíamos escrito y publicado y que, con los ojos brillantes, bebían nuestras palabras más anodinas por la simple razón de que éramos franceses. Era la gloria en estado puro, desprovista de cualquier motivo, de cualquier mérito, y él y yo todavía, para subirnos la moral, evocamos aquel recuerdo: «¿Te acuerdas de Rostov?»

Esta experiencia me ayuda a imaginar el encuentro organizado por Semiónov en el Club de la Cultura de Izmáilovo y la mezcla de exaltación y malestar que experimentó Eduard. Él siempre ha soñado

con atraer a miles de personas, con seducirlas, reinar sobre ellas, pero sabe muy bien que esos miles no han acudido por él, que lo que les atrae es todo lo que viene de Occidente, les da igual lo que sea la marca Semiónov y también la publicidad que hace, les da igual sus novelas de espionaje y su revista, llena de chicas en pelotas y de caníbales ucranianos.

Y ahí está Semiónov en el centro del estrado: achaparrado, calvo, con un traje sin corbata. Presenta a sus invitados, dice que es importante repatriar a la Unión Soviética a personas como ellos, dinámicos, creativos, y que van a remangarse para reconstruir el país. El cantante Tókarev saca pecho, la actriz Fiódorova pestañea. De ellos sólo se sabe lo que martillea desde hace dos semanas *Ultrasecreto*, que habla de esta *starlette* y de este *crooner* oscuro como si fueran grandes estrellas en Occidente, y la conciencia de esta impostura amarga el placer que Eduard ha sentido al ver que le describen, en doble página, como una especie de estrella del rock literario. Hace lo que puede por estar a la altura de este retrato cuando le toca el turno de responder a las preguntas del público. Sí, ha sido mendigo y después criado de un multimillonario norteamericano. No, su ex mujer no hizo la calle en Nueva York, además ahora está casada con un conde italiano: no puede ser más cierto y, al ver que el conde italiano gusta mucho, se promete mencionarlo siempre que se presente la ocasión. No hay preguntas sobre la homosexualidad ni los negros, el autor del artículo ha omitido este tema. Piensa en abordarlo él mismo, para causar una sensación de malestar, pero juzga más prudente atenerse a esta versión de su personaje: un pequeño proleta que ha sabido abrirse camino hasta la cima de la *jet-set*, sin dejarse impresionar por las modelos, las condesas, la depravación occidental; un tío con cojones y al que no es fácil engañar.

Pensaba que el acto terminaba después de él, pero Semiónov presenta también a un viejecito que ha estado en el gulag y que suelta un largo discurso sobre la necesidad de «esclarecer los crímenes de la Unión Soviética». Eduard le escucha con una irritación creciente y

cuando el viejo, con una voz cascada y temblorosa, explica que las purgas no han respetado a una sola familia, que todos pueden mencionar a un tío o un primo al que los hombres del NKVD fueron a buscar una noche y a los que nadie volvió a ver nunca, tiene ganas de intervenir, de decir que hay que detener la comedura de coco, que en su familia no purgaron a nadie, ni en la mayoría de las familias que él conoce, pero se abstiene una vez más, y para distraer su impaciencia mira al público. ¡Qué mal vestidos van! Qué aspecto más provinciano y, es extraño, son a la vez crédulos y recelosos... Hay que reconocer que hay chicas guapas. Ni una sola cara conocida, en cambio, ni uno solo de sus antiguos amigos: no deben de leer los periódicos de Semiónov o bien han muerto de tristeza y aburrimiento...

La conferencia se acaba, firma algunos autógrafos, pero no libros. Semiónov repite con aplomo que han tirado trescientos mil ejemplares del suyo, aunque parece que nadie lo ha leído y tampoco él lo verá en ninguna parte. A Eduard le extraña, pero yo puedo decir que no tiene nada de sorprendente, visto el estado del sistema de distribución. Cuando una de mis novelas se publicó en Rusia, justificando el viaje con Paul del que he hablado antes, el editor me llevó a un almacén donde cargaban en palés la tirada íntegra que pronto partiría para la ciudad de Omsk. A mi editor le parecía un negocio excelente que a un mayorista de Omsk le hubieran encajado, sólo Dios sabe cómo, los diez mil ejemplares de mi libro. Se alegraba de compartir conmigo esta satisfacción profesional, demostraba que yo estaba en buenas manos, y enarcó las cejas, con aire de no entender, cuando comenté que, la verdad, era extraño: ¿por qué Omsk? ¿Por qué *toda* la tirada en Omsk? ¿Había alguna razón para pensar que los lectores potenciales de *Zymni Lager (Una semana en la nieve)*, de un escritor francés desconocido, se encuentren todos reunidos en Omsk, una ciudad industrial de Siberia? Estas preguntas le parecían absurdas, debí de causarle la impresión de uno de esos autores maniáticos y siempre descontentos que cuando aparece su libro recorren todos los puntos de venta y luego llaman para quejarse de no haberlo visto en ninguna parte expuesto como se merecería.

Semiónov arrastra a su gente para festejar el éxito de la conferencia en un restaurante georgiano que Eduard piensa que se parece a los restaurantes del mercado negro en las películas sobre la ocupación francesa. Aunque están vacías las tiendas accesibles al ciudadano de a pie, aquí las mesas se abomban bajo el peso de las vituallas y los licores. Clientes y personal parecen comparsas encargados de crear lo que se llama un ambiente *equivoco*. Hay ricos, putas, parásitos, matones, bandidos caucasianos, extranjeros achispados. La parroquia se emborracha, se manosea y sobre todo gasta una enorme cantidad de dinero. Eduard intenta decirse que este tipo de locales siempre han debido de existir, que simplemente es él, poeta sin blanca, el que no tenía acceso a ellos, pero no, se trata de otra cosa que excita a sus compañeros de viaje y que a él le repugna profundamente.

Tarda algún tiempo en ser consciente de ello, pero esa otra cosa que le ha chocado, incluso antes de entrar, es la mirada del poli apostado en la acera. No es un guarda contratado por el restaurante, sino un auténtico poli, es decir, un representante del Estado. Un representante del Estado, incluso de rango subalterno, era en otro tiempo alguien respetado. Alguien que daba miedo. Pero un poli en la puerta no atemoriza, y él lo sabe. Los clientes pasan por delante sin verle. Si tienen miedo de algo ya no es de él. Son ellos los que tienen el dinero, son ellos los que tienen el poder, el pobre tipo en uniforme está ahora a su servicio.

Además de los tres invitados que vienen de Occidente, rodean a Semiónov una decena de jóvenes cuyas funciones en el grupo no está claras, pero que son en cualquier caso sus vasallos. Instintivamente desagradan a Eduard. Respetan a Semiónov como respetan a Jean-Édern Hallier, porque son jefes de banda, pero desprecia a sus miembros. A él, a Eduard, no le compra nadie, no le domestican. Es un salteador de caminos bien dispuesto, si sus vías se cruzan, a relacionarse con el jefe, de igual a igual, pero no se mezcla con la patulea de sus criados,

soplones y pistoleros. Por ejemplo, su vecino de mesa: un listillo que lleva, a imitación del patrono, una camisa blanca bien abierta sobre un traje negro y, mientras invita a Eduard a servirse con profusión de una ensaladera llena de caviar, le guiña un ojo y dice: «mafia». Eduard piensa: mariconazo, pero entabla conversación, que es instructiva. Encantado con su propio cinismo, el joven –no tiene treinta años– dice que las mafias son buenas para la democracia, buenas para el mercado, y para él no cabe duda de que van hacia el mercado, hacia el capitalismo como en Occidente, y de que no hay nada más deseable. Al principio, por supuesto, no van a parecerse a Suiza, sino más bien al Lejano Oeste. «A tiro limpio», se divierte el joven y, al mismo tiempo que hace con la boca ta-ta-ta-ta, simula que abate con la metralleta a un grupo de extranjeros que cenan en la mesa contigua. Uno de ellos se vuelve, se le ilumina la cara, el pistolero y él se saludan como viejos cómplices. «*My friend*», dice orgulloso el joven. «*American.*»

El amigo americano es periodista, el joven trabaja en la empresa de seguridad que contrata el grupo Semiónov. Los dos se ponen a interpretar escenas de *El precio del poder*, que conocen de memoria. Eduard bebe demasiado, baja trastabillando al sótano y allí intenta de nuevo en vano llamar a la madre de Natasha. Al salir de los lavabos, hay una mujer huraña a cargo de los urinarios a la que le apetece estrechar entre sus brazos precisamente porque es huraña, soviética, porque no se parece a las espabiladas que se empapuzan a unos metros por encima de ellos, sino a la pobre y buena gente entre la cual Eduard se ha criado. Trata de hablar con la empleada, de saber lo que piensa de las cosas que están pasando en el país, pero, al igual que el conductor del minibús, ella se vuelve todavía más adusta. Es terrible: las personas sencillas con las que quisiera fraternizar le esquivan y a las que acceden a conversar sólo le gustaría partirles la crisma. Sube la escalera, cambia de idea, baja, saca del bolsillo el sobre que le han dado por sus gastos falsos y Eduard, que nunca da nada a los pobres y se jacta de ello, saca del sobre unos billetes de cien rublos, un mes de sueldo como mínimo, los deposita en el platillo de la vieja y dice: «Rece por nosotros, abuela, rece por nosotros.» Sin mirarla a la cara, sube los

peldaños de cuatro en cuatro.

La continuación de la velada es confusa. Antes de que la gente se vaya estalla una disputa porque un recién llegado, que se ha unido tardíamente a la mesa de Semiónov, ha querido pagar la consumición de todos, y Semiónov se lo toma mal: son sus amigos, paga él, tiene por norma pagar lo de todos, nadie saca nunca la cartera en su presencia. El joven que se ocupa de la seguridad parece de repente tan nervioso que Eduard, a pesar de la borrachera, comprende que la excesiva generosidad del recién llegado constituye de hecho una provocación. Los comensales se levantan haciendo mucho ruido al empujar hacia atrás las sillas, los matones se acercan, el asunto parece a punto de acabar como en las películas cuyas réplicas cultas recita el joven, y luego el tono se calma con la misma rapidez con que se ha encrespado, todo el mundo sale y se reúne fuera en medio de la nieve, y van después al Hotel Ucrania, donde Eduard trata una vez más de llamar a la madre de Natasha, que sigue sin contestar. Está cansado pero no consigue conciliar el sueño. Intenta hacerse una paja, para empalmarse piensa en Natasha, en sus pómulos tártaros, en las lentejuelas amarillas de sus ojos, en sus hombros a la vez febles y anormalmente anchos, en su culo dilatado por el uso. Se la imagina en un piso sórdido de la periferia de Moscú, titubeante, maligna, oliendo a alcohol, con el coño al aire. Imagina que se la están follando dos hombres, cada uno por un orificio, y, concentrándose en esta imagen, que sabe por experiencia que le llevará al orgasmo –bueno, al orgasmo: a vaciarse–, se repite enfáticamente que a su patria se la están follando unos mafiosos, le están dando por el culo unos enculados, y es la primera palabra que se le pasa por la cabeza al despertar: *enculados*. Pedazos de enculados.

Unos años más tarde, el Hotel Ucrania, como todos los hoteles de su categoría, ofrecerá desayunos fastuosos, compuestos de zumos de frutas, quince variedades de té y mermeladas inglesas. En diciembre de 1989 existe aún la Unión Soviética y Eduard, acompañado de un francés de rostro hermoso y severo, está delante de un bufé soviético, supervisado como una ventanilla burocrática por una mujer gorda y desabrida. Muy educadamente, el francés se presenta: se llama Antoine Vitez, es director de teatro, ha reconocido a Eduard, varios de cuyos libros le han gustado. Los dos hombres se sientan juntos para despachar sus arenques y sus huevos duros de yema casi blanca.

Vitez ha visitado varias veces la Unión Soviética, habla un poco de ruso y, no obstante lo que lo él llama «pesadeces», en cada uno de sus viajes ratifica que aquí está la verdadera vida: seria, adulta, sin falacias. Las caras, dice, son auténticas caras, trabajadas, labradas, mientras que en Occidente sólo se ven caras de bebés. En Occidente todo está permitido y nada tiene importancia; aquí ocurre lo contrario: nada está permitido, todo es importante, y Vitez parece pensar que es mucho mejor así. Por tanto, sólo aprueba a regañadientes los cambios que se están produciendo. No está en contra de la libertad, por supuesto, ni tampoco en contra del confort, pero no deberían permitir que se corrompiera el alma del país para conseguir estas cosas. Eduard piensa que cuando uno vive en el confort y la libertad es bastante fácil querer privar al prójimo de ellos por el bien de su alma, pero está contento de conocer a un intelectual francés que no está locamente enamorado de Gorbachov, y halagado porque Vitez conoce sus libros y, como además se encuentra totalmente desorientado, se confía a él.

–Mi mujer está perdida en algún lugar de Moscú –le dice.

Vitez inclina la cabeza, atento. Sí, prosigue Eduard, tuvieron una riña violenta en París, les sucede a menudo y, sin pensárselo dos veces,

se marchó una semana antes que él. Le telefoneó la noche de su llegada, borracha y repitiendo con la voz alterada: «Esto es espantoso, totalmente espantoso.» Desde entonces no tenía noticias. La única pista de que dispone para encontrarla es el número de su madre, que no contesta al teléfono. No sabe la dirección, el visado de Natasha ha debido de expirar y ella no es persona que se preocupe por eso. Sabe Dios dónde estará, sabe Dios lo que estará haciendo. Es alcohólica y ninfómana, es terrible.

–¿La quiere? –pregunta Vitez, con un tono de cura o de psicoanalista.

Eduard se encoge de hombros:

–Es mi mujer.

Vitez le mira con simpatía.

–Es terrible –reconoce–, pero le envidio. Después de este desayuno voy a aburrirme en una reunión de burócratas del teatro, mientras que usted va a sumergirse en la ciudad, como Orfeo en busca de Eurídice...

Abriéndose paso entre la horda de pequeños gamberros congregada en el vestíbulo desde la mañana, Eduard sale y, como no sabe por dónde empezar su búsqueda, camina derecho hacia delante, muy rápido porque tiene frío con su chaquetón de marinero y sus botas que ni siquiera están forradas. Para atravesar las avenidas demasiado anchas baja a los pasos subterráneos inundados de agua sucia, llenos de gente sombría que hace cola delante de los quioscos donde venden miserias como tarros de rábanos picantes, calcetines, mitades de col, y que nunca se disculpa si te da con la puerta en las narices. No se acordaba de esta ciudad tan gris, tan triste e inhóspita donde vivió siete años. Aparte de las estaciones de metro, que son verdaderos palacios, con mucho lo más hermoso de Moscú, no hay ningún sitio donde hacer un alto, reposarse, respirar. No hay cafés, o bien están sepultados en sótanos, al fondo de traspatios que hay que

conocer porque no hay indicaciones, y si preguntas algo a un transeúnte te mira como si le hubieras insultado. Los rusos, piensa Eduard, saben morir, pero siguen siendo igual de ineptos en el arte de vivir. Camina, vagabundea alrededor del cementerio de Novodiévichi, por los lugares de sus amores con Elena. Pasa por delante del inmueble donde ella se abrió las venas una noche de verano. Piensa en el caniche absurdo de Elena, con sus rizados pelos blancos que se volvían negros cuando llegaba el deshielo. Siente ganas de telefonar a Elena a Florencia, donde vive con el conde italiano. Tiene su número en la agenda, se hablan algunas veces, pero ¿qué decirle? «¿Estoy abajo, vengo a buscarte, ábreme?» Es lo que debería decirle y es demasiado tarde, todo lo demás son flaquezas sentimentales.

Por la tarde le esperan en la Casa de Escritores, cuyas puertas tanto le costó franquear veinte años antes. Ha aceptado la invitación porque confiaba en saborear el gusto dulce de la revancha, pero no es un sabor dulce. Olor de cantina, poetas de tercera fila vestidos como oficinistas, la menos antipática es la arpía que regenta el bar y le sirve coñac en una taza de café. Ella no le reconoce, pero él a ella sí: ya trabajaba allí en la época del seminario de Arseni Tarkovski.

Le llevan a una salita donde le espera un público escaso. Se esperaba unos *apparatchiks* de la cultura y descubre con estupor que todos ellos son veteranos del *underground*. No amigos cercanos, pero reconoce caras que vio antaño en fiestas o lecturas de poesía. Caras de comparsas, caras abúlicas, carcomidas por el odio a sí mismas, ¡y qué envejecidas! Caras de seres pálidos o carmesí, barrigones, ajados. Ya no son *under*, no, afloran ahora que todo está permitido, y lo terrible es que su nulidad, misericordiosamente velada en su juventud por la censura y la clandestinidad, se ve a la luz del día. El primero que habla es también, al parecer, el único que ha podido agenciarse uno de los trescientos mil ejemplares de *Tuvimos una gran época*, y que le pregunta con tono severo qué significa, por parte de un presunto disidente, esta apología del KGB. Eduard responde secamente que él nunca ha sido

un disidente, sólo un delincuente. Una mujer de edad mediana dice con un aire convencido y melancólico que ella le conoció un poco, durante su juventud, y da lo mismo que él no se acuerde: ella sí se acuerda de un joven poeta inspirado, con el pelo largo, lleno de fantasía, y le asombra ver volver a un tipo que parece un secretario del Komsomol.

¿Qué responder? El diálogo de sordos es total. En el mundo de donde viene Eduard, un artista puede llevar, y hasta es recomendable, el pelo cortado a cepillo, gafas con montura de concha y ropa estrictamente negra. Preferiría morirse a lucir el viejo jersey deformado debajo de un chaquetón con el cuello sembrado de caspa que es el *nec plus ultra* de la elegancia *under*. Poeta = pecio, es la idea de la dama que preferiría sin duda que Eduard se pareciese a Vénichka Yeroféiev. Precisamente, a propósito de Yeroféiev, un tercer orador informa de que el mítico autor de *La bella de Moscú* se ha enterado del regreso de su antiguo camarada Limónov, pero que al verle patrocinado por el vendedor de diarios sensacionalistas Yulián Semiónov se negará a estrecharle la mano si va a visitarle: ¿qué opina Eduard de esto? Responde que no opina nada, que no se le ha ocurrido la idea de visitar a Yeroféiev, que nunca han sido camaradas. El encuentro prosigue por estos cauces durante media hora y cuando se levanta la sesión declina la propuesta de ir a beber algo con los jóvenes de la Unión de Escritores («¡los jóvenes de la Unión de Escritores!»). A las cuatro de la tarde ha anochecido. Se marcha alzándose el cuello de su pequeño chaquetón de marino del *Potemkin*.

Esta sesión horrible le ha quitado las ganas de encontrar a sus antiguos amigos. ¡Qué bien hizo, hace quince años, en separarse de ellos! ¡Qué rencor le guardan por haberlo hecho! Mientras él luchaba por sobrevivir en el frente occidental, ellos se quedaban a sufrir su confort incómodo, protegidos por la capa de plomo de la amarga conciencia de su mediocridad. El fracaso era noble, el anonimato era noble, hasta la decadencia física era noble. Podían soñar con ser libres

algún día, y que ese día les saludasen como a héroes que, clandestina, subterráneamente, habían preservado lo mejor de la cultura rusa para las generaciones futuras. Pero al llegar la libertad ya no interesan a nadie. Están desnudos, tiritan en el gran frío de la competencia, los que dominan el cotarro son gánsters jóvenes como los adjuntos de Semiónov, y el único lugar donde pueden refugiarse los *under* es la Unión de Escritores, donde siguen venerando a una piltrafa lastimosa como Vénichka Yeroféiev y desconfían de un tipo vivo como el aventurero Limónov.

En un momento de esta velada siniestra, entra en una galería que expone, casi como si fueran objetos *kitsch*, obras de artistas en otro tiempo clandestinos, y le sorprende reconocer una tela que vio pintar a su viejo camarada de bohemia Ígor Voroshílov: un retrato de mujer con un vestido rojo delante de una ventana. La mujer era la novia de Ígor en aquella época, la ventana la de un piso que Eduard había compartido con ellos una temporada. La mujer era guapa, debía de haberse convertido en una gordinflona. En cuanto a Ígor, el catálogo le informa de que ha muerto hace dos años.

Eduard averigua el precio que piden por el cuadro. Irrisorio, y de hecho no vale más. Pobre Ígor. No se equivocaba la noche en que quiso suicidarse, desesperado por ser sólo un pintor de tercera fila. El mercado ha decidido, el mercado tiene razón y su dictamen implacable no deja ninguna opción a las almas amables y abúlicas de sus compañeros de juventud. Una gran tristeza le oprime de pronto, y algo parecido a la compasión. Él, que se jacta de despreciar a los débiles, se apiada de su debilidad. Compadece al alma amable y apocada de Ígor, de la mujer que cuida los lavabos en el restaurante de mercado negro, de todos sus compatriotas. Él, que es fuerte y malo, quisiera ser capaz de hacer algo para proteger de los fuertes y los malvados el alma amable y apocada de Ígor Voroshílov, de la cuidadora de los lavabos y de todos sus compatriotas.

Intenta llamar a la madre de Natasha desde cada cabina

telefónica, y de repente, milagro, ella responde. Él se presenta, pregunta dónde está Natasha y su madre prorrumpe en sollozos: Natasha ha llegado, se ha quedado dos días y se ha marchado sin dejar dirección. La madre también tiene el corazón en un puño. Eduard le propone ir a verla. Ella vive lejos, toma el metro, se sosiega un poco en el trayecto: es, en definitiva, el lugar donde se siente menos oprimido. Tras vagar un largo rato por las alamedas nevadas de un complejo de inmuebles jrushovianos, se encuentra en un estudio minúsculo, ordenado con un esmero maniático, con colecciones de clásicos encuadernados detrás de las vitrinas, igual que en la casa de sus padres. La madre de Natasha es una mujercita ajada, roída por la inquietud, que aunque recela de Eduard cuenta con él porque si él no encuentra a su hija, ¿quién la encontrará? Su visado ha debido de expirar, cabe temer lo peor, y aun así la madre sólo piensa en el alcohol, que ya mató a su marido, el padre de Natasha. Desconocer la ninfomanía de su hija, la bipolaridad que hace que pueda quedarse en casa como una chica formal, escribiendo poemas durante meses y luego, sin previo aviso, desaparecer cuatro, cinco días, follar con cualquiera y volver extraviada, devastada, con las bragas marrón de sangre y mierda. Eduard no le habla de esto, es inútil informarla, la angustia de la madre impregna ya las paredes demasiado estrechas del estudio, pero se dice que él quizá viviría mejor si no encontrara a Natasha, si ella desapareciese totalmente de su vida. «¿La quiere?», pregunta la madre de repente, al igual que Vitez, y le responde lo mismo: «Es mi mujer. La cuido desde hace siete años, no voy a dejarla ahora.» La madre entonces empieza a besarle, a bendecirle, a decirle que es un buen hombre. No está acostumbrado a que le digan esto, pero piensa que en el amor, al menos, es cierto.

La madre de Natasha le ha dado la dirección de una ex discípula de su hija que quizá sepa algo. Tres cuartos de hora de metro, media hora caminando a quince bajo cero con un chaquetón ligero. Es más de medianoche cuando desemboca en una especie de

squat artístico por donde circula gente que tiene menos pinta de artista, e incluso de *destroy*, que de rateros o camellos, lo que sin duda son. La amiga, una rubia con las raíces negras, destrozada, estridente, ha visto una foto de Eduard en *Ultrasecreto* y Natasha le ha hablado de él, desde luego nada bien, porque desde el primer contacto salta a la vista que ella le detesta. Sin embargo, se sientan en la cocina, beben vodka y se ve que la amiga disfruta contándole que sí, que su mujer ha venido acompañada de dos tíos, que se ha quedado a dormir so pretexto de que estaba demasiado lejos para volver a su casa y que se paseaba en cueros, fumaba desnuda en la taza del retrete al mismo tiempo que se la cascaba a uno de los tíos mientras que el otro intentaba cepillársela a ella, a la amiga. Eduard piensa que es una mala mujer, una de esas cabronas rusas cuya única moral consiste en que el hombre es un enemigo y que hacerle sufrir es una victoria. Debería levantarse y marcharse pero es tarde, han cerrado el metro, se arriesga a caminar horas hasta encontrar un taxi, y no soñemos con llamar a uno. Así que se queda, sigue bebiendo, escuchando cada vez más aturdido a la amiga, que le explica que todo eso es culpa suya, que trata mal a Natasha, que además ella se lo ha dicho. Vienen a sentarse con ellos otros habitantes del *squat*, entre ellos un checheno llamado Djellal que insiste al principio en saber si es judío porque está convencido de que todo el mundo lo es en Francia, empezando por Mitterrand, y luego, con un tono de broma cada vez más amenazador, trata de obligarle a que le entregue su pasaporte. El peligro es palpable, la cosa podría ponerse fea, pero Eduard no pierde la calma, o es el embotamiento lo que prevalece, porque todo el mundo está vomitando la vertiente pastosa de la curda. Su último recuerdo es que pronunció una especie de discurso sobre el tema: «Este país es genial para los acontecimientos históricos pero aquí nunca existirá una vida normal. No es para nosotros...» Se despierta al amanecer, con la frente encima de la mesa de la cocina. Atraviesa sin ruido el *squat* donde la gente duerme directamente en el suelo, comprueba que no le han robado el pasaporte, se pone los zapatos que se quitó al llegar, como siempre se hace en Rusia cuando entras en un piso en invierno. A pesar del dolor

de cabeza, tiene la mente despejada y un proyecto: pasar por el hotel a recoger su bolsa y, dejando plantado a Semiónov y su gira, hacer que le lleven a la estación y coger el primer tren para Járkov.

Por costumbre de pobre, sin siquiera pensarlo, ha comprado un billete de tercera clase para este viaje de dieciocho horas y, en resumidas cuentas, no lo lamenta. Se ha desprendido de su piel de escritor conocido para fundirse con la masa de rusos groseros, piojosos, que se desperdigan por los bancos con su comida maloliente y su vodka. Hay en el vagón sin compartimentos, donde las literas se alinean superpuestas como en un dormitorio de tropa, algunos bandidos coloradotes y también algunas caras tan candorosas, tan vulnerables que dan ganas de llorar. Vitez no se equivocaba, en todo caso son caras auténticas: rojizas, grises y hasta de color verdín, pero no rosas como las jetas de los americanos. Mira desfilar el paisaje por las ventanillas sucias: abedules, nieve blanca, cielo negro, inmensas extensiones vacías, punteadas a intervalos por pequeñas estaciones con depósitos de agua. En las paradas, viejas con botines de fieltro se pelean como traperas en los andenes para vender pepinillos y arándanos. Aunque venga de lejos, sólo ha conocido verdaderas ciudades y se pregunta cómo será vivir en villorrios así.

El viajero sentado enfrente lee *Ultrascreto*. La foto de Eduard apareció en la revista la semana anterior, el viajero podría reconocerle, pero no, en el mundo en que vive no se topa uno con gente que sale en los periódicos. Se ponen a charlar. El otro cuenta las crónicas de sociedad que acaba de leer: en un pueblo como los que están atravesando, una buena mujer, para castigar a su hija, la ha encadenado a la intemperie, a menos treinta bajo cero, y la chica se ha congelado hasta tal punto que ha habido que amputarle los brazos y las piernas. En cuanto llevaron a casa lo que quedaba de la niña, un tronco, el compañero de la madre se apresuró a violarla y la hija dio a luz a un pequeño al que a su vez también encadenaron.

Con un comienzo así, la conversación no brilla por su optimismo. No es sólo que todo está descojonado –diagnóstico que Eduard podría

suscribir-, sino que según su compañero de viaje nada ha funcionado nunca en el país. Esta opinión es nueva. En el pasado se vivía mal, se rezongaba en silencio, pero así y todo estaban mundialmente orgullosos: de Gagarin, del Sputnik, del poder del ejército, de la extensión del imperio, de una sociedad más justa que la occidental. La libertad de expresión desbocada de la *glásnost* ha conducido, según Eduard, a inculcar en el cráneo de las personas simples y sin malicia como su interlocutor, primero que los que han gobernado el país desde 1917 eran unos sádicos y unos asesinos, y después que lo llevaron a un desbarajuste. «La verdad», se lamenta el individuo, «es que somos un país tercermundista: el Alto Volga con misiles nucleares.» Ha debido de leer esta fórmula en alguna parte, le gusta, la repite con una complacencia abrumada. Nos han machacado durante setenta años que éramos los mejores cuando de hecho somos unos perdedores. *Vsio proigrali*: hemos fracasado en todo. Setenta años de esfuerzos y sacrificios nos han traído hasta aquí: con la mierda hasta el cuello.

Cae la noche. Eduard no consigue conciliar el sueño. Piensa en las cartas que recibió de sus padres durante su larga ausencia. Noticias quejumbrosas, compuestas de naderías, lamentaciones porque su hijo único no volverá para cerrarles los ojos. Hojea las cartas sin leerlas realmente, se negaba a compadecer a sus padres, agradecía a Dios que le hubiese arrastrado lejos de sus vidas endurecidas y temerosas. ¿Mal hijo? Quizá, pero inteligente y por tanto despiadado. La compasión ablanda, la compasión degrada, y lo terrible después de su regreso es que siente que al mismo tiempo que la piedad le invade la cólera. Se levanta, camina sorteando los paquetes atados con cordeles que contienen esas cosas miserables que los pobres acarrean cuando viajan. En los retretes, la taza desborda de mierda congelada. En el compartimento de servicio, al volver a su asiento, oye gemir a la revisora a la que dos golfillos van a cepillarse por turnos. La idea de sufrir por su país le habría parecido antaño grotesca, pero ahora le duele Rusia.

El tren llega a las siete de la mañana, el taxi le ha dejado en Sáltov, delante de la colmena donde pasó su adolescencia. Con su petate de marino al hombro, sube la escalera de hormigón desnudo como el de una cárcel. Delante de la puerta, titubea. ¿No se morirán de la impresión? ¿No sería mejor pedir a un vecino que les prepare? Pase lo que pase, llama. Roce de zapatillas, que debe de venir de la cocina. Sin esperar a que abran, dice a través de la puerta: «Papá, mamá, soy yo.» No han debido de entenderle: «¿Quién es?» La voz de su madre es desconfiada, asustada, nada bueno puede venir del exterior. Eduard adivina que tiene el ojo pegado a la mirilla.

«Soy yo, mamá», repite él. «Soy yo, Édichka.»

Ella descorre el cerrojo de arriba, el de abajo, el del medio, y ahora están cara a cara. El padre llega tras ella, con pasos quedos de anciano. Están asombrados, pero curiosamente nada más que eso: asombrados como ante la visita de un primo que vive en la ciudad vecina y que se presenta sin avisar, no la de un hijo que partió hace quince años y al que pensaban que no volverían a ver. Le abrazan, le aprietan la cara entre las manos, pero de inmediato la madre se aparta para mirarle a distancia, de los pies a la cabeza, y le pregunta dónde está su abrigo. ¿No tiene un abrigo? No es posible, no puede salir sin él con este frío. ¿Es que es tan pobre que no puede comprarse uno? «No, mamá, te lo aseguro, tengo todo lo que necesito, estoy bien.» Ella dice que tiene uno en el armario, un buen abrigo que su padre ya no usa, y los tres se plantan delante del ropero, él se prueba el abrigo para complacerles y ellos examinan todas las costuras, y el padre dice que es triste, todas esas buenas prendas envueltas en fundas, protegidas de las polillas, y este piso que cuando mueran no dejarán a nadie. ¿No quiere el hijo reinstalarse aquí? Aquí se está bien, es confortable, tranquilo. Cortando en seco sus ilusiones, Eduard dice que ha venido a pasar solamente unos días. Explica por qué ha ido a Moscú: su gira de VIP, el libro publicado con una tirada de trescientos mil ejemplares. Le gustaría que sus padres comprendiesen que ha triunfado, que estén

orgullosos, pero nada de lo que les cuenta parece interesarles. Está demasiado lejos de su mundo, ni siquiera le preguntan si tiene un ejemplar del libro para ellos. Él se alegra porque no trae ninguno y porque, si hubiera traído alguno, el retrato que hace de ellos no les agradaría. Lo único que quieren saber es si tiene una mujer y si pueden esperar tener nietos algún día. «Una mujer, sí», responde él, sin extenderse más sobre el asunto, pero hijos no, todavía no.

–¿Todavía no? ¿A los cuarenta y seis años? –Raia sacude la cabeza, consternada.

Su curiosidad pronto queda saciada, se restablece la inercia de la vida cotidiana. Veniamín, que se ha convertido en un auténtico viejecillo, se agarra de los muebles para volver a acostarse en el dormitorio y Raia, ante una taza de té, en la cocina, explica que sufrió un ataque el año anterior y que desde entonces perdió el gusto por todo. Ella tiene que vestirle y desvestirlo, él ya no sale casi nunca de casa y, aparte de las compras, ella tampoco: ¿adónde ir, de todas formas? El centro de la ciudad le da miedo, está contenta de no vivir allí. «Aquí se está tranquilo», repite, como si esperase convencerle, a fuerza de insistir, de que se instale en la casa, de que se ponga el abrigo viejo de su padre, cuando él muera será suyo el nuevo, y también su *shapka* de borrego vuelto. Para que no piense que viven mal, abre los armarios de cocina, muestra con orgullo las provisiones almacenadas para un caso de penuria. Treinta kilos de azúcar, sacos de harina, hay otro tanto en la bodega.

La llama azul del gas, que arde constantemente en la cocina, molesta a Eduard. Quiere apagarla, pero ella protesta: da calor, y además es una presencia, es como tener a alguien contigo en la habitación. «Si hiciera lo mismo que tú en París me costaría miles de francos», comenta él, y de lo poco que ha contado de su vida en el extranjero este detalle es el que, con mucho, más asombra a su madre:

–¿Quieres decir que allá el Estado cuida tanto su dinero que os hace *pagar el gas*? –No da crédito a esto, pero añade, soñadora–: Fíjate, parece que Gorbachov y sus lameculos quieren hacer lo mismo aquí...

Y fuera de las grandes ciudades y de los círculos más o menos intelectuales, hablar de Gorbachov es una conversación inofensiva: no hay miedo de increparse, todo el mundo le detesta. Esta idea apacigua un poco a Eduard.

Si se escuchara a sí mismo, tomaría el tren esa misma noche, pero sería demasiado cruel. Es la primera y sin duda la última vez que vuelve a ver a sus padres, y decide por tanto dedicarles una semana y purgarla como hace un presidiario, tachando en el calendario los días transcurridos. Ha encontrado sus antiguas pesas, por la mañana hace una hora de musculación. Relee sin placer, tumbado en su cama de cuando era niño, sus libros de Julio Verne y de Dumas, ingiere todos los días tres comidas muy pesadas, se impone conversaciones espinosas como alambre de espino con su madre, porque el padre no dice nada. Ella cuenta los menudos incidentes que jalonan su jornada con una profusión de detalles casi alucinante. La elipsis le es ajena. Para decir que ha recibido una carta, referirá el trayecto hasta la estafeta, la cola en la ventanilla, el intercambio de saludos con el empleado, el itinerario de vuelta en autobús. De ese modo no se aburre, desde luego.

Él pregunta qué ha sido de sus amigos de juventud. Kostia, llamado el Gato, al que condenaron a doce años de campo, fue apuñalado en una pelea unos días después de su liberación. Está muerto, sus padres mueren lentamente de pena. En cuanto a Kadik, Kadik el dandy, que soñaba con ser saxofonista, sigue trabajando en la fábrica El Pistón. Su Lydia le abandonó, Kadik volvió a vivir con su madre y crió con su ayuda a la hijita. La hija ha crecido, se ha marchado, Kadik se ha quedado en casa de su madre. Bebe demasiado. «Le gustaría verte», aventura Raia. Eduard se niega.

¿Y Anna?

—¿Anna? ¡Dios mío! ¿No te has enterado? La encontraron colgada en el cuchitril donde vivía sola, entre un ingreso y otro en el hospital psiquiátrico.

Intentaba pintar, se había puesto gordísima. Raia la visitaba a veces. Un día, Anna le pidió la dirección de Eduard en París. «No pude negarme. ¿Te escribió?» Eduard mueve la cabeza. Recibió cinco o seis cartas que exudaban una locura sórdida y a las que no respondió.

La televisión está siempre encendida: la televisión soviética, la más masoquista del mundo, según Eduard, ahoga su letanía de catástrofes y lamentaciones en un chorro ininterrumpido de música almibarada. Sájarov, su antigua bestia negra, acaba de morir y, según los periodistas, el país le llora como un solo hombre, hasta en sus confines más remotos. «Se han vuelto locos», comenta Raia, que apenas sabe quién era Sájarov. «Parece como si enterraran a Stalin.» Un orador compara con Gandhi al proscrito de antaño, otro con Einstein, un tercero con Martin Luther King, y un gracioso con Obi-Wan Kenobi, el sabio mentor, en *La guerra de las galaxias*, del caballero Jedi, veleidoso e indeciso, que cada vez más recuerda a Gorbachov. «¿Y quién hará el papel de Darth Vader?», pregunta el entrevistador.

El inevitable Evtushenko se planta delante de las cámaras para declamar un poema en que se califica al difunto de «temblorosa mecha de la época», metáfora que arranca una risa sarcástica de Eduard y se convertirá en un *private joke* incomprensible, salvo para él, en sus artículos para *L'Idiot*. Suspense: ¿Gorbachov va a declarar un día de duelo nacional? No, porque, señala, no es lo acostumbrado: están previstos tres días de duelo por el secretario general del partido, uno por un miembro del Politburó, ninguno por un simple académico. Los comentaristas interpretan esta tibieza como el anuncio de un giro a la derecha, lo cual se confirma el día de las exequias. Gorbachov se ha contentado con un momento de recogimiento rápidamente concluido ante los restos mortales en vez de encabezar el cortejo que recorre Moscú de varios centenares de miles de personas a las que nadie ha obligado: un fenómeno sin precedentes en la historia del país. Borís Yeltsin, un diputado en cuya franca cara de bruto, bastante simpática, ya se ha fijado Eduard, se abalanza sobre la oportunidad: se ha

impuesto ya como jefe de fila de los demócratas al dimitir ruidosamente del Politburó, y ahora camina detrás del féretro de Sájarov y al lado de su viuda, Elena Bónner. Cada vez que la cámara la enfoca, la vieja corneja está fumando, o aplastando un cigarrillo o encendiendo otro. Al observar que, alrededor de ella y de Yeltsin, hay gente que enarbola pancartas con un 6 tachado por una cruz, Raia pregunta: «¿Qué quieren decir esos 6?»

Su hijo se lo explica: quieren decir que piden la supresión del artículo 6 de la Constitución, el que instauro un partido único.

–¿Pero entonces qué quieren?

–Pues que pueda haber varios partidos, como en Francia.

Raia le mira horrorizada. Que haya varios partidos le parece tan bárbaro como que te hagan pagar el gas.

VI. Vukovar, Sarajevo, 1991-1992

1

Están sentados, arrinconados delante de una pared ciega, en el ángulo formado por dos mesas de formica parda. Ya no se verá más el decorado, que puede ser un aula, una cantina, un local administrativo. Ella lleva un abrigo claro con un pañuelo de aldeana, él un gabán oscuro, una bufanda, y ha depositado su *shapka* de borrego vuelto encima de la mesa que tiene delante. Parecen una pareja de jubilados. La cámara no les abandona, el cuadro se mueve sin ton ni son, pequeños zoom hacia atrás y hacia delante, pequeñas panorámicas, pero no hay contracampo. No se ve a los hombres sentados o de pie enfrente de ellos. No se ve la cara del que, fuera de foco, con una voz colérica y monótona, acusa a los dos viejecitos de haber vivido con un lujo desenfrenado, haber matado de hambre a niños, cometido un genocidio en Timișoara. Tras cada andanada de acusaciones, el fiscal invisible les invita a responder, y lo que responde el hombre, mientras tritura su *shapka*, es que no reconoce la legitimidad del tribunal. Su mujer se exalta por momentos, empieza a argumentar, y para calmarla él posa una mano en la de ella, con un gesto familiar, conmovedor. A intervalos, también, mira su reloj, de lo cual se ha deducido que aguardaba la llegada de tropas que les liberarían. Pero esas tropas no llegan y, al cabo de media hora, cortan. Elipsis. El plano siguiente muestra sus cuerpos ensangrentados, que yacen en el pavimento de una calle o de un patio, no se sabe dónde.

La escena posee la extrañeza de una pesadilla. Filmada por la televisión rumana, fue difundida por las cadenas francesas la noche del

26 de diciembre de 1989. Yo la vi, atónito, antes de partir para una fiesta de Nochevieja en Praga, y Limónov al regresar a Moscú. Había encontrado a Natasha, que estaba cariñosa y amable, como siempre después de sus escapadas. Quizá pensó en su unión, en su sueño de envejecer y morir a su lado; en cualquier caso estoy seguro de que pensó en sus padres cuando, apenas terminada la emisión, escribió el artículo del que extraigo estas líneas: «La cinta que debía justificar el asesinato del jefe de Estado rumano es el testimonio clamoroso y terrible del amor de una pareja anciana, ese amor que se expresa por medio de apretones de mano y miradas. Sin duda eran culpables de algo. Es imposible que el gobernante de un país no lo sea. El más inocente ha firmado forzosamente un decreto indigno, no ha indultado a alguien, se lo exige el oficio de gobernante. Pero acorralados, arrinconados en una habitación anónima, faltos de sueño, ayudándose mutuamente para afrontar la muerte, nos han ofrecido sin haberla ensayado una representación digna de las tragedias de Esquilo y Sófocles. Navegando juntos, simples y majestuosos, hacia la eternidad, Elena y Nicolae Ceaușescu se han reunido con las parejas de enamorados inmortales de la historia mundial.»

Yo no habría formulado las cosas con tanto lirismo y no consideraba que esta pareja de tiranos ubuescos sólo fuese culpable de errores inevitables cuando se ejerce el poder. Sin embargo, yo también me acuerdo de que experimenté un malestar violento ante aquella parodia de justicia, aquella ejecución sumaria, hasta la puesta en escena que se pretendía ejemplar y fracasaba totalmente en su objetivo porque, en efecto, por criminales que hubieran sido, la dignidad estaba de parte de los acusados; sentí lo mismo, más tarde, cuando descubrieron el escondite y después ahorcaron a Sadam Husein. El año embrujado que había presenciado en toda Europa las revoluciones pacíficas que llevaron al poder a humanistas como Václav Havel concluía con una nota desagradable.

En los meses siguientes llegaron de Rumanía otras señales

extrañas. La revolución que había derribado a Ceaușescu reivindicaba a miles de mártires aplastados por una última sacudida del régimen en disolución. Fueron especialmente emotivos los osarios descubiertos en Timișoara. La cifra generalmente barajada era de cuatro mil muertos. *Libération* precisaba: cuatro mil seiscientos treinta. Setenta mil, sobrepujaba valientemente TF1. A la hora del pavo y del foie gras, los telediarios mostraban, emergiendo de fosas excavadas a toda prisa, cadáveres esqueléticos, terrosos, con pijamas de rayas. Europa temblaba. Se hablaba de enviar a unas brigadas internacionales para detener el genocidio que proseguían los asesinos acosados de la Securitate, la policía política de Ceaușescu. Ahora bien, se supo, en primer lugar, que los cadáveres, a lo sumo unas decenas, habían sido exhumados por las cámaras en el cementerio de Timișoara, donde reposaban después de haber fallecido de muerte natural, y en segundo lugar que los asesinos de la Securitate, lejos de proceder a un genocidio suicida, mucho más juiciosamente se habían reconvertido en cuadros del Frente de Salvación Nacional, el partido del nuevo presidente, Ion Iliescu. Prohibido, culpado de todos los crímenes, el Partido Comunista se había contentado con cambiar de nombre y de dirigente, pero seguía prosperando, y las elecciones de marzo de 1990, que le dieron una amplia mayoría, justificaron la expresión cruel que describía a los rumanos como el único pueblo de la historia que había elegido libremente a los comunistas. Todo esto me intrigaba tanto que aquella primavera fui a hacer un reportaje en Rumanía.

Freud teorizó el concepto de *Unheimliche*, que se traduce como «la inquietante extrañeza» y que designa esa sensación que podemos tener en sueños, y a veces en la vigilia: que lo que tenemos delante, que parece conocido, nos es de hecho profundamente extraño. *Alien*, se diría en inglés. La Rumanía posrevolucionaria me produjo el efecto de una auténtica Disneylandia del *Unheimliche*. Una *twilight zone*, que inquietantes rumores decían minada como un queso gruyère por una red de galerías subterráneas excavadas por la policía secreta y en la

que desaparecían personas. Una zona de crepúsculo perpetuo e hipócrita, situada entre dos luces, y hasta las decenas de miles de perros vagabundos que pululaban por Bucarest, disputando la comida a decenas de miles de niños también errantes, parecían menos temibles que los lobos en los que se habían convertido todos los hombres para sus semejantes. El odio, la sospecha, la calumnia, impedían respirar, como un gas tóxico. Entre tantos ejemplos, recuerdo a aquel escritor, lleno de premios y de funciones oficiales desde hacía veinte años, que me daba la lata con su «resistencia interior» al régimen vilipendiado, y que cuando le pregunté si, de todas formas, dando por sentado que yo no le acusaba de nada en absoluto, que yo comprendía muy bien la cuasi imposibilidad de una actitud así, otros no habían resistido un poco menos interiormente que él, si no podría citarme algunos nombres (yo pensaba en algunos opositores de una reputación intachable, los homólogos locales de Sájarov), me miró con seriedad antes de responder que prefería callárselos, por discreción y misericordia, porque nadie ignoraba que la Securitate reclutaba entre sus pretendidos adversarios a sus más celosos informadores. Bien. Hasta aquí estamos en el primer grado de lo tortuoso. El segundo, que da consistencia a las cosas, es que todas las mentes sutiles a quienes he referido esta respuesta me dijeron que, por supuesto, mi interlocutor tenía razón. Nadie lo ignoraba, todos lo sabían, era de dominio público.

Ha llegado el momento de hablar de las mentes sutiles. Las conocí en Rumanía, florecieron entre los escombros del comunismo. Diplomáticos, periodistas, observadores residentes en el país desde hacía mucho tiempo, se habían especializado en creer sistemáticamente lo contrario de los discursos oficiales, de los tópicos mediáticos y las ilusiones biempensantes. Enemigos jurados de lo «políticamente correcto», las mentes sutiles se regodean en sostener que el KGB (o la Securitate), denunciados por los ingenuos como oficinas de tinieblas y de muerte, no eran en realidad sino equivalentes de nuestra ENA,¹ o

que la obra científica que le valió a Elena Ceaușescu el doctorado *honoris causa* de todas las universidades de su país no era una nulidad tan grande como se ha dicho, y que tampoco eran tan malos los poemas de Radovan Karadžić, que pronto va a hacer su aparición en este libro. A las mentes sutiles les prestaba oído nuestro presidente Mitterrand, estamparon su huella en su política extranjera, y Rumanía, donde todo era doble, pérfido y estaba trucado, donde los osarios que despertaban la compasión indignada de Occidente eran *realmente* mascaradas siniestras, lo poseía todo para ser el Eldorado de esas mentes sutiles.

Al cabo de dos semanas perdiendo pie en estos socavones de mentiras y calumnias cruzadas, estaba preparado para oír las impresiones de un viejo rumano exiliado en Francia desde hacía treinta años y que, tras haber regresado recientemente a su país, me dijo algo nada sutil, pero no obstante políticamente incorrecto: «¿Ha visto las caras de la gente en la calle? ¿Ha visto las caras? La pobreza, la mugre, de acuerdo, pero ¿esa desconfianza terca, ese miedo mortal que se ve en sus caras? Mi pueblo no era así, se lo aseguro. Éste no es mi pueblo. No lo comprendo. ¿*Quiénes son estas personas?*» Y lo que temblaba en la voz era exactamente el horror del héroe en *La invasión de los ladrones de cuerpos*, la vieja película de ciencia ficción de los años cincuenta, cuando descubre que los seres humanos han sido reemplazados poco a poco por extraterrestres y que cada uno de sus familiares, cuya apariencia no ha cambiado, es en realidad un mutante maléfico.

Hacia el final de mi estancia, el presidente Iliescu y su primer ministro Petre Roman hicieron un llamamiento a los trabajadores para que defendieran la «democracia» (pongo aquí la palabra entre comillas, haría falta ponerlas en casi todas las palabras) contra un complot neofascista no menos imaginario que el genocidio perpetrado por la Securitate en Timișoara. En cambio, lo que no era nada imaginario es la pesada logística de autocares y trenes especialmente fletados por el Frente de Salvación Nacional para transportar a Bucarest, el 14 de junio

de 1990, a veinte mil mineros galvanizados por una comedura de coco frenética, armados con barras de hierro, y que durante dos días aterrorizaron a la ciudad, dando palizas en primer lugar a cualquier persona sospechosa de disidencia, y luego, como no había demasiados opositores, a todo el mundo, a ciegas, para demostrar que no bromeaban. Yo completaba entonces mi reportaje en las montañas de los Cárpatos y sólo asistí en Bucarest al final del espectáculo. Los mineros, felicitados por el presidente Iliescu, empezaban a marcharse y los periodistas que llegaban invadieron el Hotel Intercontinental donde, retrasando mi regreso, pasé tres días esperando que ocurriera algo, acechando en la ciudad indicios de aglomeraciones que se disolvían, y escuché los rumores que el hotel centralizaba y dudaba de si sería mejor partir, arriesgándome a perderme de nuevo el acontecimiento, o quedarme y correr el riesgo de no encontrar ya una razón válida para irme.

Durante esos tres días hablé mucho con un periodista norteamericano que había sido objeto de una amonestación bastante seria y que, por otra parte, compartía mi pasión por las historias de ciencia ficción paranoicas, cuyo paradigma es *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Rivalizábamos intercambiando títulos de cuentos y de películas y nombres de autores y, al llegar a Philip K. Dick, estuvimos de acuerdo: sus novelas, que describen con una intensidad aterradora la descomposición de la realidad y de las conciencias que la perciben, eran las únicas guías fiables para un viaje a la *twilight zone* rumana.

Una de ellas, *La penúltima verdad*, retrata a una humanidad que, a consecuencia de una guerra bacteriológica, se ha cobijado en refugios subterráneos donde lleva años viviendo una existencia atroz. A través de la televisión, saben que en la superficie la guerra hace estragos, que todas las semanas destruyen ciudades y que la atmósfera está todavía más envenenada. Pero un día empieza a circular un rumor: la guerra hace mucho que ha terminado; un puñado de poderosos, dueños de la red televisiva, organiza el simulacro bélico con el fin de mantener bajo tierra a una población demasiado numerosa y de disfrutar sin ella de

días apacibles bajo la bóveda estrellada. El rumor crece –lo peor es que, por supuesto, es cierto– y es fácil imaginar el odio, abyecto y justificado, que empuja a los hombres del subterráneo cuando se lanzan al asalto de la superficie. Esta clase de odio es el que el periodista americano y yo vimos brillar en los ojos de los mineros desembarcados en Bucarest para «salvar a la democracia», y confieso que formulamos el voto impío, en el bar del Intercontinental, de que un día se vuelva contra quienes lo atizaron.

Volví de Rumanía trastornado y convencido de que la mejor manera de relatar mi perturbación era escribir la biografía de Philip K. Dick. La tarea me ocupó dos años, durante los cuales seguí desde bastante distancia lo que ocurría en el mundo, en especial en lo que se dio en llamar la ex Yugoslavia. Al principio, cuando sólo se trataba de los serbios y los croatas, eran para mí como los sildavos y los bordurios en *Tintín*: pueblerinos bigotudos que llevan turbante y chalecos bordados, y proclives, cuando han bebido, a descolgar sus fusiles para matarse unos a otros en nombre de querellas muy antiguas, como la posesión de un campo que los serbios, de un modo difícil de comprender para otros que no sean ellos, consideran el lugar más sagrado de su historia porque fue el teatro de su derrota más dolorosa. Parecía, de lejos, tan desalentador como Rumanía, había motivos para pensar que la euforia del año 1989 había decaído pero, a falta de una opinión bien informada, yo escuchaba las conversaciones sin intervenir en ellas.

La mayoría de mis amigos, siguiendo a Alain Finkielkraut, tomaban partido por la independencia de los croatas en nombre del derecho de los pueblos a decidir por sí mismos. El argumento parecía irrefutable en aquella época: cuando uno quiere irse se va, no se retiene a un país por la fuerza en la cárcel de otro. Algunos disentían, sin embargo. En principio, si se aceptaba esto, habría que conceder el mismo derecho a cualquiera que lo reclamase, corsos, vascos, flamencos, italianos de la Liga Norte, y la cuestión no acabaría nunca. En segundo lugar, Francia era históricamente amiga de los serbios, que habían resistido a la Alemania nazi, mientras que los croatas no sólo habían sido pro nazis, sino especialmente fanáticos y sanguinarios. Los que esgrimían este argumento evocaban de buena gana la escena memorable de *Kaputt* en que Malaparte, al visitar al dirigente croata Ante Pavelić, vislumbra un cesto de cosas grises y viscosas, pregunta si

son ostras de Dalmacia y le responden que no, son veinte kilos de ojos serbios que le han traído de regalo a su jefe los valientes *ustachis*, como se llamaban los partisanos croatas; en el lado serbio se llamaban *chetniks*.

El último argumento me parecía el más convincente: aunque se considerara legítima la aspiración de los croatas a la independencia, la suerte de los serbios establecidos desde hacía mucho tiempo en su territorio se anunciaba poco envidiable. Mayoritarios y dominantes en Yugoslavia, serían minoritarios y estarían dominados en Croacia. Era comprensible su inquietud cuando los primeros gestos de la democracia croata, presidida por Franjo Tudjman, fueron suprimir en los lugares públicos las inscripciones en cirílico, despedir a los serbios de sus puestos en las administraciones y sustituir la bandera con la estrella roja de la Federación Yugoslava por la del tablero rojiblanco del Estado Independiente de Croacia, creado en 1941 por los alemanes, y que para quienes habían vivido la Segunda Guerra Mundial suscitaba más o menos las mismas asociaciones que la cruz gamada. Digo todo esto para recordar que en los primeros meses de la implosión de Yugoslavia, el reparto de papeles entre buenos y malos no era nada evidente, y que, aun en el caso de que hubiera en ello una buena dosis de propaganda, no era del todo delirante ver a los serbios de Croacia como una especie de judíos condenados a la persecución. Las cosas sólo empezaron a clarificarse con la destrucción espectacular de Vukovar, y es precisamente allí donde encontramos a Limónov.

En noviembre de 1991 le invitan a Belgrado para la presentación de un libro suyo y, durante una sesión de firmas, recibe la visita de hombres uniformados que le preguntan qué sabe de la República Serbia de Eslavonia. A decir verdad, poca cosa. Le explican que se trata de un enclave poblado por serbios en la punta oriental de Croacia. Como esos serbios no han querido participar en la secesión croata, la han hecho ellos mismos y los croatas no están de acuerdo, con lo cual es la guerra, y una posición clave de la misma, Vukovar, acaba de caer:

¿le apetece ir a verlo?

Eduard tenía otros planes, lo que sucede en su propio país le interesa más que estas disputas de campesinos balcánicos, pero piensa que a punto de cumplir cincuenta años nunca ha estado en una guerra, es una experiencia que deberá vivir algún día, y dice que sí. La excitación no le deja dormir esa noche. Al amanecer, dos oficiales vienen a buscarle al hotel. Entran en la autopista que une Belgrado, capital de Serbia, con Zagreb, capital de Croacia. Esta autopista, desierta de turismo desde el comienzo de las hostilidades, está por el contrario jalonada de barreras y *checkpoints*. Mientras unos soldados controlan los documentos de los viajeros, otros les apuntan con sus armas, y la sospecha aumenta cuando se dan cuenta de que Eduard, aunque ruso y por ello supuestamente pro serbio, tiene pasaporte francés, lo que quiere decir católico y presunto pro croata. Las cosas se arreglan con algunos insultos bien sentidos contra Tudjman y Genscher, el ministro de Exteriores alemán, que ha abogado ante sus homólogos europeos por el reconocimiento de Croacia independiente y pasa por ser en Belgrado el teórico de un Cuarto Reich. Prometen colgarle al uno con los intestinos del otro, toman un trago para sellar esta promesa y reemprenden la ruta.

Un detalle debería incomodar a Eduard en la versión de los hechos que le exponen: que todos los militares que defienden la causa serbia llevan el uniforme del ejército federal yugoslavo, que todavía existe y que se abstiene en teoría de tomar parte en el conflicto, pero que en realidad, como su inmensa mayoría está compuesta de serbios, acaba de machacar a conciencia Vukovar y todas las posiciones croatas de las intermediaciones. Este detalle resta credibilidad a la comparación que he esbozado, y que desarrolla complacientemente el oficial encargado de acompañar a Eduard, entre la suerte de los serbios y la de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial: ¿te imaginas que estos últimos, para defenderse de los nazis, hubieran contado con el apoyo indefectible de la Wehrmacht? Una cuestión que a Eduard le importa un bledo. Lo que a él le gustan son los soldados en armas, los

blindados, los sacos terreros, los uniformes de color verdín que se destacan de la nieve, los tiros de mortero que se empiezan a oír a lo lejos. Es atravesar, enseguida, pueblos cuyas ruinas humean todavía. Es poder creerse en 1941, y no en 1991, en este rincón glacial de los Balcanes. Es la guerra, la de verdad, donde su padre no estuvo y él sí, ahora.

Vukovar ha sido liberado por las tropas serbias hace dos días. Tampoco mueve un músculo cuando, sin ironía, llaman «liberación» a esta destrucción total que ve a su alrededor. Berlín también estaba en ruinas cuando la liberó el Ejército Rojo y a Berlín, en más pequeño, recuerda esta bonita ciudad que antaño fue de los Habsburgo. Cuando vuelva a pasar por Belgrado, un escritor al que le contará su aventura le preguntará ingenuamente en qué hotel se ha hospedado, y Eduard, midiendo lo que separa a un civil como su interlocutor de un hombre que como él ha visto la guerra de cerca, renuncia a explicarle que ya no hay hoteles en Vukovar, que quedan muy pocas casas todavía en pie y ninguna de ellas en condiciones habitables. Es sólo una escombrera de hierros retorcidos, de vidrio machacado, que unos bulldozers han empezado a recoger. A causa de las minas, está prohibido salirse de la calzada para mear. Ni un pájaro en el cielo. Pocos muertos, ya los han evacuado, pero los ve hasta hartarse cuando le llevan a visitar el centro de identificación de cadáveres.

Cuerpos torturados, violáceos, carbonizados. Gargantas degolladas. Olor a carne que se descompone. Sacos de despojos humanos que unos soldados descargan de camiones. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Serbios? ¿Croatas? «Serbios, por supuesto», le responde el oficial que le guía. Parece asombrado por la pregunta: para él, las víctimas de la guerra son por definición serbios, y sus verdugos croatas. Puede que sea verdad cincuenta kilómetros más allá, y más difícil afirmarlo en los linderos de una ciudad croata literalmente aniquilada por la artillería serbia (en fin, federal..), y cuya cuarta parte de la población no acude al alistamiento. Da igual. Eduard sabe que en

ambos bandos hay el mismo número de campesinos injustamente expulsados de sus casas, de víctimas inocentes y combatientes valerosos. No cree que un bando tenga toda la razón y el otro esté totalmente equivocado, pero tampoco cree en la neutralidad. Un neutral es un gallina, Eduard no lo es y siente que el destino le ha situado al lado de los serbios.

Se siente a gusto con ellos. Se siente a gusto al atardecer cerca de los braseros donde hombres mal afeitados se calientan las manos hinchadas, con las uñas negras. Se siente a gusto por la noche en el barracón donde flota el olor pesado de la estufa de carbón, licor de ciruela y pies. De niño soñaba con estos vivaques y esta fraternidad guerrera, el azar se los negó y ahora, sin previo aviso, en un giro del camino, le devuelve todo aquello para lo que estaba hecho. Piensa que en dos horas de guerra se aprende más sobre la vida y los hombres que en cuatro decenios de paz. La guerra es sucia, cierto, la guerra es insensata, ¡pero mierda! También la vida civil es insensata a fuerza de ser monótona y razonable y reprimir los instintos. La verdad es que nadie se atreve a decir que la guerra es un placer, el más grande de todos, pues de lo contrario se detendría de inmediato. Es como la heroína: una vez que la has probado quieres tomarla otra vez. Se habla de una auténtica guerra, por supuesto, no de «acciones quirúrgicas» y otras chorradas buenas para los americanos, que quieren hacer de policía en casa de los demás sin poner en peligro a sus preciosos soldaditos en combates «en tierra». El gusto por la guerra, la auténtica, es tan natural en los hombres como el gusto por la paz, es una idiotez querer amputarlo repitiendo virtuosamente: la paz está bien, la guerra está mal. En realidad es como el hombre y la mujer, el *yin* y el *yang*: hacen falta los dos.

Las guerras en la ex Yugoslavia no las libraron, o poco, ejércitos regulares, sino milicias, y llegados a este punto quisiera convocar al estrado a dos testigos que siguieron sobre el terreno toda esta contienda y escribieron libros sobre ella. Se trata de Jean Rolin y Jean

Hatzfeld. El primero es amigo mío, conozco un poco al segundo, admiro a los dos. Ellos dos están muy unidos y sus relatos coinciden. El de Jean Rolin se titula *Campagnes*, y el de Jean Hatzfeld *L'Air de la guerre*.

En la primera página de *Campagnes*, Jean Rolin describe (cito) «una barrera de milicianos cuya obediencia no era fácil determinar. Era el principio de la guerra, hacía bueno, las pérdidas eran todavía limitadas en ambos bandos y completamente nuevo el placer de llevar armas y servirse de ellas para imponer tu ley, aterrorizar a los civiles, abusar de las chicas y, por último, gozar gratuitamente de todas esas cosas tan largas y costosas en tiempo de paz, cuando hay que trabajar, y aun así, para conseguirlas». A las hordas de jóvenes campesinos encantados de empinar el codo mientras disparan sus armas enseguida se sumaron toda clase de hinchas de fútbol, pequeños y grandes delincuentes, auténticos psicópatas, mercenarios extranjeros, eslavófilos rusos que llegaban para defender la ortodoxia (con los serbios), neonazis nostálgicos de los *ustachis* (con los croatas) y yihadistas (con los musulmanes de Bosnia, que pronto entrarán en escena). Aquel mundillo compartía una cultura paramilitar cuyos componentes, siempre según Jean Rolin, son los siguientes: «Traje de camuflaje, boina verde y Ray-Ban; kaláshnikovs, escopetas de repetición y metralletas Uzi decoradas con cantidad de pitufos autoadhesivos; alcoholismo feroz; 4x4 sin matrícula, sobrecargados de *chetniks* eufóricos, tatuados, con el pelo largo y la barba al viento que, de regreso del «frente» o de cualquier operación de limpieza, vociferan, ponen a tope sus aparatos de música, hacen chirriar los neumáticos, disparan al aire en el mejor de los casos, y si no contra la gente: furcias que gritan en la cocina mientras en el cuarto de baño cortan con una sierra de metales las costillas de un sospechoso; y este grafiti en una pared: «*We want war, peace is death.*»

Jean Hatzfeld, por su parte, muestra en acción a la más famosa de esas milicias en el bando serbio. Se trata de los «Tigres», cuyo jefe, un

tal Željko Ražnatović, figura apreciada del proxenetismo de Belgrado, conquistó sus galones de criminal de guerra con el nombre de Arkan. La escena, que Eduard podría haber presenciado, se desarrolla al día siguiente de la capitulación de Vukovar, en un almacén donde han reagrupado a los prisioneros croatas, descubiertos durante los últimos asaltos en las bodegas donde se habían refugiado. Están, en principio, bajo la protección del ejército federal, pero éste se aparta de buena gana para permitir que los milicianos de Arkan elijan entre los presos. Esta selección se realiza casi siempre en función de los agravios personales, porque vencedores y vencidos se conocen muy bien, desde el tiempo no tan lejano en que nadie se preocupaba de quién era serbio y quién era croata. Vivían en los mismos pueblos, en los mismos barrios. Estos cautivos grisáceos, aterrados, eran ayer los vecinos, los camaradas de taller o de taberna de los que hoy les obligan a subir a culatazos en camiones militares con un destino desconocido.

Hatzfeld describe a Arkan, que dirige la operación, como una especie de Rambo. En cuanto a sus hombres, para a uno de ellos al día siguiente en autostop, y es un tipo simpático, deportivo, que vuelve de permiso para ver a su madre y cuenta alegremente lo que sus compañeros les hacen a los *ustachis* –entiéndase, a los croatas– que caen en sus manos: «La prueba iniciática consiste en cortar lentamente la arteria yugular de un prisionero de rodillas. El chico precisa que al que se precipita, nervioso, le obligan a empezar de nuevo, que pocos se han negado y que quienes lo han hecho, por otra parte, han abandonado la patrulla. Dice que al principio, por supuesto, produce un efecto raro, pero que después te alegras de salir de juerga.»

He querido citar este testimonio antes de que se oiga la opinión de Eduard, que cuando se encuentran en el cuartel general de Erdut, cerca de Vukovar, consideró que Arkan era «fino y circunspecto», y se jacta de que le haya distinguido entre la multitud de periodistas. Bebieron *slivóvitza* juntos, estuvieron de acuerdo en todo. Gorbachov y Yeltsin merecían que les fusilasen, así como Tudjman y Genscher, había que hacer la revolución en Rusia, los intelectuales franceses que

apoyaban a los croatas eran unos irresponsables, etc. Eduard le preguntó a Arkan si aceptaría a voluntarios rusos. «Admitimos a todo el mundo», respondió Arkan con un gesto amplio. Aquel día nació una hermosa amistad, y meses más tarde, leyendo en *Le Monde* que un enfrentamiento en Bosnia entre serbios y musulmanes había concluido con ventaja para los milicianos de Arkan, a Eduard le brotaron lágrimas de los ojos. Fue a buscar la foto en que Arkan y él posan con el pequeño lince que era la mascota de la sección y, al mirarla, sintió que le invadía una luminosa nostalgia. «¡Cómo me gustaría, hermano Arkan, estar de nuevo a tu lado! ¡Qué impaciente estoy por volver a la guerra en los Balcanes!»

En la primavera de 1992, cuando acabaron provisionalmente los combates entre serbios y croatas y se trasladaron a Bosnia, empezamos a sentirnos mejor, al menos en los medios que yo frecuentaba. Los serbios, fanatizados en Belgrado por el horrible presidente Milošević y, sobre el terreno, por el turbio Radovan Karadžić, eran claramente los malos de la película, mientras que los musulmanes de Bosnia, representados por un hombre de cierta edad, con un bello rostro de humanista, Alija Izetbegović, sufrían una odiosa agresión; esta palabra resultaba débil, pronto prefirieron la de genocidio. Aquellos musulmanes rubios y de ojos azules que escuchaban música clásica en pisos desbordantes de libros eran musulmanes ideales, soñábamos con tener otros parecidos en nuestro país, y en especial se les atribuía a ellos el mérito de la armoniosa sociedad multiétnica que había convertido a Sarajevo en el símbolo de la Europa como nos habría gustado que fuera siempre. Afanosos de defender esta Europa e inflamados por el recuerdo de la guerra de España, varias personas a mi alrededor empezaron a visitar regularmente Sarajevo sitiado, durmiendo sin poder lavarse en casas bombardeadas, recorriendo en zigzag, bajo el fuego de francotiradores, calles con las aceras reventadas, embriagados por el pensamiento de que quizá aquel día sería el último, y a menudo, si el lugar se prestaba, se enamoraban.

Retrospectivamente, me pregunto por qué me privé de algo tan novelesco y enriquecedor. Un poco por miedo: sin duda habría ido si no me hubiera enterado, en el momento en que me lo proponían, de que a Jean Hatzfeld acababan de amputarle una pierna después de haber recibido una ráfaga de kaláshnikov. Pero no quiero abrumarme: era también por circunspección. Desconfiaba, desconfío siempre de las uniones sagradas, aun reducidas al pequeño círculo que me rodea. En la misma medida en que me creo sinceramente incapaz de violencia gratuita, me imagino fácilmente, quizá demasiado bien, las razones o el

concurso de circunstancias que en otras épocas podrían haberme empujado a la colaboración, el estalinismo o la revolución cultural. Tengo quizá una tendencia excesiva a preguntarme si entre los valores evidentes en mi medio, los que las personas de mi tiempo, de mi país, de mi clase social, creen insuperables, eternos y universales, no habrá algunos que algún día parecerán grotescos, escandalosos o simplemente erróneos. Cuando personas poco recomendables como Limónov o sus semejantes dicen que la ideología de los derechos humanos y la democracia es exactamente hoy día el equivalente del colonialismo católico –las mismas buenas intenciones, la misma buena fe, la misma certeza absoluta de que aportan a los salvajes la verdad, la belleza, el bien–, este argumento relativista no me entusiasma, pero no tengo nada sólido que oponerle. Y como en cuestiones políticas soy fácilmente de la opinión del último que ha hablado, prestaba un oído atento a las mentes sutiles que explicaban que Izetbegović, presentado como un apóstol de la tolerancia, era en realidad un musulmán fundamentalista rodeado de muyahidines, determinado a instaurar en Sarajevo una república islámica y muy interesado, al contrario que Milošević, en que el asedio y la guerra durasen el mayor tiempo posible. Que los serbios, en su historia, habían sufrido suficientemente el yugo otomano para que se comprenda que no tienen ganas de volver a padecerlo. Por último, que en todas las fotos publicadas por la prensa y que muestran a víctimas *de los serbios*, una de cada dos, si se miraba bien, era una víctima *serbia*. Yo sacudía la cabeza: sí, el asunto era más complicado.

A este respecto escuchaba a Bernard-Henri Lévy alzarse precisamente contra esta fórmula que, según él, justificaba todas las cobardías diplomáticas, todas las abdicaciones y todas las moratorias. Responder con estas palabras: «Es un asunto más complicado», a los que denuncian la limpieza étnica de Milošević y su camarilla, es exactamente igual que decir que sí, sin duda, los nazis exterminaron a los judíos europeos, pero visto de cerca es un tema más complicado. No, bramaba Bernard-Henri Lévy, no es más complicado, todo lo contrario, es trágicamente simple, y yo también sacudía la cabeza.

Recuerdo que por esa época había hojeado un librito que se titulaba, sin ambigüedad, *Con los serbios*, firmado conjuntamente por una decena de escritores franceses, Besson, Matzneff, Dutourd, mucha gente de *L'Idiot*, para reaccionar contra la demonización de todo un pueblo, «escogido como chivo expiatorio por los amos del nuevo orden mundial [entiéndase los norteamericanos] para consolidar su dominación terrorista». La empresa me había parecido valiente, a falta de otra cosa, porque los autores no sacaban ningún provecho de ella. Lo cual sé que no dice nada en favor de sus tesis. No se extrae ningún provecho de ser negacionista ni tampoco se extraía declarándose fascista en 1945, como hizo después de la ejecución de Robert Brasillach su cuñado, Maurice Bardèche, que se había mantenido más o menos tranquilo bajo la ocupación y podía confiar en escapar a la tormenta cuando llegase la liberación. Esta valentía no tiene nada que ver con la clarividencia, me parece idiota, pero es valentía, de todos modos. Como me costaba mucho abordar esta parte de mi libro y para protegerme multiplicaba lecturas, búsquedas y documentación, llegué hasta a releer este libelo y me produjo la misma impresión que quince años antes. En él se encuentra un fondo de la serbofilia tradicional francesa, que por otra parte era la de Mitterrand (Jean Dutourd: «¿Qué ganará Francia peleándose con viejos camaradas –los serbios–, en favor de gente con la que nada le une, los bosnios, los kosovares, y que no se lo agradecerá en absoluto?») y, para los jóvenes, sus argumentos se resumen así: he ido a Belgrado, las chicas son guapas, la *slivóvitza* corre a raudales, se canta hasta altas horas de la noche, la población no es en absoluto bárbara sino orgullosa, púdica, ofendida porque la mira mal todo el mundo, empezando por los franceses, a los que siempre han considerado amigos. De acuerdo, había pensado yo, pero la cuestión no es ésta, y puesto a dejarme impresionar, yo que no estaba allí, por el argumento: «yo estaba», me parece más convincente cuando viene de personas que estuvieron en el frente, en los dos bandos o en los tres, no sólo en la retaguardia de uno solo, y que no estuvieron allí unos días sino varios meses. En el fondo, los testigos de los que me fiaba y de los que pienso, al releerlos hoy, que tenía razón en fiarme de ellos, son los

dos Jean: Rolin y Hatzfeld.

Creo que a ninguno de los dos les gustaría ocupar en estas páginas el papel de héroe positivo. Qué le vamos a hacer. Admiro su valentía, su talento y sobre todo el hecho de que, al igual que su modelo George Orwell, prefieren la verdad a lo que les gustaría que lo fuera. No más que Limónov, tampoco fingen ignorar que la guerra es algo excitante y que no vas a ella, cuando puedes elegir, por virtud, sino por gusto. Les gusta la adrenalina y el amasijo de chalados que se encuentran en todas las líneas del frente. Los sufrimientos de las víctimas les afectan, cualquiera que sea su bando, y hasta pueden comprender hasta cierto punto los móviles de los verdugos. Sienten curiosidad por la complejidad del mundo y si observan un hecho que milita en contra de su opinión, en lugar de ocultarlo lo ponen de relieve. Así, Jean Hatzfeld, que creía por un reflejo maniqueo que había caído en una emboscada de unos francotiradores serbios decididos a cazar a un periodista, al cabo de un año de hospital volvió a Sarajevo a investigar y la conclusión de sus averiguaciones fue que los tiros que le costaron la pierna procedían, mala suerte, de milicianos bosnios. Esta honestidad me impresiona tanto más cuanto que no desemboca en el «todo es igual» que constituye la tentación de las mentes sutiles. Porque llega un momento en que hay que elegir bando, y en todo caso el lugar desde donde se observarán los acontecimientos. Durante el sitio de Sarajevo, pasado un primer tiempo en que, de un golpe de acelerador y al precio de grandes pavores, se podía disparar desde los límites de un frente al otro, la elección consistía en seguirlo desde la ciudad sitiada o desde las posiciones del asedio. Incluso para hombres tan reacios como los dos Jean a sumarse al rebaño de las buenas almas, esta elección se imponía de un modo natural: cuando hay uno más débil y otro más fuerte, consideramos quizá una cuestión de honor dejar constancia de que el más débil no es todo blanco ni el más fuerte todo negro, pero nos ponemos al lado del primero. Vamos a donde caen los obuses, no al lugar desde donde los lanzan. Cuando la

situación se invierte, hay desde luego un instante en que te sorprende experimentar, como Jean Rolin, «una satisfacción innegable en la idea de que por una vez eran los serbios los que recibían en las narices todo aquello». Pero ese instante no dura, la rueda gira y si eres esa clase de hombre, te ves abocado a denunciar la parcialidad del Tribunal Internacional de La Haya, que persigue sin desmayo a los criminales de guerra serbios mientras que abandona a sus homólogos croatas a la benevolencia previsible de sus propios tribunales. O incluso haces reportajes sobre la situación horrible que viven hoy los serbios derrotados en su enclave de Kosovo. Es una regla siniestra, pero rara vez desmentida, que se intercambian los papeles entre verdugos y víctimas. Hay que adaptarse deprisa, y no asquearse con facilidad, para mantenerse al lado de las segundas.

Paweł Pawlikowski es un cineasta inglés de origen polaco con el que comparto muchas curiosidades y con cuyo camino me he cruzado varias veces al escribir este libro. Dedicó un documental conmovedor a Vénichka Yeroféiev, el autor de *La bella de Moscú*, el héroe del *underground* brezhneviano al que, en los últimos meses de su vida, le descubrí miserable, alcohólico, carcomido por el cáncer y engullido por un abandono que Limónov probablemente juzgaría sin misericordia, pero que a mí me bañó los ojos de lágrimas. En 1992, a Paweł le inquietaba la retórica, tan ardiente en Londres como en París, que presentaba a los serbios como los herederos de los nazis. Al igual que los míos, sus amigos periodistas, escritores, cineastas, se acuartelaban en la Sarajevo sitiada, y le entraron ganas de ir a ver lo que se pensaba en el otro bando.

Acabó filmando a músicos que, delante de los vivaques de soldados, cantaban acompañándose con la zanfoña melopeas casi tan venerables como nuestra *Chanson de Roland*, donde se habla de la derrota en la tierra y la victoria en el cielo, y de incendiar las casas de los turcos. Paweł siguió el eco de estas canciones en bodas campesinas y en rondas de escolares, pero escolares armados con kaláshnikovs. Sustituían los nombres de los valientes de hace seis siglos por el de los valientes actuales: Radovan (Karadžić) y Ratko (Mladić, el jefe militar de los serbios). Filmó un consejo de guerra donde se ve a Radovan y Ratko inclinados sobre mapas que señalan con rotulador, desplazando fronteras y con ellas poblaciones, e intentando ponerse de acuerdo sobre lo que se puede conceder y lo que no se debe a ningún precio: exactamente el ejercicio que dejó extenuados a ejércitos de diplomáticos en Lisboa, en Ginebra, en Dayton, sólo que aquí están en su casa y es algo realmente fascinante observar. Y filmó Pale, la estación de deportes de invierno que, construida en 1980 para los Juegos Olímpicos de Sarajevo, servía de capital a la «República Serbia

de Bosnia»: una especie de Vichy balcánico con chalés y pistas de bobsleigh en lugar de termas.

En Pale, en el comedor de oficiales, se fijó en un hombrecillo de gruesas gafas, con el pelo a cepillo, que llevaba encima de su chaquetón de cuero un capote del ejército federal y, sin formar parte de ellos, parecía hacer buenas migas con un grupo de *chetniks* especialmente disuasorios. La pistola 7.65 que le chocaba contra el muslo producía en él, pensó Paweł, el efecto de un disfraz. Lo lucía como los turistas lucen en Tahití los collares de flores que te ofrecen a modo de bienvenida al descender del avión.

Había un equipo de Antenne 2 almorzando. Al oírles hablar en francés, el tipo se dirigió hacia ellos. Se presentó de la forma directa que es habitual en la guerra: Eduard Limónov, escritor, interesado por los puntos calientes del planeta. Presente en Vukovar en diciembre, en Transnistria en julio. «Una especie de Bernard-Henri Lévy», añadió con una risita, «pero no totalmente de la misma opinión.» Los miembros de Antenne 2 le miraron, primero perplejos y después asqueados. «¿Cree usted que es normal que los periodistas vayan armados?», preguntó uno. Otro le tachó directamente de cabrón. El ruso no debía de esperarse esta reacción, pero no se arrugó. «Podría matarles», dijo y, señalando a los *chetniks*: «Sería un fastidio para mis amigos, pero creo que me cubrirían. Permítanme decirles únicamente que no soy periodista. Soy un soldado. Un grupo de intelectuales musulmanes persigue ferozmente el sueño de instaurar aquí un Estado musulmán, los serbios no lo quieren, yo soy amigo de los serbios y a ustedes les mando a la mierda con esa neutralidad que siempre es pura cobardía. Buen provecho.»

Dicho esto, giró sobre sus talones y se reunió con los *chetniks* de la mesa. La comida continuó en un silencio sepulcral. Al salir del comedor, el ingeniero de sonido le dijo a Paweł que él sabía quién era el tal Limónov. Había leído un libro suyo. Un libro magnífico, por otra parte, donde contaba sus años de privaciones en Nueva York y que se dejaba dar por el culo por negros. Paweł soltó una carcajada: «¿Que los

negros le daban por el culo? ¿Tú crees que lo sabrán sus amigos *chetniks*?»

En el otro bando había escritores extranjeros a punta de pala. En éste era mucho más raro. A Paweł se le ocurrió la idea de preguntarle al enculado ruso si aceptaría entrevistar a Karadžić para su película. Este artificio le servía porque no quería ni voz en off ni micrófono abierto, ninguna de las plagas del documental perezoso. De este modo, en *Serbian Epics*, una producción de la BBC que posteriormente cosechó muchos premios y tuvo una amplia difusión, se ve «*al famoso escritor ruso Eduard Limónov*» entrevistarse con el *doctor Radovan Karadžić, psiquiatra y poeta, líder de los serbios bosnios*». La escena tiene lugar en los altos desde donde las baterías serbias machacan Sarajevo, que situado en el fondo de una cuba ofrece una diana ideal. Casi continuamente se oyen estruendos de morteros. Unos soldados rodean a los dos hombres. De elevada estatura, vestido con un amplio abrigo, la pelambreira blanquinegra agitada por el viento como el follaje de una encina, Karadžić impone, y lamento decir que Limónov, endeble a su lado, con una chaquetilla de cuero negro, da la impresión de un pálido maleante de barrio que trata de quedar bien con su padrino. Sacude la cabeza respetuosamente cuando Karadžić le explica que él y los suyos no son agresores, sino que solamente quieren recuperar las tierras que les pertenecen desde siempre. Con una sinceridad que no despierta ninguna duda, pero que no le impide tener un aspecto de chusquero, Eduard responde, en nombre de sus compatriotas rusos y de todos los hombres libres del mundo, que admira el heroísmo de que han dado prueba los serbios al tener a raya heroicamente a quince países coaligados contra ellos. Después, entre poetas, hablan de poesía. Karadžić, pensativo, recita algunos versos de una oda que compuso hace veinte años y que describe Sarajevo entregada a las llamas. Sigue un momento de silencio, cargado de esas cosas misteriosas que son las premoniciones, y que se interrumpe cuando llaman al presidente por teléfono. Es su mujer. Se aísla para hablar con ella en la carcasa medio calcinada de una cabina del teleférico donde han instalado al aparato de campaña. Dice «sí, sí», se le nota irritado. Durante ese tiempo, un

soldado juega con un perrito (describo los planos de la filmación) y Limónov, al que han dejado solo, da vueltas alrededor de otro soldado que se dedica a engrasar su metralleta. Al verle fascinado, y sin duda deseoso de agradar a un invitado importante, el soldado le propone probar, si le apetece. Eduard se pone detrás de la ametralladora, como un niño. Obedece dócilmente cuando el soldado le muestra la posición adecuada. Por último, siempre como un niño al que animan las risas y las palmadas en la espalda de los adultos, pierde toda inhibición y acaba –tata-ta-ta-ta– vaciando el cargador en dirección a la ciudad sitiada.

No vi el documental cuando lo emitieron en la televisión francesa, pero enseguida circuló el rumor de que mostraba a Limónov matando a transeúntes en las calles de Sarajevo. Quince años después, cuando se le interroga al respecto, se encoge de hombros y dice que transeúntes no: disparaba hacia la ciudad, sí, pero apuntando al vacío o al cielo.

Observadas con atención, las imágenes le dan más bien la razón. Un plano general, al principio de la secuencia, indica que se desarrolla en alturas bastante alejadas, desde donde se lanzan morteros contra los edificios, y no más abajo, donde los francotiradores apuntan a los viandantes. Pero al plano en que Limónov se divierte con la ametralladora sucede otro de la ciudad súbitamente más cercana, y este cambio de escala presentado como un contracampo es un poco perverso. Queda en suspenso la cuestión de si a Limónov le hubiese turbado disparar de verdad contra personas y si lo hizo o no en otras circunstancias. Lo que está claro es que esas imágenes y los relatos que han circulado sobre ellas le hicieron pasar entre sus amigos parisinos del rango de aventurero de encanto al de casi criminal de guerra. También es seguro que cuando me puse en contacto con Paweł Pawlikowski y conseguí que me enviara un DVD, *Serbian Epics* me dejó tan frío que abandoné mi libro durante más de un año. No tanto porque en las imágenes se vea a mi héroe cometiendo un crimen –es

cierto que no se ve nada de eso—, sino porque es ridículo. Un muchachito jugando a hombre duro en las barracas de feria. Es lo que, en su tipología de los iluminados a los que atrae la guerra, Jean Hatzfeld llama un *mickey*.

Circula otra historia desagradable sobre la estancia de Limónov en Sarajevo. En un restaurante de Pale llamado el *KonTiki*, Eduard participa en un banquete de oficiales que beben y brindan cómo húsares de Lérmontov. Un violinista sobre una tarima alegra a los comensales: es un prisionero musulmán. En un momento dado, a los serbios les parece divertido obligarle a acompañar uno de esos cantos *chetniks* que se oyen en la filmación de Paweł, y en el que se habla de prender fuego a las casas de los turcos. Limónov —al menos él lo cuenta así— lo juzga de dudoso gusto y, para reconfortar al músico, se le acerca y le ofrece un vaso de *rakija*, el matarratas local. El otro responde secamente que su religión le prohíbe beber alcohol. Avergonzado por su metedura de pata, Limónov quiere batirse en retirada, pero un serbio que ha oído el diálogo lo remata con una estupidez: «¡Haz lo que dice mi amigo ruso! ¡Bebe! ¿Vas a beber, perro turco?»

Vemos la escena: es horrible.

El resto de la velada, Limónov siente encima el peso de la mirada del violinista. El hombre ha interpretado su metedura de pata bienintencionada como la voluntad deliberada de humillarle, y aunque en última instancia puede comprenderlo en el caso de los serbios, que son sus enemigos, y a los que trataría con la misma crueldad si los papeles se invirtieran, le parece mucho más imperdonable por parte de un extranjero. Eduard se siente tan mal que, más tarde, en el banquete, vuelve hacia el violinista para explicarse, justificarse, pero el otro le dice fríamente: «Te odio. ¿Comprendes? Te odio.» A lo que Eduard responde: «Vale. Tú estás preso, yo libre. No puedo pelear contigo, sólo me queda tragar. Has ganado.»

¿Qué pensar de esta historia? A primera vista, que debe de ser cierta, y cierta tal como la cuenta, ya que nada le obligaba a contarla.

Pero es más complicado. De hecho, primero la contó un testigo, un fotógrafo húngaro, como un rasgo de crueldad innoble por parte de Limónov. La anécdota circula. Acabas encontrándola cuando buscas «Limónov» en Google. Por tanto, no tenía más remedio que dar su versión, y es posible que esta pifia, en la cual se ha injertado un horrible malentendido, sea lo más plausible que Limónov ha encontrado para encubrir una auténtica ignominia, cometida a impulsos de su buen humor *chetnik* y de la que, con razón, se avergüenza. Personalmente yo no lo creo, porque no creo que Eduard sea vil ni mentiroso, pero ¿quién sabe?

VII. Moscú, París, República Serbia

de Krajina, 1990-1993

1

Los últimos meses de su vida, Sájarov, extenuado, no cesaba de repetir a Gorbachov: «La elección es simple, Mijaíl Serguéievich. O va con los demócratas, que usted sabe que tienen razón, o va con los conservadores, que usted sabe que no solamente se equivocan, sino que además le traicionarán. No sirve de nada contemporizar.» «Sí, sí, Andréi Dmítrievich», suspiraba Gorbachov, un poco molesto y digiriendo mal que los sondeos señalen a Sájarov como el hombre más popular del país. «Todo esto está muy bien, pero el problema, entretanto, es reformar el Partido.» «En absoluto», respondía con su voz clara Andréi Dmítrievich. «El problema no es reformar el Partido, sino liquidarlo. Es la primera condición para tener una vida política normal.»

Cuando le decían este tipo de cosas, Gorbachov ya no escuchaba. El Partido, de todos modos... Reincidía en sus tergiversaciones de político que trata de contentar a todo el mundo, un día se creía el Papa y al siguiente Lutero, y el resultado era que le detestaban por igual los demócratas y los conservadores.

Las referencias políticas que se usan en Francia se transponen bastante mal en Rusia, derecha e izquierda no quieren decir allí gran cosa, pero estas palabras no me parecen demasiado inadecuadas. Los demócratas, en definitiva, querían la democracia y los conservadores conservar el poder. Los primeros, habitantes de ciudades, más bien

jóvenes, más bien intelectuales, al principio adoraban a Gorbachov pero estaban decepcionados porque ya no se atrevía a avanzar. En el desfile del 1 de mayo de 1990, en la Plaza Roja, llegaron a abuchearle. Para entonces ya estaba permitido, y es turbador pensar que el hombre a quien su pueblo debía, a pesar de todo, la apertura del cerrojo, tuviera que recibir los insultos que en otro tiempo soñaban con dirigir a Brézhnev y su camarilla: ¡el partido a la basura, y Gorbachov con él!

Sin embargo, los más temibles no eran estos descontentos. En el entierro de Sájarov, cuando un joven había comparado al difunto con Obi-Wan Kenobi y a Gorbachov con un Jedi patoso, el periodista le preguntó quién encarnaba a Darth Vader, y el joven había respondido que por desgracia no faltaban candidatos. De hecho, en el Politburó y en el complejo militarindustrial era difícil elegir entre los *hard-liners*, como llaman los anglosajones a los conservadores cuando realmente no bromean. Pero estos últimos eran, de acuerdo con la gran tradición soviética, tan grises y sin carisma que garantizaron el éxito mediático de un segundo espada hoy día muy olvidado: el coronel Víktor Alksnis.

Eduard le conoció durante una breve estancia en Moscú, en un estudio de televisión. Les habían invitado a ambos para desempeñar, frente a demócratas, antiguos disidentes y personas de Memorial, el papel de los anti-Gorbachov en funciones. Vestido de cuero negro, con un rictus feroz, Alksnis tenía aspecto de un actor poco dotado que estudia a fondo su audición para un papel de malo en el que arroja a sus enemigos al foso de los cocodrilos. Representante en el Parlamento de los militares soviéticos con base en Letonia, denunciaba a los separatistas bálticos, preconizaba la ley marcial y hacía un llamamiento a la unión sagrada de los «marxistas-leninistas, estalinianos, neofascistas, ortodoxos, monárquicos y paganos» para salvar al país de la desintegración a la que le abocaban personas que no lo amaban y querían someterlo al dominio extranjero. Conociendo como empezamos a conocer el discernimiento político de nuestro héroe, no es de extrañar que Alksnis y él hicieran tan buenas migas. Después del

programa, «el coronel negro», como le llamaban, presentó a Eduard a sus camaradas de armas, cuyos nombres ahorro al lector y a los que bastará con describir como una atractiva y pequeña banda de militares y de chequistas, lectores de *Mein Kampf* y de *Los protocolos de los sabios de Sión*, editores de octavillas ultranacionalistas como *Dien* («El día»), que se autoproclamaba el «periódico de la oposición espiritual», al que los demócratas apodaban «el ruiseñor del estado mayor» y en el que Eduard se inició como periodista ruso. Cuando volvió a París, Alksnis y él mantuvieron el contacto, se telefoneaban, se enviaban faxes, se animaban mutuamente ante la perspectiva de un golpe de Estado que parecía inminente.

Cada vez más acorralado, Gorbachov estaba siempre, es preciso decirlo, cada vez más ciego. En enero de 1991, aprovechando que el mundo entero seguía por la televisión la primera guerra del Golfo, los carros rusos entraron en Vilnius y, al encontrar resistencia, se retiraron dejando en la calle una quincena de muertos. Ese «domingo negro» acabó desacreditando a Gorbachov ante los demócratas: después de esto, ¿quién quería seguir hablando de socialismo con rostro humano? Para disculparse, tanto de la tentativa como de su fracaso, fingió que no estaba enterado, y todos se preguntaron qué era lo peor: que mintiese o que fuera totalmente ajeno al asunto. El ejército multiplicaba sin informarle los movimientos de tropas y los incidentes fronterizos, preferentemente durante cumbres internacionales para ponerle en una situación incómoda ante su querida opinión occidental, pero curiosamente no parecía sentirse incómodo. Al contrario, sonreía cada vez más en las fotos. El secretario general del partido, con un mandato otorgado por el mismo, tachaba con desdén de «presunto demócrata» a Borís Yeltsin, que acababa de ser nombrado presidente de Rusia por sufragio universal: lo cual engrandecía aún más a Yeltsin, pero Gorbachov no parecía darse cuenta. El fiel Shevardnadze dimitía de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores y declaraba públicamente que se estaba implantando la dictadura, pero Gorbachov hacía caso omiso

de la advertencia. El todavía fiel Yákovlev no dimitía, pero cada vez que se despedía de un periodista le decía: «Adiós, hasta la próxima..., bueno, si es que no estoy en Siberia.» Con la energía de la desesperación, trataba de poner a su jefe en guardia contra la sedición cada vez más abierta del Politburó, pero Gorbachov se encogía de hombros y respondía: «No pasa nada, usted siempre exagera, les conozco bien, son buenos chicos, un poco testarudos. Todo está controlado.»

Con esta disposición confiada parte a disfrutar de unas vacaciones bien merecidas en la villa fastuosa que se ha hecho construir en Crimea. Y es allí donde de repente le cortan el teléfono, le aíslan, rodean el perímetro. Durante este tiempo, el puñado de generales –cuyo nombre esta vez cito, porque a pesar de todo formaron parte de la historia: Kriuchkov, Yázov, Pugo e Yanáiev– declara el estado de emergencia y al instante comienza a no dar pie con bola, entregando el poder al más lastimoso de ellos, el vicepresidente Yanáiev. El desventurado pasará los cuatro días siguientes en tal estado de pánico que tendrán que sacarle por la fuerza del despacho donde se ha enclaustrado para que dé una conferencia de prensa televisada. No obstante la tentativa a la antigua de aherrojar a los medios de comunicación, se le verá con las manos temblorosas, la mirada perdida, presentado como triunfador y sin embargo ya vencido. Esta impresión de farsa es el elemento más extraño en el golpe de agosto de 1991. Se debe a la personalidad de los conjurados, que eran mediocres y sobre todo borrachos. Se embriagaron enseguida. No de poder, no: de alcohol. Borrachos como una cuba. Mamados hasta las patas. Y muy pronto, cuando a consecuencia de la bebida aparecía la tristeza, intuyeron que aquello no iba a funcionar, que estaban haciendo una gran gilipollez, pero ya no podían volverse atrás. La alerta había sonado, los carros entraban en Moscú, había que seguir adelante, pero los ánimos no les acompañaban. Habrían preferido acostarse con una aspirina y un tarro de pepinillos, taparse la cabeza

con la manta y aguardar a que escampase.

Por el momento, sin embargo, los demócratas creyeron algo en lo que habían dejado de creer desde hacía unos años: que tras un segundo deshielo la banquisa volvía a formarse, que había sido una locura confiar y no haber huido mientras aún era posible. El golpe podría haber triunfado. Todo dependía del ejército. Los jóvenes reclutas que recibieron la orden de avanzar hacia Moscú tenían un miedo atroz de hacer lo que sus padres habían hecho en Praga en 1968, y necesitaron valor para obedecer, más que a sus jefes, a Yeltsin, que les presionaba para que se mantuvieran al lado de la ley y el Estado.

Con un sentido excepcional del simbolismo, Yeltsin organizó la resistencia desde la sede del Parlamento, al que en Moscú llaman la Casa Blanca, y durante esos días históricos hubo para el mundo entero otra Casa Blanca que la de Washington. La de Moscú se convirtió en el teatro del combate de Rusia por la democracia. La imaginería gloriosa de agosto de 1991, digna del juramento del Jeu de Paume o de Bonaparte en el puente de Arcole, es la figura de Yeltsin encaramado a un carro delante del Parlamento. Es la de Rostropóvich que corre a montar guardia en la puerta del despacho de Yeltsin en la Casa Blanca. Es la estampa de las multitudes moscovitas que acuden a defenderla, levantan barricadas y forman con sus cuerpos una muralla de la libertad. Son los carros que dan marcha atrás, las chicas que abrazan a los soldados e introducen flores en el cañón de sus fusiles. Es el inmenso suspiro de alivio del cuarto día, porque la pesadilla no se ha cumplido y van a seguir viviendo en libertad.

Los jóvenes de las ciudades, los que hacían referencia a *La guerra de las galaxias* para contar la historia de su país, veinte años más tarde recuerdan agosto de 1991 como uno de los momentos más intensos de su vida, una película de miedo absolutamente escalofriante y que terminaba en una explosión de entusiasmo. La URSS vuelve: qué mal flipe. La URSS se hunde en el ridículo: qué rollo más divertido. Porque también es hermoso, hermoso y justo, que los herederos de setenta años de opresión caigan no en un crepúsculo de los dioses wagneriano,

sino en el ridículo. Son títeres que definitivamente ya no asustan. Que en todo el mundo sólo han sido apoyados por Castro, Gadafi y Sadam Husein, los únicos fugitivos del círculo de los poetas muertos, pero también por nuestro presidente Mitterrand, el príncipe de las mentes sutiles, que llevaba el maquiavelismo hasta la estupidez y que, cuando le reprocharon su felicitación tan apresurada a los que creyó que eran los nuevos amos de la URSS, respondió con altivez que habría que juzgarlos por sus actos, como si un golpe de Estado no fuese un acto, y significativo.

La continuación de la historia es que Gorbachov vuelve de Crimea absurdamente bronceado, sin haber comprendido nada de lo que ha ocurrido y reteniendo sólo de todo el asunto los contratiempos que él y su familia han sufrido, aislados del mundo en su villa de jeque del petróleo. Tres de los golpistas se suicidan, y menos mal que queda Eduard para llorarles, porque, se piense lo que se piense de sus elecciones, él, por lo menos, es fiel y honra a los vencidos. El 23 de agosto, las televisiones de todo el planeta retransmiten el prodigioso momento teatral: la sesión parlamentaria en la que Yeltsin, después de haber obligado a Gorbachov a leer, con voz insegura, las actas del consejo durante el cual los ministros que él nombró deciden traicionarle, se inclina hacia él con un aire glotón:

–Ah, y a todo esto, se me olvidaba, hay que firmar este pequeño decreto...

–¿Pequeño decreto? –dice Gorbachov, alarmado.

–Sí, el que suspende las actividades del Partido Comunista ruso.

–¿Qué? ¿Cómo? –farfulla Gorbachov–. Pero si no lo he leído... no lo hemos debatido...

–No tiene importancia –dice Yeltsin–. Vamos, firme, Mijaíl Serguéievich.

Y Gorbachov firma.

Inmediatamente después se produce el derribo de la estatua de Dzerzhinski en la plaza de la Lubianka, sede del KGB. Sigue la sustitución de la bandera roja por la bandera tricolor del gobierno provisional de 1917. Y sobre todo, unos meses más tarde, tiene lugar otra borrachera histórica, la que reunió en secreto, en un pabellón de caza del bosque de Bieloviéjskaia, al presidente ruso Yeltsin, al presidente ucraniano Kravchuk y al presidente bielorruso Shushkiévich. Yeltsin ha abandonado Moscú sin decir a Gorbachov nada de lo que pensaba hacer, no han preparado nada, ninguno de los tres conspiradores tiene la menor idea de lo que son una federación o una confederación. Lo único que se repiten, en la sauna, soplando buenas dosis de vodka, es que sus tres repúblicas crearon la Unión en 1922 y que ello les da derecho a disolverlas. Yeltsin está tan borracho que los otros dos tienen que llevarle a la cama y, justo antes de desplomarse, llama a George Bush (padre) para darle la primicia: «George, nos hemos puesto de acuerdo con los compañeros. La Unión Soviética ya no existe.» Para que la humillación sea completa, el cometido de informar a Gorbachov recae en el más insignificante de la troika, Shushkiévich, quien asegura que Gorbachov, espantado, le habría respondido: «¿Y qué pasa conmigo?»

¿Qué será de él? Se convertirá en un jubilado opulento al que dejarán una dacha, una fundación, el derecho a dar conferencias sustanciosamente remuneradas hasta el fin de sus días. Para un zar destronado, y teniendo en cuenta las usanzas rusas desde la Edad Media, es un destino extraordinariamente generoso.

En el enfrentamiento romano entre Gorbachov y Yeltsin, los franceses se inclinaron desde el principio por el primero, e incluso me parece sorprendente que le hayan sido tan fieles sentimentalmente. Yeltsin tenía fama –y no la perdió al final de su reino– de militarote brutal, poco pulido, que desde el golpe de agosto de 1991 desempeñaba un papel poco claro. Gorbachov era nuestro héroe, los malos habían querido derrocarlo. Yeltsin había echado un cable a Gorbachov pero después no había parado de hundirle, por lo que no se sabía muy bien si era un hombre bueno o malo. Lo que decía rayaba en el populismo, algunos le veían incluso cara de dictador.

Mi madre era la única en Francia que, comulgando con la inmensa mayoría de rusos, hablaba de Gorbachov como de un *apparatchik* desbordado por las fuerzas que él mismo, sin quererlo, había activado, y de Yeltsin como del hombre que encarnaba la aspiración de su pueblo a la libertad. Formado por el comunismo, había tenido el valor de romper con él. Había seguido, al lado de Elena Bónner, el féretro de Sájarov. Era el primer presidente elegido que había conocido la historia de Rusia. Había defendido la Casa Blanca como La Fayette había tomado la Bastilla, declarado ilegal al partido que asfixiaba las conciencias y liquidado la Unión que aprisionaba a las naciones. En dos años se había convertido simplemente en un gran personaje histórico. Con el impulso adquirido, ¿conseguiría crear una democracia, una economía de mercado, una sociedad nueva en un país hasta entonces condenado al atraso y a la desdicha?

Consciente de su ignorancia en materia económica, Yeltsin se sacó del sombrero a un joven prodigio llamado Yegor Gaidar, una especie de Jacques Attali ruso y rechoncho, salido de la alta *nomenklatura* comunista y que profesaba una fe absoluta en el

liberalismo. Ningún teórico de la escuela de Chicago, ningún consejero de Ronald Reagan o de Margaret Thatcher creía en las virtudes del mercado con tanto fervor como Yegor Gaidar. Rusia nunca había conocido nada que se asemeje de cerca o de lejos a un mercado y el desafío era gigantesco. Yeltsin y Gaidar pensaron que había que actuar rápido, muy rápido, adoptar medidas vigorosas para atajar la reacción que había acabado con todos los reformadores desde Pedro el Grande. La píldora que había que hacer tragar la bautizaron «terapia de choque», y fue de verdad todo un choque.

De entrada, liberaron los precios, lo que causó una inflación del 2.600 % y condujo al fracaso de la iniciativa, emprendida en paralelo, de «privatización mediante bonos». El 1 de septiembre de 1992 todos los ciudadanos rusos mayores de un año recibieron por correo bonos de diez mil rublos, correspondientes a la parte de cada uno en la economía nacional. La idea, al cabo de setenta años en que no existió teóricamente el derecho de trabajar para uno mismo, sino sólo para la colectividad, consistía en interesar a la gente y lograr de este modo que prosperasen las empresas, la propiedad privada: en suma, el mercado. Pero ay, cuando llegaron los bonos, a causa de la inflación, ya no valían nada. Los beneficiarios descubrieron que a lo sumo podían pagarse con ellos una botella de vodka. Así que los revendieron en bloque a listillos que les proponían, pongamos, el precio de una botella y media.

Esos avispados, que en unos meses se vieron convertidos en los reyes del petróleo, se llamaban Borís Berezovski, Vladímir Gusinski, Mijaíl Jodorkovski. Había otros, pero para ahorrar tiempo al lector, sólo le pido que recuerde estos tres nombres: Berezovski, Gusinski, Jodorkovski. Los tres cerditos, que, como en las compañías teatrales arruinadas, donde hay más papeles que actores para interpretarlos, encarnarán desde ahora en este libro a todos los denominados oligarcas. Eran hombres jóvenes, inteligentes, enérgicos, no deshonestos por vocación, pero habían crecido en un mundo en que estaba prohibido hacer negocios y ellos tenían dotes para hacerlos, y de la noche a la mañana les habían dicho: «Adelante.» Sin reglas del

juego, sin leyes, sin sistema bancario, sin fiscalidad. Como decía, encantado, el joven pistolero de Yulián Semiónov: aquello era el Lejano Oeste.

Cada vez que volvías al cabo de dos o tres meses, como hacía Eduard entre dos escapadas por los Balcanes, la rapidez con que Moscú cambiaba era alucinante. Parecía eterna la grisura soviética y ahora, en las calles que habían ostentado los nombres de los grandes bolcheviques y que otra vez se llamaban como antes de la Revolución, los anuncios luminosos se superponían, tan apretados como en Las Vegas. Había embotellamientos y, al lado de los viejos Zhigulí, Mercedes negros con los cristales ahumados. No costaba encontrar todo lo que antaño atiborraba las maletas de los visitantes extranjeros para complacer a sus amigos rusos: vaqueros, discos compactos, cosméticos, papel higiénico. Apenas habían digerido la aparición de un McDonald's en la plaza Pushkin, se abría al lado una discoteca de moda. Antes, los restaurantes eran inmensos, lúgubres. Jefes de comedor con aire de burócratas desabridos te traían cartas de quince páginas, y eligieras el plato que eligieras, ya no quedaba; de hecho sólo había uno, por lo general infecto. Ahora, las luces eran tamizadas, las camareras sonrientes y bonitas, servían buey de Kobe u ostras llegadas de Quiberon en el día. El personaje del «nuevo ruso» entraba en la mitología contemporánea, con sus bolsas de billetes de banco, sus harenes de chicas suntuosas, su brutalidad y su ordinariez. Un chiste de la época: dos hombres de negocios jóvenes se dan cuenta de que llevan el mismo traje. «Yo he pagado cinco mil dólares en la avenue Montaigne», dice uno. Y el otro, triunfal: «¿Ah, sí? A mí me ha costado diez mil.»

Por un millón de espabilados que gracias a la «terapia de choque» empezaron a enriquecerse frenéticamente, ciento cincuenta millones de remolones se hundieron en la miseria. Los precios seguían aumentando sin que subieran los sueldos. A un ex oficial del KGB

como el padre de Limónov apenas le alcanzaba la pensión para comprarse un kilo de salchichón. Un oficial de un rango más alto, que había empezado su carrera en los servicios de información en Dresde, en Alemania del Este, una vez repatriado de emergencia porque ya no existía Alemania oriental, se encontró sin empleo ni alojamiento pagado, y tuvo que trabajar de taxista sin licencia en su ciudad natal, Leningrado, maldiciendo a los «nuevos rusos» con tanta crudeza como Limónov. Este oficial no es una abstracción estadística. Se llama Vladímir Putin, tiene cuarenta años, piensa como Limónov que el fin del imperio soviético es la catástrofe más grande del siglo XX y está llamado (entre otros) a desempeñar un papel nada desdeñable en la última parte de este libro.

De los sesenta y cinco años de esperanza de vida en 1987, el ruso varón pasó a cincuenta y ocho en 1993. El espectáculo de las tristes colas de espera delante de almacenes vacíos, tan típico de la era soviética, fue reemplazado por el de los viejecitos que recorren los pasajes subterráneos tratando de vender lo poco que poseen. Se vende todo lo vendible para sobrevivir. Si eres un pobre jubilado, es un kilo de pepinillos, la tapa de una tetera, números viejos de *Krokodil*, el lastimoso periódico «satírico» de los años de Brézhnev. Si eres un general, vendes tanques o aviones: algunos, sin el menor escrúpulo, han fundado con aparatos del ejército empresas privadas cuyos beneficios se embolsan. Si eres un juez, vendes veredictos. Si un policía, tolerancia. Si un funcionario, el tamponazo. Si un veterano de Afganistán, sus competencias de asesino. Contratar a un asesino a sueldo vale entre diez y quince mil dólares. En 1994 mataron a cincuenta banqueros en Moscú. De la banda de un tiburón como Semiónov apenas quedaba la mitad, y el propio Semiónov estaba en el cementerio.

Mi primo Paul Klébnikov llegó en aquel momento. Sus abuelos, al igual que los míos, habían huido de la Revolución de 1917, pero ellos se establecieron en Estados Unidos y Paul, por tanto, era tan americano

como yo francés, pero hablaba mejor ruso. Tenía mi edad y a pesar de que nos separaba el Atlántico nos conocíamos desde la infancia. Yo le quería mucho. Mis hijos, por su parte, le adoraban. Era su modelo, la imagen que se puede hacer un niño de un gran reportero. Guapo, fuerte, de sonrisa franca y firme apretón de manos: Mel Gibson en *El año en que vivimos peligrosamente*. Trabajaba para la revista *Forbes*, que en 1994 le envió a Moscú para hacer una investigación sobre la criminalidad económica. Al llegar llenó su libreta de citas, pero varios de sus interlocutores habían muerto antes de que tuviese tiempo de conocerles. El tema le apasionó hasta tal punto que se quedó en la ciudad. Nombrado corresponsal permanente de *Forbes*, continuó su investigación, como gran periodista que era. En un libro suyo cuenta con detalle, a partir del caso de Borís Berezovski, cómo se amasaron bajo Yeltsin las más grandes fortunas rusas. Después le tocó morir a él, de una ráfaga de metralleta en la entrada de su inmueble, como Anna Politkóvskaia. Las pesquisas sobre su asesinato, al igual que en el caso de Politkóvskaia, no han dado fruto hasta la fecha.

Los grandes se mataban entre ellos a causa de consorcios industriales o yacimientos de materias primas; los pequeños por quioscos o puestos en el mercado, y el quiosco o puesto más humilde tenía que tener un «techo»: se llamaban así los innumerables servicios de seguridad, que eran más o menos empresas de extorsión, ya que te pegaban un tiro si te negabas a contratarlas. Los holdings de oligarcas como Gusinski o Berezovski daban empleo a auténticos ejércitos, al mando de altos cargos del KGB que habían sabido privatizar su talento. A una escala más artesanal, la mitad de las protecciones indispensables para hacer negocios se reclutaban dentro de las mafias de Georgia, Chechenia o Azerbaiyán, y la otra mitad en la policía, convertida en otra mafia.

Conozco una buena historia a este respecto. El héroe es mi amigo Jean-Michel, un francés que tras la muerte de su mujer en el avión de la TWA que se estrelló en 1995, se fue a Moscú para rehacer su vida como

quien se alista en la Legión Extranjera. Allí abrió restaurantes, bares, discotecas que son de hecho burdeles para nuevos rusos y expatriados ricos. Moralmente que se piense lo que se quiera, pero construir un imperio semejante partiendo de cero, sin hablar casi ruso, en una época en que por un quítame allá estas pajas te encontraban en el fondo del Moscova con los pies hundidos en cemento, requiere unos nervios que hasta podría envidiar nuestro exigente Eduard. Haría falta un Scorsese para ilustrar esta aventura. No es lo que me propongo hacer, sino sólo contar esto: una noche, tropas de élite en traje de combate, con la cara cubierta por un pasamontañas, invadieron uno de los clubs de Jean-Michel, aterrorizaron a las chicas, al personal y a los clientes, a los que obligaron a tumbarse en el suelo bajo la amenaza de sus kaláshnikovs. Creada la atmósfera, el jefe se quitó la capucha, se sentó, ordenó que sirvieran bebidas y explicó tranquilamente a Jean-Michel que su «techo» no era fiable, que tenía que cambiarlo. En adelante, la policía –porque aquel comando era de la policía– se encargaría de todo. Sería un poco más caro, pero más seguro, y la transferencia de autoridad resultaría indolora. El jefe se ocupaba de explicar la situación a los protectores anteriores y garantizaba que no habría líos. Al marcharse, regaló a Jean-Michel un CD del grupo de rock formado por algunos de sus chicos. Cumplió todo lo que había prometido. Jean-Michel sólo tuvo que contratar su nuevo techo y para divertir a sus amigos les pone el CD de los policías. Tuvo suerte: en muchos casos, este tipo de incidente degeneraba en una matanza de San Valentín.

Antes de morir, no hace mucho, el ex primer ministro Yegor Gaidar confesó a un periodista: «Tiene usted que comprender que no elegimos entre una transición ideal hacia la economía de mercado y una transición criminalizada. La elección era entre una transición criminalizada y la guerra civil.»

Para justificar la colectivización, la hambruna, las purgas y, en general, la tendencia a considerar que los «enemigos del pueblo» eran el pueblo mismo, a los bolcheviques les gustaba decir que no se tala un árbol sin que vuelen astillas, versión rusa de nuestro refrán de que no se hace una tortilla sin cascar huevos. El mercado ha sustituido a la dictadura del proletariado como horizonte del porvenir radiante, pero el refrán constriñe por igual a los artífices de la «terapia de choque y a los que están lo bastante cerca del poder para llevarse su parte de la tortilla. La diferencia con los tiempos de los bolcheviques es que los que se ven como huevos cascados protestan porque ya no temen que les manden a Siberia. Se ve desfilar por Moscú a procesiones heterogéneas de jubilados reducidos a la mendicidad, militares que ya no cobran su salario, nacionalistas enloquecidos por la liquidación del imperio, comunistas que lloran la época de la igualdad en la pobreza, personas desorientadas porque ya no comprenden nada de la historia: ¿cómo saber, en efecto, dónde está el bien y el mal, quiénes son los héroes y quiénes los traidores, cuando todos los años se sigue celebrando la fiesta de la Revolución y al mismo tiempo se repite que aquella revolución fue a la vez un crimen y una catástrofe?

Cuando está en Moscú, Eduard no se pierde ninguna de esas manifestaciones. Reconocido por gente que lee sus artículos en *Dien*, muchas veces le felicitan, le abrazan, le bendicen: con hombres como él, Rusia no está perdida. Una vez, invitado por su camarada Alksnis, sube a la tribuna donde se suceden los dirigentes de la oposición y empuña el megáfono. Dice que los pretendidos «demócratas» son oportunistas que han traicionado la sangre vertida por sus padres durante la Gran Guerra Patriótica. Que en un año de supuesta «democracia», el pueblo ha sufrido más que en setenta años de comunismo. Que la cólera ruge y que hay que prepararse para la guerra civil. No es un discurso muy distinto de los de sus vecinos de

tribuna, pero la multitud, una multitud inmensa aplaude cada frase. Las palabras le vienen espontáneamente, expresando lo que todos sienten. Le llegan oleadas de aprobación, de gratitud, de amor. Soñaba con esto, pobre y desesperado en su habitación del Hotel Embassy de Nueva York, y su sueño se ha cumplido. Se siente bien, como en la guerra de los Balcanes. Sereno, poderoso, sostenido por los suyos: en su sitio.

«Busco una banda»: es el título de uno de sus artículos. No ha formado de inmediato la suya, primero ha intentado unirse a otras. Supongo que el nombre de Vladímir Zhirinovski le suena vagamente al lector francés. Le presentaban y todavía le presentan, porque sigue allí, como el Le Pen ruso, y no es inexacto. Tiene la facundia de Le Pen, su insolencia, su lenguaje directo. Sin duda está más loco, pero bueno: es ruso. He dicho unas palabras de Alksnis, que es un personaje pintoresco de segunda fila. Tengo la impresión de que sólo yo, porque soy el que escribe este libro y me sumerjo en aquella época, sé quiénes son los demás: Ziugánov, Anpílov, Makashov, Projánov. Al releer las notas que tomé sobre sus trayectorias tortuosas, sus ideas simples, sus programas imprecisos, sus alianzas efímeras y sus escisiones envenenadas, me siento un poco en la posición de un historiador ruso que intentara explicar a sus compatriotas qué matices separan a Roland Gaucher de Bruno Mégret en la extrema derecha francesa. Hay que decir que Limónov, por su parte, no retrocede nunca ante este tipo de pedagogía. Me he reído a menudo al descubrir en artículos destinados a leerse en las más remotas provincias rusas, explicaciones sobre *JannEdern Alliè*, *Patric Besson*, *Alènne dé Bénoua* o el *Kanar annchéne*. Vale. Ésta es la marisma de comunistas nostálgicos y nacionalistas furibundos que él frecuenta en Moscú, queriendo convencerse de que allí se generan las fuerzas vivas del país. Y en el curso de un banquete organizado por el general Projánov, redactor jefe de *Dien*, conoce a Alexandr Duguin.

Esa noche, Eduard está triste. No es para menos: acaba de

enterarse de que han encontrado en el maletero de un coche el torso aserrado de un amigo suyo y, al lado, su cabeza medio carbonizada. Conoció a este amigo, el jefe de batallón Kostienko, en Transnistria, cuando hacía un reportaje para *Dien*.

Pasemos de prisa por la república moldava de Transnistria: es el mismo escenario que las diversas repúblicas serbias de la ex Yugoslavia. Moldavia era un pedazo de Rumanía oriental anexionado por la Unión Soviética. Los moldavos son tan míseros que sueñan con volver a ser rumanos, que ya es decir. Cuando se desplomó la Unión Soviética declararon su independencia, con gran detrimento de los rusos establecidos en su territorio. Estos rusos, que eran una especie de colonos y ostentaban una posición dominante, se convirtieron en víctimas de las vejaciones y represalias del nuevo Estado, de mayoría rumana. A su vez, crearon una república autónoma (Transnistria, justamente) y tomaron las armas para defenderla. Eduard, que simpatiza sin reservas con su causa y no quiere perderse ninguna de las guerras que estallan una tras otra en los escombros del imperio, adoraba su estancia allí. Participó en una expedición punitiva contra los rumanos, atravesó una manzana de casas en ruinas bajo las balas de un francotirador, corrió por campos sembrados de minas. Sobre todo, conoció al jefe de batallón Kostienko, cuya historia cuenta ahora a su vecino de mesa, un barbudo al que le han presentado y que se llama Alexandr Dugin.

Ex comandante de una unidad de paracaidistas en Afganistán, Kostienko había abierto un garaje en Moldavia y se había convertido en el caos reinante en un señor de la guerra y dueño absoluto de su pequeña ciudad. Ucrainiano como Eduard, pero nacido en Extremo Oriente, donde su padre estaba acuartelado, tenía cara de chino y una reputación de crueldad asiática. Le nimbaba un aura de pavor. Administraba justicia en su garaje, rodeado de guardaespaldas armados hasta los dientes y de una rubia con minifalda y gafas negras. Eduard le vio condenar a muerte a un hombre gordo y sudoroso, sospechoso de ser un traidor a sueldo de los rumanos. Eduard aprobó

esta firmeza y su interlocutor, Duguin, también la aprueba.

Kostienko y Eduard pasaron varias noches hablando. El jefe de batallón le contó su vida aventurera y predijo su fin próximo: sus enemigos le apresarían tarde o temprano, no tenía adónde huir, y de todos modos, ¿para qué? No vuelves a ser dueño de un garaje cuando has reinado sobre una ciudad. Duguin escucha, cada vez más interesado a medida que la historia adquiere un sesgo crepuscular. «Se confió a ti», le dice a Eduard, «porque esperaba morir. Para que quedase una huella de su destino oscuro y violento.» Eduard dice que sí, se ve como un Régis Debray de aquel Guevara de los confines, y está un poco sorprendido de que el otro sepa quién es Régis Debray.

De una manera general, Duguin parece saberlo todo. Es filósofo, autor de media docena de libros, a pesar de que sólo tiene treinta y cinco años, y es un auténtico placer conversar con él. Eduard y él se entienden con medias palabras, cuando uno empieza una frase el otro podría terminarla. Brindan solemnemente por la memoria de Kostienko y, en la ronda siguiente, Duguin propone que brinden por la del barón Ungern von Sternberg. Eduard no tiene ninguna objeción, pero no sabe quién es. «¿No sabes quién es?» Duguin finge asombrarse; de hecho está contento, como nos alegramos de que alguien no haya leído todavía *Guerra y paz*. Se alegra también de que le toque hablar a él y dice que Kostienko está bien, pero que tiene en reserva un super-Kostienko, un vino de una cosecha tan buena que su éxito está garantizado.

En 1918, el barón Ungern von Sternberg, aristócrata letón, ferozmente antibolchevique, llevó a su división hasta Mongolia para combatir al lado de los ejércitos blancos. Allí se distinguió por su ascendiente sobre sus hombres, su valentía y su crueldad. Se proclamaba budista, de un budismo que incluía el gusto por las torturas más refinadas. Tenía un semblante demacrado, bigotes largos y finos y los ojos muy claros. Los jinetes mongoles le consideraban un ser sobrenatural, y hasta sus aliados blancos empezaron a tenerle miedo. Se alejó de ellos y se internó en las estepas al mando de su

escuadrón que, aislado de todo, se convirtió en una secta de iluminados que sólo le obedecían a él. Embriagado de poder y violencia, acabó cayendo en manos de los rojos, que le ahorcaron. Yo resumo, pero Duguin no lo hace. Revive con un arte consumado esta figura comparable al Aguirre de Werner Herzog o al Kurtz de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. Es uno de sus grandes relatos de bravura, que destila tomándose su tiempo, espaciando los efectos, jugando con todos los matices de una voz de violonchelo. Porque este universitario, este hombre de despacho, de libros y de teoría, es también un cuentista oriental capaz de embrujar a su auditorio, y Eduard, que normalmente desprecia a los intelectuales, le escucha hechizado. Le encantaría que alguien, algún día, contase su vida así.

Los días siguientes no se separan, hablan hasta quedarse sin aliento. Duguin, sin complejos, se declara fascista, pero es un fascista como Eduard nunca ha conocido. Los que conocía bajo esta etiqueta o eran dandys parisinos que, habiendo leído un poco a Drieu La Rochelle, pensaban que ser fascista es elegante y decadente, o bestias como su anfitrión del banquete, el general Projánov, cuya conversación, compuesta de paranoia y chistes antisemitas, cuesta esfuerzo seguir. Eduard ignoraba que entre los cretinos fatuos y los cretinos porcinos existe una tercera categoría, una variedad de fascistas de los que yo, en mi juventud, conocí a algunos ejemplares: los fascistas intelectuales, chicos por lo general febriles, macilentos, a disgusto en su pellejo, sumamente cultivados, que frecuentan con sus grandes carteras pequeñas librerías esotéricas y desarrollan teorías nebulosas sobre los templarios, Eurasia o los rosacruces. A menudo acaban convirtiéndose al islamismo. Duguin pertenece a esta variedad, sólo que no es un muchacho enclenque y a disgusto consigo mismo, sino un ogro. Grande, barbudo, con el pelo largo, camina como un bailarín, con pasitos livianos, y tiene una curiosa manera de mantenerse en pie con una pierna mientras levanta la otra hacia atrás. Habla quince lenguas, lo ha leído todo, bebe a palo seco, se ríe

abiertamente, es una montaña de ciencia y de encanto. Dios sabe que Eduard no admira fácilmente, pero admira a este hombre quince años más joven y se convierte en su discípulo.

Su pensamiento político era confuso, sumario. Bajo la influencia de Duguin, se vuelve todavía más confuso, pero un poco menos sumario. Lo adorna con referencias. Lejos de oponer el fascismo y el comunismo, Duguin los venera por igual. Acoge en el revoltijo de su panteón a Lenin, a Mussolini, a Hitler, a Leni Riefenstahl, a Maiakovski, a Julius Evola, a Jung, a Mishima, a Groddeck, a Jünger, al maestro Eckhart, a Andreas Baader, a Wagner, a Lao-Tsé, a Che Guevara, a Sri Aurobindo, a Rosa Luxemburgo, a Georges Dumézil y a Guy Debord. Si Eduard, para ver hasta dónde llega la cosa, propone que inviten también a Charles Manson, no hay problema, se apretujarán para hacerle un hueco. Los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros. Rojos, blancos, pardos, da igual: lo único que importa, Nietzsche tiene razón, es el impulso vital. Bastante pronto, Eduard y Duguin concuerdan sobre el hecho de que sus camaradas de la oposición no vuelan alto. A Alksnis, a lo sumo, le tienen aprecio, pero a los demás... Descubren, sobre todo, que son complementarios. El pensador y el hombre de acción. El brahmán y el guerrero. Merlín el encantador y el rey Arturo. Van a hacer grandes cosas juntos.

¿Quién de los dos encontró el nombre del Partido Nacional Bolchevique? Más tarde, cuando se separen, los dos lo reivindicarán. Más tarde aún, cuando intenten convertirse en respetables, los dos atribuirán la idea al otro. Hasta entonces ambos están encantados. Les encanta el título que nadie discute que ha propuesto Eduard para su periódico futuro: *Limonka*, la granada. No la que se come, por supuesto: la que explota. Les encanta, por último, la bandera que ha dibujado sobre una mesa de cocina un pintor amigo suyo, manso como un cordero, especializado en los paisajes de Umbría y de la Toscana. La bandera, un círculo blanco sobre fondo rojo, recuerda la nazi, salvo que, en negro dentro del círculo blanco, en lugar de la cruz gamada

están la hoz y el martillo.

Tienen una bandera, un título para un periódico y un nombre para un partido. Tienen un afiliado: un estudiante ucraniano que se llama Tarás Rabko. Es un comienzo. Bolcheviques, fascistas y nazis, sus modelos, no empezaron desde más arriba su ascensión al poder. Lo que falta es dinero. Eduard vuelve a París con la esperanza de conseguirlo.

Pasa allí todo el verano de 1993, y su estancia es extraña. Hace casi dos años que entre la política en Moscú y la guerra en todas partes donde estalla sólo regresa a su casa de paso. Se siente un intruso en el estudio que comparte con Natasha. Él ha perdido la costumbre, ella ha adquirido la de ocuparlo sola, y desde luego la de acostarse allí con otros. Los amigos que Eduard tenía en el mundillo parisino, enfriados por sus hazañas bosnias, le vuelven la espalda. Una campaña de prensa denuncia la connivencia entre la extrema derecha y la extrema izquierda y, de hecho, si hay que confeccionar el retrato robot de lo que se empieza a llamar el «pardo-rojo», lo encarna él totalmente. Su cotización está en su punto más bajo, sus editores habituales no se ponen al teléfono. No importa: ya no se ve como un hombre de letras, sino como un guerrero y un revolucionario profesional, y no le desagrada en absoluto ser objeto de oprobio en ese medio de pequeñoburgueses pusilánimes. El problema reside en que la literatura es su única fuente de ingresos y sólo consigue vender sus reportajes bélicos a una editorial, L'Âge d'Homme, dirigida por un patriota serbio, y su búsqueda de fondos es infructuosa. Duguin, que tiene relaciones con toda la extrema derecha europea, era muy optimista al encaminarle hacia sus contactos. Pero Eduard visita revistas confidenciales en oficinas grisáceas sin obtener más que buenas palabras de los negacionistas amedrentados que les animan, pues cada uno se esfuerza en sacar adelante a trancas y barrancas su pequeño negocio. En cuanto a sus propias amistades, sabe que, aunque le

cierren todas las puertas, tendrá siempre una abierta, la de alguien al que nada escandaliza, ninguna mala reputación asusta. Pero Jean-Édern Hallier ya no vive en la Place des Vosges. Por haber escrito que Bernard Tapie era deshonesto, le han condenado a pagar cuatro millones en concepto de daños y perjuicios, y ha tenido que vender a precio de saldo el piso grande donde se celebraban las reuniones de *L'Idiot*. Abrumado por los juicios anexos, acribillado de deudas, con su periódico en decadencia, es evidente que a Jean-Édern no le queda un céntimo para Eduard. En cambio, le invita a visitarle en su castillo de Bretaña.

Eduard va a verle con Natasha. Hace varios años que ninguno de los dos ha disfrutado de lo que la gente normal llama unas vacaciones. La mansión les impresiona por su grandeza anticuada y su falta de confort. Llueve en las habitaciones, y tampoco el dueño de la casa está en muy buen estado. Casi ciego, se sirve de una lupa para marcar los números de teléfono, lo que no le impide conducir su viejo Golf con el pie apretando a fondo el acelerador por las carreteras comarcales, pero se olvida de quitar el freno de mano. El primer día van a hacer compras en previsión de la visita de Le Pen, que vendrá a cenar en calidad de vecino. Jean-Édern adora escandalizar a la gente anunciando que ha invitado a Le Pen a cenar, ya ha probado con Eduard, a quien no le choca en absoluto, y esta vez de nuevo le esperarán en vano. En el vivero, Jean-Édern arma una escandalera porque quieren prohibirle que aparque en una plaza reservada a los pescadores. Gesticula, aúlla que se está insultando a la literatura, a la República, a Victor Hugo. Eduard tiene la impresión un poco triste de que se esfuerza en estar a la altura de su fama. Si para un minuto de montar su número, se muere. Durante la cena, sin embargo, está realmente en vena y su corte de bajos bretones estancados en su terruño se desternilla de risa cuando cuenta su intervención en *30 millions d'amis* (30 millones de amigos). Hizo que le invitaran a este programa dedicado a los animales fingiendo que tiene un perro, que lo

adora, que ha escrito todos sus libros con él tumbado a sus pies. No es cierto, nunca ha tenido un perro, pero está dispuesto a todo para salir en la televisión y ha conseguido que le presten uno. Lo tiene encima de las rodillas, le acaricia, interpreta al amo cariñoso, pero el animal, que no le conoce, se pone nervioso, y cuanto más el uno se enternece hablando de su fiel compañero canino, más gruñe el otro, forcejea, se retuerce para escapar, y al final le muerde. Jean-Édern se interpreta a sí mismo, encarna al perro, mima el pugilato: un número muy logrado.

A la mañana siguiente se despeja el cielo y van a la playa. Eduard se baña. A pesar de su vista más que deficiente, JeanÉdern, admirativo, le dice a Natasha: «Oye, tu tío está hecho un roble.» Y cuando Eduard sale del agua y se reúne con ellos, le pregunta: «¿Qué haces en Rusia, exactamente?»

–¿En Rusia? –responde Eduard, sacudiendo su toalla llena de arena–. Me preparo para tomar el poder. Creo que es el momento oportuno.

No es cierto lo que se dice de que ahora hay de todo en Moscú. Encuentras foie gras, sí, todo el que quieras, y Château Yquem para acompañarlo, pero nadie sueña con importar cubitos de caldo y chocolate casero, artículos que no interesan al nuevo ruso y que forman la base de la alimentación de Eduard. En cada uno de sus viajes se lleva una provisión, y está instalado delante del televisor con un bol de caldo el día de septiembre de 1993 en que Yeltsin, con el semblante grave, anuncia al país que disuelve la Duma y convoca nuevas elecciones.

Cabía esperarlo. Cuando el Parlamento te es hostil, como es el caso, la apuesta de disolverlo es un clásico en política. O se resuelve o se agrava el problema, y si empeora te muerdes los dedos, pero en fin, en democracia hay que abdicar. Lo que no está claro es si el demócrata Yeltsin ve las cosas de este modo y prevé dimitir si las nuevas elecciones no le dan una asamblea más dócil. En cualquier caso, no ha terminado de hablar cuando suena el teléfono en casa de los amigos que hospedan a Eduard. Es Alksnis, «el coronel negro», que le dice que las cosas están al rojo vivo. Los patriotas se congregan en la Casa Blanca. Eduard vacía su bol y sale pitando.

Los patriotas son ya varios miles, reunidos delante del edificio que dos años antes fue para el mundo entero el símbolo del triunfo de Yeltsin y los «demócratas». ¿Quiénes son estos «patriotas»? En conjunto, los mismos a los que hemos visto unas páginas antes bramar su cólera por las calles de Moscú. Una parte de ellos, no todos, son los que llamaríamos fascistas. Pero son fascistas que se presentan como guardianes del orden constitucional, y cuando acusan a los demócratas de estar dispuestos a instaurar la dictadura, para defender una democracia que nadie quiere, no se puede decir que se equivoquen del

todo. Añadamos, para completar el cuadro, que los dos hombres que encabezan la rebelión contra Yeltsin estaban a su lado en aquel mismo lugar dos años antes. Son el presidente de la Duma, el checheno Jashbulátov, y el vicepresidente de la República, el general Rutskói, un veterano de Afganistán que aunque forma parte del mismo equipo en el poder, no deja de criticar a «ese gilipollas con bermudas rosa», como llama al primer ministro Gaidar desde que éste cometió la torpeza de dejarse fotografiar jugando al golf de esta guisa.

La misma noche, Rutskói y Jashbulátov convocan en sesión extraordinaria al Parlamento disuelto y éste, en primer lugar, declara anticonstitucional su propia disolución, en segundo lugar destituye a Yeltsin, en tercer lugar nombra su sucesor a Rutskói y, por último, ocupa la Casa Blanca y hace saber que se encuentra en ella por la voluntad del pueblo y que sólo saldrá obligado por la fuerza de las bayonetas. Además de los diputados rebeldes, hay en el edificio una muchedumbre de patriotas decididos a defenderlo, y entre ellos Eduard, que pasa la noche, sobreexcitado, circulando de una sala de reunión a otra, envuelto en una espesa nube de humo de cigarrillos. Se habla, se increpa, se bebe, se redactan comunicados, se compone el nuevo gobierno. Tanta palabrería le impacienta: considera que siempre habrá tiempo de repartirse los ministerios. Lo realmente urgente es organizar el asedio que se avecina.

Consigue llegar al despacho en que se ha encerrado Rutskói, en la última planta. Unos soldados montan guardia delante de la puerta pero, a fuerza de insistir, Eduard obtiene una audiencia. El general le recibe con aire febril, en traje de camuflaje. No sabe muy bien quién es su visitante pero son las tres de la mañana y la presión es tan grande que hablaría con cualquiera. Además, Eduard le trata de «camarada presidente»: no está acostumbrado, pero le gusta.

Desde el comienzo de la noche, el camarada presidente llama a todas las bases militares de Rusia para tantear el terreno. «¿La situación se presenta bien?», se inquieta Eduard. El general hace una

mueca y responde: «*Normalno*», palabra cuyo sentido muy amplio abarca desde «muy bien, gracias», hasta «así así». Toda la cuestión reside en esto: en la prueba de fuerza entablada, ¿con qué bando se va a alinear el ejército? Suponiendo que, como dos años antes, permanezca al lado de la ley, ¿qué significa el lado de la ley? ¿Quién es el presidente legítimo? ¿Yeltsin o Ruskói? Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia acaban de declarar su apoyo a Yeltsin contra los nuevos golpistas, y esta noticia parece desmoralizar al general.

Para levantarle el ánimo, Eduard alega que la posición de los países occidentales no tiene nada de sorprendente. «Sólo quieren una cosa: una Rusia de rodillas, por eso sostendrán siempre a traidores como Gorbachov y Yeltsin. Pero esta vez no se trata de un golpe. Es el Parlamento democráticamente elegido el que rechaza la dictadura, y Occidente tendrá que aceptarlo en nombre de sus propios valores.

–Eso es verdad –opina el general, frunciendo la frente como si no se le hubiera ocurrido pensarlo y quisiera recordar el argumento para utilizarlo en un discurso.

–Lo que importa –prosigue Eduard, explotando su ventaja– no es lo que ocurre en las cancillerías. Ni siquiera lo que sucede en los cuarteles. Lo importante es lo que pasa aquí, en la Casa Blanca. Fue aquí donde la última vez se jugó la partida y aquí va a jugarse esta vez. Yeltsin no va a retroceder, nosotros tampoco. Habrá que luchar. ¿Tenemos armas?

–Sí –dice el general, como hipnotizado.

–¿Suficientes?

–Sí, suficientes.

–Pues entonces, ¿a qué espera para distribuir las?

–Ahora no –dice el general–. Es prematuro.

Eduard arquea las cejas.

–¿Prematuro? Es lo que decían los socialdemócratas en 1917. Que la situación no estaba madura para la Revolución, que no existía una

clase obrera en Rusia, que si patatín que si patatán... Afortunadamente, Lenin pensaba lo contrario. El gran hombre es el que intuye el momento propicio. Lo que los griegos llamaban el *kairós* –Duguin le enseñó esta palabra, que le encanta–. Estamos en ese momento exacto. Aquí están los hombres más valientes de Rusia, dispuestos a combatir. Usted debe elegir, camarada presidente: ¿quiere dejar a la historia el recuerdo de un gran hombre o de un cobarde?

Ha ido demasiado lejos; Rutskói se altera:

–¿Quién es usted, en definitiva? Un escritor, ¿no es eso? ¿Un intelectual? Deje a los expertos las decisiones militares.

Eduard se atraganta: ¿él, un intelectual? Rutskói está harto y le despide.

Al día siguiente, Eduard comete un error: sale. El acceso a la Casa Blanca es más o menos libre, piensa volver enseguida, va a casa de sus amigos a darse una ducha y cambiarse de ropa, y luego a casa de Duguin, a quien incita a que se una a los patriotas, pero el otro prefiere seguir el episodio por la televisión, y por primera vez Eduard sospecha que es un poco miedoso. Cuando vuelve al lugar, el asedio ha comenzado. Yeltsin ha ordenado que corten la electricidad y el teléfono, que se desplieguen regimientos de OMON¹ y, por supuesto, ya no se puede entrar en el edificio. Eduard, no obstante, lo intenta durante toda la noche. Escurriéndose entre los camiones militares y los cordones de soldados, con la metralleta en la cadera, se siente un partisano durante la ocupación nazi. Unos altavoces difunden incansablemente la propaganda del gobierno e invita a los insurgentes a rendirse. Desde el exterior se ven resplandores y sombras fantasmagóricas en las ventanas del Parlamento: en el interior, ahora se alumbran con velas.

El sitio durará diez días, y será de los más crueles de su vida. Daría diez años, un brazo, cualquier cosa, por no haber cometido la estupidez de salir, por haber estado junto a los valientes que seguro

que pronto venderán cara su piel. ¿Qué es mejor? ¿Quedarse fuera plantado detrás de las barreras de la policía, por si se abriera una brecha, o volver a casa para ver los noticiarios? Esté donde esté se siente a disgusto, no donde debería estar. La televisión le enfurece como a un loco. Dios sabe que la prensa ha sido libre bajo Yeltsin, pero esto es el estado de sitio, ya no es una broma. Periodistas y comentaristas se turnan veinticuatro horas al día para presentar a los «constitucionalistas», tal como se llaman los insurgentes a sí mismos, como fascistas y locos. Una y otra vez emiten la manifestación de apoyo a Yeltsin en la Plaza Roja, el concierto de apoyo a Yeltsin que ha dado el inevitable Rostropóvich, y en cambio no se ve nada de lo que ocurre dentro de la Casa Blanca sitiada. No hay cámaras en el interior, sólo cabe imaginarlo.

Todos los que estaban allí y salieron vivos describen lo mismo: el *Titanic*. No había luz ni teléfono, y tampoco agua ni calefacción. Se mueren de frío, apesta, para comer y beber sólo les quedan las reservas de la cafetería, que se agotan. Queman los muebles de oficina y se reúnen alrededor de braseros improvisados para cantar himnos ortodoxos, cánticos de la Gran Guerra Patriótica, y exhortarse mutuamente al martirio. Los sitiados son cosacos de largos bigotes, viejos estalinistas, jóvenes neonazis, diputados legalistas, curas de lengua barba. Vista la gravedad de la situación, los clérigos no están mano sobre mano: las salas de los diputados se transforman en confesionarios y baptisterios ante los cuales se forman colas. La poca agua que queda está bendecida. Iconos y carteles de la Santa Virgen alternan con los retratos de Lenin y de Nicolás II, las banderas rojas con los brazaletes con la cruz gamada. Como los móviles no existían todavía, el único contacto que tienen con el exterior es el radioteléfono de un periodista inglés, un maletón que recuerda el material de transmisión durante la guerra. Circulan rumores, algunos totalmente disparatados –el Congreso norteamericano ha detenido a Clinton por haber traicionado a la democracia apoyando a Yeltsin–, otros

peligrosamente verosímiles: el ejército se dispone a atacar. De hecho, todo el mundo sabe que va a hacerlo y que el levantamiento terminará en un baño de sangre, a menos que decidan capitular, algo que nadie quiere, a medida que sube la adrenalina. Los dos dirigentes, Ruskói en traje de combate, Jashbulátov en camisa negra y chaleco antibalas, empiezan a hablar de suicidio colectivo. Nadie duerme.

Eduard se lo ha perdido y no se consuela. No se pierde, en cambio, la inmensa manifestación que el 3 de octubre tiene lugar delante de la Casa Blanca: varios centenares de miles de personas que apoyan a los insurgentes agitando banderas rojas. Eduard ha ido con el joven Rabko, el estudiante ucraniano que es, junto con Duguin y él, el tercer miembro del Partido Nacional Bolchevique. Gritan: «¡U-nión Soviética! ¡U-nión Soviética! ¡Yeltsin, fascista!» Gritan también: «¡Muerte a los judíos! ¡Muerte a los culos negros!» (los culos negros son los caucasianos), y Eduard desaprueba esto último: en primer lugar es una chorrada, y en segundo es en lo que van a hacer hincapié los medios de comunicación occidentales. Provocan a los OMON. ¿Se atreverán a disparar contra el pueblo? Se atreven. Primera sangre vertida, primeros heridos. La multitud ruge, resiste, fuerza una barrera. Arrecia el tiroteo, los OMON, presos del pánico, arrastran a manifestantes hacia los camiones donde les propinan una tunda de palos. Unos jóvenes reconocen a Eduard, le rodean, le protegen con su cuerpo. Desde un balcón de la Casa Blanca, con un megáfono en la mano, Ruskói arenga a la muchedumbre. ¡Vamos a salir! ¡A llegar al Kremlin! ¡A detener a Yeltsin! ¡A tomar Ostánkino!

Ostánkino es la torre de la televisión, es decir, una pieza vital. Si los rebeldes controlan la información, puede producirse un vuelco y el fuerte Chabrol convertirse en la toma de la Bastilla. Autobuses y automóviles empiezan a llenarse de hombres armados que gritan: «¡A Ostánkino! ¡A Ostánkino!» Eduard y el joven Rabko suben a uno de los autobuses. Atraviesan la ciudad desierta: la gente no se atreve a salir. Unos pocos mirones, al ver pasar el cortejo, hacen la V de la victoria.

En el autobús, Eduard da una entrevista a un periodista irlandés. No hemos ganado, dice, pero su pueblo levanta la cabeza.

«¿Os gustan las palabras *guerra civil*»? escribía quince años antes en *Diario de un fracasado*. «A mí mucho.»

Eran unos centenares al abandonar la Casa Blanca y son unos cuantos miles los que llegan a la colina de Ostánkino. Pero apenas un hombre de cada diez está armado, y unos escuadrones OMON les esperan a pie firme. En cuanto llegan los autobuses, abren fuego y cargan con las porras al aire. Avanzan, golpean y disparan al mismo tiempo, es una masacre. Eduard, que por suerte se encuentra un poco al costado de la carga policial, se tira al suelo. Otro cuerpo se abate sobre el suyo. Es el periodista irlandés. No se mueve. Un hilo de sangre fluye de su boca. Eduard le palpa, le escruta el ojo vidrioso, le toma el pulso. Está muerto. Soy la última persona que ha filmado, piensa fugazmente Eduard: ¿alguien verá algún día esta cinta?

Las metralletas crepitan a su alrededor. Se levanta, vacila bajo el impacto de una bala, se lleva la mano al hombro. El joven Rabko consigue ponerle a cubierto, debajo de los árboles del parque. Le rasga la camisa para vendarle la herida. Sangra mucho pero no es profunda, y además en el hombro: en las películas, al héroe siempre le hieren en el hombro. El combate prosigue a unos cientos de metros, resuenan la metralla y los gritos. Después se restablece la calma. Cae la noche. Los OMON desalojan a los manifestantes refugiados en el parque, se los llevan sin miramientos, pero Eduard y Rabko escapan a la batida. Como los accesos están vigilados, pasan toda la noche escondidos entre los matorrales, muertos de frío, y Eduard se repite que la próxima vez tendrá que ser él quien tome las riendas, no unos generales parlanchines y cobardicas que le tachan de intelectual.

Al alba, Rabko y él se arriesgan a salir del parque, llegan hasta una estación de metro, se enteran de que los blindados rodean la Casa

Blanca. Unos horas antes creían que la victoria estaba al alcance de la mano, ahora está claro que no hay nada que hacer. Las letanías ortodoxas y los cantos patrióticos redoblan su ardor durante el asalto. El general Rutskói repite que se va a suicidar, como Hitler en su búnker; de hecho se rendirá, pero sólo por la tarde: el tiempo necesario para que maten a ciento cincuenta personas que aún seguirían en el mundo si él no hubiese soltado tantas fanfarronadas. El tiroteo dura todo el día: delante de la Casa Blanca, donde se han agolpado miles de espectadores que siguen el asalto como un acontecimiento deportivo; dentro del edificio, donde los OMON, en cuanto logran entrar, persiguen a los sitiados por los pasillos, los despachos, los lavabos. En el mejor de los casos les muelen a golpes, en el peor los matan. Chapotean en la sangre. Entre los centenares de muertos y los miles de heridos oficialmente identificados hay insurgentes pero también iluminados, transeúntes, viejos, niños curiosos: muchos niños. Temiendo una ola de detenciones en los medios nacionalistas, Eduard y Rabko se marchan al campo.

Toman el tren a Tver, a trescientos kilómetros de Moscú, donde vive la madre de Rabko, y pasan allí dos semanas viendo la televisión, encerrados en el pisito. La versión oficial de los sucesos, impuesta a los medios de comunicación durante la crisis, tiene fisuras. La democracia quizá se haya salvado, pero ya sólo se habla de ella entre comillas. Comparan lo que acaba de pasar con la comuna de París, con la salvedad de que los fascistas desempeñan aquí el papel de los comuneros y los demócratas el de los versalleses. Nadie sabe ya quiénes son los buenos y los malos, quiénes los progresistas y quiénes los reaccionarios. En un momento dado, un periodista interroga a Andréi Siniavski, al que hemos visto enternecerse hasta las lágrimas cuando Natasha cantaba *El pañuelo azul* en su casa de intelectual emigrado en Fontenay-aux-Roses. Y Siniavski, disidente histórico, demócrata de corazón, hombre honesto y recto, tampoco esta vez está muy lejos de llorar, pero de cólera y desesperación. Dice: «Ahora lo terrible es que creo que la verdad está del lado de las personas a las que siempre he considerado mis enemigos.»

Como la Duma no sólo ha sido disuelta, sino ahogada en sangre, hay que convocar elecciones y Eduard decide presentarse. El joven Rabko, que estudia Derecho, le ayuda a registrar su candidatura en el distrito de Tver. Es fácil: la época de Yeltsin son años de caos pero también de libertad, que pronto habrá ocasión de añorar. Cualquiera puede presentarse candidato para cualquier cosa, expresar cualquier opinión. Duguin ha prometido su apoyo, pero no abandonará su despacho bien caldeado en Moscú, por lo que el Partido Nacional Bolchevique en campaña se reduce a Eduard y al fiel Rabko, que durante todo el mes de diciembre recorrerán la región al volante de una vieja tartana matriculada en Moldavia y prestada por un oficial amigo suyo, y luego, cuando le hayan devuelto el vehículo, a la ventura de autobuses y trenes: en tercera clase, por supuesto.

Nacido en una gran ciudad y residente en el extranjero desde hacía mucho tiempo, Eduard lamentaba no conocer mejor la Rusia profunda, llamada la *glubinka*. Descubre Rzhev, Stáritsa, Nemídovo y un rosario de otros villorrios olvidados de Dios, devastados por la «terapia de choque», y que, si se rasca esta capa de malestar contemporáneo, no han cambiado desde las deprimentes descripciones de Chéjov. Conozco bien uno de esos poblachos, Kotélnich, y no me cuesta imaginar en cada uno de ellos el único hotelucho, sin agua caliente porque el hielo ha reventado las tuberías, las cantinas mugrientas, las pequeñas fábricas abandonadas, la plaza desnuda y adornada con el busto de Lenin donde, sin dinero para carteles, Rabko, como un malabarista de feria, recluta a los transeúntes para que vayan al mitin de Eduard. Hay setecientos mil votantes que captar en el distrito, los reúne en grupos de quince o veinte, sobre todo viejos, jubilados míseros y temerosos que le escuchan recitar su catecismo del nacionalismo ruso, sacuden la cabeza y al final le preguntan: «Bien, pero ¿a favor de quién está? ¿De Yeltsin o de Zhirinovski?»

Él suspira, agobiado. No a favor de Yeltsin, desde luego. «¿Han visto en la tele el anuncio de su partido, dirigido por ese inaguantable Gaidar?» Es algo digno de ver, ese anuncio. Muestra a una familia próspera, con un crío y un perro, en una casa de un barrio residencial como no existe en ninguna parte en Rusia, sino sólo en los folletines norteamericanos. Todo sonrisas, los padres van a la mesa electoral a depositar su voto por Gaidar. Cuando salen, el chaval concluye con un guiño: «Qué pena que nosotros no podamos votar, ¿eh, perrito?» Esta propaganda, que se dirige a una clase media totalmente imaginaria, es un insulto para el noventa y nueve de los rusos, dice Eduard. Sus oyentes asienten, lo cual no les impedirá votar por el partido en el poder, porque en Rusia los que tienen el derecho de voto votan por el partido gobernante: es así.

Los escasos rebeldes son los clientes de Zhirinovski. Paweł Pawlikowski, el realizador con el que ya nos hemos cruzado en Sarajevo, ha filmado un documental sobre su campaña para la BBC. Ahí se ve al charlatán prometiendo a los estafados por las reformas que el vodka será gratuito, que se reconquistará el imperio, que correrán a auxiliar a los serbios, que lanzarán bombas sobre Alemania, Japón y Estados Unidos, que volverá a abrirse el gulag para enviar a él a los nuevos rusos, la gente de Memorial y otros traidores a sueldo de la CIA. Este programa no difiere mucho del de Eduard, que se ve y se las desea para explicar lo que aporta de nuevo. Nadie entiende que se declare independiente.

Yeltsin y Gaidar ganarán las elecciones, pero Zhirinovski obtendrá de todas formas una cuarta parte de los votos. Si Eduard se hubiera inscrito en sus listas sería diputado. Habría podido, el otro le aceptaba a su lado, era él quien no quería, por el motivo habitual: prefiere ser el jefe de un partido compuesto por tres personas que escudero de alguien que congrega a millones. Los resultados del escrutinio dejan tan poco margen de duda que ni siquiera aguarda su proclamación y, furioso, humillado, regresa a París.

Ha querido avisar a Natasha, pero no contesta al teléfono. Eduard llega temprano, llama a la puerta, espera un minuto –a su manera, es un chico bien educado– y después abre con su llave. La encuentra desplomada de través en la cama, rodeada de botellas vacías y ceniceros llenos. Ronca fuerte, borracha perdida. La habitación debe de llevar varios días sin ventilar: huele mal. Deposita su bolsa y sin hacer ruido se pone a ordenar. Natasha abre un ojo, se incorpora sobre un codo, mira lo que él hace. Con la voz pastosa, dice: «Luego me echas la bronca, primero fóllame.» Él se sube a la cama, se hunde en Natasha. Se agarran mutuamente como náufragos. Después del amor, ella le dice que ha pasado tres días sin salir del estudio, dejándose cepillar por dos desconocidos. Si él hubiera llegado un poco antes les habría encontrado, podrían haber jugado una partida de cartas. Suelta una carcajada estridente. Eduard se viste sin decir palabra, recoge su bolsa sin cambiarse siquiera de ropa, cierra tras él la puerta sin dar portazo y vuelve al metro y después el RER hasta Roissy, donde compra un billete para Budapest.

Desde Budapest, el autocar casi vacío tarda una noche en llegar a Belgrado. Ahora es el único medio de llegar. Desde que han decretado el embargo, ningún avión aterriza en la capital serbia. El aeropuerto está cerrado. El país, marginado por Europa, se sumerge en el aislamiento y la paranoia. Los serbios razonables están desolados por la loca cruzada a que les arrastra Milošević, se esfuerzan en resistir al lavado de cerebro, pero Eduard no conoce a estos serbios razonables ni quiere conocerlos. Lo que quiere es la guerra. Necesita lanzarse a ella, está dispuesto a perderse en ella. Le parece la única salvación en este momento de su vida. Tiene un plan: depositar su bolsa en el Hotel Majestic, donde ya se ha hospedado, e ir a la representación de la República Serbia de Krajina.

En efecto, el conflicto, aunque prosigue su curso devastador entre serbios y bosnios, se ha recrudecido además entre serbios y croatas por el control de este otro enclave serbio, situado no lejos del Adriático. Hay ahora tres bandos presentes, sin contar los que intentan separarlos, y es como durante la guerra de los Treinta Años, donde en todo momento tu peor enemigo puede convertirse en tu aliado porque es enemigo de tu otro enemigo. Diplomáticos y periodistas se tiran de los pelos. Eduard esta vez ya no quiere ser periodista, sino soldado. Soldado raso, sí, explica a los representantes en Belgrado de la República Serbia de Krajina, entidad autoproclamada que, por supuesto, los serbios reconocen. Su petición les asombra un poco porque no es que abunden los voluntarios extranjeros. Le dicen que es difícil llegar a Krajina, que tiene que esperar, le avisarán. Eduard vuelve al Hotel Majestic.

Según su descripción, me imagino el lugar un poco como el Hotel Lutétia de París durante la ocupación. Hay un piano bar, traficantes de

divisas, putas, gángsters, periodistas turbios y políticos que rivalizan en intransigencia nacionalista. Muchos de estos individuos, partidarios, como Vojislav Šešelj, «de degollar a los croatas y a los musulmanes, no con un cuchillo sino con una cuchara herrumbrosa», morirán pronto de muerte violenta o serán juzgados por crímenes de guerra. A Eduard le gusta el ambiente. Le aborda una chica de diecisiete años, muy bonita. No es una fulana, sino una admiradora. Ha leído todos sus libros, todos sus artículos en la prensa serbia, y su madre también los ha leído. Adulado por estas dos *groupies*, Eduard firma dedicatorias a la madre y, mientras ésta cierra los ojos, solícitamente, se acuesta con la hija. No está acostumbrado a las chicas muy jóvenes y descubre que le gustan. Además tiene pensado seriamente morir en el campo de batalla, y la idea de que quizá sea la última vez que hace el amor le exalta. Se empalma sin parar. Así pasan tres días, al término de los cuales el camarero que le sirve el vodka le susurra que Arkan, informado de su presencia, le espera. ¡Arkan! ¡Su querido amigo Arkan! Ascensor hasta el último piso, al que sólo acceden los visitantes del jefe militar. Cacheo, guardaespaldas: ya está en la suite donde Arkan, en uniforme caqui y boina verde, está de comilona con un decena de esbirros.

—¿Así que todavía no has hecho tu revolución en Rusia, Limónov?

Atrapado, Eduard farfulla que lo ha intentado. Ha estado entre los héroes que defendieron la Casa Blanca contra los carros de Yeltsin. Le han herido durante la intentona de tomar Ostánkino. Y lo que quiere ahora es hacer la guerra en Krajina. No es fácil, confirma Arkan. Un día los croatas, otro los musulmanes, sin contar a los cascos azules, cortan continuamente el corredor de acceso desde Belgrado. Pero parte un contingente al día siguiente.

—¿Quieres ir con él?

—¡Por supuesto!

Las cinco de la mañana. Un minibús con los cristales cubiertos de vaho espera en el terraplén nevado, delante del hotel. Al principio Eduard es el único pasajero. Lentamente, hacen el recorrido de los barrios donde el minibús, como un autocar escolar, embarca a tipos somnolientos que tienen aspecto de campesinos. Al despuntar el sol abandonan Belgrado. Bebiendo café de un termo y *slivóvitza* del cuello de la botella, viajan todo el día por carreteras orilladas de chasis de camiones y pueblos incendiados. Atraviesan Herzegovina, una meseta rocosa, ventosa, árida, donde se han rodado muchos spaghettis westerns y donde dicen que sólo crecen piedras, serpientes y *ustachis*. En teoría, saben cuándo se encuentran en territorio serbio, bosnio o croata. Sobre el terreno es más complicado. Las líneas del frente cortan en dos los pueblos, de un tramo de carretera a otro cambia el alfabeto, la lengua oficial, el sistema monetario, la religión, el fanatismo nacional. También es difícil, hasta que no te das de narices con ellas, decir si las barreras las controlan milicias serbias, croatas o bosnias, pero el minibús, extrañamente, las franquea sin percances. Digo extrañamente porque los compañeros de Eduard, disfrazados de campesinos que van a la feria de ganado, son de hecho milicianos de Arkan que vuelven al frente después de un permiso en Belgrado, y el maletero está atiborrado de armas.

Cubiertas las tres cuartas partes del trayecto, la radio da una noticia inquietante: durante la noche ha habido una especie de golpe de Estado en la República Serbia de Krajina, y parece ser que el ministro de Defensa, al que Arkan recomendaba a Eduard, ha sido encarcelado. Pronto aparecen carteles, recién pegados en troncos de árboles, con la cabeza de Arkan puesta a precio. Es como en San Teodoros, en *Tintín*: nunca se puede saber seguro quién, entre Alcázar y Tapioca, está en condiciones de fusilar a quién. Lo que ocurre, y que Eduard empieza a adivinar y el futuro confirmará, es que Milošević, descrito por un diplomático americano como «un jefe mafioso que, cansado del tráfico de drogas en el Bronx, quisiera reconvertirse en los casinos de Miami», comienza a elegir sus cartas para futuras negociaciones. Conchabado con Tudjman, su mejor enemigo, prepara

dejar Krajina en manos de los croatas a cambio de los territorios serbios en Bosnia y del levantamiento del embargo. En esta nueva fase del juego, un radical como Arkan se vuelve molesto, hay que deshacerse de él, y cabría pensar que la docena de mercenarios zarandeados por el minibús se dirige hacia una celada. Sería lógico, pero la lógica de los Balcanes es extraña. Hay cortocircuitos, retrasos de transmisión que hacen que Eduard, abandonado en la ciudad por sus compañeros, tenga que arreglárselas con las autoridades, no es que le reciban especialmente mal, sino que le pasean de un despacho a otro y al final le mandan a un cuartel austrohúngaro, en campo raso.

Allí le dan un uniforme –cuyos elementos son tan disparejos que es imposible decir a qué bando pertenece–, el grado de capitán y una habitación para él solo. El rango es acorde con la habitación: su ocupante anterior era capitán, una mina le voló por los aires, el ocupante siguiente será capitán también, es más sencillo. Por la mañana completan su equipo con un kaláshnikov y un ángel de la guarda, un oficial serbio huraño y brutal que, de visita en casa de un subordinado suyo, se pone a injuriar y luego a amenazar a la mujer del tipo porque es croata. A Eduard le choca, pero le dicen que hay que comprenderlo: toda la familia del oficial fue degollada por los croatas el año anterior. Unos días más tarde, será el subordinado el que a su vez degüelle al oficial.

Están realmente en el callejón sin salida de la guerra. Nadie va ni se marcha de la guerra, nadie entiende bien quién lucha contra quién. Hay muchas pérdidas por ambas partes, y los campesinos serbios son muy recelosos porque se sienten traicionados por todo el mundo, no sólo por Occidente sino incluso por la madre patria, que se dispone a abandonarles; de hecho, un año después, la República Serbia de Krajina dejará de existir, sus habitantes estarán muertos, en la cárcel o, los más afortunados, refugiados en Serbia.

Eduard pasará dos meses en esta región montañosa y salvaje. Participará –lo dice él, y yo le creo– en varias acciones de guerrilla: incursiones contra pueblos, emboscadas, escaramuzas. Arriesgará la

vida. Una pregunta que me he hecho muchas veces al escribir este libro es si mató a alguien. Tardé mucho en atreverme a preguntárselo, y cuando finalmente me decidí a hacerlo él se encogió de hombros y respondió que era una pregunta típica de un civil. «Disparé, a menudo. Vi caer a hombres. ¿Fui yo el que les abatió? Es difícil decirlo. Es confusa, la guerra.» Rara vez sospecho que mienta: en este caso, un poco. Sabe que escribo un libro sobre él para un público francés, es decir, virtuoso y que se indigna enseguida, y quizá haya preferido no jactarse de lo que debe considerar, en su fuero interno, una experiencia enriquecedora. Pienso que, en su filosofía, matar a un hombre cuerpo a cuerpo es como que te den por el culo: algo que se debe probar como mínimo una vez. Si ha matado, cosa que ignoro, hay muchas posibilidades de que fuera durante esos dos meses en Krajina, prácticamente sin testigos.

Al final regresa a Belgrado en el coche de un periodista japonés. En cada barrera jura que no lleva armas, pero ha conservado su 7.65, recuerdo de sus calaveradas balcánicas, sabiendo que ésta es la última. Durante toda su estancia no ha dejado de rumiar la imprecación de Arkan: «¿Así que todavía no has hecho tu revolución en Rusia, Limónov?» Ha comprendido que el tiempo de los combates periféricos se ha acabado para él. Ha llegado la hora de luchar en el verdadero frente, de volver a Moscú y vencer o morir allí.

VIII. Moscú, Altái, 1994-2001

1

Vidas paralelas de hombres ilustres, continuación: Eduard y Solzhenitsyn abandonaron su país al mismo tiempo, en la primavera de 1974, y regresan al mismo tiempo, exactamente veinte años más tarde. Solzhenitsyn los ha pasado detrás de los alambres de espino que, para desalentar a los curiosos, circundaban su propiedad de Vermont, de donde sólo salía para pronunciar condenas de Occidente que le granjearon una reputación de cascarrabias, y escribiendo dieciséis horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año, un ciclo novelesco sobre los orígenes de la Revolución de 1917, comparado con el cual *Guerra y paz* es un relato psicológico endeble, al estilo de *Adolphe*.¹ Nunca le había abandonado la certeza de que algún día volvería a su patria y que allí todo habría cambiado. Y hete aquí que la Unión Soviética ya no existe y él ha terminado *La rueda roja*: ha llegado el momento.

Consciente de la dimensión histórica del acontecimiento, no quiere volver como cualquier otro emigrado. No: toma el avión hasta Vladivostok y desde allí viaja a Moscú en tren. Un tren especial, un mes de viaje, con paradas en los pueblos donde escucha las quejas de la gente, todo ello filmado por la BBC.

Es Hugo que regresa de Guernesey. Es también, hay que decirlo, Hibernatus, y este regreso grandioso sólo suscita en Moscú indiferencia o ironía: la ironía eterna, inevitable, de los mediocres ante el genio, pero también la de los tiempos nuevos ante el anacronismo en que se ha convertido Solzhenitsyn. Cinco años antes, las masas se habrían prosternado. Acababan de publicar *Archipiélago Gulag*, no daban crédito a tener el derecho de leerlo. Pero regresa a un mundo

donde, tras algunos años de bulimia, la literatura ya no interesa a nadie, y en especial la suya. La gente está harta de los campos de concentración, las librerías ya sólo venden grandes éxitos internacionales y esos manuales que los anglosajones llaman *how-to*: cómo perder kilos, hacerte rico, explotar tu potencial. Las tertulias en las cocinas, la devoción por los poetas, el prestigio de la objeción de conciencia: todo eso se ha acabado. Los nostálgicos del comunismo, cuyo número no sospecha Solzhenitsyn, le consideran un criminal, los demócratas un ayatolá, los amantes de la literatura hablan de *La rueda roja* con una risa burlona (no la han leído, nadie la ha leído) y para los jóvenes es una figura que se confunde casi con Brézhnev en el cementerio de los iconos de la Unión Soviética.

Cuanto más ridiculizan a Solzhenitsyn, más se regocija Eduard. Los capitanes Levitin que envenenaron su juventud están fuera de juego: el barbudo enterrado debajo de sus propios sermones, Brodsky venerado por universitarios y chocheando odas sobre Venecia. Eduard casi se compadece: ¡Venecia! ¡Qué rollo de viejo estúpido! Los dos tienen su gloria a la espalda. La suya, piensa él, despunta. De hecho, cuando ha liquidado su vida en Francia y se ha reinstalado definitivamente en Moscú, se ha dado cuenta de que allí es célebre. Desde la publicación por Semiónov de *La gran época*, han aparecido otros libros suyos, más escandalosos: *El poeta ruso prefiere a los negrazos*, *Historia de un servidor*, *Diario de un fracasado*. Era la opción acertada. En Rusia nunca se ha leído nada semejante, se venden cientos de miles de ejemplares. Deslumbrados por su propia audacia, los periódicos multiplican los reportajes sobre él, y Eduard no decepciona sus expectativas. Vive con Natasha en una especie de *squat*, en un inmueble evacuado, todavía sin restaurar, sin luz en las partes comunes ni barandilla en la escalera. Los dos posan con ropa de cuero y gafas negras, en ese decorado *destroy* que encanta a los fotógrafos. En Francia, este estatuto de estrella del rock sería difícilmente compatible con el de agitador ultranacionalista; en Rusia no: puedes escribir en un

periódico que reedita continuamente *Los protocolos de los sabios de Sión* y ser un ídolo de la juventud. Otra diferencia con Francia es que puedes vender doscientos o trescientos mil ejemplares de tus libros y seguir siendo pobre. La «terapia de choque» y el desorden de la distribución reducen sus derechos de autor al mínimo vital, pero en el fondo le da igual. Entre el dinero y la gloria le interesa la gloria, y aunque haya soñado cuando era más joven con tener las dos cosas, ahora sabe que no es su destino. Es frugal, espartano, desprecia todas las formas de comodidad y, lejos de sentirse humillado por la pobreza que le ha acompañado toda su vida, extrae de ella un orgullo aristocrático. Sin embargo, con sus exiguos derechos, a falta de otros subsidios, confeccionará el primer número del periódico de sus sueños.

En un texto totalmente megalómano, escrito unos años más tarde, se imagina cómo los historiadores futuros se representarán este momento crucial de la historia de Rusia: la fundación de *Limonka*, en el otoño de 1994. Afirma que todo el mundo asegurará que ha participado en la aventura, pero en realidad, en el pequeño despacho que ocupaba Duguin en el periódico *Soviétskaia Rossía*, «sólo estaba el más grande escritor y el más grande filósofo rusos de la segunda mitad del siglo XX», Natasha que escribía artículos con el seudónimo de Margot Führer, algunos punks siberianos y algunos alumnos de Duguin que se enardecían hablando sin parar de la ortodoxia, y por último el fiel Rabko, que se encargaba de la intendencia. En su ciudad natal, Tver, encontraron un impresor. Eduard y Rabko viajaron allí con la vieja cafetera moldava para recoger los cinco mil ejemplares del primer número, y se las arreglaron para distribuirlos. La distribución consistía en vender por la calle y en recorrer las estaciones de Moscú para depositar los periódicos dentro de los trenes que iban a las grandes ciudades de provincias. No esperaban realmente que la gente lo comprase, sino que algunos al menos lo abriesen como se abre una botella arrojada al mar. Eduard cuenta los comienzos de *Limonka* y del Partido Nacional Bolchevique como una epopeya apasionante, cuyo

segundo acto es la habilitación de un subsuelo insalubre donde se refugian después de haber sido expulsados de *Soviétskaia Rossía*. Se remangan (o sea, la media docena de fundadores históricos, excepto Duguin, que como de costumbre se limita a animarles y a inspeccionar las obras acabadas), desalojan montañas de escombros, amasan yeso, tapan grietas. Por mucho que hayan hecho, seguirá siendo un local húmedo e infestado de ratas, pero pronto el partido tendrá una sede que llamarán el *búnker*.

El *búnker*, Margot Führer... Al llegar a este punto, no estoy seguro de que al lector le apetezca realmente que le cuente como una epopeya apasionante los comienzos de un periodicucho y un partido neofascista. Yo tampoco estoy seguro de que me apetezca.

Sin embargo, es algo más complicado.

Lo lamento. No me gusta esta frase. No me gusta el empleo que le asignan las mentes sutiles. Lo malo es que muchas veces es cierta. En este caso lo es. Es algo más complicado.

Zajar Prilepin frisa hoy los cuarenta. Vive con su mujer y sus hijos en Nizhni-Nóvgorod, donde dirige la edición local de *Nóvaia Gazeta*, el periódico independiente donde escribía Anna Politkóvskaia. Autor de tres novelas, está pasando del rango de joven promesa al de valor consagrado. La primera novela trataba de Chechenia, donde fue soldado, la segunda de las dudas y los vagabundeos de un joven provinciano que cree dar un sentido a su vida atascada haciéndose *nasbol*, es decir, militante del Partido Nacional Bolchevique. Es un libro nacido de la experiencia del autor y de amigos de su edad, porque Zajar Prilepin es un *nasbol* convencido desde hace quince años. Tiene la pinta: fuerte, la cabeza rapada, ropa negra, calzado Doc Martens, y por añadidura la suavidad personificada. No hay que fiarse, ya sé, pero al cabo de unas horas con él estoy dispuesto a jurar que Zajar es un tío fantástico. Honrado, valeroso, tolerante, es de esas personas que mira la vida igual que te mira a ti, directo a los ojos, y no para enfrentarse sino para comprender y en la medida de lo posible amar. Es lo contrario del fascista brutal, y también lo opuesto al dandy decadente al que le parece sexy la estética nazi o estalinista. En sus libros, que están traducidos y que recomiendo vivamente, habla de la vida cotidiana en las provincias rusas, de pequeños currelos, de curdas con los amigotes, de los pechos de la mujer que ama, de su amor inquieto, maravillado, por sus hijos. Habla de la crueldad de esta época pero también de los momentos de pura gracia que una jornada reserva si se presta atención. Es un escritor excelente, serio y tierno al que, para situarlo, podríamos parangonar con Philippe Djian en sus comienzos, pero un Philippe que hubiera estado en la guerra.

Pues bien, esto es lo que cuenta Zajar Prilepin.

Tenía veinte años y se aburría como una ostra en su pequeña ciudad de la región de Riazán cuando un amigo le pasó un periódico raro que había llegado por tren de Moscú. Ni el amigo ni Zajar habían

visto nunca algo parecido. Nadie en Rusia conocía *L'Idiot international*, *Actuel*, *Hara-Kiri* ni la prensa *underground* norteamericana –influencias todas ellas reivindicadas por Eduard–, y había motivo para quedarse atónito ante aquella maqueta chillona, aquellos dibujos repulsivos y titulares provocativos. Aunque fuese el órgano de un partido, en *Limonka* se hablaba más de rock, de literatura y sobre todo de estilo. ¿Qué estilo? El estilo *fuck you, bullshit*, y el corte de mangas. La punkitud en su esplendor.

Ahora bien, dice Zajar Prilepin, hay que imaginarse lo que es una ciudad rusa de provincias. La vida siniestra que allí llevan los jóvenes, con el porvenir totalmente obstruido, su desesperación si tienen un poco de sensibilidad y aspiraciones. Era una bendición que llegase un solo número de *Limonka* y cayera en manos de uno de aquellos chicos ociosos, sombríos, tatuados, que rasgueaban la guitarra y bebían cervezas bajo sus preciosos pósters de Cure o de Che Guevara. Muy pronto eran diez, veinte, toda la banda de holgazanes inquietantes que merodeaban por las plazas, pálidos y vestidos con vaqueros negros desgarrados: los *sospechosos habituales*, los clientes usuales de la comisaría. Tenían una nueva contraseña, se pasaban la palabra *Limonka*. Era su rollo, el rollo que les hablaba a ellos. Y detrás de todos los artículos estaba aquel tío, Limónov, cuyos libros Zajar y sus amigos se pusieron a leer febrilmente, y que se convirtió a la vez en su escritor favorito y en su héroe de la vida real. Por la edad podría ser su padre, pero no se parecía al padre de ninguno de ellos. No tenía miedo de nada, había llevado la vida aventurera que hace soñar a todos los chicos de veinte años y les decía, cito: «Eres joven. No te gusta vivir en este país de mierda. No te apetece convertirte en un *popov*¹ normal y corriente ni en un enculado que sólo piensa en la pasta ni en un chequista. Tienes el espíritu de la rebeldía. Tus héroes son Jim Morrison, Lenin, Mishima, Baader. Pues mira: ya eres un *nasbol*.»

Zajar Prilepin añade que hay que comprender que *Limonka* y los *nasbols* han sido la contracultura rusa. La única: todo lo demás es falso,

reclutamiento y compañía. Desde luego que había en su seno algunos brutos, tipos a los que el ejército había vuelto nerviosos o *skins* con perros lobo a los que les molaba hacer el saludo hitleriano para tocar los cojones a la gente *prilichni*: la gente formal. Pero en las pequeñas ciudades de Rusia también había dibujantes de cómics, bajistas de rock que buscan cómplices para formar una banda, gente que se dedica a manipular vídeos, tímidos que escriben poemas a escondidas, languidecen por chicas demasiado guapas y sueñan oscuramente con cargarse a todo cristo en el colegio y suicidarse después con una bomba, como se hace en América. Los satanistas de Irkutsk, los Ángeles del Infierno de Viatka, los sandinistas de Magadán. «Mis colegas», dice suavemente Zajar, y se entiende que aunque tenga todo el éxito del mundo, premios literarios, traducciones, giras por Estados Unidos, lo que le importa es mantenerse fiel a sus colegas, los pringados de las provincias rusas.

Esos chicos –al principio sólo había chicos– eran pobres. Si trabajaban era cargando y descargando fardos, barriendo patios, diluyendo mortero o vigilando aparcamientos en los que estacionaban, salpicando nieve enfangada, 4×4 que valían medio siglo del sueldo de sus madres, y de los que se apeaban, rebuznando en sus teléfonos móviles, hombres apenas mayores que ellos pero más avisados, y a los que despreciaban con toda su alma. Zajar y sus amigos tenían unos quince años cuando el comunismo se desmoronó. Su infancia había transcurrido en la Unión Soviética y había sido mejor que su adolescencia y su primera juventud. Se acordaban con tristeza y nostalgia de los tiempos en que las cosas tenían sentido, en que no tenían mucho dinero pero tampoco había muchas cosas que comprar, en que las casas estaban bien cuidadas y un niño podía mirar a su abuelo con admiración porque había sido el mejor tractorista del *koljós*. Habían presenciado la derrota y la humillación de sus padres, personas modestas pero orgullosas de ser lo que eran, que se habían hundido en la miseria y sobre todo habían perdido el orgullo. Yo creo que esto, ante todo, era lo que no soportaban.

Pronto se creó una sección de Partido Nacional Bolchevique en Krasnoyarsk, en Ufa, en Nizhni-Nóvgorod. Un día llegaba Limónov, acompañado de tres o cuatro de sus muchachos. Toda la banda iba a buscarle a la estación. Dormían en casa de uno o de otro, se pasaban noches enteras hablando y, en especial, escuchando. Eduard se expresaba de una forma sencilla y metafórica, con la autoridad del que sabe que no van a interrumpirle y una predilección por las palabras *magnífico* y *monstruoso*. Todo era magnífico o monstruoso, no conocía nada entre ambas cosas, y Zajar, la primera vez que le vio pensó: «Es un hombre magnífico, capaz de actos monstruosos.»

De Eduard lo había leído todo, hasta los versos de juventud donde expresaba, dice, la visión fresca y primitiva de un niño. Pero Limónov ya no tenía nada de niño, su larga trayectoria a través del mundo le había arrebatado las ilusiones: «Hay que construir la estrategia de vida», decía, «sobre el presupuesto de la animosidad del prójimo.» Es la única visión realista de las cosas, y la mejor protección contra la animosidad del prójimo es ser valiente y vigilante y estar dispuesto a matar. Bastaba pasar unos minutos con él, sentir la energía que irradiaba en la habitación su cuerpo seco y musculoso, alerta, para tener la certeza de que poseía todas estas virtudes. En cambio, no había en él la menor traza de bondad. Interés por los demás sí, una curiosidad siempre despierta, pero no bondad ni dulzura, ningún abandono. Por eso Zajar, que le admiraba y por nada del mundo hubiese cedido su lugar en el círculo que le rodeaba, no se sentía realmente a gusto en su presencia, mientras que se sentía plenamente a sus anchas con los demás *nasbols*. Tenía en ellos una confianza absoluta. Aquellos chicos que tenían apodos como Negativo, Chamán, Soldador o Cosmonauta eran a su juicio las mejores personas del mundo: tan leales y fieles que era insolentes y violentos. Capaces de dar la vida para salvar la de un camarada y de ir a la cárcel por sus ideas. Su moral era exactamente la contraria de la que prevalecía a su alrededor, en el mundo corrompido y sin referencias que había

sucedido a la Unión Soviética de su infancia. Desde que les conocía, Zajar durante años sólo les frecuentó a ellos. Todos los demás le parecían fútiles y fastidiosos.

«He tenido suerte», pensaba. «He conocido a gente por la que sería un honor morir. Habría podido pasar toda mi vida sin conocerla, pero la he conocido. Qué bien.»

Empezó a viajar a Moscú, que de todos modos sólo está a cuatrocientos kilómetros de Nizhni-Nóvgorod. Las primeras veces no desconfiaba, pero a lo largo de los años la represión se endureció y los *nasbols* de provincias recibieron la consigna de evitar los trenes expresos porque había que enseñar la tarjeta de identidad al comprar el billete y existía el riesgo de figurar en las bases de datos del FSB, que era la nueva denominación del KGB. La solución era utilizar los trenes de cercanías, que hacían muchas paradas y permitían fraccionar el viaje de una ciudad a otra y eludir los controles. El trayecto duraba dos días que empleaban en emborracharse y dormir. Eran tres o cuatro muchachos con granos, de piel macilenta y manos rojas, que vestían tejanos, cazadoras y gorros negros y a los que miraban de soslayo. Moscú les daba miedo. En la capital se sentían pobres, provincianos. Temían que les detuviese la policía en el metro, les asustaban las chicas guapas y bien vestidas a las que no se atrevían a aproximarse, y recorrían deprisa la distancia desde la estación de tren a la del metro de *Frúnzenskaia*, cerca de la cual se encontraba el *búnker*. Llamaban a la puerta blindada, varias veces cambiada porque miembros de las fuerzas especiales la habían recortado con un soplete antes de saquear el local y llevarse sin contemplaciones a todos sus ocupantes. Les abrían y bajaban los escalones que conducían al sótano. Allí, por fin, respiraban. Estaban en su casa.

Zajar describe el *búnker* como una mezcla de taller ocupado por un colectivo de artistas, de internado para jóvenes delincuentes, de *dojo* de artes marciales y de dormitorio improvisado para acoger al público

de un festival de rock. Los carteles y pinturas que recubrían las paredes carcomidas de humedad representaban a Stalin, Fantomas, Bruce Lee, Nico y Velvet Underground, Limónov en uniforme de oficial del Ejército Rojo. Había una mesa grande en la que se comía y se componía la maqueta de *Limonka*, un altavoz para los conciertos, alfombras raídas en el suelo sobre las cuales los jóvenes que habían venido de provincias podían extender sus sacos de dormir y pernoctar revueltos, entre ceniceros llenos y botellas vacías, en una intensa mezcolanza de olores de hombres y perros. Con el tiempo empezaron a aparecer chicas, de las que Zajar comenta que eran muy feas o muy guapas. La mayoría cultivaba la estética punk o gótica. Entre los chicos dominaba el pelo al rape, pero también había melnudos, algunos con patillas y hasta peinados impecables de vendedor de electrodomésticos. Nadie se asombraba de nada. Se admitía a todo el mundo, se le aceptaba como era, el único requisito era no tener miedo de los golpes ni de la cárcel.

Al fondo de la sala grande había dos despachos. El de Duguin era confortable, provisto de un radiador eléctrico, de alfombras e incluso de un samovar, a pesar de que lo ocupaba a lo sumo unas horas al día. El de Eduard era claramente más espartano, pese a que a menudo le servía de domicilio. Escritor de renombre, objeto de culto en los medios enterados de Moscú y San Petersburgo, conocía a cantidad de artistas y gentes de moda que durante un tiempo habían frecuentado el *búnker* como en Nueva York habrían frecuentado la Factory de Andy Warhol. Al *nasbol* de base le intimidaba un poco ver a rockeros famosos, cantantes, modelos, abrirse camino entre sus sacos de dormir y sus pastores alemanes para llegar a la mesa grande en la que mi amigo, el editor Sasha Ivánov, se acuerda de haber pasado las veladas más excitantes del decenio precedente. Dice que allí encontrabas a gente que no veías en ninguna parte: joven, original, sin cinismo, con los ojos brillantes de entusiasmo. Era algo extraordinariamente vivo.

Los fieles de Duguin, estudiantes fascistas con grandes carteras o curas ortodoxos antisemitas, no tenían tanto glamour, lejos de eso,

pero si estaba en vena y sentía a su público, «el más grande filósofo ruso de la segunda mitad del siglo XX» se sumaba al círculo y cautivaba a su auditorio de artistas en boga y rudos adolescentes provincianos con las hermosas historias de su repertorio: el sacrificio heroico de los kamikazes japoneses, el suicidio de Mishima, la secta de paramilitares budistas fundada en Mongolia por el barón Ungern von Sternberg. Con su barba negra, sus cejas pobladas, su voz cálida, volvía a ser el narrador inspirado del que Eduard se había prendado. Era una lástima que su encanto tan persuasivo verbalmente se perdiese por escrito. Eduard, que casi se ocupaba él solo de *Limonka*, no se atrevía a rechazarle los artículos secos, abstractos, insípidos, que el cofundador del partido le entregaba cada mes con tanta solemnidad como si fuesen el Santo Grial. Duguin parecía sinceramente convencido de que sus puntualizaciones doctrinales eran la punta de lanza del periódico, la razón de que sus lectores se abalanzasen sobre él. No le gustaba ni el tono ni el aspecto de *Limonka*. Lo que le habría gustado era una de esas revistas grises y confidenciales a las que estaba suscrito: los boletines parroquiales de la extrema derecha europea.

Cuanto más tiempo pasaba, más se ahondaba el foso entre las obediencias de los dos despachos. Como brahmanes que mirarían de arriba abajo a unos parias, los discípulos de Duguin miraban por encima del hombro a la horda de proletarios reclutados por Eduard, amantes del rock y de la trifulca, a los que la historia gloriosa del fascismo importaba poco, y que incluso incomodaba a los más sensibles. Era el caso de Zajar, que detestaba todas aquellas referencias a tropas no regulares y a las secciones de asalto, que no consideraba especialmente divertido que Eduard pusiera a Duguin el sobrenombre afectuoso de «doctor Goebbels» y que sintió más bien alivio cuando se envenenaron cada vez más las rencillas y Duguin terminó abandonando el partido para fundar un centro de estudios geoestratégicos, hoy día próspero y subvencionado por el Kremlin. No más brahmanes: estaban entre parias. Zajar lo prefería.

En *Sankia*, su novela sobre los *nasbols*, Zajar refiere una conversación entre su héroe y uno de sus antiguos profesores, que le aprecia y se esfuerza en comprenderle. El profesor hojea con curiosidad algunos números de *Limonka*. El nombre del partido, su bandera, sus lemas le disgustan, pero quiere considerarlos provocaciones en la línea de los surrealistas franceses, a los que venera. Las acciones de sus militantes, que consisten en pintar grafitis en trenes, desplegar banderolas en el frontón de edificios difíciles de escalar o arrojar tomates al gobernador en actos oficiales, le parecen a la vez inmaduras, simpáticas y valientes. Simpáticas porque son valientes: en Rusia no se bromea con el orden público, y estas demostraciones de colegiales que en Europa occidental se saldarían con una multa cuestan a sus autores penas de prisión que cumplen con orgullo. El héroe de Zajar (y, supongo, el propio Zajar hace diez años) habla de la patria con una seriedad ferviente y recelosa, habla de los sufrimientos y la esencia de la patria, y estos discursos inquietan al profesor. Se avecinan problemas, le dice a su antiguo alumno, cuando a los rusos la patria se les sube a la cabeza y empiezan a hablar de la grandeza de su imperio o la santidad de su misión y a decir cosas como «no hay que intentar comprender a Rusia, hay que creer en ella». «Más valdría dejar que los rusos», continúa el profesor, «lleven o traten de llevar una vida normal. De momento es duro, pero eso llegará. De momento hay algunos ricos y muchos pobres, pero va a crecer una clase media que sólo aspira al confort, a estar protegidos de las convulsiones de la historia, y esto es lo mejor que puede sucederle a este país.»

No, el héroe de Zajar no cree que sea lo mejor. Quiere algo más, quiere otra cosa. «¿Pero qué? ¿Más de qué?», se acalora el profesor. «¿Más orden? ¿Más desorden? Cuando uno lee vuestro periódico, hay que rascarse para saberlo. Rebusnáis: ¡Unión Soviética! ¡Unión

Soviética! ¿De verdad es lo que queréis? ¿Volver atrás? ¿Restaurar el comunismo?»

La pregunta no es retórica: se plantea en las elecciones presidenciales de 1996. Que se presentan mal para Yeltsin y los demócratas es decir poco. Los efectos desastrosos de la «terapia de choque» y de la primera ola de privatizaciones han sumido al país en el caos, y la mayoría de la población habla con un tono de evidencia absoluta de lo ocurrido desde 1989 como de un cataclismo histórico. Yeltsin, en quien han puesto tantas esperanzas, parece que ya no controla nada. Encerrado en el Kremlin, sin más interlocutores que su familia y el responsable de su seguridad, una especie de *tonton macoute* llamado Korjakov, se cura de lo que él llama sus ideas negras y que a todas luces es una depresión masiva bebiendo más de lo razonable. Por indulgentes que sean los rusos con el alcoholismo, ya no les hace gracia que su presidente se emborrache como un cerdo cada vez que les representa en una cumbre internacional. Les avergüenza claramente verle dar cabezadas en la tribuna durante las solemnes celebraciones en Berlín de la victoria de 1945, y luego llevar el compás de una marcha cada vez con mayor regocijo, y por último levantarse balanceándose y, ante las miradas espantadas de los demás jefes de Estado, tratar de dirigir él mismo la fanfarria militar. Estas alternancias de abismos depresivos y euforia etílica son un terreno propicio, como se advierte en el capitán Haddock, para los arrebatos belicosos y, tras interrogar al venal Korjakov sobre el momento psicológico favorable, a los halcones del estado mayor no les cuesta mucho convencer a Yeltsin de que una pequeña contienda, firmemente conducida contra los «culos negros», segaría la hierba bajo los pies de los nacionalistas y a él le devolvería la popularidad perdida.

Respecto a los motivos que animaban a estos halcones, mi primo Paul Klébnikov, del que juro que era el hombre menos aficionado del mundo a las teorías de complot, antes de que le asesinaran sostenía la tesis siguiente: Chechenia, independiente desde 1991 y gobernada por

un ex *apparatchik* soviético, apresuradamente convertido al islamismo, era sin duda alguna una zona franca para la delincuencia organizada, una plataforma del tráfico de droga y la moneda falsificada, pero Rusia, a pesar de que su parte del pastel disminuía, seguía recibiendo lo suyo y no tenía la menor urgencia en intervenir. La había, en cambio, para encubrir la corrupción generalizada del alto mando militar. Los generales habían vendido enormes cantidades de armas, municiones y sobre todo blindados en el mercado negro, y por tanto necesitaban un gran conflicto en alguna parte para que el material volatilizado pudiera considerarse oficialmente destruido. Fuera o no este factor tan decisivo como pensaba Paul, el ejército ruso no escatimó armamento. Mientras que en los momentos más agudos del sitio de Sarajevo se registraban tres mil quinientas detonaciones al día, hubo cuatro mil por hora al comienzo del asedio de Grozny, en diciembre de 1994. La ciudad quedó tan destruida como Vukovar. Pero los chechenos, fieles a su fama de coraje y crueldad que les ha forjado la literatura rusa desde hace dos siglos, replicaron mediante una guerrilla despiadada, empezaron a freír a los soldados dentro de sus carros, exportaron al territorio ruso sangrientas acciones terroristas, y los cuarenta mil jóvenes llamados a filas, entre los cuales estaba Zajar Prilepin, a los que les habían prometido un ataque relámpago seguido de un retorno triunfal, se vieron empantanados en algo tan horrible como Afganistán para sus padres o sus hermanos mayores. Desde que Gorbachov retiró de allí las tropas, en 1988, sólo hubo seis años de paz entre dos sucias guerras de las que los jóvenes rusos volvieron, los que volvieron, lisiados, humillados, alucinados. Yeltsin, tan amado al principio, es ahora tan detestado como su antecesor, y la elección presidencial parece tan adversa para él que piensa seriamente en anularla. Como le repite en la sauna el *tonton macoute* Koriakov: «Borís Nikoláievich, la democracia está bien, pero sin elecciones es más segura.»

La alternativa esta vez no es un histrión como Zhirinovski, sino

directamente los comunistas. Cinco años antes, Yeltsin declaró fuera de la ley a este partido. Se creía definitivamente terminada la experiencia aterradora y grandiosa que se llevó a cabo con la especie humana en la Unión Soviética. Pues bien, al cabo de cinco breves años de experiencia democrática, todos los sondeos coinciden y hay que rendirse a esta perturbadora evidencia: la gente está tan harta de la democracia, del mercado y de la injusticia consiguiente que se dispone a votar en masa al partido comunista.

Su líder, Ziugánov, no propone reabrir el gulag o reconstruir el Muro de Berlín. Bajo la etiqueta de «comunista», este político prudente y sin brillo vende menos la dictadura del proletariado que la lucha contra la corrupción, un poco de orgullo nacional y la misión espiritual de la Rusia ortodoxa frente al nuevo orden mundial. Dice que Jesús fue el primer comunista. Promete que si le votan los ricos serán menos ricos, los pobres menos pobres, y como mínimo todo el mundo debería estar de acuerdo en la segunda parte de este programa: ¿quién es realmente partidario de que los viejos mueran de hambre y de frío?

Sin embargo, los oligarcas se asustan ante la idea de que quieran hacerles menos ricos, sobre todo ahora que acaban de inventar y de endilgar a Yeltsin un chanchullo maravilloso para enriquecerse aún más: los «préstamos a cambio de acciones». La idea es simple: sus bancos prestan dinero al Estado, cuyas arcas están vacías, los préstamos están garantizados por los buques insignia, todavía no privatizados, de la economía rusa –el gas, el petróleo, las auténticas riquezas del país–, y si al cabo de un año el Estado no ha pagado, pasarán por la caja y se cobrarán ellos mismos. El vencimiento cae después de las elecciones presidenciales y en consecuencia es vital para los oligarcas que Yeltsin sea todavía presidente en ese momento, y no un Ziugánov que para mostrar su virtud amenaza con denunciar el trapicheo.

La pequeña historia quiere que se hayan percatado del peligro en la cumbre de Davos, donde se reúnen los más ricos y los más poderosos de la tierra. Porque en 1995 Ziugánov, al que consideran un

politicastro ridículo, no sólo ha tenido la insolencia de ir a Davos, sino que zumba a su alrededor un enjambre de periodistas y consejeros de jefes de Estado que recogen sus palabras, por lo demás moderadas, con la deferencia debida al futuro dueño de Rusia. «Mierda», se dice Berezovski, el más emblemático de los oligarcas, el hombre al que todo el mundo disfruta odiando, de tan judío, genial y sin escrúpulos que es el individuo. Toma una copa con George Soros, el gran financiero norteamericano, de origen húngaro, que desarrolla en Rusia toda clase de fundaciones y programas filantrópicos.

–Pues se diría que se disponen a quitaros el pastel antes de que hayáis acabado de repartirlo –dice Soros.

–Eso parece –suspira Berezovski.

–Quizá incluso –añade suavemente Soros– os envíen a Siberia. Yo, en vuestro lugar, muchachos, me andaría con ojo.

Esta conversación electriza a Berezovski, que acto seguido llama a los móviles de los otros seis oligarcas más poderosos de Rusia. Les propone que olviden temporalmente sus disputas (la más espectacular es la que le opone a él con Gusinski: sus respectivos ejércitos se matan entre sí a gran escala) y que aúnen sus fuerzas para conseguir que reelijan al viejo zar. Los siete ponen en la campaña todo su poder financiero y mediático, y este último quiere decir *todos* los medios de comunicación. Todos los periódicos, todas las emisoras de radio, todas las cadenas de televisión machacan el mensaje: o Yeltsin o el caos. O Yeltsin o el gran salto hacia atrás. Y para que no se olvide ni se idealice lo que ha sido el comunismo, emiten durante las veinticuatro horas documentales terroríficos sobre el gulag, sobre la hambruna organizada por Stalin en Ucrania, sobre la matanza de Katyń. Financian grandes películas novelescas sobre las purgas, como *Quemado por el sol*, de Nikita Mijalkov. Personalmente me gusta mucho este film, pero me imagino la furia de Limónov si lo ha visto. Siempre ha albergado resentimiento contra Mijalkov, heredero de una gran familia de la *nomenklatura* cultural, amigo de disidentes siempre que el contacto no entrañe riesgos, favorecido por todos los regímenes y muy

lógicamente erigido en chantre de la contrarrevolución. Esas dachas bajo el sol del verano, esas grandes familias felices que viven días apacibles, y el pérfido comisario político que por envidia, y también por fanatismo, hace estallar en pedazos toda esa felicidad: es una película estalinista a la inversa y, ya puestos, Eduard prefiere los films estalinistas. Eran menos maliciosos, poseían la autenticidad de lo que has visto en tu infancia.

También los *nasbols* de la edad de Zajar están asqueados por esa avalancha de propaganda que niega todo lo que les han enseñado a amar y rechaza el ideal por el que sus padres combatieron codo a codo con el nazismo. ¿Qué hacer con este asco, qué forma política darle? Les gustaría mucho que su jefe se lo dijese, pero Yeltsin o Ziugánov son para Eduard la peste o el cólera, y no encuentra nada mejor que asociarse con el «bloque estalinista», un grupúsculo todavía más marginal que el suyo, y luego dejar que le suplante, como candidato de esta coalición absurda, un tal Evgueni Dzhugashvili, que no sólo es el sobrino nieto de Stalin sino su sosias, incluidos el bigote y la pipa.

Llegada la segunda vuelta (entre las dos, Yeltsin ha sufrido un infarto que han ocultado lo mejor que han podido), hay que decir a los *nasbols* por quién votar, y Limónov sorprende a su círculo desarrollando la teoría de que cuanto mayor sea el caos tanto mejor para la revolución. Así pues, Yeltsin. Esta sutileza le será reprochada, y será el origen de un rumor según el cual, tras su fachada de provocador, es un agente a sueldo del Kremlin, y de este episodio aprenderá que en política hay que desconfiar de las paradojas. Las masas no las entienden. *Mein Kampf* es muy claro al respecto.

De hecho, la impresión general en este momento es que Eduard desbarra, y es cierto, Eduard desbarra porque Natasha acaba de dejarle.

No sé gran cosa de los motivos y las circunstancias de este

abandono, ya que los escritos de Eduard de esta época son mucho menos íntimos que los de su juventud, pero parece que reaccionó de una forma tan paroxística como cuando Elena le abandonó en otro tiempo. Un texto pasablemente delirante, escrito en caliente, da del final de sus trece años de vida en común una interpretación «filosófica y mística» en la que se reconoce la influencia de Duguin, que aún no ha abandonado el barco. Eduard habla en ese texto de coincidencias turbadoras, de sueños premonitorios, de vagabundeos alucinados, e incluso él, tan prosaico, tan mal lector de *El maestro y Margarita*, refiere un encuentro muy poco convincente con el demonio en las calles de Moscú. Consulta a una pitonisa que le dice que en una vida anterior fue un caballero teutón y Natasha una prostituta a la que protegía. Esta interpretación le parece luminosa. La ha protegido, sí, como un bravo caballero. Le ha sido leal, fiel, igual que a Elena y, lo mismo que ésta, Natasha le ha traicionado. Intenta persuadirse de que no es digna de él, se insta a despreciarla, pero cuando camina hasta la extenuación bajo el sofocante verano moscovita no puede evitar repetir como una letanía la descripción de su cuerpo: las grandes manos desarticuladas de puro flexibles, los pechos blancos un poco caídos, la breva siempre húmeda, siempre lista para su polla y, lástima, para la de otros hombres. Con ella se le empinaba como con ninguna otra mujer en su vida, a excepción de Elena. Piensa en el modo en que ella se masturbaba, soñadoramente, sin dejar de fumar desnuda sobre la taza del retrete en su estudio de la calle Turenne. Tendido en el colchón, él la miraba por la puerta abierta. Recuerda el día en que, al volver de su catastrófica campaña electoral, la encontró borracha, tumbada de través en la cama y, al percatarse de su presencia, ella le dijo: «Luego me echas la bronca, primero fóllame.» Por mucho que Duguin le repita sentenciosamente la frase de Nietzsche que los amigos cultos te sueltan siempre en esta clase de circunstancias, «lo que no me mata me fortalece», sufre como un condenado. Daría su vida por hundirse una vez más en el vientre de esta cantante sublime y fracasada, de esta alcohólica, esta ninfómana, esta criatura de abismos y excesos que ha tenido, piensa él, la suerte increíble de ser la mujer de Limónov y que ahora tiene la

desfachatez, aún más increíble, de no querer seguir siéndolo.

Este período cuasi delirante concluye justo después de las elecciones que, en gran medida amañadas, dan la victoria a Yeltsin. Una noche, Eduard vuelve solo a su casa cuando tres individuos se le echan encima en una calle desierta. Le tiran al suelo, le muelen a patadas en las costillas y la cara. No quieren matarle –de haber querido lo habrían hecho–, pero la advertencia es seria: pasa ocho días en el hospital y por poco pierde un ojo.

Se ha preguntado muchas veces de quién era el aviso y por qué. Sus sospechas más consistentes recaen en el general Lébed. Este antiguo paracaidista, héroe de la guerra de Afganistán, que se parece a Arnold Schwarzenegger en menos delgado y tiene fama de una honradez áspera, ha obtenido el tercer puesto en las presidenciales. Mucha gente en Rusia, pero también en Occidente, le considera una especie de De Gaulle siberiano. Alain Delon, manifestando un interés inesperado por los asuntos internos rusos, le garantizó su apoyo en *Paris Match*. Eduard, por el contrario, le aborrece, primero porque detesta, más que a sus adversarios naturales, a los que son del mismo gremio que él pero tienen más éxito –y dentro del género «un auténtico hombre», Lébed es uno de ellos–, y segundo porque, por muy general que sea, se ha pronunciado valerosamente en contra de la guerra de Chechenia y no escatima esfuerzos para encontrar al conflicto una salida honorable. *Limonka* hace una campaña virulenta contra él, y aunque sea un fanzine de cinco mil ejemplares de tirada, leído por punks de provincias, no es imposible, a fin de cuentas, que el honrado general, o alguien de su entorno, haya expresado su irritación como se expresa normalmente en este país, incluso en los mejores ambientes.

A partir de esa fecha, en todo caso, Eduard ya no dará un paso en la calle sin que le acompañen tres *nasbols* de envergadura disuasiva. No es el único: muchísimas personas en Rusia tienen guardaespaldas. Una vez, en Moscú, ligué con una chica que tenía uno. En el restaurante, yo le veía por encima de su hombro mientras me hacía el amable: el

matón cenaba en la mesa vecina, con una cara totalmente inexpresiva.
Más tarde, esa noche, se quedó montando guardia delante de la puerta.
Al principio perturba, luego te acostumbras.

Los extranjeros que fueron a buscar su oportunidad en Rusia, hombres de negocios, periodistas, aventureros, hablan con nostalgia del segundo mandato de Yeltsin. 1996-2000: los años más rock'n'roll de sus vidas. Moscú es el centro del mundo durante ese lustro. En ninguna parte hay noches más locas, chicas más guapas y también cuentas más caras. Y, claro está, para quienes tienen medios con que pagarlas. A los que no los tienen ya no se les oye. Ni siquiera bajan a la calle cuando la crisis de 1998, por segunda vez en un solo decenio, volatiliza sus pobres ahorros. Se quedan mudos de estupor, hipnotizados en el fondo de sus bares sórdidos por la televisión, que ahora lo único que muestra es el mundo de hadas de los ricos en las grandes ciudades, a muchachas espléndidas que, con una tarjeta de crédito dorada desdeñada, pagan por su plato de sushi el equivalente del sueldo anual de una maestra, y a jóvenes arrogantes que, rodeados por un ejército de gorilas con auriculares, viajan en jet privado a Courchevel, donde llenan sus jacuzzis de champán Veuve Clicquot. El atraco de los «préstamos a cambio de acciones» ha funcionado más allá de toda esperanza: Jodorkovski, por ejemplo, ha recibido por ciento sesenta y ocho millones de dólares la compañía petrolífera Yukos, cuyos beneficios son tres mil millones al año. Actualmente los oligarcas lo poseen todo, absolutamente todo: fortunas inmensas, amasadas con materias primas y no con tecnologías, fortunas que no crean riqueza pública y que desaparecen en una red opaca de sociedades *offshore* con sede en Vaduz o en las Islas Caimán. Puedes escandalizarte, puedes también decir, como mi madre: «Son gánsters, por supuesto, pero es sólo la primera generación del capitalismo en Rusia. Fue igual en América, al principio. Los oligarcas no son honestos, pero educan a sus hijos en buenos colegios suizos para que ellos se puedan permitir el lujo de serlo. Ya verás. Espera una generación.»

También la política está privatizada. El libro que mi valiente primo Paul Klébnikov escribió con sus pesquisas sobre Berezovski se titula *El padrino del Kremlin*, y es exactamente eso. Berezovski no es un triunfador discreto. No desaprovecha una ocasión de recordar que el poder en Rusia es él, que el viejo zar le debe haber conservado su trono y para recompensarle hace todo lo que él quiere. La oposición está hecha jirones, el pueblo catatónico y Eduard, por su parte, enfurecido, a falta de encontrar algo donde descargar la energía que le desborda. La paliza no le ha calmado lo más mínimo. Ha sustituido a Natasha por Liza, una *punkette* arrebatadora y larguirucha que tiene veintidós años, se parece a Anne Parillaud en *Nikita* y está loca por él. Pero ni este nuevo amor, ni la dirección de un periódico contracultural, ni la literatura son suficientes para la idea que se hace de su destino. «Si un artista», escribe, «no comprende a tiempo que debe consagrarse a algo más elevado que él, como un partido o una religión, lo que le espera es un destino lastimoso compuesto de borracheras, *shows* de televisión, pequeños chismorreos, pequeñas rivalidades y, para acabar, un infarto o un cáncer de próstata.» En cuanto a la religión, se la reserva para más adelante. Un partido ya lo tiene, no sabe muy bien qué hacer con él pero ya es algo, al fin y al cabo, una fuerza, y para medir esta fuerza decide organizar un congreso.

Han venido todos, están todos allí. No, todos no, hay siete mil en Rusia, son varios centenares que llegan de todas partes, como para asistir a un festival de rock. Los delegados más impacientes, que han llegado con unos días de adelanto, han asentado sus reales en el *búnker*, para los demás han previsto un hogar de trabajadores. No ha sido fácil, ni tampoco lo ha sido encontrar una sala. Cada vez que un propietario aceptaba, volvía al día siguiente diciendo que, bien pensado, no: la policía entretanto debía de haberle explicado que no era una buena idea alquilar el local. Hasta el final temieron lo peor: una alerta de bomba, provocaciones, prohibición pura y dura. Pero lo peor no se produce, el congreso arranca, Eduard ocupa el estrado bajo el póster

inmenso que representa a Fantomas, y resplandece. Hace tres años que él y un puñado de camaradas se desloman transportando ejemplares del periódico a las estaciones de las que parten a villorrios remotos, y hoy ven el resultado: personas reales, hermanos.

No son los Siegfried con los que soñaba Duguin, sino adolescentes provincianos, oscuros, con granos y la piel macilenta, constelada de placas rojas, que caminan por la calle formando columnas, y si por azar entran en un café, cuentan sus monedas, se miran los zapatos, piden una consumición para cuatro: los *nasbols* son clientes pobres, que temen hacer el ridículo y tienen tanto miedo a que se burlen de ellos que enseñan los dientes. Sin Eduard serían alcohólicos o delincuentes. Ha dado un sentido a su vida, un estilo, un ideal y están dispuestos a dar su vida por él. Está orgulloso de ellos y de que ahora haya también chicas en sus filas, que como ya observó Zajar Prilepin son muy bonitas o muy feas, no hay término medio, pero hasta a las feas les dan la bienvenida, y la más guapa de todas es la suya, la de Eduard, esta Liza de cuerpo alargado y con el cráneo rapado que le mira con amor mientras él habla y habla, envuelto en la adoración de todos.

Les dice que Rusia está gobernada por viejos, gordos, corruptos, y que el porvenir del país son ellos. La cantinela de siempre. Pero les dice otra cosa, sobre la que ha reflexionado mucho: que la situación política no está madura. Lo propio del gran hombre, como le repitió en vano al estúpido general Ruskói durante el asedio de la Casa Blanca, es saber reconocer cuándo está madura y ahora no, no lo está. Más vale no mencionar las coaliciones a lo gilipollas con los ortodoxos antisemitas o sobrinos nietos de Stalin. Los *nasbols* no van a tomar ahora el poder en Rusia. Algún día sí, pero no ahora. No obstante, no van a conformarse con leer *Limonka* y rasgurar la guitarra en un rincón. Hay algo que hacer. No en el país mismo, sino en la periferia, en esos territorios que el traidor Gorbachov ha abandonado. Con ellos abandonó a veinticinco millones de rusos que eran los cuadros de la Unión Soviética y que no son nada desde que la Unión no existe.

Aportaban la civilización, ahora están rodeados por el islamismo o, lo que no es mejor, por la ideología democrática. Dominaban y ahora están vejados, sometidos al ostracismo, a lo sumo tolerados en países que les deben todo y a los que han dado su sangre: exactamente como los serbios en la ex Yugoslavia. El traidor Yeltsin no ha querido volar en auxilio de los serbios, no volará tampoco para socorrer a los novecientos mil rusos de Letonia, a los once millones de rusos de Ucrania, a los cinco millones de rusos de Kazajstán. El nuevo combate será, por consiguiente, atizar en esas tierras focos de insurrección, favorecer en ellas la creación de repúblicas separatistas. Dos objetivos: los países bálticos y Asia central. En los primeros ya está bien implantado el partido, hay un buen centenar de *nasbols* en Riga. En cuanto al Asia central, el propio Eduard está en condiciones de anunciar que va a efectuar una gira de prospección. Partirá pronto y cuenta con la compañía de una decena de valientes. Todas las candidaturas serán bien recibidas.

Cien manos se levantan. Una descarga de aplausos, entusiasmo general. Una nueva frontera se abre a los *nasbols* más audaces. Es un momento histórico: totalmente, piensa Eduard, como cuando Gabriele d'Annunzio reclutó un batallón de héroes para reconquistar Fiume. Liza, desde bastidores, le envía besos.

La gira de los nacional-bolcheviques por Kazajstán, Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán duró dos meses. El jefe viajaba con ocho acompañantes, ocho tipos con pinta de paracaidistas a los que una serie de fotos, reproducidas en *Anatomía del héroe*, muestran al lado de representantes de las tropas rusas estacionadas allí. Estas fotos hicieron reír mucho a un amigo mío cuando se las enseñé una noche de borrachera. «Basta», me dijo, «son una simple banda de maricas. Fueron allí para follarse a sus anchas.» Yo también me reí, no lo había pensado. Sinceramente, no lo creo, pero ¿quién sabe?

Lo seguro es que Liza y las mujeres de los otros, si las tenían, se quedaron formalitas en casa. Sin embargo, parece que Eduard no

lamentó la ausencia de su compañera sino la del mercenario francés Bob Denard, a quien conoce un poco por haberle tratado en París y al que ha intentado arrastrar a la aventura. Este gran profesional de los golpes de Estado y otras acciones descabelladas en África habría sido una ayuda inestimable para detectar las posibilidades de desestabilización. La pena es que Bob Denard tenía asuntos más importantes entre manos. Lo que también es seguro es que Eduard, a falta de desestabilizar algo, ha descubierto países a su gusto. Le encantó Asia central, y no tanto, a decir verdad, los rusos de la región, objeto en principio de su solicitud, como los uzbekos, kazajos, tayikos y turkmenos, a propósito de los cuales desgrana tópicos que son, a mi juicio, verdades: pueblos orgullosos, susceptibles, pobres, hospitalarios, con tradiciones de violencia y de venganza que suscitan toda su simpatía. Partido bajo el auspicio de Gabriele d'Annunzio, regresa bajo el de Lawrence de Arabia, y se ve como un liberador, no ya de bufones rusos, sino de uzbekos y kazajos montaraces que también tienen, después de todo, motivos de rencor contra los dictadores locales. Él, que influenciado por sus amigos serbios, estaba tan indignado contra el islamismo, a su vuelta prodiga elogios a los musulmanes y hace extensiva esta admiración a los chechenos, de los que alaba su frugalidad, su genio para la guerrilla y su elegancia en la crueldad. Hay que reconocerle una cosa a este fascista: sólo ama, y sólo ha amado siempre, a las minorías. Los flacos contra los gordos, los pobres contra los ricos, los cabrones que admiten serlo, tan raros, contra los virtuosos que son legión, y por errática que parezca su trayectoria, posee una coherencia que consiste en haberse puesto siempre, absolutamente siempre, de su lado.

Cuando el segundo mandato de Yeltsin se acerca a su fin, los oligarcas le buscan un sucesor igualmente complaciente, y el más astuto de todos, Berezovski, tiene una idea: un chequista totalmente desconocido del público: Vladímir Putin. Ex oficial de información en la Alemania del Este, se vio reducido a una gran inactividad tras la caída del Muro, luego se hizo un hueco en el FSB, que dirige desde hace un año sin gran brillantez. En sus diferentes puestos da prueba de una lealtad sin fisuras a sus superiores, y es esta cualidad preciosa la que Berezovski destaca ante sus camaradas: «No es un águila», dice, «pero comerá en nuestra mano.» Comisionado por su grupo, Berezovski embarca en su avión privado y aterriza en el aeródromo de Biarritz, donde Putin pasa sus vacaciones con su mujer y sus hijos, en un hotel de categoría mediana. Cuando el oligarca le propone el empleo, dice modestamente que no está seguro de reunir las aptitudes necesarias.

–Vamos, vamos, Vladímir Vladímirovich, cuando se quiere se puede. Y además no se preocupe: estaremos allí para ayudarle.

Anticipémonos: Berezovski, tan orgulloso de su maquiavelismo, acaba de hacer la peor jugada de su carrera. Como en una película de Mankiewicz, el oficial anodino y obsequioso va a revelarse como una implacable máquina de guerra y a deshacerse uno tras otro de los que le han encumbrado. Tres años después de la entrevista de Biarritz, Berezovski y Gusinski se verán obligados a exiliarse. Jodorkovski, el único que se había enmendado, tratando de moralizar la gestión de su imperio petrolero, será detenido y, tras un juicio escandaloso, enviado como en los buenos tiempos a Siberia, donde aún se pudre, en el momento en que escribo. Los demás están avisados, han comprendido quién es el que manda.

Mientras tanto, el virginal y modesto Vladímir Vladímirovich es presentado al buen pueblo por Yeltsin, que seis meses antes de las presidenciales le nombra su delfín. Las elecciones ya sólo parecen una formalidad, pero para asegurarse de que el recién llegado las aborda en posición de salvador, nada mejor que una pequeña guerra, y el pretexto de la misma, otra vez en Chechenia, es una serie de atentados con bomba que en otoño de 1999 causan más de trescientos civiles muertos en unos inmuebles de las afueras de Moscú. Circula una tesis según la cual estos atentados, atribuidos sin ninguna prueba a terroristas chechenos, en realidad fueron cometidos por el FSB. La formularon públicamente el general Lébed, el periodista Artyom Borovik, el ex oficial de los órganos Alexandr Litvinienko y mi primo Paul Klébnikov. Los cuatro murieron de muerte violenta: Lébed y Borovik en accidentes sospechosos, Litvinienko envenenado con polonio, Paul abatido por un kaláshnikov. A la vez paranoica y verosímil, esta tesis sobre los atentados de 1999 sigue estando muy extendida entre la población rusa, y lo más extraño es que no la disuade demasiado de votar masivamente una y otra vez a Putin, a pesar de que le creen culpable o cuando menos capaz de este crimen.

Unos meses después de su puesta en órbita, ya no es en todo caso nada virginal ni modesto. Al proclamar su intención de «cargarse a los terroristas hasta en los retretes», da el tono de su presidencia con tanta contundencia como Nicolas Sarkozy el de la suya con su célebre: «Lárgate, pobre imbécil.» Esta fórmula se convierte al instante en una broma ritual entre los *nasbols*: «Anda, pasa el vodka, que si no te dejo seco hasta en el retrete.» Ni Berezovski ni Limónov y los suyos saben lo que les espera.

Las cosas ocurren deprisa, muy deprisa. Incluso antes de las elecciones presidenciales, el Ministerio de Justicia promulga una ley que prohíbe el extremismo y el fascismo –que se reserva definir– y comunica al Partido Nacional Bolchevique que la ley le concierne directamente. Eduard pide audiencia con el ministro en persona, la

obtiene, se pone traje y corbata, defiende su causa: ¿él, extremista? ¿Fascista? Jamás de la vida. El ministro le escucha, le dice el aprecio que siente por su talento, parece muy abierto. Pero tres meses más tarde, expirada la fecha más allá de la cual no se concederán más autorizaciones, cae la cuchilla: la respuesta es no. No, el Partido Nacional Bolchevique ya no tiene derecho a existir. Eduard, conmocionado, pide otra audiencia, para su gran sorpresa la obtiene de nuevo, vuelve a ponerse su traje y corbata y esta vez no se anda con rodeos. Le explica al ministro que en Rusia hay ciento treinta partidos reconocidos y registrados, y entre ellos muchos partidos fantoches, sin afiliados. No es el caso del suyo, que cuenta con siete mil. La situación es simple: si no lo autorizan, el Partido Nacional Bolchevique se verá obligado a organizarse clandestinamente, y él, Limónov, no podrá hacer nada si empujan hacia el extremismo y el terrorismo a jóvenes preocupados por el futuro de su país.

El ministro arquea las cejas:

–¿Me está diciendo que si no autorizamos su partido van a empezar a poner bombas?

–Lo que le estoy diciendo –responde Eduard– es que si nos cierran la vía legal, buscaremos otra.

Poco después, le convoca a la Lubianka un oficial que le dice sin ambages que le han encomendado que se ocupe de él y de su partido. Este oficial no juega a ser amigo de las letras pero no es antipático, lo que confirma a Eduard en la idea de que los chequistas son preferibles a los funcionarios civiles. «¿Qué es esta granada?», pregunta, mostrando el logotipo de *Limonka*. «¿Incitación al asesinato?» Eduard responde que el modelo lo producen fábricas de armamento rusas, y que reproducir la imagen no está, que él sepa, prohibido por la ley. El oficial se ríe, bonachón, y le da su número de móvil, invitándole a llamarle si observa a elementos tentados por el terrorismo entre los jóvenes que le rodean.

–Lo haré sin falta –dice Eduard, educadamente.

En materia de terrorismo, parece ser que durante toda su historia, legal e ilegal, el Partido Nacional Bolchevique se ha distinguido siempre por sus acciones pacíficas. Lo dicen no solamente los *nasbols* y Eduard, sino el poder mismo que les ha perseguido y encarcelado por delitos tan nimios como haber gritado «¡Stalin! ¡Beria! ¡Gulag!» en un mitin del ex primer ministro Gaidar, abofetear a Gorbachov con un ramo de flores –sin espinas, precisa Limónov– o repartir una octavilla titulada: «Nuestro amigo el verdugo» a la salida de la proyección oficial de la película de Nikita Mijalkov *El barbero de Siberia*. El verdugo así cuestionado era el presidente de Kazajstán, Nursultán Nazarbaiev, mecenas de la película, y la octavilla que denunciaba la suerte poco envidiable de los opositores en su país tenía más de gestión humanitaria que de acción fascista, salvo en el hecho de que las organizaciones humanitarias se hubieran abstenido prudentemente de atacar a una personalidad tan poderosa y conciliadora como Mijalkov, que se había convertido en el cine ruso en lo mismo que Putin en el poder: en el *joziain*, es decir, el *amo*. La réplica a esta acción no se hace esperar: un cóctel mólotov en el *búnker*, los OMON que se apean, saquean, golpean y encarcelan a los *nasbols* presentes, todo lo cual, Limónov está seguro, a instancias de Mijalkov. En otra proyección, dos *nasbols*, como medida de represalia, lanzan huevos podridos contra la cara del cineasta y, detenidos al instante, condenan a cada uno a seis meses de prisión.

Seis meses parece excesivo por unos huevos podridos. Es poco si se comparan con las sentencias dictadas en los países bálticos, que Eduard, se lo recuerdan, designó como territorios de acción prioritaria. La acción letona es un nudo tal de paradojas poscomunistas que pienso que vale la pena narrarla. Comienza cuando la justicia de Letonia, ex satélite de la URSS convertido en un estado independiente y democrático, condena y encarcela a un viejo partisano soviético, héroe

de la Segunda Guerra Mundial patriótica y más adelante, hasta la caída del Muro de Berlín, chequista famoso por su ferocidad. Visto desde Francia y, digamos, por *Le Monde* y *Libération*, constituye una sana terapia histórica: la sociedad ejerce su deber de memoria, pide cuentas a los verdugos. Visto por los *nasbols*, es algo abyecto, un insulto a los veinte millones de muertos de la guerra y a los centenares de millones que creyeron en el comunismo. Para esos jóvenes románticos, el viejo cocodrilo del KGB se convierte en un héroe, un mártir, y para manifestarle su apoyo tres de ellos lanzan una falsa granada para ahuyentar a los turistas y se atrincheran en el campanario, desde donde arrojan una lluvia de octavillas. Al hacerlo saben muy bien lo que les espera: batallones de polis con megáfonos que les conminan a rendirse, negociaciones, exigencias que no tienen ninguna posibilidad de cumplirse (que liberen al viejo chequista, que Letonia renuncie a entrar en la OTAN) y otras más realistas (que el embajador ruso esté presente cuando ellos se rindan). Al final se rinden, el embajador está allí pero no hace nada para protegerles, les maltratan como si hubiesen abierto fuego contra la gente, les juzgan, no por gamberrismo sino directamente por terrorismo, y les condenan a quince años de cárcel, con el beneplácito de las autoridades rusas.

Han leído bien: quince años. El asunto se torna todavía más avieso porque el poder ruso, contra el que se sublevan los *nasbols*, ya no tolera más que ellos las afrentas a su glorioso pasado: Putin declarará prácticamente la guerra a los estonios cuando quieren deshacerse de un monumento a la gloria del Ejército Rojo. En el fondo, los *nasbols* y él están de acuerdo, cosa que los primeros, por supuesto, se suicidarían en masa antes que reconocerlo. Pero cuando se trata de «luchar contra el terrorismo», por leve que sea, los chequistas rusos colaboran estrechamente con los servicios letones y persiguen sin escrúpulos a los románticos defensores de sus antiguos colegas perseguidos.

Soy consciente de que todo esto es complicado: escribo este libro

para esclarecer este tipo de complicaciones. Eduard, al que Dios sabe que no le molesta nadar en aguas turbulentas, también empieza a hartarse y a soñar con aire puro, con grandes espacios. Moscú es siniestro, piensa que estaría mejor en Asia central. Le apetece combinar un nuevo viaje de estudios sobre las posibilidades de desestabilizar Kazajstán con una prueba de supervivencia al estilo Rambo en las montañas de Altái. Es la idea que tiene de unas vacaciones este hombre que no se las toma nunca, y esto me recuerda las fotos que he visto de las vacaciones de Stalin en Abjasia: sólo aparece con botas y guerrera militar, rodeado de bigotudos vestidos como él y que si eran aficionados a la tumbona y al baño lo disimulaban bien.

Echen un vistazo al mapa: verán que la República de Altái, que linda con Kazajstán (aunque se trata de superficies cinco veces más grandes que Francia), es el lugar más continental del planeta, a igual y considerable distancia de los océanos Atlántico, Índico y Ártico. Es, como la Mongolia donde el barón Ungern von Sternberg había fundado su orden de legionarios budistas, una región famosa por sus paisajes, que te cortan la respiración –altiplanicies, largas hierbas tumbadas por el viento y por la bajísima densidad de su población. El espacio, el cielo, nadie bajo el cielo: Eduard se aventura en este universo elemental, casi abstracto, al final del verano de 2000, apretujado con cuatro de sus muchachos en un jeep que traquetea por carreteras llenas de baches. Su guía, un tipo lacónico e inexpresivo que se llama Zolotariov, ha localizado en las montañas del sur algo que parece corresponder a lo que ellos buscan: una especie de ermita situada en una zona de difícil acceso, sin vecinos, que podría servir de campo de entrenamiento. Estos campos son un mito dentro del partido. Muchos *nasbols* creen a pies juntillas que Eduard ha creado ya varios, ultrasecretos, copiados de los que tienen los yihadistas en Pakistán, y él deja flotar la duda pero no es cierto: por el momento no existe ninguno.

Al final de una pista, a diez kilómetros de la aldea más próxima, para recorrer los cuales se tarda casi una hora, los viajeros descubren

una cabaña de madera con el tejado medio hundido y las ventanas tapadas con plástico. Dos habitaciones, cuatro camas, una estufa que parece funcionar. Sacan el material, los sacos de dormir, los víveres y se instalan. Hacen picnic por la noche bajo las estrellas. Empieza el embrujo.

El lirismo panteísta no es mi fuerte: aunque amante de los paisajes alpinos, no me siento cómodo a la hora de describir las hogueras, los torrentes, las mil variedades de hierbas, de setas, de huellas de animales salvajes, y paso rápidamente la página del robinsonismo. En el caso de Eduard dura tres semanas durante las cuales los chicos se dedican, aparte de la caza y la recolección de plantas comestibles, a ejercicios de tiro y de combate cuerpo a cuerpo. Nadie les molesta. Hijo del cemento, Eduard descubre un mundo nuevo para él, y el guía Zolotariov revela ser, en su elemento, un personaje fascinante. En la ciudad le ha causado la impresión de un viejo hippy de provincias, con el pelo mugriento y un pañuelo alrededor de la cabeza, que sólo sale de su mutismo para murmurar vagas sandeces *new age* en las que hay, cada pocas frases, palabras como *energía* y *karma*. La primera mañana, al salir de la cabaña, Eduard le encontró meditando en la posición del loto, de frente al sol levante, y al principio le hizo gracia, pero no tardó ni tres días en percibir realmente las ondas sosegadas y positivas que emanaban de aquel tío. Zolotariov le lleva a pescar en los torrentes, le enseña a extraer las agallas de los peces, a cocerlos, a escoger las hierbas y las bayas para condimentarlos. Conoce la naturaleza como nadie, y no sólo la conoce: forma parte de ella, está perfectamente integrado en ella. Eduard se siente casi acobardado en su presencia, como el viajero demasiado civilizado ante el trampero mongol Dersu Uzala en la película de Kurosawa, que vio y apreció hace tiempo. Zolotariov tiene de Uzala la baja estatura, los ojos rasgados, la palabra parca. Su fuerza y su malicia no se ven a primera vista, pero en cuanto las vislumbra todo lo demás se eclipsa y comprendes que has estado a punto de perderte algo

extraordinario. Una especie de maestro, a su manera.

Flanquea la cabaña un *bania*, una de esas saunas rudimentarias que sirven de baño en todas partes del campo ruso. Entre cuatro paredes de leños calafateados con musgo, se suda en el vapor que mana de un fuego de brasas y de piedras ardiendo sobre los que se arroja cada cierto tiempo un cucharón de agua fría. Por lo general, a Eduard no le gusta el *bania*. Puede aguantar mucho rato porque tiene el corazón sólido y no le da miedo salir a la nieve, cuando la hay, y revolcarse desnudo entre dos buenas sudadas, pero se aburre enseguida sentado sin hacer nada y tiene la sensación de perder el tiempo. Para Zolotariov, por el contrario, el *bania* es casi un ritual religioso, y equivale a una proeza inculcárselo al impaciente Eduard. Por la noche, después de las largas caminatas por los montes, embriagados de cansancio y de viento, pasan una o dos horas bebiendo vodka dentro de la nube de vapor que les destensa los músculos, callados, apacibles y confiados, y cuando Zolotariov, a intervalos, pronuncia como un oráculo una frase sibilina de Lao-Tsé, su autor preferido, Eduard ya no lo considera en absoluto ridículo, sino que está de acuerdo. «El que sabe no habla, el que habla no sabe.» El viejo hippy habla poco pero sabe, está en contacto armonioso con algo más grande que él y con lo cual Eduard y sus acompañantes también se sienten conectados. Está tranquilo, se siente a gusto.

A principios de septiembre empieza a hacer frío. Al amanecer, suben del valle brumas glaciales. Cortan y almacenan leña para el invierno. En efecto, la idea desde el principio era que tres de los *nasbols* vivieran la experiencia de invernar, aislados del mundo en cuanto la nieve volviera la pista impracticable. Será duro, pero excitante, piensa Eduard. Los envidia: de buena gana se quedaría con ellos si no tuviera en Moscú un partido al que atender. Está previsto que volverá a relevarles en abril, cuando llegue el deshielo. Comprueban que tienen en cantidad suficiente los productos indispensables que no se encuentran en la naturaleza: azúcar, velas, clavos... Mi protagonista y yo, cuando éramos pequeños, leíamos con el corazón en vilo una de

esas listas de tres páginas en una novela de Julio Verne. Se abrazan virilmente, Eduard y los otros dos toman la carretera de Barnaúl, la capital de Altái, donde vive Zolotariov, del que se despiden emocionados. Eduard confiesa al trampero que cuando le vio por primera vez no le había causado una gran impresión, pero que ha aprendido a conocerle y se enorgullece de ser su amigo. El rostro de Zolotariov permanece impassible, sus ojos rasgados no pestañean.

–Te he observado –le dice a Eduard–. Tienes un alma. Y yo no hago política, pero tus chicos también me gustan.

–Cuando vuelva, si quieres te traeré una tarjeta de miembro del partido –dice Eduard–. Me encantaría.

Todo el invierno, desde octubre hasta abril, Eduard sueña con Altái. Este invierno en Moscú es terrible. La condena del comando letón pesa como un plomo sobre la atmósfera del *búnker*. Un puñado de *nasbols* moscovitas, auténticos kamikazes, teniendo en cuenta el riesgo que corren, quieren partir hacia Riga pero les detienen en la estación, portando droga según la policía, y también acaban en la cárcel. Sus padres piensan que Eduard tiene la culpa de que se hayan descarriado: van al *búnker* a insultarle, amenazan con denunciarle a la justicia. Un *nasbol* de la primera hornada, uno de los ocho que han hecho la gran gira por Asia central, muere a causa de la paliza que recibe en los alrededores de Moscú: la investigación concluirá que ha sido una pelea de borrachos, y quizá sea cierto, pero quizá no. Tarás Rabko, el más fiel entre los fieles, el tercer miembro histórico del partido, se presenta un día donde Eduard para comunicarle llorando que se va. Ha aguantado todo lo que ha podido, pero su familia, su carrera judicial...: no es posible. Es la fatalidad propia de un partido de jóvenes: se van en cuanto empiezan a hacer algo con su vida. Liza, la chica que se parecía a Anne Parillaud en *Nikita*, también ha abandonado a Eduard para casarse y tener hijos con un informático de su edad. Eduard la ha reemplazado por una Nastia todavía más joven: de hecho, es menor de edad, lo que por un lado le halaga, y por otro es un motivo adicional de paranoia.

Nastia se ha fugado de casa de sus padres para vivir con él. Una noche vuelven tarde y ven una luz encendida en su ventana. Suben las escaleras de cuatro en cuatro y cuando abren la puerta la luz está apagada. Todo parece en orden, lo cual es aún más inquietante: Eduard teme menos a los ladrones que se llevan cosas que a los visitantes que las dejan. Registran el piso, que es tan pequeño que si hubieran escondido armas las encontrarían, pero un gramo de heroína tampoco ocupa mucho espacio. Para cubrirse, Eduard decide avisar al

oficial encargado del FSB, el que le ha dado su número de móvil. No le cita en su despacho de la Lubianka, donde Eduard, sin embargo, ya ha estado dos veces, sino en el andén de una estación de metro, como dos conspiradores. Ya he dicho que Eduard no detesta al hombre y le habla con franqueza: de la visita nocturna a su casa, de las llamadas anónimas que ha recibido, de la sensación que tiene de que hay un cerco estrechándose a su alrededor. El oficial menea la cabeza, con aire preocupado, a la vez como si estuviera al corriente y como si esto no dependiera de él sino de otro servicio con el que mantuviese una disputa.

–Sinceramente –se arriesga Eduard–, ¿qué piensa usted de esa historia de Riga? ¿Le parece normal que Rusia deje en la estacada a sus ciudadanos?

El oficial suspira:

–Estoy de acuerdo con usted, pero ni usted ni yo decidimos. Es un asunto de Estado.

–La verdad –prosigue Eduard– es que nosotros hacemos el trabajo que deberían hacer ustedes. En lugar de perseguirnos, deberían servirse de nosotros. Dejar que hagamos nosotros lo que ustedes no pueden.

Lo dice sinceramente: no tiene nada contra los órganos, al contrario. Estaría muy bien visto que él y su partido trabajasen codo con codo con ellos, como Bob Denard y su escuadrón de mercenarios con los oficiales del África francófona. Pero el oficial se escabulle, mira su reloj, se despide.

Esperaba respirar en Altái. No respira. Durante todo el viaje –tres días de tren de Moscú a Novosibirsk, más un día de Novosibirsk a Barnaúl, en tercera clase, como de costumbre– se ha sentido observado, vigilado. No te pongas paranoico, se repite, como un mantra. No olvides tampoco que muchas veces hay *motivo* para la paranoia. Es difícil, en este ámbito, seguir la «vía del medio» que preconiza Lao-Tsé, que se ha convertido en su autor de cabecera gracias a la influencia de Zolotariov. Todo irá mejor cuando llegue allí, piensa Eduard. Está contento de volver a ver al trampero en Barnaúl, de emprender la ruta con él. Durante este invierno espantoso a menudo ha pensado en él, y pensar en Zolotariov le apaciguaba, al igual que la lectura de Lao-Tsé: una vibración tranquila, silenciosa, la promesa de un recogimiento posible en medio de las olas, el ruido y el furor del mundo.

Cuando llega a Barnaúl le informan de que a Zolotariov le han enterrado la víspera. Una mujer que salía a pasear a su perro lo encontró muerto, temprano por la mañana, al pie de su inmueble. Una ventana de su piso, en la cuarta planta, estaba abierta. ¿Suicidio? ¿Accidente? ¿Asesinato? Los *nasbols* con los que pasó su última velada aseguraron que no estaba deprimido y que no se separó de ellos borracho.

Eduard arruga nerviosamente en el bolsillo la tarjeta de miembro del Partido Nacional Bolchevique que le llevaba de regalo a Zolotariov. Vacila.

La noche siguiente ocurre algo extraño. Se ha puesto en camino, como estaba previsto, con dos *nasbols* silenciosos como él, conmocionados por lo que acaba de suceder. Enfrascado en pensamientos sombríos, no presta atención a nada de lo que en su viaje anterior le había maravillado: el cielo infinito, los paisajes reducidos,

bajo el cielo infinito, a su expresión más elemental, el caravasar donde no se detiene para tomar el té, las caras ascéticas y nobles de los montañeros que les ofrecen hospitalidad. Esa noche pernoctan en el mismo lugar que la última vez. Llamarlo pueblo sería excesivo: algunas yurtas y una cabaña de madera donde, apenas llegado, se acuesta sin cenar, sin decir palabra. Por suerte, los *nasbols* tienen su tienda: está solo.

Piensa en los muertos, tendido en su catre de campamento. En las personas que ha conocido en su vida y que han muerto. Empiezan a ser muchas. Piensa que si las contase habría más muertas que vivas, pero no tiene valor para contar. Tampoco tiene ganas de dormir, sólo de quedarse allí, sin moverse. Piensa que él también morirá, extrañamente, como si hasta esta noche nunca lo hubiese pensado. Ha pensado a menudo en el tipo de muerte que le gustaría: en combate, o fusilado, ejecutado por orden de un tirano y desafiándole hasta el último aliento, pero se da cuenta de que estas imágenes no tienen nada que ver con la certeza que ahora le oprime: va a morir.

Piensa en su vida, en el trayecto recorrido entre su infancia en Sáltov y esta cabaña en Altái donde, casi sexagenario, se ha acostado esta noche. Largo trayecto, lleno de obstáculos, pero no ha cedido. Ha querido vivir como un héroe y ha vivido como un héroe, y nunca se ha resistido a pagar el precio.

Piensa en algo que le dijo el trampero, el otoño anterior: aquí, según la tradición budista, está el centro del mundo, el lugar donde se comunican el mundo de los muertos y el de los vivos. Es el lugar que buscaba el barón Ungern von Sternberg, y ahora Eduard está aquí.

Ve por la ventana la luna que brilla por encima de las colinas oscuras. Es luna llena. Y empieza a oír música, al principio a lo lejos, luego cada vez más cerca. Gongs, trompas, cantos cavernosos. Se diría la banda sonora del *Bardo Thodol*, o *Libro tibetano de los muertos*, que en otro tiempo le hizo descubrir Duguin. El cabrón de Duguin, piensa, con clemencia. A pesar de todo, estará contento de reencontrarle en el paraíso de los guerreros, siempre que allí admitan a ese gallina...

Se pregunta si se está deslizando hacia el sueño o la muerte. Piensa que fuera, muy cerca, se desarrolla una ceremonia, quizá una iniciación chamánica. En circunstancias normales nada le interesaría más que asistir al espectáculo, pero ahora, un poco por discreción con respecto a sus anfitriones, mucho porque no le apetece moverse, permanece tumbado, acurrucado dentro de esta música del más allá que se mezcla con los sonidos procedentes de su cuerpo: la sangre que le bate en las sienes, que bombea el corazón, que circula por sus venas. No duerme, no se mueve. Es como si estuviese muerto o hubiera accedido a otra forma de vida.

A la mañana siguiente pregunta a los *nasbols* si han asistido a la ceremonia. ¿Qué ceremonia? No ha habido nada: ni fiesta ni concierto ni ritual chamánico, nada, todo el mundo se ha acostado después de la cena. Si busca la *nightlife*, más vale que se vaya a otro sitio.

Eduard no insiste. Durante el resto del viaje sigue reflexionando, pero no se siente abrumado como la víspera. Piensa que la música celestial, la experiencia del más allá es un regalo de Zolotariov, y que le anuncian algo. Quizá su accesión al trono de Eurasia, que va a conquistar con su puñado de *nasbols* desde su ermita en las montañas, triunfando donde fracasó el barón Ungern von Sternberg. Quizá su entrada inminente en el Walhalla, es decir, la muerte, pero él no teme a la muerte, ya no la temerá nunca. Ha cruzado al otro lado.

Los tres *nasbols*, allá arriba, no se enfadan al verlos llegar. Tienen buen aspecto: bronceados, ascéticos, auténticos monjes-soldados. En su porte y su voz se nota que han madurado. La velada, sobre la que flota la sombra de Zolotariov, es a la vez seria y alegre, maravillosamente distendida. Los chicos cuentan su invierno: los momentos de nostalgia, los de exaltación, el día en que uno de ellos se encontró con un oso. Sobre largas picas de madera asan *shashliks*, las broquetas de cordero que preparan en el Cáucaso y Asia central. Beben el vino que han traído de Barnaúl en el maletero, pero no se emborrachan. Todo es

delicado, amistoso. Están bien los siete juntos debajo del quinqué. Eduard, tan poco sentimental, siente el impulso de decir a esos jóvenes, que podrían ser sus hijos, que son la gente más noble y valiente del mundo. Se siente muy lejos y muy cerca. Nunca ha sido tan tierno. Con la distancia, piensa que la Última Cena debió de parecerse a esto.

Al despuntar el alba le despiertan unos ladridos. No tienen perro, pero no le da tiempo a asombrarse. Todo ocurre muy rápido: los hombres de las fuerzas especiales irrumpen en la cabaña, arrancan a los durmientes de sus sacos de dormir, les obligan a salir y a arrodillarse en la nieve que en esta altitud perdura por la mañana. Son una buena treintena, con capuchas, metralletas en bandolera, y retienen a los pastores alemanes, que arman un alboroto infernal. Eduard, que ha perdido las gafas, se orienta a tientas. Lleva calzoncillos de lana y está descalzo: en su calidad de jefe, le autorizan a vestirse antes que a los demás. El soldado encargado de acompañarle a la cabaña aprovecha para susurrarle que le encantan sus libros y que está orgulloso de detenerle. Lo dice sin ninguna ironía, tiene un aire auténtico de orgullo y júbilo, poco falta para que le pida un autógrafo.

A continuación, las cosas serias:

–¿Dónde están las armas?

–¿Qué armas?

–No os hagáis los gilipollas.

El registro es minucioso: perros, detectores de metales, pero aparte de las dos escopetas de caza no encuentran armas... y lo confieso, me extraña: era facilísimo ponerlas en algún sitio. Pongamos en el haber del FSB este escrúpulo legalista.

Sin miramientos, obligan a los seis *nasbols* a subir a un furgón militar, con las manos en la cabeza. Eduard, por su lado, comparte la cómoda berlina del coronel Kuznetsov, un coloso que no se quita nunca sus Ray-Ban con cristales de espejo y que, en cuanto ha

desaparecido del retrovisor la ermita devastada, saca de la pequeña nevera vodka y *zakuskis*. Ahora pueden relajarse, hay ocho horas de trayecto hasta la base del FSB en Gorno-Altai, donde un avión especial aguarda a los prisioneros. «Trato de VIP», comenta el coronel. Encantado del éxito de la operación, despacha un vasito tras otro e insiste en que Eduard le acompañe –cosa que él hace con mayor moderación– y, a la segunda botella, lleva la cordialidad hasta el extremo de decirle que los *nasbols*, desde que se ocupa de ellos, son para él un poco como una familia. Eduard se asombra: pensaba que conocía al oficial responsable del expediente.

–Oh, no –dice el coronel–, ése es un blando, hace dos años que le destituyeron. Cuando la historia con Mijalkov.

Es él, Kuznetsov, el que está al mando, a petición del cineasta. Es él también el que hace dos meses capturó a los *nasbols* que partían hacia Riga.

–Provocación –dice Eduard–: no tenían droga.

El otro suelta una risotada cómplice:

–Pues no, no tenían. ¡Vaya jugarreta!

Eduard se irrita entonces, y cuando se irrita su voz se vuelve cada vez más seca, entrecortada. Dice:

–¿No le molestó tender una celada a unos chicos que luchan por sacar de la cárcel a uno de los de usted? Félix Dzerzhinski, el fundador, se removería en su tumba si le viese. Él era un gran hombre, ¿y sabe lo que son ustedes? ¡Agujeros del culo, indignos del bello nombre de chequistas!

Insultado, el coronel podría utilizar su posición de fuerza, pero de pronto está abochornado. Se diría que va a echarse a llorar.

–¿Por qué no te gustamos, Veniamínovich? –suspira–. ¿Por qué un tipo como tú no está con nosotros? Podríamos hacer cosas estupendas juntos...

–¿Me recluta?

El otro le tiende la mano. Ha bebido, pero parece sincero. Eduard se encoge de hombros.

—Que te jodan.

IX. Lefórtovo, Sarátov, Engels, 2001-2003

1

Eduard lo ha soñado toda su vida. Cuando leía de pequeño *El conde de Montecristo*. Cuando una noche oyó a su padre, el celador, contar a su madre la historia de aquel condenado a muerte tan valeroso, tan sosegado, tan dueño de sí mismo que se convirtió en el héroe de su adolescencia. Para un hombre que se ve como un personaje de novela, la cárcel es un capítulo que no se puede perder, y estoy seguro de que, lejos de estar agobiado, disfrutó de cada instante, iba a decir cada plano de esas escenas de película cien veces vistas: las ropas de civil y las pertenencias, reloj, llave, cartera, que dejas en la consigna; el uniforme que te dan en su lugar y que parece un pijama; el examen médico, con palpación rectal; los dos guardias que te flanquean en el laberinto sin fin de los pasillos; la sucesión de verjas y de puertas; por último, la pesada de metal que se abre y se cierra a tu espalda y ya está, vas a vivir encerrado unos meses o unos años dentro de esos ocho metros cuadrados y, como en la guerra, mostrar lo que vales realmente.

No le trataron como si fuera morralla: está en Lefórtovo, donde encierran a los enemigos más peligrosos del Estado. Todos los grandes presos políticos de la Unión Soviética y, posteriormente, de Rusia, los terroristas de alto vuelo, han pasado por allí, no es difícil creerse el hombre de la máscara de hierro. Esta fortaleza del KGB, situada en las inmediaciones de Moscú, no figura en ningún mapa ni hoy, y el secreto en su interior es tan grande que al principio Eduard no sabe de qué les acusan a él y a sus compañeros. No ha visto a un abogado, no tiene derecho a recibir visitas. Tampoco sabe cuándo empezará la

instrucción ni qué se dice fuera de las rejas de su detención, si se dice algo, ni siquiera si sus allegados están al corriente.

Al contrario que la mayoría de los centros penitenciarios rusos, Lefórtovo no es sucio, no está superpoblado, allí no te violan ni te zurren, pero en cambio estás sometido a un aislamiento estricto. No sólo no tienes obligación de trabajar sino que no puedes, aunque quieras. Individuales, blancas, asépticas, todas las celdas disponen de televisor, los reclusos tienen libertad para verla de la mañana a la noche, y esta adicción algodonosa, al cabo de un tiempo más o menos largo, acaba sumergiéndoles en la apatía y luego en la depresión. El paseo cotidiano se da al amanecer por el tejado de la cárcel, pero a cada uno le asignan un espacio de unos metros cuadrados, totalmente rodeados de rejas, y para impedir que se intercambien palabras entre esos compartimentos, unos altavoces difunden una música tan ensordecedora que aunque te desgañites no oyes el sonido de tu propia voz. Este ingrato paseo tampoco es obligatorio, y muchos acaban prescindiendo de él: se quedan en la cama, se vuelven hacia la pared, ya no respiran nunca el aire exterior. Nadie sale en invierno, cuando todavía está oscuro y hace un frío horrible, y los carceleros que se han acostumbrado, cuando suena el despertador, a volver tranquilamente para tomar el té, se quedan muy asombrados cuando el recluso Eduard exige el paseo al que le da derecho el reglamento. «Pero si estamos a veinticinco bajo cero», le objetan. Da lo mismo. Durante toda su estancia en Lefórtovo, Eduard no dejará pasar ni un día sin salir al tejado y correr media hora como una liebre por la superficie de cemento, hacer flexiones y abdominales y boxear en el aire glacial. Irrita un poco a los carceleros tener que abandonar su garita bien caldeada por culpa de este único cliente, pero también les impresiona. Además, Eduard es educado, su humor es estable, se ve que es un hombre instruido: pronto le llamarán «profesor».

Si hay algo en el mundo que aborrece es perder el tiempo. Ahora bien, la cárcel es el reino del tiempo perdido, del tiempo que se arrastra

sin forma ni dirección, y sobre todo en una prisión como Lefórtovo, donde los reclusos son abandonados a su suerte. Mientras que a los demás se les pegan las sábanas, él se levanta a las cinco de la mañana y hasta la hora de acostarse sacará el máximo provecho de cada instante. Se impondrá como norma ver sólo los informativos de la televisión, nunca una película o un programa de variedades que considera el principio del apoltronamiento. En la biblioteca su norma consiste en desdeñar las novelas fáciles, las que sólo sirven, como se suele decir, «de entretenimiento», y en pedir prestados uno tras otro los áridos volúmenes de la correspondencia de Lenin, que lee sentado bien recto delante de su mesa, tomando notas en su cuaderno. Son los únicos favores que pedirá en la cárcel: una mesa, una lámpara que ilumine correctamente y un cuaderno, y los celadores, cada vez más admirados, se lo concederán gustosos. En un año de este régimen escribirá cuatro libros, entre ellos una autobiografía política y un texto inclasificable, *El libro de las aguas*, el más hermoso a mi juicio, después del deplorable *Diario de un fracasado*.

El verano anterior, antes de partir a Altái, apremiantes necesidades de dinero le empujaron a terminar en un mes ese *Libro de los muertos* que tan útil me ha sido. Al trazar el retrato de personas famosas o desconocidas, ya fallecidas, con las que se había cruzado, evocaba sus propios recuerdos, según le venían, y a pesar de la imposición de cumplir los plazos y escribir más de veinte páginas al día, el ejercicio le satisfizo tanto que en la cárcel le apeteció hacer algo parecido. Como Georges Perec, podría haber confeccionado la lista de las camas donde había dormido; al igual que Don Juan, la de las mujeres con las que se había acostado, o incluso, como buen dandy, contar la historia de algunas de sus costumbres. Eligió las aguas: mares, océanos, ríos, lagos, estanques y piscinas. No necesariamente aguas donde se había bañado, aunque se hubiera prometido hacerlo, desde que aprendió a nadar, cada vez que fuera humanamente posible, y tal como lo conocemos cabe pensar que raramente le contuvieron el

frío, la suciedad, la altura de las olas o la perfidia de las corrientes. El libro no sigue ningún plan cronológico ni geográfico, pasa según el humor del momento de una playa de la Costa Azul, donde observa nadar a Natasha, a un baño en el río Kubán con Zhirinovski. Recuerda sus paseos a lo largo del Sena, en la época en que vivía en París: las sirenas de los barcos que veía cruzar por el Hudson desde su ventana en casa del multimillonario Steven; una fuente de Nueva York donde se bañó borracho y perdió sus lentillas; la costa bretona con JeanÉdern Hallier y la playa de Ostia, cerca de Roma, donde estuvo con Elena unos meses antes de que Pasolini fuera asesinado; el Mar Negro, durante la guerra de Transnistria, los torrentes de Altái, donde el trampero Zolotariov le enseñó a pescar, y el gran estanque del jardín de Luxemburgo, donde en los primeros tiempos de su estancia en París planeaba pescar carpas, de tanta hambre que tenía. Hay unos cuarenta capítulos así, cortos, precisos y luminosos, encabalgando los lugares y las épocas, pero en su desorden se ordenan pese a todo alrededor de las mujeres de su vida.

Conocemos ya a Anna, Elena, Natasha. Ha contado por extenso con qué amor las amaba a las tres, ha contado cómo abandonó a una y cómo las otras dos le abandonaron a él y enloqueció de pena, y que –al menos es lo que dice– las dos lo lamentaron amargamente porque él era la oportunidad que ellas tenían de vivir una vida fuera de lo ordinario. En cambio, sólo hemos entrevistado a Liza y después a Nastia, y yo sé la violencia con que el espíritu de los tiempos desaprueba la inclinación de los hombres maduros por la carne fresca; yo mismo, para ser sincero, la considero lamentable, un tío de sesenta años que sólo se acuesta con chicas cada vez más jóvenes; es así, de todos modos, y *El libro de las aguas* es un himno a la pequeña Nastia, que tenía dieciséis años cuando la conoció y aparentaba doce. Le compraba helados, le supervisaba los deberes. Cuando se paseaban cogidos de la mano por la orilla del Neva en San Petersburgo o del Yeniséi, en Krasnoyarsk, nadie se escandalizaba porque les creían padre e hija. Nastia no era una belleza espectacular como Elena, Natasha o Liza, sino una punk diminuta de un metro cincuenta y ocho, tímida,

introvertida, casi autista, que sobre su altar de semidioses transgresivos había colocado al escandaloso escritor Limónov entre el escandaloso rockero Marilyn Manson y el asesino múltiple Chikatilo, el Hannibal Lecter ucraniano. Le rendía culto y él, en la cárcel, también empezó a rendírsele a ella. En su libro ensarta como joyas los recuerdos de los dos años que pasaron juntos. Ella tiene ahora diecinueve años y él se pregunta con inquietud qué hará allí fuera, si le habrá olvidado, si le habrá traicionado. En principio alardea de ser un hombre lúcido y realista. Aunque se considera capaz de fidelidad, no se hace ilusiones sobre la ajena. Ni por un instante se le ocurre pensar que Elena, Natasha y Liza le esperarían en una situación semejante. Pero de Nastia sí. De Nastia confía en que le espere, cree que le espera, se desesperaría si se enterase de que ella no le espera.

Pero ¿hasta cuándo? Cruzó la puerta de la cárcel como un hombre de cincuenta y ocho años que no pesaba un gramo de más que a los veinte, un hombre en el apogeo de sus recursos y su seducción, pero nadie sabe cuándo saldrá y si, a pesar de su voluntad, su resistencia, no se habrá convertido, como la inmensa mayoría de los reclusos, en un hombre roto.

En Lefórtovo no es obligatorio afeitarse ni cortarse el pelo y él, a modo de protesta, se deja crecer el suyo. Cuando escribe, la melena barre el tablero de la mesa. Si sigue creciendo llegará a barrer el suelo. Ya no se parecerá a Edmond Dantès en *El conde de Montecristo*, sino a su viejo compañero del castillo de If, el abate Faria.

Cumplirá quince meses en Lefórtovo, sometido a un régimen de aislamiento riguroso. Después, en un Antónov del gobierno y con una escolta policial tan impresionante como si fuese Carlos o, él solo, toda la banda Baader, le transfieren a Sarátov, sobre el Volga, donde tendrá lugar su proceso. ¿Por qué en Sarátov? Porque es la jurisdicción rusa más próxima geográficamente al Kazajstán, donde se supone que ha cometido los delitos de que le acusan. ¿Qué delitos son, exactamente? Imposible ignorarlo en Sarátov, donde en todo momento no solamente hay que declarar la identidad –apellido, nombre y patronímico–, sino también enumerar los artículos en virtud de los cuales te han encarcelado. De este modo, desde que llega, Eduard aprende a enunciar como una metralleta este mantra que todavía hoy brota de sus labios si le despiertan de golpe: «¡Savienko, Eduard Veniamínovich, artículos 205, 208, apartado 3 del 222, 280!»

Lo aclararé: el 205 es terrorismo. El 208: organización de una banda armada o participación en la misma. El apartado 3 del 222: adquisición, transporte, venta o almacenamiento ilícitos de armas de fuego. Y el 280: incitación a actividades extremistas.

Cuando el juez de instrucción, durante la primera entrevista con Eduard, le informa de estos cargos y de las duras penas que llevan aparejados, él se siente dividido entre el orgullo de ser inculpado por asuntos tan serios y el interés vital de que le absuelvan de ellos. Por un lado le cuesta reconocer que media docena de marginados, agolpados en una cabaña de Altái, a cien kilómetros de la frontera kazaja, sin más armas que unas pocas escopetas de caza, tenían tantas posibilidades de desestabilizar Kazajstán como de desencadenar una guerra atómica desde su madriguera. Por otro, si no quiere pasarse veinte años jodido en el trullo por terrorista, no tiene más alternativa que hacerse pasar por un idiota. El juez, sin embargo, no parece muy dispuesto a oír sus argumentos ni desestima la versión expuesta por el FBS, según la cual

él y sus seis cómplices constituyen una seria amenaza para la seguridad del país.

Para arreglar las cosas, ilustra esta versión un telefilme de la primera cadena rusa difundido justo en el momento de su llegada a Sarátov. Desde su detención se han producido los sucesos del 11 de septiembre, y se nota: el telefilme presenta al Partido Nacional Bolchevique como una rama de Al-Qaeda y la isba de Altái como el campo de entrenamiento secreto que congrega a centenares de combatientes fanáticos, con el que efectivamente Eduard ha soñado y que, como él sabe bien, se asemeja tan poco a la realidad. Todo el mundo en la cárcel ha visto *La caza al fantasma* (es el título del telefilme), todo el mundo sabe que Eduard es el protagonista y todos empiezan a apodarle «Bin Laden», lo que es halagador, por supuesto, pero también peligroso.

Sarátov es lo contrario de Lefórtovo: allí no existe el riesgo del aislamiento, sino el de la promiscuidad. Aunque las celdas estén previstas para cuatro presos, dentro se hacinan a menudo siete u ocho. Cuando Eduard entra por primera vez en la suya, todas las camas están ocupadas y él desenrolla sin quejarse su colchón en el suelo, porque le parece normal que el último en llegar esté en peores condiciones. Esta humildad produce una sorpresa favorable. Llega precedido de una fama de intelectual, de preso político y de celebridad, tres razones para que le consideren un rompelotas pretencioso, tres razones para que las cosas vayan mal. Pero se muestra de inmediato como un tipo simple y directo que sólo busca *sidietspokoino*, es decir, cumplir su pena tranquilo, sin salpicar a nadie, sin darse ínfulas, sin crearse problemas ni causárselos a nadie, y todos aprecian esta sagacidad de preso experimentado y a la vez intuyen que por debajo de su aspecto plácido es un auténtico tipo duro. No es uno de esos que dice tontamente, cuando ve que alguien repara algo o prepara la comida: «¿Puedo ayudarte?», sino más bien de los que adivinan lo que hay que hacer y lo hacen. Evita las palabras y los gestos difíciles, cumple sin rechistar las tareas penosas, reparte el

contenido si recibe un paquete, no es necesario explicarle que respete las reglas no escritas de la vida carcelaria. Tampoco se propasa, impone con una autoridad tranquila su manera de ver y de hacer las cosas. Al principio sorprende que nunca acceda a jugar una partida de cartas o de ajedrez, porque las considera una pérdida de tiempo y porque lo dedica a leer o escribir en su litera, pero enseguida comprenden que no hay ningún esnobismo en ello: Eduard es así, eso es todo, lo cual no le impide estar también disponible cuando alguien necesita que le echen una mano para una carta a su novia o incluso para las casillas del crucigrama. Una semana después de su llegada, todo el mundo coincide: es un buen tío.

Mientras yo escribía este libro hubo períodos en que detestaba a Limónov y temía desviarme al contar su vida. En San Francisco atravesé por uno de esos períodos y le expliqué lo que hacía a mi amigo Tom Luddy, y Tom, que es la persona más dotada del mundo para establecer este tipo de conexiones (sea lo que sea lo que te traigas entre manos, siempre tiene una información que darte o una persona providencial a la que presentarte), reaccionó como un resorte. «¿Limónov? Tengo una amiga que le conoce muy bien. Si quieres, mañana cenamos con ella.» De este modo conocí a Olga Mátich, una rusa blanca de unos sesenta años que enseña literatura rusa en Berkeley y conoció a Eduard por la época en que él vivía en Estados Unidos. Cuando apareció *Soy yo, Édichka*, los eslavistas, tanto norteamericanos como franceses, se preguntaron con perplejidad qué debían pensar del autor, pero no tardaron mucho en proclamar al unísono que les parecía odioso. Olga es la excepción, nunca ha roto con Eduard, da cursos sobre su obra, va a verle cuando visita Moscú, le profesa desde hace treinta años un afecto y un aprecio inquebrantables, y es una excepción tanto más significativa cuanto que me dio la impresión de que no sólo es una mujer inteligente y civilizada, sino profundamente buena. Ya sé, es sólo una impresión, pero, al igual que en el caso de Zajar Prilepin, me fío de ella.

Pues bien, Olga me dijo lo siguiente: «Verá, he conocido a

escritores, y sobre todo escritores rusos. Les he conocido a todos. Y el único hombre bueno, bueno de verdad, era Limónov. *Really, he is one of the most decent men I have met in my life.*»

Yo entendí, en sus labios, la palabra *decent* en el sentido que le daba George Orwell cuando hablaba de la *common decency*: esta gran virtud que está, decía él, más extendida en el pueblo que en las clases superiores, que es sumamente rara en los intelectuales y que consiste en una mezcla de honradez y sentido común, de desconfianza hacia las grandes palabras y de respeto a la palabra dada, de apreciación realista de la realidad y de atención al prójimo. De todos modos, por mucho que me fie de Olga, me cuesta un poco ver esta aureola nimbando la cara de Eduard cuando dispara contra Sarajevo o intriga con unos cabrones tan turbios como el coronel Alksnis (tranquilícense: también le cuesta a Olga). Pero sí, en algunos momentos veo lo que ella quiere decir, y la cárcel es uno de esos momentos. Quizá el momento culminante de su vida, el momento en que ha estado más cerca de ser lo que siempre, con bravura, con una terquedad infantil, se ha esforzado en ser: un héroe, un auténtico gran hombre.

Sus compañeros son reclusos de derecho común, condenados a largas penas por delitos graves, la mayoría relacionados con el artículo 162: asesinato con circunstancias agravantes, y él, que siempre ha respetado a los bandidos, se enorgullece de haberles obligado a respetarle. Está orgulloso de que consideren que su partido constituye una banda, no un amasijo de jóvenes idealistas («¿Tienes siete mil hombres? ¡Joder!»); orgulloso de que le llamen, cuando no Bin Laden, «Limon, el caíd»; y orgulloso sobre todo de que un padrino, discretamente, del mismo modo que se insinúa a alguien que sólo depende de él ingresar en la Academia, le pregunte un día si le gustaría ser admitido en la hermandad de los *vory v zakonie*, los ladrones «legales», esta aristocracia del hampa con la que tanto soñó en la adolescencia. Todo esto me impresiona, pero no me sorprende: es la viva imagen de Eduard. Más me asombra –y da la razón a Olga– que

en los tres libros en que relata su estancia en la cárcel habla mucho menos de sí mismo que de los demás. Él, el narciso, el egotista, se olvida de sí mismo, se olvida de adoptar poses y se interesa sinceramente por las circunstancias que han llevado a donde están a sus compañeros.

Algunos le dicen: «Tú eres escritor, deberías escribir mi historia.» Entonces, sin hacerse de rogar, la escribe, y esta actividad genera decenas de micronevelas. Una, por ejemplo, es la saga de la banda de Engels: ocho mafiosos que han extorsionado a esta ciudad industrial de la región, que han matado a tiros a numerosos rivales y policías y que han sido condenados a penas que oscilan desde los veintidós años de prisión hasta la cadena perpetua. Otra es la triste, la tristísima desventura del preso que esperaba su liberación próxima, que llevaba semanas incordiando a los demás con su descripción, etapa por etapa, del camino que le conduciría hasta su novia, pero que la víspera del gran día recibe una carta de ella en la que le confiesa que vive con otro hombre, y aunque hace lo que puede por consolar al pobre chico, Eduard, por supuesto, piensa en Nastia. Y está la historia espantosa de los dos primos que han violado y asesinado a una niña de once años. Se han codeado con estos dos adolescentes provincianos, uno de los cuales es retrasado mental. Ha sentido flotar a su alrededor el aura de miseria y de vergüenza que envuelve a los criminales sexuales. Ha reconstituido, fascinado, «el modo en que dos varones muy jóvenes y solitarios llegan a romper a una muñeca fina y graciosa porque no saben cómo manejarla». Y cuando, antes de abandonar Sarátov, uno de esos chicos que va a pasar el resto de su vida martirizado en un campo de régimen severísimo le susurra: «Buena suerte, Édik», se siente turbado, casi trastornado: de buena gana acepta ese viático.

«He conocido a muchos de esos hombres fuertes y malvados que han matado y a los que ahora tortura el Estado», escribe. «Yo soy su hermano, un pequeño muzhik como ellos, sacudido por el viento malo de las cárceles. Me lo habéis pedido, escribo para vosotros, los

muchachos, los huéspedes de las mazmorras. Yo no os juzgo. Soy uno de los vuestros.»

Es cierto, no les juzga. No se hace ilusiones ni brinda compasión, pero es considerado, curioso, solícito si se tercia. En pie de igualdad. Presente. Pienso en mi amigo, el juez Étienne Rigal: el mayor cumplido que puede hacer a alguien es decir que sabe dónde está. Si hay una persona en el mundo de la que yo nunca habría pensado en decirlo, es Limónov, que a pesar de todo su valor y su energía vital creo que está despistado la mayor parte del tiempo. Pero en la cárcel no. En la cárcel no está fuera de su sitio. Sabe dónde está.

Otra cita que me gusta: «Formo parte de la gente que no está perdida en ninguna parte. Voy hacia los otros, los otros vienen hacia mí. Las cosas encajan de un modo natural.»

Uno de los presos con quien mejor se entiende es un tal Pasha Rybkin. A los treinta años, este hércules de cráneo rapado ha pasado ya diez en la cárcel y, como él mismo dice, graciosamente, «vive rodeado de crímenes como los habitantes de una selva viven rodeados de árboles». Ello no le impide ser un hombre apacible, de carácter siempre alegre, en quien se mezclan los rasgos del loco en Cristo ruso y del asceta oriental. En verano y en invierno, incluso cuando el termómetro baja en la celda a menos cero, viste pantalón corto y sandalias, no come carne, bebe agua caliente en lugar de té y practica impresionantes ejercicios de yoga. Mucha gente no lo sabe, pero en Rusia hay una enorme cantidad de personas que hacen yoga: más aún que en California, y en todos los ambientes. Pasha detecta muy pronto en «Eduard Veniamínovich» a un hombre sabio. «Ya no hay personas como usted», le asegura, «o por lo menos yo no las he conocido.» Y le enseña a meditar.

Puede parecer difícilísimo cuando nunca se ha intentado, pero es extremadamente fácil y puede enseñarse en cinco minutos. Uno se sienta en el suelo, con las piernas encogidas y las rodillas separadas, se mantiene lo más recto posible, estira la columna vertebral desde el

coxis hasta el occipucio, cierra los ojos y se concentra en la respiración. Inspiración, expiración. Eso es todo. La dificultad reside precisamente en que eso es todo. La dificultad consiste en limitarse a eso. Cuando uno empieza, exagera, trata de ahuyentar los pensamientos. Enseguida adviertes que no se ahuyentan así como así, sino que miras cómo gira su noria y poco a poco te arrastra menos su giro. El aliento disminuye poco a poco. La idea es observarlo sin modificarlo y esto también es sumamente difícil, casi imposible, pero practicando se progresa un poco, y un poco es ya algo enorme. Entrevés una zona de calma. Si, por una razón u otra, no estás sosegado, si estás agitado, no es grave: observas tu agitación o tu fastidio, o tus ganas de moverte, y al observarlos tomas distancia, eres un poco menos prisionero de ellos. Por mi parte, practico este ejercicio desde hace años. Procuero no hablar de ello porque no me siento a gusto con el lado *new age*, «sea zen», todo ese rollo, pero es tan eficaz, tan beneficioso, que me cuesta comprender que no lo haga todo el mundo. Un amigo bromeaba hace poco en mi presencia a propósito de David Lynch, el cineasta, diciendo que se había vuelto completamente majara porque ya sólo hablaba de la meditación y quería convencer a los gobiernos de que la pusieran en el programa de estudios desde la escuela primaria. No dije nada, pero me parecía evidente que allí el majara era mi amigo y que Lynch tenía toda la razón. En todo caso, desde el día en que el bueno y sabio bandido Pasha Rybkin le ha explicado el truco, Eduard, con su pragmatismo habitual, ha captado su utilidad e incorpora pausas de meditación a su riguroso empleo del tiempo. Al principio se sienta con los ojos cerrados en la postura del loto encima del bastidor de la cama, pero en cuanto le coge el tranquillo descubre que se puede hacer en cualquier parte, discretamente, sin necesidad de adoptar esa postura un poco ostentosa de la que abusan las campañas publicitarias, ya sea para aguas minerales o para pólizas de seguros. En los distintos casos, conejeras metálicas y coches celulares que jalonan el trayecto del preso entre su celda y el despacho del juez de instrucción, entre los ladridos de los pastores alemanes, los olores a pis sofocantes y los juramentos matutinos de los hombres de escolta, aprende a recogerse y a recluirse

en la zona donde está tranquilo, fuera de alcance. Una vez más, Eduard es la persona de la que no habría imaginado que se dedicase a este ejercicio, pero creo que influyó mucho en la notable ecuanimidad de que dio pruebas en la cárcel. Creo también que el encuentro con Zolotariov y la extraña experiencia que vivió en Altái, después de haberse enterado de su muerte, le prepararon para aceptar este regalo, y no haría falta presionarme mucho para que diga que fue el trampero, desde donde esté, quien se lo envió.

La noche del 23 de octubre de 2002, sus compañeros de celda ven en la televisión una de esas películas de policías que les encantan, a pesar de los intentos de Eduard para que tomen conciencia de que son insultantes para ellos: muestran a los polis como héroes, a los delincuentes como monstruos, saben muy bien que no es cierto, pero da igual, no se cansan de verlas. De pronto, el programa se interrumpe y, al compás de una música dramática, anuncian que en Moscú un comando de terroristas chechenos ha tomado como rehenes a los actores y al público de un teatro. A los demás les importa un bledo, la realidad les interesa menos que esas ficciones idiotas y habrían apagado la tele, pero Eduard se opone y, viendo un noticiario tras otro, no se pierde nada de lo que ocurrirá en las cincuenta y siete horas siguientes, hasta el ataque con gas lanzado al amanecer del día 26 contra las ochocientas personas que hay en el teatro, entre terroristas y rehenes.

El suceso le apasiona y le inquieta tanto porque evidentemente él también está acusado de terrorismo, su proceso se acerca y la paranoia que se extiende por el país va a empeorar las cosas para él. Y también porque a la vista de la montaña de cadáveres gaseados por las fuerzas especiales, los delitos de sus compañeros de cautividad parecen muy leves, y desde entonces no cesará de parangonar los crímenes cometidos en un instante de pasión o de embriaguez, y que sus autores pagarán durante toda su vida, y los crímenes de Estado, por los cuales te condecoran. Lo que más llama la atención en las notas que iba tomando a lo largo de los días sobre la tragedia del Teatro Dubrovka, es que su análisis en caliente, sin otra información que la que emite la televisión, concuerda punto por punto con el de una mujer a la que él no conoce, que sin duda no le gustaría si la conociera, y que ha podido seguir todo este drama desde mucho más cerca: Anna Politkóvskaia. Al igual que ella, teme un baño de sangre desde el principio. Cuando

ese baño se produce, adivina como ella, desde el fondo de su celda en Sarátov, que los oficiales mienten, que hay muchas más víctimas de las que confiesan y que no han hecho nada para salvarlas. Cuando Putin, con un viril movimiento de mentón, declara que «frente a la amenaza terrorista, poco importan las pérdidas, no van a amedrentarnos, ¡están avisados!», Eduard y Anna se acuerdan del rumor insistente de que los terribles atentados de 1999 no los cometieron unos chechenos, sino el FBS con el beneplácito del presidente, y tanto Eduard como Anna le califican de «fascista». Es la primera vez, que yo sepa, que emplea esta palabra en mal sentido.

La pequeña Nastia llega de Moscú para un locutorio de media hora, separados por un cristal. Tiene veinte años, está muy bonita con su vestido chino y su larga coleta china. Le habla de la facultad de periodismo, donde se ha matriculado en el primer curso, y de los trabajillos que hace para pagarse los estudios: vender helados, cuidar perros en una perrera. Le pregunta a Eduard si está de acuerdo en que tenga un pitbull en casa. Él accede, riéndose: «Prefiero que en casa metas a un perro en lugar de un tío.»

¿Tiene derecho a responder esto? La duda al respecto le atormenta. A veces piensa que lo inteligente y también lo noble sería: «No me esperes. Aléjate. Tienes toda la vida por delante y no la compartirás conmigo. Nos separan cuarenta años y Dios sabe cuándo saldré de aquí. Búscate un chico de tu edad, piensa en mí algunas veces, te bendeciré.» Sin embargo, no llega a pronunciar estas palabras. No sólo porque aprecia a Nastia y porque ningún preso, en ninguna cárcel del mundo, rechaza nunca el amor de una mujer, sino también, sobre todo –al menos es lo que él piensa–, porque pronunciar estas palabras sería insultarla. Sería tratar a esta niña valerosa como a una persona normal, sometida a las leyes ordinarias, siendo así que ella quiere con todas sus fuerzas ser una persona extraordinaria, una heroína, la única mujer digna del héroe que es Eduard, la única que aguantará en la adversidad y le será fiel en lo que todas las demás le

habrían traicionado. Ella le dice:

–¿Sabes que la mujer más joven de Mahoma, cuando él la conoció, jugaba todavía con muñecas?

–¿Con muñecas? ¿De verdad? Pero dime: ¿tienes la intención de esperarme mucho tiempo?

Ella lo mira, candorosa, asombrada. Nadie lo ha mirado nunca así. Nadie lo ha amado nunca así.

–Te esperaré siempre.

El 31 de enero de 2003, el fiscal general de la Federación Rusa, un tal Verbin, del que Eduard observa que se parece a una sierra colocada verticalmente, pide para el acusado Savienko una pena de diez años de reclusión criminal en virtud del artículo 205, cuatro años en virtud del artículo 208, ocho años en virtud del apartado 3 del artículo 222 y tres años en virtud del artículo 280, es decir, un total de veinticinco años. Con gran clemencia, el fiscal propone rebajarlos a catorce. El acusado Savienko, que de principio a fin se ha declarado inocente, se fuerza a escuchar la acusación sin inmutarse, pero interiormente se derrumba. Ni siquiera ha cumplido dos años, y si el juez atiende la petición del fiscal tendrá setenta y cinco cuando salga. Valor y voluntad no cambian nada, sabe a qué se parece un hombre de setenta y cinco años que sale del trullo en Rusia después de haber pasado catorce dentro: a un muerto viviente.

Tres días después, un segundo mazazo se abate sobre su cabeza. En sus noticiarios, la cadena NTV anuncia la muerte de Natasha Medviédieva, ex esposa de Eduard Limónov y figura del rock alternativo, de quien el periodista habla como de una especie de Nico ruso. No se dice explícitamente que ha muerto de una sobredosis, pero todo lo da a entender. Una vez, hace mucho tiempo, cuando todavía vivían juntos, Eduard y ella compararon las distintas formas de suicidarse y llegaron a la conclusión de que la mejor era la heroína: el

gran flash extático, la paz, en suma. Después de Anna, Natasha... ¿Es que se enamora de mujeres condenadas a un final trágico, o son ellas las que acaban trágicamente porque le han conocido, amado, perdido? Piensa que Natasha, lo mismo que Anna y Elena, por muy condesa italiana que haya llegado a ser, nunca dejó de quererle, y quizá incluso ha decidido poner fin a su vida al conocer la sentencia espantosa que acaban de pedir para él. Eduard recuerda su cuerpo, sus piernas abiertas, la forma salvaje y casi incestuosa en que hacían el amor. Piensa que quizá no vuelva a hacer el amor nunca y, postrado en su litera, en una postura que ya no es la del loto, sino la del feto, acuna su desolación canturreando en voz muy baja la pequeña balada que acaba de componer:

Ahora mi Natasha se pasea

descalza bajo una llovizna tibia.

Arriba, en una nube, el buen Dios

juega con una faca y lanza

reflejos sobre su cara.

¡Ba-da-da-da! ¡Bum-bum-bum-bum!,

canta Natasha toda desnuda.

Adelanta sus labios gruesos,

agita sus grandes manos muertas,

entreabre sus largas piernas muertas,

camina deprisa hacia el paraíso,

todo desnudo el cuerpo chorreante.

Con sus empalizadas pintadas de colores coquetos en lugar de alambradas, sus setos de rosas y sus lavabos imitación de Philippe Starck, la colonia penitenciaria número 13, en Engels, es el campo de trabajo del que he hablado al principio de este libro, y el que hicieron visitar a los defensores de los derechos humanos para que se quedaran convencidos de los progresos de la situación carcelaria en Rusia. Así, en 1932, en lo más crudo de una hambruna tal que los campesinos llegaban a matar a sus hijos, H. G. Wells, juzgando por la excelente comida que le habían servido en Kíev, declaraba lo bien que se comía, doy fe de ello, en Ucrania. En el ambiente de los presos rusos, Engels tiene en realidad tan mala fama que algunos se automutilaron con la esperanza de no ir a parar a ese campo. No por eso Eduard deja de considerar que ha tenido suerte, hay que decir que vuelve de lejos: dos meses después de que el fiscal Verbin pidiera catorce años para él, el juez le condenó a cuatro, de los que ya ha cumplido la mitad. Ya sólo dos años que sobrellevar cuando se preparaba para afrontar catorce es un milagro, y está más decidido que nunca a no desmandarse, a no responder a ninguna de las provocaciones de los oficiales y celadores a los que podría irritar su celebridad. Sabe que en cualquier momento un tipo de malas pulgas puede tomarla contigo y adjudicarte con cualquier pretexto una semana en una celda disciplinaria, o incluso algo peor. Entre las historias de espanto que circulan en Engels, está la del recluso que la víspera de su liberación tuvo la mala fortuna de cruzarse con un suboficial borracho. Al suboficial le pareció que estaba mal afeitado y, por capricho, para mostrarle quién mandaba allí, le prolongó la sentencia un año. Sin más, con la mayor arbitrariedad, según un procedimiento interno del campo, y después siempre se puede apelar al juez: antes de que éste dicte su resolución, hay tiempo para que te caigan otros diez años. Por eso Eduard se esfuerza en ser invisible, y como su gran talento en la vida es sacar provecho de todo

lo que le sucede, Engels no tarda en parecerle interesante.

Lefórtovo y Sarátov le han convertido en un experto de la cárcel, pero en el campo es un bisoño, y allí descubre que la condición de *zek* apenas ha cambiado desde la descripción que hizo de él Solzhenitsyn. Al igual que la de Iván Denísovich, la jornada de Eduard empieza a las cinco y media de la mañana, cuando una sirena toca diana. De hecho, empieza un poco más pronto, porque él se despierta solo a las cinco. Mientras todos roncan todavía en el barracón, Eduard, tumbado como un yacente debajo de la manta, observa su respiración. Este momento le pertenece, lo ama, lo disfruta. No tiene reloj, no le hace falta mirar la hora para saber cuánto tiempo le queda hasta el zafarrancho de combate. Cuando se acerca, se siente como un motor que aguarda la llave de contacto. Y ya está, la sirena aúlla, los celadores gritan y maldicen, los ocupantes de los catres de arriba caen rodando sobre los de abajo, se abroncan, empieza el día.

Lo primero es la avalancha de todo el barracón hacia los lavabos, con una pausa para un pitillo en el patio. Como es uno de los pocos que no fuma, Eduard aprovecha para ir a defecar en el pelotón de cabeza. Aunque evacúa con una regularidad ejemplar, ha observado que su mierda apesta más aquí que en el exterior, e incluso más de lo que apesta en la cárcel. También ha observado que aunque la mierda de los *zeks* apesta, sus cubos de basura, en cambio, no huelen a nada. Es porque, aparte de las colillas, no contienen nada orgánico, todo lo que es orgánico es más o menos comestible y todo lo comestible se come: es la ley del campo.

A las seis y media, en el terraplén central, pasan la primera lista. Nombre, apellido, patronímico, artículos de la condena. Pasan lista tres veces al día y como son ochocientos cada una dura una hora larga. En verano está bien, se broncean; en invierno es más duro. Eduard se considera afortunado por haber llegado a Engels en el mes de mayo, lo que le ha permitido habituarse gradualmente. Después de la lista viene la *zariadka*, la media hora de gimnasia colectiva, y luego –¡por fin!– la

hora del desayuno. Ochocientos *zeks* con el cráneo al rape se suceden por turnos en el refectorio inmenso. Tintineo de cucharas, lametones, riñas sofocadas al instante, y por encima de todo una música indefinible, entre rock duro y popurrí sinfónico, cuyos acentos marciales deberían, a juicio de Eduard, incitar a la rebelión, a romperlo todo, a ensartar cabezas en picas, pero no: encorvados, protegiendo con los brazos sus escudillas de hojalata, como si corrieran el riesgo de que les roben la pitanza, los *zeks* engullen en silencio *kasha* y sopa muy líquida, con un poco de pan negro. Esta alimentación sin vitaminas les pone la tez gris, da a la mierda el olor malsano que ha notado Eduard y, sin matarles de hambre, les quita toda energía. Es deliberado, desde luego.

A diferencia de las cárceles que ha conocido, Engels es un campo de trabajo e incluso de rehabilitación por el trabajo: después del desayuno, manos a la obra. Lo propio de este trabajo es que por lo general no sirve para nada. Justo después de la llegada de Eduard, cayeron lluvias abundantes que inundaron los edificios de forma permanente. La administración ha decretado que el suelo tiene que estar seco para cada una de las tres listas diarias, de lo contrario privarán de televisión a todo el mundo; a Eduard le importa un comino, pero para los demás sería una tragedia. El resultado es un espectáculo de película burlesca: procesiones de detenidos que achican con vasos de agua, de la mañana a la noche, charcos que se renuevan continuamente. Eduard ha pensado al principio que sería más racional mejorar mediante una obra de albañilería el sistema de desagüe. Hasta ha pensado en comentarlo, pero por suerte se ha abstenido, ha comprendido a tiempo que la administración penitenciaria no se comporta como un patrono racional porque el trabajo de Sísifo es una vieja tradición de los campos: todos los veteranos del gulag coinciden en que no hay nada más deprimente que deslomarse realizando una tarea inútil y absurda como cavar un agujero y después otro para llenarlo con la tierra del primero y así sucesivamente. El buen *zek* es un *zek* abatido, desmoralizado: esto también es deliberado.

A los sesenta años, a Eduard le consideran un jubilado y en consecuencia está dispensado de los trabajos de fuerza, pero no por ello le permiten escribir, leer o meditar como podía hacerlo en Lefórtovo y Sarátov. Hasta la noche tiene prohibido volver a su barracón, a sus libros y cuadernos, y debe dedicarse a tareas de limpieza igualmente absurdas. Limpiar a fondo, realmente a fondo, una hilera de retretes exige como máximo una hora. Le dan cuatro para hacerlo. Muy bien, empleará cuatro horas. Perfeccionará cuatro veces su obra, ninguna taza brillará más en el mundo y nadie le verá papando moscas ni siquiera un minuto.

Este celo no es sólo externo. En su fuero interno tampoco holgazanea. Las ocupaciones fastidiosas y repetitivas favorecen el ensueño, y San Pasha Rybkin, el yogui de Sarátov, le puso en guardia: el ensueño es exactamente lo contrario de la meditación. Un ruidito de fondo mental del que la mayoría de la gente no es siquiera consciente, pero que es la peor de las pérdidas de tiempo y energía. Para eludirlas, o bien cuenta sus respiraciones, las alarga, se concentra sobre el trayecto del aire, de la nariz al bajo vientre y regreso, o bien se recita, prestando atención a cada verso, poemas que se sabe de memoria, o bien, la mayoría de las veces, escribe. Mentalmente, por supuesto, como hacía Solzhenitsyn cincuenta años antes que él: compone frase a frase, párrafo a párrafo, capítulo a capítulo, memorizándolos a medida que los crea, y de este modo mejora cada día las prestaciones de un disco duro que ya es impresionante.

El reglamento de la colonia no prohíbe escribir, teóricamente, pero por un lado dispone de poco tiempo, a lo sumo una hora por la noche, para salvar el trabajo del día, y por otro despierta la curiosidad de los carceleros, una curiosidad que no es respetuosa como en las cárceles anteriores. Una vez, uno de ellos, cabezota y suspicaz, le ordenó que le enseñara su cuaderno, lo hojeó en un silencio cargado de amenazas y finalmente le preguntó: «¿Hablas de mí, aquí?» Eduard pasó miedo aquel día, y desde entonces sólo toma notas diplomáticamente edulcoradas. Empleará la memoria para

completarlas cuando salga.

Hace bien. Justo antes de su liberación, sus cuadernos desaparecen misteriosamente y se verá obligado a reescribir de cabo a rabo, sin ninguna nota, el libro compuesto en Engels. Le sale uno mejor, según él.

¿Cómo contar lo que debo contar ahora? Son cosas que no se cuentan. Las palabras se esconden. Si no lo has vivido no tienes la menor idea de cómo es, y yo no lo he vivido. Conozco a una persona, aparte de Eduard, que lo ha vivido. Es mi mejor amigo, Hervé Clerc. Ha hablado de la experiencia en un libro que es también un ensayo sobre el budismo y se titula *Las cosas como son*. Prefiero sus palabras a las de Eduard, pero es de la experiencia de Eduard de la que debo decir algo aquí. Veámoslo.

Recuerda muy bien el instante anterior. Un instante normal, de los que tejen el tiempo normal. Está limpiando el acuario que se encuentra en el despacho de un oficial superior. En la administración penitenciaria, todos los despachos de los oficiales superiores tienen un acuario. ¿Les gustan los peces? Si no les gustan, ¿podrían pedir que les retirasen el acuario? Lo más probable es que ni piensen en él. A Eduard, por su parte, le gusta limpiar los acuarios, es menos sucio y más divertido que los retretes. Con una redecilla ha trasladado los peces a una cuba, ha vaciado el agua cubo por cubo, el acuario está ahora seco y frota las paredes con una esponja. Mientras realiza esta tarea trabaja su respiración. Está tranquilo, concentrado, atento a lo que hace y a lo que siente. No espera nada en particular.

Y de pronto todo se detiene. El tiempo, el espacio: no es la muerte, sin embargo. Nada de lo que le rodea ha cambiado de aspecto, ni el acuario ni los peces en la cuba, ni el despacho del oficial ni el cielo que se ve por la ventana del despacho, pero es como si todo esto no hubiera sido hasta ahora más que un sueño y de golpe se convirtiera en algo absolutamente real. Elevado al cuadrado, revelado y al mismo tiempo anulado. Aspirado por un vacío más lleno que todo lo que hay lleno en el mundo, una ausencia más presente que todo lo que llena el

mundo con su presencia. Ya no está en ninguna parte y está totalmente *allí*. No existe ya y nunca ha estado tan vivo. Ya no hay nada y hay todo.

Podemos llamar trance a esto, un éxtasis, una experiencia mística. Mi amigo Hervé dice: es un rapto.

Me gustaría ser más extenso, más detallado, más convincente sobre este punto, pero veo que sólo puedo escribir un oxímoron tras otro. Oscura claridad, plenitud del vacío, vibración inmóvil, podría continuar así un largo rato sin que el lector ni yo hayamos avanzado. Sólo puedo decir simplemente, aproximando sus experiencias y sus palabras, que Eduard y Hervé saben con absoluta certeza que, uno en un piso parisino, hace treinta años, el otro limpiando un acuario en el despacho de un oficial de la colonia penitenciaria número 13 de Engels, accedieron a lo que los budistas denominan el *nirvana*. La realidad pura, sin filtro. Ahora bien, desde fuera, siempre se puede objetar: sí, pero ¿qué te demuestra que no fue una alucinación? ¿Una ilusión? ¿Una falsificación? Nada, aparte de lo esencial, y es que cuando lo has vivido sabes que es auténtico, que esta extinción y esta luz no se imitan.

Dicen otra cosa: que cuando te aferra te arrastra, te eleva, sientes, en la medida en que existe alguien para sentirlo, algo cuya naturaleza es de un inmenso alivio. Han desaparecido el deseo y la angustia que constituyen el fondo de la vida humana. Volverán, por supuesto, porque a menos que seas uno de esos iluminados de los que los hindúes afirman que existe uno por siglo, no es posible permanecer en ese estado. Pero han probado lo que es la vida sin ellos, saben de primera mano lo que es *salir bien parado*.

A continuación descienes. Has vivido en un relámpago toda la duración del mundo y su abolición, y recaes en el tiempo. Recuperas la antigua yunta: el deseo, la angustia. Te preguntas: «¿Qué hago yo aquí?» Entonces puedes pasarte, como Hervé, los treinta años siguientes digiriendo, pensativo, esta experiencia incomparable. O

puedes, como Eduard, volver a tu barraca, tumbarte en la litera y escribir esto en su cuaderno:

«Esperaba esto de mí. Ningún castigo puede alcanzarme, sabré transformarlo en felicidad. Una persona como yo puede extraer gozo incluso de la muerte. No volveré a tener las emociones del hombre corriente.»

He escrito este pasaje delicado en casa de Hervé, en Suiza, en el chalé donde nos reunimos dos veces al año para recorrer las montañas del Valais. Y en la biblioteca de ese chalé encontré una colección de artículos dedicada a Julius Evola. Evola, por resumir, era un fascista italiano de una gran altura intelectual, a la vez nietzscheano y budista, lo que le convirtió en uno de los héroes de los fascistas cultivados al estilo de Duguin. Del fárrago de erudición tradicionalista esparcido en esta antología emerge un hermoso texto de Marguerite Yourcenar. Anoté lo siguiente, que me impresionó y que no pude por menos de transmitir a Eduard:

«Todo desvío de las fuerzas adquiridas por disciplinas mentales en beneficio de la avidez, del orgullo y de la voluntad de poder no anula esas fuerzas, sino que las reconduce ipso facto a un mundo en el que cualquier acción encadena y cualquier exceso de fuerza se vuelve contra quien la ejerce. [...] Parece evidente que el barón Julius Evola, que no desconocía nada de la gran tradición tántrica, no pensó nunca en dotarse del arma secreta de los lamas tibetanos: el puñal de matar el Yo.»

Convocan a Eduard ante el director. Una convocatoria así es para un *zek*, a priori, de mal augurio. Sólo ha visto al director el día de su llegada y preferiría no volver a verlo. Esta vez, este hombre conocido por su frialdad le recibe con cortesía y le anuncia la visita de una de esas delegaciones a las que tanto le gusta mostrar la colonia. Un miembro de la delegación, Pristavkin, el consejero-del-presidente-para-los-derechos-humanos, ha expresado el deseo de entrevistarse con el recluso Savienko. ¿Está de acuerdo el recluso Savienko?

Savienko no da crédito a sus oídos. En primer lugar, que le pregunten qué opina, porque un *zek* no puede estar o no estar de acuerdo, sino simplemente obedecer dócilmente, y en segundo término, por el interés de Pristavkin por su persona. Es un *apparatchik* cultural, gorbachoviano firme, al que conoce porque se le enfrentó en un debate sobre los crímenes del comunismo. Se enzarzaron violentamente, Eduard llamó a Pristavkin traidor y vendido, y desde entonces éste no ha perdido ocasión de atacarle, al fascista Savienko, hasta el punto de escribir en la *Literatúrnaia Gazeta*: «Pues que se quede en la cárcel, es donde mejor está.»

Eduard, por consiguiente, desconfía, tanto del consejero como de la mala impresión que puede causar en su entorno el hecho de que le haya elegido. Sin embargo, acepta y, llegado el día, se encuentra en una sala de espera contigua al despacho del director, junto con una decena de detenidos bien afeitados, muy limpios, visiblemente escogidos con todo cuidado para causar buen efecto a la delegación. aguardan sin decir nada, sin atreverse a mirarse, incómodos por estar allí. Por fin llegan los delegados, y en su tez colorada se ve que vienen de una comida bien rociada. Pasan media hora preguntando a los presos cómo están, si les tratan bien, lo que, en su fuero interno, suscita una risa sarcástica en Eduard: ¿son tan idiotas como para imaginar que

un *zek*, en presencia del director, y sabiendo lo que les espera en cuanto los visitantes se hayan vuelto de espaldas, tendrá el valor de responder que están mal? ¿Que les tratan mal? Por el rabillo del ojo observa a Pristavkin, que también le observa por el rabillo del ojo. Ha perdido pelo desde la última vez que se han visto, ha ganado peso y padece cuperosis: el esbelto Eduard piensa que la vida de aventurero conserva mejor que la de *apparatchik*. Por último, Pristavkin le dice al director, pero con un tono lo bastante alto para que le oiga todo el mundo, que le gustaría entrevistarse a solas con el preso Limónov.

–Savienko –corrige el interesado.

–Faltaría más –se apresura a responder el director–. Vengan a mi despacho.

Los dos hombres se retiran bajo la mirada atónita de los demás. Un momento de indecisión: ¿dónde se sientan? Si fuera por Eduard, él se quedaría de pie mientras el visitante se acomoda en la butaca del director –es la realidad de sus posiciones respectivas, y si le propusieran cambiarlas no lo aceptaría–, pero Pristavkin le coge del brazo y los dos se instalan en una banqueta, delante de una mesa baja, como viejos amigos.

–¿Un puro? –propone Pristavkin. Eduard dice que no fuma–. Bueno –prosigue Pristavkin, con el aliento cargado de coñac, ya ha durado bastante, toda esta broma–. Usted es un gran escritor ruso, Eduard Veniamínovich. Su *Libro de las aguas* es una obra maestra. Por otra parte, los entendidos no se equivocan. ¿Ha visto que está en la *shortlist* del Booker Prize? El PEN Club se preocupa por su suerte y, por supuesto, los órganos no le reconocerán nunca oficialmente, pero esta acusación de terrorismo no se sostiene. Los tiempos cambian, no hay que equivocarse de objetivo. La verdadera criminalidad hoy día es la económica: alguien como Mijaíl Jodorkovski, que desfalca miles de millones de dólares, es un criminal, sí, y de la peor especie, y han tenido mil veces razón al encarcelarlo. Pero un artista como usted, Eduard Veniamínovich, un maestro de la prosa rusa... Su lugar no está

entre asesinos.

–Algunos son muy buenas personas –dice Eduard.

–¿Ah, sí? ¿Le parece que los asesinos son buenas personas? –Pristavkin suelta una carcajada campechana–. Es una opinión de escritor. Dostoievski también decía eso... En todo caso, han sido demasiado severos con usted. Pero no se preocupe, Eduard Veniamínovich, vamos a arreglarlo.

–No me opongo –dice Eduard, prudentemente.

–¡Eh! ¿Quién lo haría? Ahora bien, facilitaría las cosas que se reconociese culpable. No ponga esa cara, sé que se ha negado durante el juicio, pero escúcheme bien: sería una pura formalidad, un modo de salvar la cara a nuestros amigos del FBS, ya sabe lo susceptibles que son. En última instancia nadie lo sabrá. Quedará en su expediente y nada más. Reconoce su culpa y dentro de un mes, dos a lo sumo, estará fuera, en la calle.

Eduard le mira, intenta adivinar en su expresión si es una trampa. Después, sacude la cabeza: más que a la libertad, se aferra a su reputación de duro que no se doblega.

–Piénselo –dice Pristavkin.

Después de esta visita, su suerte es incierta y el hecho de que se decida en las altas esferas le confiere un estatuto singular: respeto, celos, la idea de que más vale no correr el riesgo. Cuando le hablan del asunto, lo minimiza: ese Pristavkin debía de estar borracho, todo esto no tendrá consecuencias.

Se equivoca, y su abogado, que viene a verle desde Moscú, se lo confirma. La opinión ha cambiado en su favor. Ya no le ven como un terrorista, sino como una especie de Dostoievski, sí, que escribe grandes libros desde el fondo de la casa de los muertos, y el oportunista Pristavkin ha debido de decirse que era una ocasión dorada de jugar a liberal. Eduard, sin embargo, se obstina en rechazar la condición que le ha impuesto. Considera que su honor está en juego.

El abogado propone una solución casuista: eludir la cuestión de la culpabilidad, insistiendo en cambio en que él nunca ha cuestionado el veredicto.

En ese caso, de acuerdo, consiente Eduard.

Después, las cosas van deprisa. Incluso demasiado. Se había adaptado al ritmo de una condena larga, había adaptado a ella sus pensamientos, sus proyectos, hasta su metabolismo, y resulta que le anuncian que dentro de diez días, de ocho, de tres, se acabó, recogen el decorado, despiden a los figurantes, comienzan otra película. El director no le convoca, sino que le *invita* a pasar por su despacho y en adelante le trata como a un VIP; como si lo anterior hubiera sido una broma, un juego de papeles que una vez terminada la partida se puede comentar entre personas de buena compañía. Le hace firmar su ejemplar del *Libro de las aguas*, se inquieta por el recuerdo que el ex preso distinguido guardará de su establecimiento.

–No dudaré en recomendarlo a mis amigos –responde Eduard, y al director le maravilla tanto ingenio.

–¡Lo recomendará a sus amigos! ¡Ah, ah! ¡Qué guasón es usted, Eduard Veniamínovich!

En Engels son raras las liberaciones anticipadas, y la suya huele tanto a enchufe que se siente incómodo delante de sus compañeros. Después de haber hecho todo lo posible, con toda sinceridad, por demostrarles que es un pequeño muzhik como ellos, sacudido por el mal viento de las cárceles, no dista mucho de verse, al mirarlos a los ojos, como uno de esos periodistas que mientras dura un reportaje interpretan al sin techo o al presidiario, y que luego, cuando el safari ha concluido, dicen a los amigos: «*Ciao*, chicos, ha sido estupendo, pensaré en vosotros, os enviaré foie gras en Navidad»; promesa que por lo general olvidan. A un tipo así, Eduard le miraría con asco, y está a la vez aliviado y sorprendido al constatar que nadie en Engels le guarda rencor, e incluso que su prestigio sube como una flecha.

Aparentemente, todos están contentos de conocer a un tío importante, cuyos asuntos se solventan mediante chanchullos al más alto nivel, de poder contar que le han conocido, y al final Eduard acaba un poco asqueado por tanta ingenuidad.

La víspera de su liberación le autorizan a recoger su maleta en la consigna. Esta maleta es uno de sus fetiches. Se la birló a Steven al partir de Nueva York hacia París, le ha seguido a todas partes, a la guerra, a Altái, a las cárceles sucesivas, y contiene dos camisas, una negra y una blanca. Por la noche hay una copa de despedida en el barracón, abrazos, palmadas en la espalda, y se discute un buen rato sobre cuál de las dos camisas conviene que se ponga para salir. El asunto reviste una gran importancia porque van a filmarlo: la televisión lo ha pedido, Eduard dudaba pero el director ha insistido mucho y a los presos, por su parte, les emociona esta perspectiva como a niños a los que han prometido llevarles al circo.

–Tienes que ponerte la blanca, es más elegante –dice Antón, un chico agradable, condenado a treinta años por asesinato agravado con actos de barbarie.

–Pero, Antón –objeta Eduard–, salgo de la cárcel, no de un local nocturno.

–De todos modos hay que estar elegante: eres un escritor famoso.

–Aquí no hay ningún escritor famoso, solamente hay *zeks* –responde Eduard, y antes de haber terminado esta frase se avergüenza de su falsedad y su demagogia. Pues claro que es un escritor famoso. Por supuesto que su suerte no tiene nada que ver con la de Antón.

Desde que la colonia ha despertado reina el desbarajuste a causa del equipo de televisión. Lo compone media docena de personas: el periodista, el realizador, el cámara, el técnico de sonido, los ayudantes, y entre ellos hay tres chicas. Chicas jóvenes, que como es verano llevan faldas cortas y camisetas ceñidas, chicas que huelen a perfume y bajo el

perfume a mujer, a sobaco, a coño, chicas que enloquecen totalmente al rebaño de *zeks* y que los sitúan en su sitio para la lista de la mañana, en el terraplén central. La hora de la lista ha pasado hace mucho, el equipo no ha llegado a tiempo de presenciar la verdadera, y el realizador, de todos modos, tiene sus propias ideas sobre la escena de pasar lista. El director esperaba que pusieran delante a los presos más presentables, como él mismo exige cuando viene una delegación de visita, pero a medida que el rodaje avanza es cada vez más evidente que el realizador no tiene intención de realzar el encanto del establecimiento y la buena facha de sus internos, sino, por el contrario, mostrar que el escritor aventurero Limónov sale del infierno. A pesar de las protestas del director, las bonitas ayudantes cumplen su cometido de agrupar a las jetas más horrendas, el cámara el de hacer planos de corte sobre lagartos, charcos barrocos, montículos de basura, cosa bastante difícil en una colonia sumamente adecuada en su conjunto. No se lo reprocho: hice exactamente lo mismo cuando rodé una secuencia de mi película documental en la colonia para menores de Kotélnich, porque esperaba un espectáculo dantesco y me resigné de mala gana a que no lo fuera.

En medio de todo aquel barullo, Eduard hace concienzudamente lo que le han pedido que haga. Interpreta su propio papel. En la escena de la lista, enuncia con voz fuerte su apellido, su nombre, su patronímico y los artículos de la condena. Es la última vez que lo hace, pero necesitarán tres tomas porque al realizador no le satisfacen las dos primeras. Después, en el refectorio, rebaña su escudilla mientras prosigue una conversación «natural» con los demás. «Actuad como si no estuviéramos aquí, chicos», repite el realizador, «como si fuera un día cualquiera.»

Casi todos los presos están de fiesta y se disputan el honor de entrar en el cuadro al lado del héroe. «¿Se me ve, aquí? ¿Se me ve?», preguntan, dándose codazos. Y él, mientras prosigue con ellos esta conversación falsamente natural, falsamente corriente, de la que sólo subsistirán sus respuestas porque es el único que tiene un micrófono

de solapa, piensa que ha cometido una estupidez al aceptar este rollo de la tele. Piensa que es una lástima marcharse de este modo. Tal vez piensa incluso, sin más, que es una pena marcharse. Por supuesto, desea ardientemente recuperar su libertad, a la pequeña Nastia y a los chicos del partido. Pero nunca volverá a ser el hombre que ha sido aquí. Cabe decir que la colonia es el infierno, pero con su sola fuerza espiritual ha sido capaz de transformarla en un paraíso. Para él se ha vuelto algo tan hospitalario como el convento para un monje. Las tres listas diarias eran sus oficios, la meditación su rezo y en una ocasión el cielo se le ha abierto. Todas las noches, rodeado por los ronquidos del barracón, le ha embriagado en secreto su fuerza personal, el metal de su alma sobrehumana, en la que estaba culminando un proceso misterioso iniciado en Altái con el trampero Zolotariov: una liberación auténtica, eterna, de la que se pregunta, con una inquietud repentina, si no le privará su liberación temporal. Siempre ha pensado que su vocación es hundirse lo más profundamente posible en la realidad, y la realidad estaba aquí. Ahora se ha terminado. Deja atrás el mejor capítulo de su vida.

Epílogo

Moscú, diciembre de 2009

1

Hemos vuelto al principio de este libro. Cuando hice mi reportaje sobre Limónov, hacía cuatro años que había salido de la cárcel. No sabía en absoluto lo que acabo de contar, necesité cuatro años más para averiguarlo, pero en todo caso sentía confusamente que algo cojeaba. Era como si Eduard siguiera teniendo el micrófono de solapa, como si continuase interpretando su papel ante una cámara de telerrealidad. En su país se había convertido en la estrella que soñaba ser: un escritor adulado, un guerrillero mundano, un buen cliente para la prensa *people*. Apenas liberado, dejó plantada a la pequeña y animosa Nastia para abalanzarse sobre una de esas mujeres de categoría A a las que nunca supo resistirse: la arrebatadora actriz que se hizo famosa gracias a un folletín titulado *El KGB en esmoquin*. Su estancia en la cárcel le había convertido en un ídolo de la juventud, su alianza con Kaspárov en un hombre político respetable, y no excluyo que haya considerado *de verdad* la posibilidad de llegar al poder mediante una revolución de terciopelo, como Václav Havel en otro tiempo.

Finalmente, como sin duda el lector recordará, el resultado de las elecciones de 2008 ratificó las previsiones del periodista inglés que conocí en la conferencia de prensa del tándem Limónov-Kaspárov. Putin respetó la Constitución no aspirando a un tercer mandato, pero creó un sistema ingenioso que recordaba a los coches con mandos dobles de las autoescuelas: el nuevo presidente, Medviédiev, ocupa el

lugar del alumno y Putin, el primer ministro, el de monitor. Deja conducir al alumno para que aprenda. Con un movimiento de cabeza paternal, le felicita cuando lo hace bien, y es tranquilizador saber que si surgen complicaciones al lado hay un hombre de experiencia. Sin embargo, todo el mundo se hace dos preguntas: en 2012, ¿Putin retomará las riendas, como permite la Constitución, puesto que sólo prohíbe tres mandatos *seguidos*? Y el dócil Medviédiev, que le ha cogido gusto al poder, ¿se enfrentará con su mentor y lo aplastará, quizá, como Putin aplastó a quienes le encumbraron?

Pienso mucho en Putin al terminar este libro. Y cuanto más pienso en él, más pienso que la tragedia de Eduard consiste en haber creído que se había desembarazado de los capitanes Levitin que envenenaron su juventud, y en que más tarde, cuando creía despejada la vía, se le plantó delante un supercapitán Levitin: el teniente coronel Vladímir Vladímirovich.

Para la campaña electoral de 2000, publicaron un libro de entrevistas con Putin titulado *En primera persona*. Título probablemente elegido por algún comunicador, pero acertado. Podría aplicarse a toda la obra de Limónov y a una parte de la mía. Con respecto a Putin, no ha usurpado el título. Dicen que habla el lenguaje estereotipado de los políticos: no es cierto. Hace lo que dice, dice lo que hace, cuando miente lo hace con tanto descaro que no engaña a nadie. Si uno repasa su vida, tiene la perturbadora sensación de que es un doble de Eduard. Nació diez años más tarde en el mismo tipo de familia: padre suboficial, madre ama de casa, un montón de gente hacinada en una habitación de *kommunalka*. Niño enclenque y arisco, Putin creció en un entorno de culto a la patria, a la Gran Guerra Patriótica, al KGB y al miedo que inspira a los cojones blandos de Occidente. De adolescente, fue, según sus propias palabras, un pequeño maleante. Lo que le impidió convertirse en un golfo fue el judo, al que se entregó con tal intensidad que sus camaradas se acuerdan de los chillidos feroces que salían del gimnasio donde se entrenaba solo los domingos. Ingresó en

los órganos por romanticismo, porque en ellos había hombres de élite que defendían a su patria, y se sentía orgulloso de que le hubieran aceptado. Desconfió de la *perestroika*, aborreció que unos masoquistas o agentes de la CIA se rasgaran las vestiduras por el gulag y los crímenes de Stalin, y no sólo vivió el fin del imperio como la catástrofe más grande del siglo XX, sino que todavía hoy lo afirma sin rodeos. En el caos de los primeros años noventa estaba en el bando de los perdedores, los engañados, y se vio obligado a conducir un taxi. Llegado al poder, le gusta, como a Eduard, que le fotografíen con el torso desnudo, musculoso, en pantalón de faena, con un puñal de comando en el cinto. Al igual que Eduard, es frío y astuto, sabe que el hombre es un lobo para el hombre, sólo cree en el derecho del más fuerte, en el relativismo absoluto de los valores, y prefiere inspirar miedo que sentirlo. Como Eduard, desprecia a los lloricas que consideran sagrada la vida humana. Ya puede la tripulación del submarino *Kursk* tardar ocho días en morir de asfixia en el fondo del mar de Barents, ya pueden las fuerzas especiales rusas gasear a ciento cincuenta rehenes en el Teatro Dubrovka y masacrar a trescientos cincuenta niños en la escuela de Beslán: Vladímir Vladímirovich comunica al pueblo noticias de su perra, que ha tenido cachorros. La camada está bien, se alimenta bien: hay que ver el lado bueno de las cosas.

Le diferencia de Eduard el hecho de que ha triunfado. Es el amo. Puede ordenar que los libros escolares no sigan hablando mal de Stalin, meter en cintura a las ONG y a los hipócritas de la oposición liberal. Por guardar las formas, se inclina sobre la tumba de Sájarov, pero conserva en su despacho, visible para todo el mundo, el busto de Dzerzhinski. Cuando Europa le provoca al reconocer la independencia de Kosovo, declara: «Como quieran, pero entonces Osetia del Sur y Abjasia también van a ser independientes, vamos a enviar carros a Georgia, y si no nos hablan educadamente vamos a cortarles el grifo del gas.»

Estos modales viriles, si tuviera buena fe, deberían maravillar a

Eduard. En lugar de eso, al igual que Anna Politkóvskaja, escribe panfletos donde explica que Putin no sólo es un tirano, sino un tirano grotesco y mediocre, a quien le ha caído en suerte un traje que le queda demasiado grande. La falsedad de esta opinión me parece manifiesta. Pienso que Putin es un hombre de estado de gran talla y que su popularidad no sólo se debe a que la gente está descerebrada por los medios de comunicación a sus órdenes. Hay algo más. Putin repite en todos los tonos algo que los rusos tienen una necesidad absoluta de oír y que puede resumirse así: «No tenemos derecho a decir a ciento cincuenta millones de personas que setenta años de su vida, de la vida de sus padres y de sus abuelos, que aquello en lo que creyeron, por lo que se sacrificaron, el aire mismo que respiraban, que todo eso era una mierda. El comunismo ha hecho cosas horribles, de acuerdo, pero no era lo mismo que el nazismo. Esta equivalencia que los intelectuales occidentales exponen hoy como obvia es una ignominia. El comunismo era algo grande, heroico, hermoso, algo que confiaba en el hombre y que daba confianza en él. Había inocencia en aquella fe, y en el mundo despiadado que vino después cada cual la asocia confusamente con su infancia y con las cosas que te hacen llorar cuando respiras bocanadas de la infancia.»

Estoy seguro de que Putin era totalmente sincero al pronunciar esta frase que he destacado del libro. Estoy seguro de que le salía del fondo del corazón, porque todo el mundo tiene el suyo. Habla al corazón de todo el mundo en Rusia, empezando por Limónov, que, si estuviera en su lugar, diría y haría ciertamente todo lo que dice y hace Putin. Pero no está en su lugar, y el único que le queda es el de opositor virtuoso –tan incongruente para él– que defiende valores en los que no cree (democracia, derechos humanos, todas esas chorradas), junto con personas honestas que encarnan todo lo que él siempre ha despreciado. No es del todo jaque mate, pero aun así, en estas condiciones, es difícil saber dónde estás.

El protocolo no ha cambiado, excepto en que no son dos sino un solo *nasbol* el que me conduce hasta su jefe, y en que no viene a buscarme en coche, sino que me cita en una boca de metro. Me acuerdo de ese *nasbol*: Mitia. Le conocí dos años antes, él también me recuerda y charlamos durante el cuarto de hora andando hasta el nuevo apartamento de Eduard. No es jovencísimo, está en la treintena y, como todos los miembros del partido que he conocido, tiene buena cabeza: abierta, inteligente, amistosa. Va vestido de negro, pero ya no lleva vaqueros y cazadora: su abrigo de buen corte, encima de una americana de espiguilla, le confiere el aire de un chico que se las apaña. Me dice que está casado, tiene una niña, ejerce uno de esos oficios relacionados con Internet que nunca sé muy bien en qué consisten, pero que permiten ganarse la vida más que dignamente. Tengo la sensación de que dedicar algunas horas semanales a la protección de Eduard Limónov es para él una manera de mantenerse fiel a los ideales de su juventud, del mismo modo que otros siguen formando parte de un grupo de rock amateur del que saben muy bien que nunca hará furor, pero es agradable encontrarse entre amigos. Cuando le pregunto qué tal van las cosas, la política, todo eso, sonrío y responde: «*Normalno*», con el tono que adopta un hostelero para decir: «En este momento está tranquilo.»

Como el ascensor está averiado, subimos a pie hasta el noveno piso de un inmueble modesto. Con las precauciones habituales, Mitia me introduce en el apartamento de dos habitaciones donde Eduard me espera, siempre en tejanos y jersey negros, siempre esbelto, siempre con perilla. Busco un lugar donde dejar mi abrigo, en la habitación sólo hay una mesa, una silla y una cama individual. Eduard me explica que le han puesto una multa de quinientos mil rublos por haber dicho en una entrevista que los jueces de Moscú obedecen las órdenes del alcalde Luzhkov, lo cual es de dominio público. Le han embargado los

muebles embargables y que apenas cubrían una décima parte de la multa: adeuda el resto.

Dejamos a Mitia leyendo el periódico en la única silla de la habitación y entramos en la otra, la cocina, donde hay dos sillas. Eduard prepara café, yo abro mi libreta. Le he comunicado por e-mail mi proyecto de escribir ya no un reportaje, sino un libro entero sobre él. Respuesta neutra por su parte: ni entusiasta ni reticente; está a mi disposición, si quiero. Mis investigaciones han progresado mucho, he terminado incluso una especie de primer borrador y creo que tendríamos que tomarnos el tiempo de una larga entrevista: varias horas, ¿por qué no varios días? Pero no estoy seguro y, por prudencia, todavía no se lo he preguntado.

–Y bien, ¿qué ha pasado en los últimos dos años?

Lo primero que ha pasado es que su mujer, la bonita actriz, le ha abandonado. Él no entiende bien por qué. No se le ocurre pensar en la importancia que ha podido tener los treinta años de diferencia entre ellos, y también el hecho de no poder dar un paso sin que te escolten dos chicos con el cráneo rapado: al principio debe de ser novelesco, luego se vuelve pesado. Eduard dice que el abandono le ha dolido unos meses y que después ha pensado que era una mujer fría, mentirosa, poco cariñosa: le ha decepcionado. Por si acaso me preocupa, me asegura que tiene varias amantes, muy jóvenes, y que no duerme todas las noches en la cama individual de la habitación contigua. Lo principal es que sigue viendo a sus hijos. Sus *hijos*, sí: tiene también una niña, Alexandra. El chico se llama Bogdán, en recuerdo de sus años serbios. Me digo que Bogdán ha salido bien librado: podría haberse llamado Radovan o Ratko. Fin del capítulo de la vida privada.

Ahora la pública. No lo dice así, pero está claro que se ha quedado totalmente en la estacada. La ocasión histórica ha pasado, suponiendo que realmente se haya presentado una. Kaspárov, escaldado por mil contratiempos, ni siquiera ha intentado presentarse candidato y, tras lo que tampoco puede llamarse un fracaso en las

presidenciales, el movimiento Drugaia Rossía ya no existe. Eduard, sin embargo, no arroja la toalla. Ha fundado un nuevo movimiento llamado Estrategia 31, en referencia al artículo 31 de la Constitución, que garantiza el derecho a manifestarse. Para ejercer este derecho se reúnen en la plaza Triumfálnaia el último día de los meses que tienen treinta y un días. Suele haber un centenar de manifestantes y cinco veces más de policías, y estos últimos detienen a algunas decenas. Eduard, por tanto, cada cierto tiempo pasa unos días en la cárcel. Los corresponsales extranjeros informan de la noticia, por pura cuestión de forma. Aparte de esto, trata de organizar y presidir una «asamblea nacional de las fuerzas de oposición», proyecto que aplauden algunos viejos demócratas y defensores de los derechos humanos, y que Kaspárov contrarresta como puede lanzando su propia plataforma. Ahora los dos son rivales, pero hasta su rivalidad me parece un poco floja. En su sitio de Internet, Eduard se alegra de tener más visitas que Kaspárov.

¿Qué más? Su producción literaria. Ha publicado tres libros desde nuestro último encuentro: poemas, una recopilación de artículos, recuerdos de sus guerras serbias. Pero escribir ya no es tanto lo suyo. Es muy poco rentable hoy día, las tiradas son de cinco mil, a lo sumo seis mil ejemplares, y no se reedita nunca: más bien se gana la vida con colaboraciones a destajo en revistas como la versión rusa de *Voici* o *GQ*.

Ya se ha agotado el orden del día. Son las cuatro, ha anochecido, se oye el zumbido de la nevera. Eduard se mira sus anillos, se atusa la perilla de mosquetero: ya no es *Veinte años después*, es el *Vizconde de Bragelonne*. He agotado mis preguntas y a él no se le ocurre hacerme ninguna. No sé: alguna sobre mí. ¿Quién soy, cómo vivo, estoy casado, tengo hijos? ¿Prefiero los países cálidos o los fríos? ¿Stendhal o Flaubert? ¿Los yogures naturales o los de frutas? Ya que soy escritor, ¿qué tipo de libros escribo? Dice que el interés por el prójimo forma parte de su programa de vida y sin duda se interesaría por mí si yo hubiera estado en la cárcel a causa de un crimen hermoso y muy

sangriento, pero no es el caso. El caso es que soy su biógrafo: le interrogo, él responde, cuando termina de responder se calla, se mira los anillos y aguarda la pregunta siguiente. Decido que no estoy por la labor de chuparme varias horas de entrevistas así, que me las apañaré muy bien con lo que tengo. Me levanto, le doy las gracias por el café y el tiempo que me ha dedicado y en el umbral de la puerta me hace finalmente una pregunta:

–Es extraño, de todos modos. ¿Por qué quiere escribir un libro sobre mí?

Me pilla desprevenido pero le respondo sinceramente: porque tiene –o porque ha tenido, ya no me acuerdo del tiempo de verbo que empleé– una vida apasionante. Una vida novelesca, peligrosa, una vida que ha arrojado el riesgo de participar en la historia.

Y entonces él dice algo que me deja de una pieza. Con su risita seca, sin mirarme:

–Sí, una vida de mierda.

3

No me gusta este final y creo que a él tampoco le gustaría. Pienso también que cualquier hombre que se aventure a emitir un juicio sobre el karma de otro, y hasta sobre el suyo propio, tiene garantizado equivocarse. Una noche confié estas dudas a mi hijo mayor, Gabriel. Es montador, acabamos de escribir juntos dos guiones para la televisión y me gusta mantener con él conversaciones de guionistas: esta escena mola; esta otra no.

–En el fondo –me dice–, lo que te molesta es que le retratas como a un perdedor.

Lo admito.

–¿Y por qué te molesta? ¿Porque te da miedo entristecerle?

–No, la verdad. Bueno, un poquito, pero sobre todo pienso que no es un final satisfactorio. Que es decepcionante para el lector.

–Eso es distinto –comenta Gabriel, y me cita una serie de grandes libros o grandes películas cuyos protagonistas acaban en la miseria. *Toro salvaje*, por ejemplo, en cuya escena final se ve en las últimas, totalmente vencido, al boxeador interpretado por De Niro. Ya no tiene nada, ni mujer ni amigos ni casa, se ha abandonado, está gordo, se gana la vida haciendo un número cómico en un antro cutre. Sentado ante el espejo de su camerino, espera a que le llamen para entrar en escena. Le llaman. Se levanta con esfuerzo de su butaca. Justo antes de salir de campo, se mira en el espejo, se balancea, hace algunos movimientos de boxeo, y se le oye mascullar, no muy fuerte, sólo para su colete: «*I'm the boss. I'm the boss. I'm the boss.*»

Es patético, es magnífico.

–Es mil veces mejor que si le viésemos victorioso en un podio –dice Gabriel–. No, en serio, el final que puede funcionar es Limónov, después de todas sus aventuras, contando en Facebook si tiene más amigos que Kaspárov.

Es cierto. Sin embargo, hay algo que me sigue molestando.

–Bien. Abordemos el problema de otro modo. ¿Para ti cuál sería el final perfecto? Quiero decir, si tú decidieras. ¿Que toma el poder?

Sacudo la cabeza: demasiado inverosímil. En cambio, en el programa de su vida hay algo que no ha hecho: fundar una religión. Haría falta que dejase la política, en la que, francamente, no parece que haya esperanzas, que volviera a Altái y que llegase a ser el gurú de una comunidad de iluminados, como el barón Ungern von Sternberg, o, todavía mejor, un auténtico sabio. Una especie de santo, simplemente.

Ahora le toca a Gabriel torcer el gesto.

–Creo que ya sé el final que te gustaría: que le matasen –dice–. Para él es totalmente coherente con el resto de su vida, es heroico, se ahorra morir como cualquiera de un cáncer de próstata. Para ti, vendes el libro diez veces mejor. Y si le envenenan con polonio, como a

Litvinienko, ya no se vende diez, sino cien veces mejor en todo el mundo. Deberías decirle a tu madre que hable de eso con Putin.

Y él, Limónov, ¿qué piensa al respecto?

Un día de septiembre de 2007 fuimos juntos al campo. Yo creía que era para un mitin, pero no, se trataba de inspeccionar una dacha que su mujer de entonces, la bonita actriz, acababa de comprar a dos horas de Moscú. En realidad, era mucho más que una dacha: lo que llaman una *usadba*, una verdadera finca. Tenía un estanque, praderas, un bosque de abedules. La vieja casa de madera, presa de la incuria, destrozada por vándalos, era inmensa. Debía de haber sido magnífica, y restaurada podría volver a serlo: por eso Eduard iba a verla. En cuanto llegó se puso a charlar con un artesano local como quien ha ejercido oficios manuales y sabe hablar con un contratista sin que le time. Me alejé mientras hablaban, fui a dar un paseo por el parque invadido por hierbas altas, y cuando, al fondo de una alameda para montar a caballo, vi esta vez desde lejos su pequeña silueta vestida de negro, en actitud agresiva dentro de un charco de sol, con la perilla desgredada, me dije: tiene sesenta y cinco años, una mujer adorable, un niño de ocho meses. Quizá esté harto de la guerra, de los vivaques, del cuchillo en la bota, de la puerta en la que al alba resuenan los puñetazos policiales, de los catres carcelarios. Quizá tenga ganas por fin de echar raíces. De afincarse aquí, en el campo, en esta hermosa casa, como un hacendado del antiguo régimen. A mí, en su lugar, me apetecería. *Me apetece*. Es exactamente la vejez que deseo para Hélène y para mí. Habría grandes bibliotecas, sofás profundos, los gritos de los niños fuera, mermeladas de bayas, largas conversaciones en tumbonas. Las sombras se alargan, la muerte se aproxima suavemente. Hemos vivido una buena vida porque nos hemos amado. Quizá no sea así como termine, pero si sólo dependiese de mí me gustaría que terminase así.

Al regresar le pregunto: «¿Se ve envejeciendo en esta casa, Eduard? ¿Acabar como un personaje de Turguéniev?»

Esto le hace gracia y se ríe, pero esta vez no con una risita seca: se ríe de buena gana. No, no se ve así. No realmente. La jubilación, la vida tranquila no es para él. Tiene otra idea para los días de su vejez.

—¿Conoce Asia central?

No, no la conozco, no he estado nunca. Pero he visto fotos, muy temprano: las que sacó mi madre cuando hizo aquel largo viaje durante el cual mi padre me cuidó con una ternura torpe: en aquella época, los padres no estaban acostumbrados a ocuparse de los niños. Esas fotos me oprimían y me hacían soñar. Para mí representaban la lejanía absoluta.

Eduard prosigue diciendo que donde mejor se siente en el mundo es en Asia central. En ciudades como Samarcanda o Barnaúl. Ciudades achicharradas por el sol, polvorientas, lentas, violentas. Allá, a la sombra de las mezquitas, bajo los altos muros almenados, hay mendigos. Racimos enteros de mendigos. Son viejos macilentos, curtidos, desdentados, a menudo sin ojos. Llevan una túnica y un turbante ennegrecidos por la mugre, tienen delante un retal de terciopelo sobre el cual esperan que les echen una monedita, y cuando se la echas no te dan las gracias. No se sabe qué vida han vivido, se sabe que acabarán en la fosa común. Ya no tienen edad, no tienen bienes, en el supuesto de que alguna vez los hayan tenido, apenas les queda todavía un nombre. Han soltado todas las amarras. Son andrajos. Son reyes.

Eso sí: eso le va.

1. Compagnie Républicaine de Sécurité, fuerzas antidisturbios francesas. (*N. del T.*)

1. *Bourgeois bohemian* (burgueses-bohemios): término inglés acuñado para designar a una capa social que combina el liberalismo económico con cierto apego a valores contraculturales. Serían una especie de evolución de los yuppies. (*N. del T.*)

1. Juego de palabras basado en la similitud fonética entre *vieux* (viejos) y *voeux* (deseos): la frase suena como «La Unión Soviética les ofrece sus mejores deseos». (*N. del T.*)

1. Escuela Nacional de Administración, donde se forman los cuadros dirigentes de Francia. (*N. del T.*)

1. En Rusia, Escuadrón de Policía para Operaciones Especiales. (*N. del T.*)

1. Novela de Benjamin Constant. (*N. del T.*)

1. Apellido ruso muy común que, en lenguaje coloquial francés, ha pasado a designar a un ruso cualquiera. (*N. del T.*)

Título de la edición original:
Limonov

Edición en formato digital: diciembre de 2012

© de la traducción, Jaime Zulaika, 2013

© P.O.L. éditeur, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3413-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

